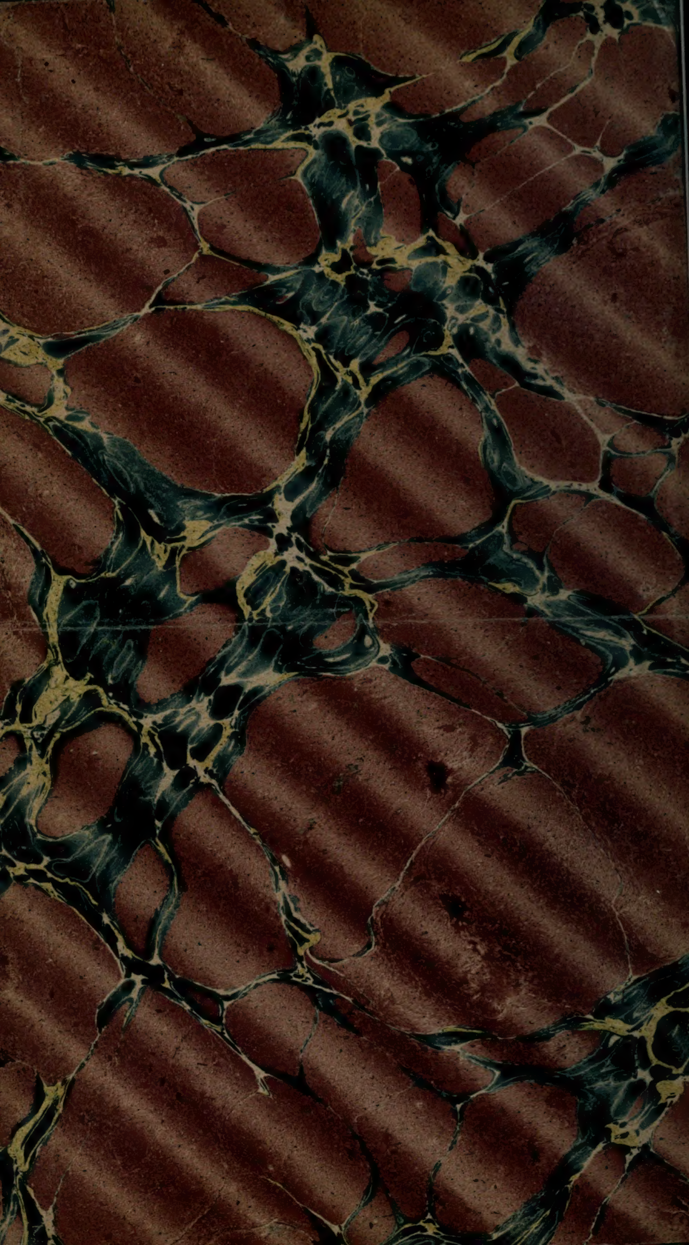
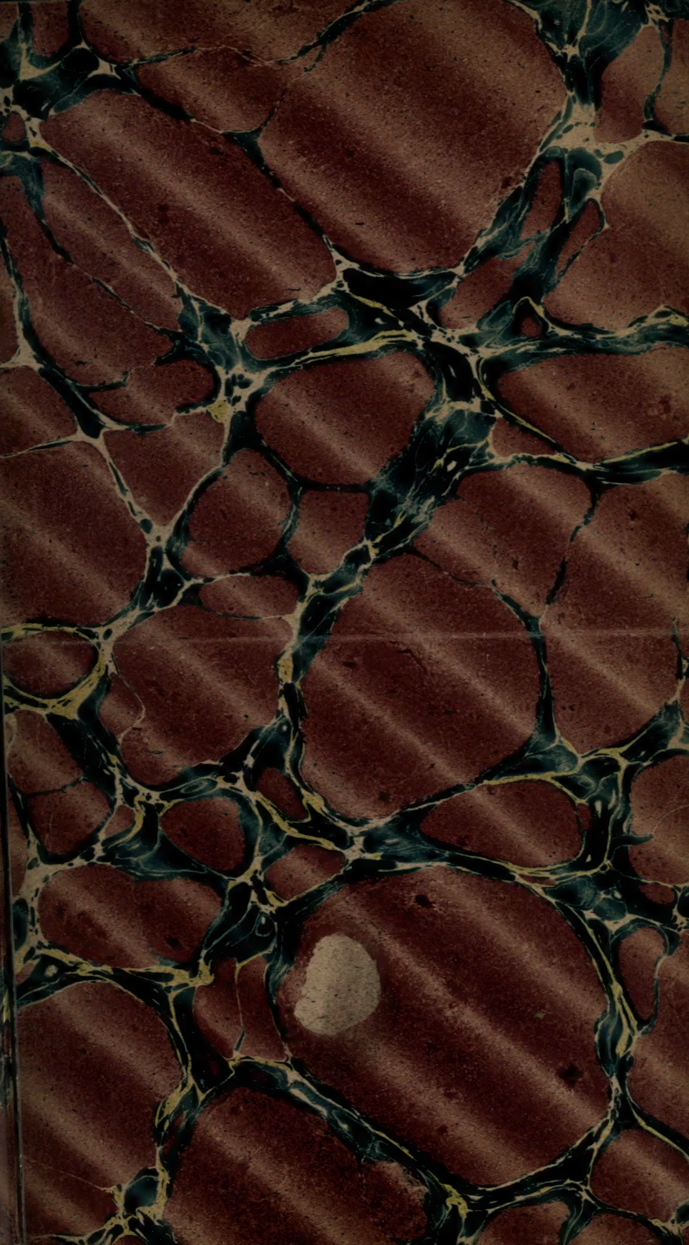

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY






EX-LIBRIS.

HISTORIA CRÍTICA

DE LA

POESÍA CASTELLANA EN EL SIGLO XVIII

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo, del....................	1 al 50.
10 »	en papel China, del......................	I al X.



HISTORIA CRÍTICA
DE LA
POESÍA CASTELLANA
EN EL SIGLO XVIII

POR

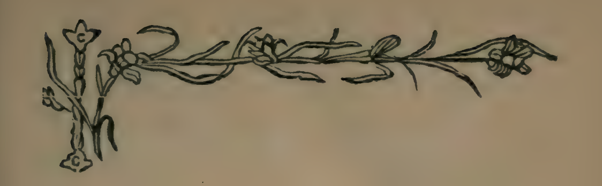
D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO
MARQUÉS DE VALMAR

TERCERA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA

TOMO I

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, núm. 20
1893





ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Grande fué el éxito que obtuvo esta importante obra cuando por primera vez vió la luz pública en la *Biblioteca de Autores Españoles*. Venía á llenar, con sana crítica y abundantísimo caudal de noticias interesantes y nuevas, el vacío que todos advertían en nuestra historia literaria del último siglo. Nadie había acometido hasta entonces la difícil y fatigosa empresa de explicar cómo se había verificado la transformación de las letras españolas; tan libres, tan *nacionales* en el siglo de oro; tan encadenadas, tan *extranjeras* en la época de la decadencia y de la imitación.

Aquella favorable acogida por parte de los doctos y del público, en vez de entibiarse con el transcurso del tiempo, se ha aumentado, á medida que se ha ido desarrollando la afición á los estudios históricos de la civilización literaria de nuestra patria.

Este libro no necesita encomios. Nos ha parecido, sin embargo, grato y oportuno consignar aquí algunas de las espontáneas y señaladas muestras de estimación que insignes escritores han tributado á la presente HISTORIA.





JUICIOS CRÍTICOS

ACERCA DE LA OBRA.

I.

DEL EXCMO. SR. D. JUAN VALERA.

(*Poetas líricos del siglo XVIII.—Revista de España*, núm. 44, 25 de Diciembre de 1869.)

«Contrayéndonos, en España, al período prosaico ó de desmayo de la poesía en el siglo XVIII, y al inmediato florecimiento, cuyas causas nos hemos atrevido á exponer, no se ha de negar que el tomo LXI coleccionado é ilustrado por el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, y sobre todo, la erudita, discreta y juiciosa *Historia* que va al frente, llenan por completo un gran vacío que en nuestra historia literaria se notaba, y derraman abundante luz sobre una época tan moderna de nuestra poesía nacional, y tan me-

recedora de estudio por las grandes revoluciones y cambios que en dicha época ha sufrido la poesía.

»No tenemos la intención de seguir punto por punto al Sr. de Cueto, haciendo un resumen ó extracto de su obra. Esto sería decir mal y atropelladamente lo mismo que él dice con orden, claridad, método y reposo. Lo que sí diremos es que su *Historia* da una idea exacta y cumplida, no sólo de la poesía lírica española, sino de nuestra civilización y de nuestro modo de pensar y de sentir durante el siglo pasado y principios del presente. Así destruye el Sr. de Cueto, con la sencilla narración y exposición de los datos, y con su crítica juiciosa y atinada, muchas preconcepciones ó exageraciones, al través de las cuales veíamos por lo común nuestra historia literaria de dicho período, y nos presenta de él un fiel y bien trazado retrato. Fijando la vista en él, creemos que pueden resolverse con acierto algunas dudas ó cuestiones importantes. Son las primeras las que siguen: ¿Hasta qué punto hubo solución de continuidad en la historia de nuestra cultura con la adopción del gusto francés, con la sujeción á sus reglas y la imitación de sus autores? ¿Cuáles fueron los resultados malos y buenos de esta revolución literaria?

»Indudablemente, el Sr. de Cueto, sin mostrar á ello ninguna propensión, antes por el contrario, juzgando con suma severidad á los autores, nos da una idea más aventajada de la que vulgarmente se tiene

del estado de nuestra cultura y de nuestra poesía, al expirar el siglo XVII, y casi con él el infeliz Carlos II y la dinastía austriaca. El movimiento literario y la serie de poetas, desde fines del siglo XVII hasta que Luzán y sus parciales introdujeron el gusto nuevo, no merecen tanto desprecio.

. . . .

. . . .

»Mucho más conocido ya todo el período de nuestra historia literaria desde la reforma de Luzán, no seguiremos extractando la discreta y eruditísima obra del Sr. de Cueto, de apacible é instructiva lectura. Contentémonos con recomendarla y remitir á ella á nuestros lectores, si, merced á lo claro de la narración, á la abundancia de noticias y á la imparcialidad y elevada crítica del Sr. de Cueto, quieren formarse una idea completa y exacta de nuestra poesía lírica durante el siglo pasado y los principios del presente.»

II.

DEL ILMO. SR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

(*Horacio en España*, Madrid, 1869.)

«La sátira de *Jorge Pitillas* abunda en reminiscencias de Boileau, tanto como de los satíricos antiguos, y es de los primeros y más señalados ejemplos de la

influencia del gusto francés entre nosotros. Este hecho indudable ha sido puesto en claro por el doctísimo académico Don L. A. de Cueto, en su *Historia Crítica* de nuestra poesía lírica en la centuria pasada.»

. . . .

. . . .

«Sigamos los progresos de la escuela sevillana en su glorioso renacimiento..... No pertenece á nuestro objeto estudiar las causas de aquel movimiento de restauración *herreriana*, ni describir tampoco el lamentable estado de las letras andaluzas, cuando los poetas y críticos de Sevilla comenzaron su tarea.

»Sabido es todo esto, gracias á los excelentes trabajos del Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto (Marqués de Valmar), historiador sagaz y eruditísimo de la poesía castellana del siglo XVIII.»

III.

DEL MISMO SR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

(*Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, 1890.)

«La poesía lírica de los dos siglos de oro aparece muy pobremente representada en una *Biblioteca* tan vasta como la de Rivadeneyra, con solos dos volúmenes, cuando la del siglo XVIII ocupa tres nada

menos..... Por virtud de tan extraño fenómeno, quedaron excluídos de figurar en aquel monumento poetas tales como el bachiller Francisco de la Torre, el capitán Aldana, Hernando de Acuña, Rey de Artieda, Gregorio Silvestre y otros innumerables, ó sólo aparecieron representados por muestras insignificantes.

»En cambio, fué esplendorosísima la fortuna de los poetas del siglo XVIII, confiados á la suma diligencia y tenaz perseverancia del delicado crítico D. Leopoldo Augusto de Cueto (Marqués de Valmar), conocedor profundo del período literario que le tocó ilustrar, y hábil sobremanera para proporcionarse gran número de noticias y documentos, y exponerlo todo luego en forma elegante, anecdótica y amena. Nada ó casi nada de lo que merece vivir en la era poética que precedió inmediatamente al romanticismo quedó olvidado: quizá la tercera parte de la colección se hizo con materiales inéditos, y en vez de las secas y algo superficiales noticias que los poetas de los siglos XVI y XVII llevan, lograron sus humildes y desdeñados sucesores extensas biografías, notas críticas de todo género, y además un copioso estudio preliminar, que es una verdadera historia, quizá la mejor y más completa que tenemos de ningún período de la literatura española. Obra es ésta que transciende con mucho de los límites de una apreciación puramente literaria, y llega á penetrar en la historia moral de aquel siglo, tan ceremo-

nioso y tranquilo en la superficie, tan agitado y revuelto en el fondo.

»Si en el magnífico trabajo del Sr. de Cueto puede una crítica muy adelgazada reparar algunas omisiones de poca monta, que sólo se hacen visibles por lo mismo que el autor parece haber apurado la materia, nadie ha de negar al egregio colector el lauro de la investigación honrada y pacientísima, del buen juicio constante, del gusto templado y fino, que en algunos casos contrasta con vigor las opiniones generalmente recibidas, abriendo nuevos rumbos á la crítica, y desagraviando plenamente las sombras de algunos ilustres varones, á quienes sólo el haber nacido en una época de transición obscura y laboriosa, impidió ser contados entre los más ilustres de su patria.»

IV.

DE LA AMÉRICA LATINA.

(Periódico de Bruselas.—15 de Enero de 1870.)

«Creemos comunicar una agradabilísima noticia á nuestros lectores de América, dándoles conocimiento de una reciente y magnífica obra, cuyo éxito en España ha sido tan grande, que en breve se hará en París una nueva edición de ella.

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

Tomo LXI.

»Mucho tiempo ha que esperaban los amantes de las letras un nuevo tomo de la *Biblioteca de Autores Españoles.* Acaba de publicarse el LXI, que es por cierto uno de los que más honran el objeto grande y nacional que se propuso el animoso y perseverante editor D. Manuel Rivadeneyra. Contiene la primera parte de los poetas líricos del último siglo, y va precedida de un extenso y concienzudo estudio, titulado *Historia crítica de la Poesía castellana del siglo* XVIII, escrita por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.

»Años enteros de trabajo y de investigaciones ha debido costar al Sr. de Cueto reunir, deslindar, escoger y juzgar el cúmulo de materiales literarios, confusos, raros y olvidados de aquel siglo de lucha y de transformación. La fortuna ó la perseverancia, probablemente ambas cosas juntas, han traído á manos del Sr. de Cueto muchos autógrafos en verso y prosa del Conde de Torrepalma, de Montiano y Luyando, de Fr. Diego González, de Meléndez, de Forner, de Arjona, de Estala y de otros ilustres escritores del siglo anterior. Con este precioso caudal de auténticas y curiosas noticias, y versado en la crítica elevada que tuvo su cuna en la docta Alemania, ha logrado el Sr. de Cueto dar orden y luz al

intrincado laberinto de las letras castellanas de aquella época confusa, en que el gusto literario, libre y espontáneo de los españoles, fué vencido y reemplazado por el gusto artificial de la escuela seudoclásica francesa.

»Las vicisitudes de este cambio, que constituyen un período trascendental de la historia intelectual de la España moderna, no habían sido hasta ahora estudiadas con el detenimiento y profundidad crítica que el asunto requiere. El Sr. de Cueto ha llenado este vacío con una imparcialidad y una conciencia que no se usa mucho en la literatura de nuestros días, en que la frivolidad mundana por un lado, y la cavilación política por otro, dejan poco sosiego y poco ánimo para consagrarse con serenidad y constancia á los afanes literarios. Siguiendo, á lo que nos parece, el sistema de narración histórica de los Villemain, de los Barante y de otros esclarecidos críticos de nuestro tiempo, el crítico español presenta siempre unidos al autor, al hombre y á la sociedad en que vive. Curiosidades literarias, anécdotas, aclaración de dudas históricas como la del seudónimo del satírico *Jorge Pitillas;* comparaciones de la literatura española con las literaturas extranjeras, cartas autógrafas de escritores famosos, nada ha omitido el Sr. de Cueto para hacer interesante y provechosa la lectura de su obra. Su crítica es acaso por demás severa cuando juzga el mérito absoluto de las obras de ingenio del pasado siglo;

pero al lado de estos juicios pone siempre otros del valor relativo, y en estos momentos se muestra indulgente y completamente imparcial.»

En suma: al oir recordar de un modo claro y animado la vida y las obras del doctor Torres, de Gerardo Lobo, de Benegasi, de Fr. Juan de la Concepción, de Villarroel y de innumerables escritores de los reinados de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, brillantes entonces y olvidados ahora, nos parece que vuelve á la vida un mundo intelectual que había muerto para la edad presente. Y, sin embargo, ese mundo es padre del actual, tan engreído con sus adelantamientos morales, sin advertir que éstos, en su mayor parte, no son sino dudas y azarosos ensayos. He aquí lo que dice sintéticamente el autor:

«La crítica extranjera dominó en el siglo XVIII las letras españolas, porque éstas habían perdido su propia virtud, pura y genuina. La poesía, apocada y humilde, se contentaba por lo común con gimnasia de ingenio ó con la observancia de formas aprendidas, porque la nación no tenía, como en otro tiempo, íntimos impulsos y grandes sentimientos que despertasen su entusiasmo. Destellos, y nada más que destellos del verdadero espíritu español hay en los versos de D. Nicolás Fernández de Moratín, de Iglesias, de Fr. Diego González y de algún otro. En las tendencias elegantes, primorosas ó filosóficas de Meléndez, de Jovellanos, de Cienfue-

gos, de Moratín (Leandro), de Iriarte, de Gallego, de Lista y de los demás poetas imitadores de aquel tiempo, transciende más el espíritu europeo que el sabor privativo de la tierra española. Hasta que Quintana siente enardecida su alma por el entusiasmo sincero de la patria, no produce el siglo XVIII un poeta lírico verdaderamente nacional.»

La obra del Sr. de Cueto es sin duda un libro importante para la historia de la civilización literaria de España. Nos atrevemos á aconsejarle que haga de ella una edición separada, á fin de que llegue á ser tan conocida como merece, y cunda entre la juventud española la sana enseñanza histórica y crítica de que hay abundante copia en todos los capítulos.

V.

DEL EXCMO. SR. D. MANUEL SILVELA.

(*De la influencia ejercida en el idioma y en el teatro español por la escuela clásica.*—Discurso leído en la Academia Española el día 25 de Marzo de 1871.)

«Al contrario de lo que en la nación francesa acontece, donde el siglo XVIII parece el predilecto de sus historiadores, entre nosotros apenas se conocen los sucesos, ya políticos, ya literarios, que llenaron el mismo período: así que considero como

un eminente servicio prestado á la historia literaria de España el erudito trabajo que, con el título de *Historia crítica de la Poesía castellana* en *el siglo* XVIII, aparece al frente del tomo LXI de la *Biblioteca de Autores Españoles;* trabajo que, honrando á su autor (D. Leopoldo Augusto de Cueto), honra también á la ACADEMIA ESPAÑOLA, que le cuenta entre sus individuos.»

VI.

DE D. MANUEL DE LA REVILLA Y D. PEDRO DE ALCÁNTARA GARCÍA.

(*Principios de Literatura general é historia de la Literatura española;* t. II, lec. LVII.)

«La *Historia crítica de la Poesía castellana en el siglo* XVIII, por D. Leopoldo Augusto de Cueto, fué publicada en el tomo LXI de la *Biblioteca de Autores Españoles*, que es el primero de los que contienen las obras de los poetas líricas de dicha centuria.

La obra del Sr. de Cueto, que hemos estudiado con detenimiento, es excelente, y, sin duda, lo mejor y más completo que tenemos respecto de la materia sobre que versa.»

VII.

DE MONSIEUR ALFRED MOREL-FATIO, SECRÈTARIO DE «L'ÉCOLE DES CHARTES» EN PARÍS.

(*Revue Historique*.—Janvier.—Avril, 1879, t. IX, página 192.)

Al hablar del Marqués de la Ensenada, dice así: «Le dix-huitième siècle espagnol est encore mal connu.

»Il faut se contenter de monographies; en dehors de quelques écrits, en partie publiés par des étrangers, sur le règne de Philippe V, de l'*Histoire de Charles III*, par Ferrer del Río et de l'*Histoire critique de la Poèsie castillane au XVIIIe siècle*, remarquable étude de M. de Cueto sur la poésie de l'époque, qui est une histoire des idées en même temps qu'un tableau littéraire.»





HISTORIA CRÍTICA

DE

LA POESÍA CASTELLANA

EN EL SIGLO XVIII.

CAPÍTULO PRIMERO.

DECADENCIA POLÍTICA DE ESPAÑA AL TERMINAR LA DINASTÍA AUSTRIACA.—POSTRACIÓN ARTÍSTICA É INTELECTUAL.—CORRUPCIÓN DE LA POESÍA LÍRICA.—CARÁCTER ANÁLOGO QUE TOMAN LOS EXTRAVÍOS LITERARIOS EN LAS DECADENCIAS NACIONALES.—SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.—MONTORO.

CARLOS II expiró el día 1.° de Noviembre de 1700.

Por una coincidencia harto rara, caminaron esta vez rigurosamente enlazadas la historia y sus divisiones cronológicas. Al fenecer el siglo XVII arrastró consigo ante el tribunal de la posteridad á la casa de Austria, la cual pasó sobre España como espléndido meteoro, que empieza deslumbrando

y acaba destruyendo y aniquilando. Ambiciosa y grande primero; después grande, pero recelosa y sombría; más adelante irreflexiva y frívola; y al cabo indolente y supersticiosa, formó, en no largo espacio, una imagen cabal de la grandeza y de la postración de los estados.

Tal vez no haya ejemplo, en la historia de las decadencias nacionales, de un cuadro más desventurado que el que presenta España en los últimos años del siglo XVII y en los primeros del XVIII. No hay nación alguna que haya expiado tan recia y apresuradamente los engreimientos de su pueblo y los yerros de sus monarcas. La casa de Austria, ciega y desalumbrada con los triunfos de su primer período, y enredada en su dominación, tan vasta como heterogénea, condujo la monarquía española, como por una fatal pendiente, al más lastimoso paradero. En todo el siglo XVII, y singularmente en el reinado de Carlos II, la sociedad española se iba disolviendo lentamente, y desmoronándose piedra á piedra el magnífico edificio de su grandeza en el glorioso siglo XVI. *Dios*, *el Rey*, *el honor*, las tres palancas poderosas que removían y levantaban los ánimos en aquella nación de soldados, de caballeros y de poetas, perdían su fuerza ó torcían y desnaturalizaban su impulso. Hasta la fe no era ya la luz divina que tan pura y vigorosa habían llevado nuestros conquistadores á las inexploradas regiones de América y de Asia: se había anublado algún tanto con

escrúpulos supersticiosos, de los que ofuscan el entendimiento y turban la conciencia.

Desviada la nación de la senda política y administrativa que en el movimiento general de la civilización europea le señalaban sus peculiares circunstancias, no perdió su vitalidad nativa, porque ésta no muere fácilmente en razas de tan robusto temple; pero quedó en aquel tiempo como embargada y adormecida.

La historia literaria, que entonces, como siempre, caminaba al lado y al impulso de la historia política, no presenta un aspecto menos lamentable y vergonzoso. La esterilidad intelectual ha de reinar irremediablemente allí donde la sociedad entera ve cegadas las fuentes de su actividad y de su gloria. Las letras, pobres y desnaturalizadas como la nación que las producía, habían caído en un abismo verdadero de afectación y de artificio, y, como no podía dejar de suceder, las ciencias y las artes habían venido á parar al mismo lastimoso estado de agonía en que se hallaba, herida de una decrepitud precoz y acelerada, la lozana y esplendorosa monarquía de Isabel la Católica, de Carlos V y de Felipe II. La poesía lírica, flor delicada de épocas tranquilas y risueñas, ó centella ardiente de tiempos borrascosos, ¿cómo había de prosperar en una atmósfera sin luz, sin vida y sin calor? No canta ya los sentimientos, las ideas, los recuerdos y las ilusiones nacionales. Había quedado reducida á un enredado y monó-

tono laberinto de ridículos conceptos, de narraciones chocarreras, de monstruosas hipérboles, de agudezas sin intención ni alcance moral, de alambicamientos peregrinos, expresados en frase más peregrina todavía. Hasta la poesía religiosa, que no vive sino con la dignidad del pensamiento, con la sencillez de la expresión, con la magnificencia de las imágenes, se hallaba pervertida y ahogada en aquel raudal de retruécanos y de trivialidades. De ello dan claro testimonio el cúmulo de villancicos chabacanos, y alguna vez indecorosos, que inundaban el pais entero, y las poesías sagradas familiares de Montoro y de tantos otros, que lastimaban la majestad de la religión y la veneración que se debe á las cosas del cielo.

Las épocas de verdadera grandeza y espontaneidad literaria son raras y efímeras en la historia de todas las naciones. Nuestra alta poesía nacional, esencialmente épica y dramática, pasó con los romanceros y con el opulento y magnífico teatro español del siglo de oro. La musa estrictamente lírica, salvas escasas excepciones, no tuvo nunca, ni aun en sus más brillantes períodos, el sello de la creación nativa, el brioso y absoluto desembarazo que acompañan siempre á la literatura profundamente original. La antigüedad pagana, Provenza y Cataluña, Italia, Francia en épocas posteriores, asoman, en más ó menos embozada manera, en casi toda nuestra poesía lírica; y hasta en aquellas com-

posiciones que, inoculado, por decirlo así, el gusto extranjero en el ánimo del poeta, están revestidas de formas tan fáciles y naturales, que parecen á los inadvertidos emanación genuina del estro castellano.

Si bien con agravantes alteraciones, reinaba cual nunca en las letras españolas el depravado gusto de los *conceptistas* y de los *cultos*, que tanto habían contribuído á arraigar en nuestro suelo Ledesma, Gracián, Góngora y otros deliberadamente, y grandes ingenios como Lope de Vega (1), Calderón y Quevedo, que al paso que condenaban por reflexión é instinto tales extravíos, se rendían de cuando en cuando, y como á pesar suyo, á la influencia invasora del contagio.

Importante sería para la historia literaria de nuestro país desentrañar las causas más ó menos visibles é inmediatas de aquel desvío del buen gusto y del recto sentido; desvío que trascendió con seducción irresistible á la poesía, á la historia, al púlpito, á la sociedad entera.

No cuadra á nuestro especial objeto entrar am-

---

(1) Son curiosos documentos, para la inteligencia de esta cuestión, la *Censura de Lope de Vega Carpio*, impresa en su *Filomena* (1621), sobre la poesía culta, y *Respuesta del licenciado Diego de Colmenares*, de Segovia, 13 de Noviembre de 1624; con la réplica de *Lope* impresa en *La Circe*, año de 1624, y la contestación de aquél, 23 de Abril del mismo año de 1624.

pliamente en este interesante examen relativo á épocas anteriores. No podemos menos, sin embargo, de hacer notar cuán mal comprendido fué en las contiendas críticas del siglo XVIII el verdadero origen y la índole peculiar de aquella corrupción literaria, cuya eficacia dejó en las letras españolas rastros tan profundos, que tal vez duran todavía. Al recordar las ruidosas polémicas sustentadas en Italia acerca del *cultismo* por Bettinelli, Tiraboschi, los abates Andrés y Lampillas, y otros literatos esclarecidos, los hombres de la edad presente nos sorprendemos del fervor exorbitante que se empleaba en tales controversias, á par que de los argumentos especiosos ó mal asentados, que tomaban el carácter sofístico y los ímpetus de la pasión.

Errando el camino de la verdadera crítica filosófica, y olvidando la grave y severa sencillez que habían manifestado en felices tiempos los principales escritores españoles, achacaban los italianos á España la corrupción del buen gusto en las letras europeas, desde la antigüedad romana; y presentaban esta corrupción como una dolencia crónica, inherente al suelo y al clima de España, que había inficionado á Italia en la época de su dominación. Voluminosos libros se escribieron con tan estéril y enfadoso designio. Réplicas igualmente briosas y eruditas se escribieron asimismo, mereciendo la palma entre ellas las del abate Andrés y del jesuíta catalán D. Francisco Javier Lampillas. Pero ni las

acriminaciones intempestivas, ni las doctas investigaciones alcanzaron á iluminar con luz clara y cabal el objeto de la reñida controversia. Los italianos se empeñaban sin tino en atribuir meramente á tendencias nacionales lo que sólo podía y debía explicarse por las leyes fatales de las decadencias literarias. Por aquellos mismos tiempos en que tan preponderante se hallaba en España la perversa manía del *gongorismo*, Inglaterra, cuyas influencias de raza, de clima y de costumbres difieren tan esencialmente de las influencias análogas de España, se hallaba inundada por el torrente del *eufuismo*, jerigonza simbólica, compuesta de metáforas y conceptos, que podía disputar á los *conceptistas* italianos y españoles la palma de la extravagancia. Escasos hubieron de ser á la sazón el roce y la comunicación recíproca de las literaturas inglesa y castellana, y, sin embargo, llama la atención la semejanza de extravíos en que ambas cayeron, caminando, al parecer, por distinto rumbo. El famoso John Lilly fué en Inglaterra el legislador del estilo metafísico y figurado, como lo fué Gracián en España, como lo fué en Italia el Conde Manuel Thesauro en su *Cannocchiale Aristotèlico*. El pedantesco libro de Lilly *Euphues and his England* (1), si bien con forma dife-

---

(1) Walter Scott da clara idea de las extravagancias del *eufuismo* en su novela *El Monasterio*.

rente, es digno compañero de *Agudeza y Arte de ingenio*, y otros códigos del estilo *culto*.

A causas generales, que se ven patentes en ciertos períodos de la historia literaria de todas las naciones, y no á influencias determinadas y locales, hay que atribuir los grandes vicios que, en tiempos infelices, alteran y depravan las letras.

Entre las lucubraciones tenebrosas de Lycofrón, el Góngora de la corte de los Tolomeos (1); las afectadas metáforas de los poetas de Bizancio, que cultivaban los *acrósticos* y otros juegos de forma que habrían figurado dignamente en la *Poética* de Rengifo; el lenguaje alambicado de Marcial, las declamaciones de Juvenal, el aparato ostentoso de imágenes y de relumbrantes palabras de Lucano y de

(1) Fué Lycofrón uno de los poetas de la *Pléyade alejandrina*. Su famoso poema *Casandra*, en el cual un soldado refiere á Príamo las fatídicas revelaciones de la profetisa acerca de la ruina de Troya, ha sido siempre considerado como una obra confusa y enigmática, así por el lenguaje como por el estilo y por los recuerdos de tradiciones mitológicas, de la genealogía de los héroes, de invenciones desconocidas y de geografía prehistórica. El soldado dice, al empezar su enmarañado monólogo, que la voz de Casandra se asemejaba á los infaustos acentos de la Esfinge. Estacio llama á este extraño poema «el dédalo del sombrío Lycofrón». J. Scalígero se atrevió á traducirlo en versos latinos. En nuestra época lo ha vulgarizado el helenista M. Dehèque, en su versión francesa, con luminosas notas. París, 1853.

Claudiano (1); el *eufuismo* de Inglaterra, el *conceptismo* de Ledesma, el *culteranismo* de Góngora, las primorosas y cortesanas sutilezas del caballero Marini, la afectación de la *plèyade* francesa del tiempo de Luis XIII, y, por último, el *bel-esprit* de las *Précieuses* del Hôtel de Rambouillet y de la refinada corte de Sceaux, hay afinidades incontestables, lazos visibles, que los hermanan y confunden. Son consecuencias, más ó menos semejantes, de una de dos causas: ó una civilizacion literaria en embrión, ó una cultura intelectual degenerada. La hinchazón y el simbolismo á la usanza oriental asoman en las letras griegas cuando pierden éstas su espontaneidad y su fuerza. Del mismo modo, la literatura enfática é hiperbólica de los árabes deja en las naciones occidentales un rastro tradicional tan hondo y tan tenaz, que no sólo reina en largos é importantes períodos del Renacimiento y de la era mo-

---

(1) Ces *contorsions littéraires* qu'on appelait la poésie de l'époque. (D. Nisard, *Les poètes latins de la décadence.*)

La *Farsalia* encontró en Francia un traductor en verso, Guillaume de Brébeuf, que tuvo la deplorable habilidad de extremar (con gran contentamiento del público) la extravagante exageración de pensamiento y de expresión en que incurre á menudo el insigne poeta de Córdoba. Boileau no se dejó arrastrar por el torrente de la moda, y ridiculizó en el canto 1.º de su *Poética* el altisonante é hinchado estilo de Brébeuf.

derna, sino que, cuando parece borrado irrevocablemente por el gusto y el buen sentido, renace de improviso en la lira de Víctor Hugo y de otros poetas de imaginación exuberante.

Carlos II, juguete de ambiciosos cortesanos, caminando en todo sin norte y sin constancia, indeciso, obcecado, moribundo, fué lamentable emblema de su propio reinado. En esta época de transición y de marasmo no hay que buscar poesía que merezca tal nombre. El pensamiento no vuela á los espacios sublimes del idealismo; no entiende ni analiza los impulsos generales de la humanidad, ni los privativos de la patria; no se concentra en la emoción individual, de donde brotan el placer, el éxtasis, el llanto; no sabe siquiera describir con sinceridad, pintar la naturaleza con los colores vigorosos que reflejan la admiración y el entusiasmo. ¿Qué ha de ser, pues, una poesía donde no hay ni pasión, ni verdad, ni fantasía; donde no palpita la vida humana ni en sus manifestaciones abiertas y expansivas, ni en su movimiento íntimo y personal? Ha de convertirse necesariamente en evoluciones complicadas, de falso ingenio y de enredada forma, en juegos mecánicos semejantes á primores de taracea. En una palabra, no es la poesía de las imágenes nobles y verdaderas, de los arranques del corazón, de los sentimientos briosos y levantados; es la poesía de los *laberintos*, de los *acrósticos*, de los *ecos*, de las *paranomasias*, de los *retrógrados*, y de otros ruines

entretenimientos de literaturas estragadas (1). Las literaturas nacientes adolecen á veces de esta afición á los juegos pueriles de la forma. Testimonio dan de ello las canciones de los trovadores provenzales y las filigranas métricas de Baena, de Villasandino y de otros poetas castellanos de los siglos XIV y XV (2). ¡Triste semejanza tienen en la poesía española la infancia y la decrepitud!

La afición al lenguaje metafórico, que en los tiempos prósperos del *cultismo* avasallaba á la Europa literaria, había nacido acaso también, en gran parte, de los afectados refinamientos de la sociedad

---

(1) En la poesía griega y latina de las épocas de decadencia hay ejemplos increíbles de esta extravagante manía. Símmias, de Rodas, escribe á la *zampoña*, y cifra todo su conato en que los versos escritos representen la figura de este instrumento pastoril. Los poetas latinos escriben versos *anacíclicos*, esto es, versos cuyas letras dicen lo mismo leídas por la izquierda que por la derecha, como éste:

Roma tibi subito motibus ibit amor.

Más adelante se hicieron versos tan ridículos como el siguiente:

Lex, rex, sol, dux, fors, lux, mors, spes, pax, peira, Christus,

cuyo extraño mérito consiste sólo en que con sus palabras pueden hacerse 3.628.800 combinaciones.

Podría formarse una lista interminable con ejemplos de extravagancias semejantes. — (Véase á César Cantú, *Documentos de filosofía y literatura.—Poemas difíciles.*)

(2) Véase el *Cancionero de Baena.*

cortesana, animada por la galantería caballeresca, que el renacimiento había creado con las formas exageradas, propias de una civilización nueva, que pugna por romper apresuradamente las cadenas de la barbarie. El *culteranismo* y el *conceptismo*, antes de convertirse en escuelas literarias, estaban ya en su esencia en los libros de caballería, y Cervantes, al ridiculizar los delirios y el lenguaje enfático de aquellos libros singulares, ayudaba grandemente á la sana crítica literaria.

Pero aquellas hipérboles extravagantes, aquellas adulaciones novelescas, aquellas frases hinchadas y campanudas halagaban la imaginación de la gente cortesana, así en la Inglaterra de Isabel como en la España de los monarcas austriacos. El estilo figurado era como blasón de personas cultas ó encumbradas, y éstas, no contentas con metáforas manoseadas, como las de *volcán, lumbres, ébano*, para expresar el corazón, los ojos, los cabellos, se afanaban por dar tormento á las palabras y á las ideas, á trueque de pasar por elegantes y discretas. Llamar las cosas por su nombre, usar frases limpias y llanas, llegó á parecer vulgaridad. Los poetas, que nunca se sustraen completamente á las influencias políticas y sociales, se rindieron fácilmente á las seducciones de la moda aristocrática, y hasta los de más sano instinto pagaron tributo, á pesar suyo, á aquella dominación bastarda. Á la forma sencilla y pura de la *verdad* y de la *belleza* se sustituyeron,

primero con el ejemplo, y después con autoridad dogmática, voces peregrinas, circunloquios pomposos, intrincados conceptos. Góngora y Gracián creían reformar la literatura, engrandecer el campo de las ideas, ennoblecer el idioma patrio; el caballero Marini (1) miraba con lástima al severo y cuerdo Malherbe; y lo más extraño es que todos se juzgaban innovadores, cuando en realidad no hacían más que retroceder á épocas más ó menos remotas. Naciones había que blasonaban de inventoras del malhadado estilo *culto*. Portugal entre ellas. Manuel de Faria y Souza, el comentador de Camoens, atribuía esta triste gloria nada menos que al rey Don Sebastián (2). Los estragos del mal gusto en el suelo castellano fueron rápidos é irreparables. La violencia del sentido en las frases, la puerilidad de los retruécanos, lo enmarañado y sutil de los circunloquios, habían llevado, al parecer, la poesía á los límites extremos de la depravación. Y sin embargo, ¡quién lo imaginara! aun cabía mayor degeneración en aquel lamentable estado.

En los últimos tiempos del siglo XVII, una nueva decadencia vino á corromper y precipitar más, si

(1) De Marini decía el abate D. Juan Andrés: «No podrá leer seguidamente *L'Adone* quien no tenga pervertidos el gusto y el corazón.»

(2) «El rey D. Sebastián fué el primero que escribió en el estilo que hoy llaman culto, como consta de algunas composiciones suyas en prosa *difícil*.»

era posible, la decadencia misma. El *culteranismo* se transformó. Ya no era la secta extraviada, pero ardiente é ingeniosa, que aspiraba á realzar la literatura con esfuerzos y con artificios, como la mujer que, poco confiada en sus verdaderas perfecciones, intenta acrecentarlas con afeites y complicados atavíos. Era una musa envejecida, que ha perdido la belleza y el donaire, y quiere reemplazar la una con repugnantes cosméticos, y el otro con equívocos y descaro.

Cáncer, León Marchante, Montoro, Sor Juana Inés de la Cruz son, al terminar el siglo XVII, los más célebres representantes de esta musa degradada, que canta porque se divierte, y no porque siente ó porque admira. La monja de Méjico es, entre estos poetas, la que recibió del cielo, no estro mucho más encumbrado, sino más pura tendencia y sensibilidad más delicada. En edad para las letras venturosa, habría tal vez legado á la posteridad brillantes frutos de su ingenio y de su corazón. Ahogada su inspiración en aquella atmósfera corrompida, sólo ha dejado en el cúmulo de sus versos líricos y dramáticos, algunos destellos de fantasía, algunos rasgos de la agudeza femenil, á que nunca alcanza el numen de los hombres (1).

---

(1) La Madre sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa del convento de San Jerónimo de la ciudad de Méjico. Nació en la Alquería de San Miguel de Nepan-

Fué inmenso su renombre; mayor, sin duda, que su verdadero merecimiento. Pero no es dable negar que habia en su entendimiento, y hasta en su carácter, prendas de no común valía. La resolución, el sentido analítico, la firmeza de varonil dialéctica, y hasta la erudición teológica con que se atrevió á criticar (sin menoscabo de los debidos miramientos) el sermón *De las finezas de Cristo*, de un ilustre orador sagrado, el P. Antonio de Vieyra, de la Compañía de Jesús, llamó grandemente la atención de sabios sacerdotes y prelados. Desde entonces fué juzgada con admiración, y hasta con respeto, la singular aptitud literaria de la ilustre escritora.

Su talento dramático está distante de la creación transcendental de los grandes ingenios de la escena española; pero las comedias que escribió (*Los Empeños de una casa; Amor es más laberinto*, de ésta sólo las jornadas 1.ª y 3.ª) no desmerecen, por el movimiento de la trama, la ingeniosidad del diálogo y la soltura de la versificación, de las obras dramáticas de segunda línea, que acogía benévolo el pueblo español de aquellos tiempos.

---

tla, á doce leguas de Méjico, el 12 de Noviembre de 1651. Murió el 17 de Abril de 1695, en el convento de San Jerónimo de aquella ciudad.

Sus *Poemas*, Zaragoza, 1682-1725, 3 tom., 4.°

En el tomo XLII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, pueden verse muestras de la poesía *discreta* de esta mujer extraordinaria.

Aun cuando en sus poesías jamás falta la admirada Sor Juana á las leyes de la pureza y del decoro, al cabo, tantas sutilezas amorosas y tanta jovial independencia en escribir sobre asuntos mundanos, hubo de parecer inadecuada libertad en el recogimiento del claustro; y, según refiere la misma religiosa, «una prelada, muy santa y muy cándida, le mandó que no estudiase».

«La obedecí (dice la humilde monja) en cuanto á no tomar libro; en cuanto á no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal.»

Del noble instinto intelectual de Sor Juana brotaba esta hermosa estética de la inspiración de la naturaleza. ¡Ojalá no se hubiera dejado cautivar por la artificial y perversa estética del *cultismo* de Góngora, á quien hacía gala de imitar! (1).

Si esta mujer insigne no ha dejado un rastro luminoso de alta gloria en la historia literaria de nuestra patria, su nombre despierta siempre en la posteridad honroso recuerdo de su claro entendimiento y de sus virtudes morales (2); y si aquí pa-

(1) En su poema *El Sueño* intentó imitar las *Soledades* de Góngora.

(2) Su modestia era grande y sincera. Al ver llegar de Europa tantas desmesuradas alabanzas de sus escritos, le ocurrió dedicar un romance á sus encomiadores, en el

ramos ahora tanto la atención en este recuerdo simpático, es porque consideramos á la famosa *Monja de Méjico* como uno de los más visibles ejemplos del estrago que en el siglo XVII llegó á causar la moda insensata de los alambicamientos de frase y de idea, y de las antítesis y metáforas exuberantes y ridículas; cegando las fuentes del gusto sano y depurado, y esterilizando las facultades creadoras de entusiasmo y de emoción poética que Dios había otorgado á entendimientos superiores.

---

cual se manifiesta, antes que el agradecimiento, la genial desconfianza que tenía de sí misma. He aquí algunos versos:

. . . .
¿De dónde á mí tanto elogio?
¿De dónde á mí encomio tanto?
¿Tanto pudo la distancia
Añadir á mi retrato?
¿De qué estatura me hacéis?
¿Qué coloso habéis labrado,
Que desconoce en su altura
Del original lo bajo?
No soy yo lo que pensáis;
Sino que allá me habéis dado
Otro sér en vuestras plumas,
Y otro aliento en vuestros labios.....
Vergüenza me ocasionáis
Con haberme celebrado,
Porque sacan vuestras luces
Mis faltas más á lo claro.»
. . . .
. . . .

Este romance fué la última composición poética de sor Juana. Se encontró autógrafa (sin acabar) entre sus papeles.

La chocarrería y la trivialidad de los asuntos que solían ser objeto de los cantos líricos de aquella época, fueron extremadas, y sólo comparables á la vulgaridad del estilo. En los tiempos de la decadencia romana, los asuntos ridículos, triviales, monstruosos ú obscenos fueron también claras señales de la extravagancia y la abyección á que habían llegado las letras. Olvidando la noble verdad y la ática sencillez que resplandecen en los poemas del siglo de Augusto, los poetas del siglo de Nerón gastan todo el calor natural de la fantasía en frívolos ó vergonzosos pasatiempos de ingenio, de adulación ó de procacidad. Felicitaciones lisonjeras, epitalamios amanerados, insulsas ofrendas poéticas en las Saturnales, epigramas eróticos, descripciones de recetas médicas, de historia natural, de festines, de geografía; estos y otros asuntos semejantes constituían el fárrago de poesía artificial que inundaba á Roma cuando la llama de su civilización prepotente se ahogaba en las convulsiones del Imperio degenerado. Los poetas españoles, recién pasado el siglo de oro, seguían fatalmente, y sin sospecharlo, las tristes huellas de la poesía romana decadente y envilecida.

Montoro (1), más *conceptista* y *equivoquista* que *culto*, ingenio mediano y hombre cuerdo y sincero,

---

(1) Don José Pérez de Montoro nació en San Felipe de Játiva, el año de 1627. Murió en Diciembre de 1694.

demuestra con su ejemplo á dónde van á parar las letras nacionales en el descenso de su gloria. Un tomo entero de sus obras está consagrado á la lírica sagrada. Todo denota en sus versos corazón limpio y fe sincera, y, sin embargo, el sentido grave de la religión, sus inefables misterios, su edificante historia, no le inspiran sino agudezas y discreteo. Dirige á los santos sutilezas festivas, dedica chocarrerías conceptuosas á la conversión de un hereje, y, lo que es más extraño, no le ocurre, para cantar el origen del cristianismo, esto es, la imponente *pasión* del Hombre-Dios, una forma más alta y adecuada que la de unas *jácaras* chabacanas. Dice en ellas, hablando del Señor:

> Sosegó á Pedro, y le dijo:
> «Amigo, vamos á espacio;
> Que yo sé que antes de mucho
> Te ha de cantar otro gallo.»

No se burla *Montoro* de la *Pasión*, y, sin embargo, el mal gusto literario y el trastorno de los tiempos le hacen incurrir involuntariamente en una verdadera profanación. ¡Jesucristo diciendo chistes y equívocos á San Pedro en el momento solemne del más augusto y sublime de los sacrificios! ¡Cuánto han debido descaminarse las inspiraciones de la fe desde las meditaciones majestuosas de Fr. Luis de Granada y los arrobamientos celestiales de Fr. Luis de León!

En las obras que *Montoro* titula *líricas humanas*

es algo menos vulgar la inspiración (1). Los asuntos no son en general tan sandios y triviales como en

(1) Como este poeta está ya olvidado, juzgamos oportuno publicar los siguientes versos, copiados de un manuscrito, como muestra de su ingenio, de su entonación firme y de su estilo hiperbólico y conceptuoso:

Á LAS RUINAS DEL COLOSO DE RODAS.

Yaces, ¡oh maravilla de los siglos!
Mas tan sublime en tus ruïnas yaces,
Que por las bocas que te abrió el estrago,
Desmientes lo abatido con lo grande.
Causando al mundo universal asombro,
Fuiste del sol estatua venerable,
Y hoy, reducido á lástima el respeto,
Sólo del escarmiento eres imagen.
Cuanto elevó el primor de muchos años,
Precipitó la injuria de un instante,
A cuyo golpe estremecida el Asia,
Dió de sorda inquietud claras señales.....
Acaso para mérito á tus triunfos
Deshizo el tiempo tu altivez gigante;
El tiempo, aquel cuya ambición hambrienta
Los bronces come y los escollos lame.
Mas no· que si prodigio te erigieron,
Sólo por tu excelencia peligraste;
Que, aun sin malicia de las horas, siempre
Adoleció de breve lo admirable;
Y así errado presume el poderoso
En su fortuna duración constante,
Pues lo que más le constituye excelso,
Es asimismo lo que le hace frágil.
No de otra suerte en pródigo terreno
Arbol fecundo á quien de frutos graves
La abundancia feliz que le enriquece
Es carga lisonjera que le abate.
¡Ay mil veces de ti! Postrado asombro
Verán siempre en tus ruinas las edades
Porque es maligna condición del tiempo
Hacer eterno lo que juzga infame.

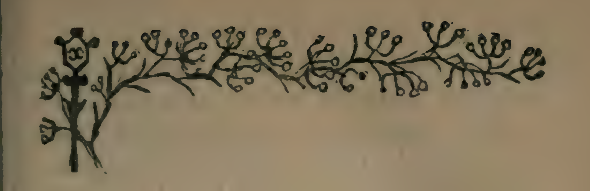
otros poetas, pero algunas veces desciende á la más vil esfera á que puede llegar el pensamiento del poeta (1). Escribió algunos versos heroicos de ampuloso linaje, y muchas poesías lisonjeras y cortesanas dirigidas á Felipe IV, á la Reina madre, á Carlos II y á varios magnates de la corte; pero, arrastrado por el impulso general, consagró principalmente su musa á *una dama que se sangró*, á otra *que se sacó una muela*, á otra *que se durmió después de cantar*, á *un zapato*, á *cuatro damas que quisieron hacerse brujas*, á *la Tarasca*, á *los rigores del abanino*, y á otras fruslerías semejantes. Suelen encontrarse en sus obras bellos versos y trozos de entonación robusta; pero todo lo desluce el afán de desplegar ingenio á todo trance, pudiendo con razón aplicarse á este poeta, como á todos los de esta desventurada escuela, aquel célebre verso, que contiene una gran verdad crítica:

L'esprit qu'on veut avoir, gâte celui qu'on a.

---

(1) Hay un soneto, cuyo asunto no nos permiten expresar el pudor y el buen gusto. Raya en los últimos límites de la obscenidad y de la chocarrería, y, sin embargo, ¡singular candor de aquel tiempo! las aprobaciones oficiales del libro declaran que no se halla en él cosa alguna *opuesta á la modestia cristiana*.

Una repugnante composición de Montoro está inspirada por una dolencia hemorroidal que padecía. Más adelante, Tafalla se complacía en describir una purga. Así se había envilecido la poesía.



CAPÍTULO II.

ADVENIMIENTO DE LA CASA DE BORBÓN. — FELIPE V QUIERE, SIN CONSEGUIRLO, IDENTIFICARSE CON LA NACIÓN ESPAÑOLA.—EN ARTES Y LETRAS PREVALECE EN LA CORTE EL ESPÍRITU EXTRANJERO.—INFLUENCIA DE LA CULTURA DEL REINADO DE LUIS XIV.—NO LLEGA POR ENTONCES AL PUEBLO ESPAÑOL. — AGONÍA DEL NUMEN LÍRICO.—DESTELLOS DE LA ENTONACIÓN ANTIGUA, PERDIDOS ENTRE LOS DELIRIOS DEL MAL GUSTO REINANTE.—ENCISO.—BERNALDO DE QUIRÓS. —DECADENCIA EN LA DECADENCIA: ÚLTIMOS LÍMITES. — POESÍA RASTRERA Y FAMILIAR. — SALAZAR Y HONTIVEROS.

A tan lamentable estado habían llegado las musas castellanas cuando subió al trono español, con el nombre de *Felipe V*, el príncipe francés Duque de Anjou. Cargada á la sazón la atmósfera política de Europa de disturbios, de recelos y de ambiciones, no presentaba á España una perspectiva de sosiego y de engrandecimiento el esclarecido vástago de Borbón. La nueva dinastía no traía en verdad al pais, ni el esplendor del poder, ni el iris de la paz; pero venía con ella la luz de la

esperanza. Hay en la vida de las naciones épocas de tanta esterilidad y desventura, que es forzoso salir de ellas á cualquiera costa y por cualquier camino. La mayoría del pueblo español sentía instintivamente la imperiosa necesidad, y recibió al nuevo rey con lealtad profunda y júbilo sincero, como una solución feliz á la enmarañada y aflictiva situación en que había quedado la monarquía al fallecimiento de Carlos II (1).—No es de este lugar recordar detalladamente las azarosas vicisitudes de aquel reinado borrascoso. La guerra de sucesión puso á prueba, así el sufrimiento de los españoles, como la entereza del Monarca. Devorada España por la guerra civil, combatida por casi toda la Europa, desmembrados sus Estados y auxiliada en su propio seno por armas extranjeras, lo cual es siempre una calamidad, no decayó jamás el ánimo constante de esta nación guerrera y esforzada.

No merece Felipe V el desmedido rigor con que le han juzgado varios escritores extranjeros, y señaladamente algunos de su propia nación (2). La posteridad no puede conceder á este rey la condescen-

---

(1) En América, donde era menos conocida la incapacidad de Carlos II, fué muy deplorada su muerte.

(2) Monsieur Villemain, de ordinario tan imparcial y tan moderado, habla de Felipe V con esta desdeñosa y áspera concisión: *Un petit fils de Louis XIV, un élève de Fénélon, avait sommeillé sur le trône, entre d'insipides frivolités et de bizarres manies, sans souci de rien d'honorable.*

diente admiración que le tributaron sin tasa muchos escritores contemporáneos; pero sería injusto desconocer que, á vueltas de sus accesos de indolencia y de hipocondría, y á pesar de no ser trascendental el alcance de su entendimiento, encerraba su alma prendas de alta valía. Su denuedo en los combates, su noble constancia en las horas de infortunio, la pureza de sus costumbres y su sana intención en favor de sus pueblos, son títulos gloriosos, de que la historia no debe prescindir. Pasados los tiempos borrascosos de la guerra de sucesión, intentó hacer penetrar en España aquella cultura artística y literaria que en su mocedad había visto resplandecer con tan radiosa lumbre en la atildada corte de Versalles. Él creó la *Academia Española* y la *Academia de la Historia;* él fomentó, con el real sitio de San Ildefonso, las artes de la elegancia y del buen gusto.

Pero, con todos estos laudables esfuerzos, las letras, que viven con la vida de la inspiración y del libre impulso nacional, no pudieron florecer en el reinado de Felipe V. Este monarca, sin embargo de su firme propósito de identificarse con la nación española, traía involuntariamente consigo un vicio mortífero para la poesía: el espíritu extranjero, que, por la virtud misma de las cosas y de los sucesos, hubo de ingerirse gradualmente en el corazón de las clases cultas y aristocráticas. El roce continuo con los ejércitos franceses poco ó nada alteraba la índole

peculiar del pueblo español, guardador obstinado de sus hábitos y de sus ideas. Pero, eclipsada por una parte, á los ojos de la crítica victoriosa entonces, la civilización religiosa y literaria de nuestro siglo de oro, y admitida con favor por la corte la influencia de la cultura pomposa y deslumbradora del reinado de Luis XIV, que toda la Europa acataba y remedaba entonces, no podía dejar de abrirse, si bien con lucha y embarazo, un nuevo camino á la actividad intelectual de los españoles. Pocas afinidades tenía en verdad esta civilización, esencialmente artificial y acompasada, con el espíritu gallardo, espontáneo y algún tanto indisciplinado que había sido alma nativa y vigorosa de la literatura castellana. Felipe V asoció con noble y sincera voluntad á la nación española su gloria, su porvenir y hasta su existencia. Pero era nieto de Luis XIV y alumno de su corte, y mal podía perder su ánimo los recuerdos y dejos seductores de la edad temprana, y asimilarse en cabal manera á una atmósfera intelectual de tan diferente y por entonces tan inferior linaje.

Luis XIV, que, en el engreimiento natural de su poder y de su gloria, no veía en la corona de España sino un elemento auxiliar de la suya, ayudaba activamente con su política y sus consejos á la conservación de las influencias de exótico origen que preponderaban en la corte española. «No os olvidéis de que sois príncipe francés», fué la primera

advertencia que el gran Monarca dirigió en tono solemne al nuevo Rey, en presencia del Embajador de España (1). Á ser dable y adecuada al carácter dominador de Luis XIV, una advertencia en contrario sentido habría sido más cuerda y más conforme á la razón de Estado. Todavía duraban en la memoria de los españoles los procederes, ya violentos, ya tortuosos, ya altivos, que Luis XIV había empleado contra España desde aquella desdichada guerra á que puso término la paz de Nimega, más deplorable para nosotros que la guerra misma. Aun humeaban, por decirlo así, Barcelona y Alicante, bombardeadas por las armas francesas (2). Recientes, inmediatos estaban los famosos convenios de El Haya y de Londres (3), que la posteridad calificó de *infames*, en los cuales, bajo la influencia de Luis XIV, y sin la menor anuencia de España, se repartía caprichosamente su corona como vil mercancía. Si la postración de ánimo, y el estupor mismo que producían tan repetidos y extraordinarios golpes, embotaban, al parecer, la sensibilidad de la nación, no apagaban las centellas del odio in-

(1) Este consejo fué repetido en las primeras instrucciones escritas que dió Luis XIV á Felipe V; instrucciones, por muchos admiradas, donde, al lado de cuerdas y elevadas lecciones, campean otras por demás extrañas ó triviales.

(2) Campañas de 1691, 1694, 1697.

(3) 11 de Octubre de 1698, 3 de Marzo de 1700.

tenso que en aquellos días profesaban los españoles á la nación francesa. Las apremiantes necesidades de la existencia política de los Estados, que con insuperable fuerza imponen el remedio, fueron la causa verdadera de que los españoles recibieran con ánimo franco á la casa de Borbón. Razones de naturaleza política, hermanadas con sanas prendas geniales de Monarca, fueron parte igualmente para que Felipe V mirase con interés y afecto por el común provecho del noble pueblo que se había echado tan confiadamente en sus brazos; pero el apego á las ideas y á las costumbres, que se infunden en el alma con la atmósfera en que se nace, así como la involuntaria antipatía que inspira cuanto de ellas se aparta, ni se desvanecieron en el ánimo del príncipe extranjero, ni se entibiaron por entonces en el espíritu del pueblo castellano.

Mozo inexperto, mal dotado por la Providencia del instinto de observación y de la entereza necesarios á los hombres de Estado, y rendido, muchas veces á pesar suyo, á la abrumadora protección de su ilustre abuelo, no pudo Felipe V evitar que interviniesen en la dirección de los negocios del Estado manos extranjeras, con mengua de nuestra nacionalidad y de nuestra gloria. Obscuros extranjeros, levantados con escándalo al puesto de consejeros de la Corona (1); los altos cargos de la Casa

(1) Orri, Alberoni, Riperdá, etc.

Real otorgados á personas, francesas ó españolas, designadas por Luis XIV; los honores más elevados y de índole nacional histórica concedidos, sin reciprocidad siquiera, á clases enteras de la nación francesa (1); la mal embozada predilección del Monarca español á los franceses (2); la admisión pública y oficial en los Consejos de la Corona de los Embajadores franceses, que solían creerse verdaderos gobernadores de la Monarquía: todo esto constituía una de las tutelas internacionales más tristes y más vergonzosas en que ha llegado á caer nación

(1) La medida de esta especie que lastimó más hondamente el orgullo de los españoles fué la que alzó á la jerarquía de Grandes de España á todos los Pares de Francia. La historia no ha olvidado la enérgica protesta del Duque de Arcos, la cual le acarreó la severidad del Soberano y el alejamiento de su corte.

(2) Llegó á tal punto, que el mismo Luis XIV creyó indispensable poner coto á este abuso, que, con su anterior política, había él mismo provocado. Así decía: «Aparta el rey Felipe de su servicio á los españoles, á causa de una preferencia sobrado manifiesta á los franceses. Diríase que sus súbditos le son insoportables..... Es necesario que ponga el Rey de España todo su conato en ganar la voluntad de sus vasallos. Si estima poco á los españoles, fuerza es que lo oculte cuidadosamente.... Su amistad á Francia debe inspirarle el deseo de que vivan en la más estrecha unión españoles y franceses. Si prefiere á éstos, se aumentará el odio de aquéllos, y harto viva es ya, por desgracia, la antipatía.» (*Instrucciones de Luis XIV á su Embajador en España*, *el cardenal d'Estrées*.)

alguna. La Francia, sin pensarlo, y llevada por el torrente de los tiempos y de las transformaciones históricas, tomaba ahora amplio desagravio de aquella era en que España regía en Francia los Estados Generales por conducto de sus Embajadores.

La influencia francesa, si bien se entronizaba con cierta violencia política en la corte española, no se infundía aún en el alma de la nación, no obstante el carácter atractivo y simpático de la civilización peculiar de la corte francesa á principios del siglo último.

La Grandeza protestaba á cada paso contra aquella invasión de allegadizos elementos de exótico origen, que apartaban de su natural asiento y camino el ser moral de la nación; y el pueblo, aunque su voz era entonces inconsistente y flaco contrapeso á la acción gubernativa de la Corona, protestaba también en vulgares sátiras, y á veces en más autorizados documentos, contra aquella preponderancia extranjera, que repugnaba á sus instintos de independencia y á sus gloriosas tradiciones.

Después de este somero cuadro, ocioso es decir que la literatura patria, y en especial la poesía, á la sazón gastada y corrompida, no podía renacer ahora con las nuevas influencias que traía la Casa de Borbón. El revuelto período de la guerra de sucesión no era tampoco tiempo de cantar; era tiempo de combatir. El pueblo había olvidado pulsar la lira,

pero no manejar las armas; y las memorables batallas de Villaviciosa y de Almansa, y la creación casi repentina de vigorosas falanges allí donde parecían agotados todos los medios de resistencia, demostraron, entonces como siempre, que la raza española está dotada para la guerra de una vitalidad poderosa, que ni el tiempo gasta, ni los reveses amortiguan.

Pero la decadencia pública, los desastres de la guerra civil, el estruendo de las armas extranjeras dentro del reino, y las influencias francesas de la corte, no podían dar vida á la inspiración literaria y al gusto depurado que sabe hermanar lo sencillo con lo grande. Las artes de inspiración son plantas delicadas, que rara vez despliegan toda su esplendorosa lozanía si no las mecen las auras de la paz, si no las calienta el sol de la patria. La poesía lírica, en vez de robustecerse y acrisolarse, descendió entonces al más pobre y abyecto estado. Puede decirse que murió enteramente, pues algunos rasgos de ingenio, como al azar sembrados en un caos de conceptos vulgares y de juegos pueriles de forma, nunca llegan á constituir aquel armonioso conjunto de altas ideas, de emociones sinceras, de formas puras y concisas, que son la esencia del verdadero numen lírico. Muchos cultivaban la poesía; algunos demostraban ingenio claro y desembarazado y fecundo; el torrente del mal gusto, unido á la falta de nobles estímulos, ahogaba sus prendas

naturales, y ni uno solo llevó á sazón los frutos de su talento (1).

La poesía castellana, en sus felices tiempos, tenía hechizo y galas cuando no tenía inspiración. Ahora ya había perdido inspiración y galas. Sin embargo, antes de pasar de esta época de absoluta degeneración á la época doctrinal, en la cual nuevas tendencias de carácter poco español iban á enseñorearse

---

(1) Luzán hace del Padre maestro Jerónimo Pérez de los Agonizantes el siguiente elogio: *A principios de este siglo* (XVIII) *escribía con elegancia y gusto*, *y es lástima que sus versos no se hayan dado á la estampa.* En balde, aunque con suma diligencia, hemos buscado las poesías manuscritas del Padre maestro Pérez de los Agonizantes. Grande es la autoridad de Luzán para juzgar aquel triste período, que, en su tarea de reformador, hubo de mirar con prevención severa; pero, sin embargo, sin conocer las celebradas poesías, no nos atrevemos á admitir esta excepción al fallo consignado en la presente Historia. *Elegancia* y *gusto* en la poesía española, á principios del siglo XVIII, serían un fenómeno singular de historia literaria.

Lo que antecede fué impreso en la primera edición de esta obra. Más adelante, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con su perspicacia bibliográfica, descubrió versos de Fray Pérez de los Agonizantes entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional. Algunos encontramos también en el cúmulo de papeles poéticos que de Salamanca vinieron á nuestras manos; y otros además en las actas de la *Academia del Buen Gusto.* Fueron sin duda leídos en ella por indicación de Luzán. No debió de pertenecer el Padre Jerónimo Pérez de la Morena á esta aristocrática sociedad literaria, que celebró sus juntas ya mediado el siglo XVIII.

de las letras, algo del espíritu nacional se conservaba todavía en los romances de carácter popular. Véase, por ejemplo, el romance á los triunfos de Felipe V, que empieza así:

> Invicto Alcides hispano,
> En cuyo valiente acero
> La famá imprime victorias,
> Y la justicia escarmientos.....
> Si de Alejandro y de César
> Volúmenes guarda el tiempo,
> Para tus triunfos parece
> Que son los siglos estrechos.

Este y otros romances, como todo cuanto se escribía entonces, están llenos de afectadas metáforas y de alambicadas frases, pero no puede negarse que resuena en ellos de cuando en cuando como un eco lejano de la gallarda entonación de Góngora y de

---

Presidió el 25 de Mayo de 1681 una academia poética en el Convento de los Padres Clérigos Reglares, Ministros de los Enfermos, vulgo Agonizantes. Fué impresa esta academia en Madrid, en el mismo año. Hay en ella versos del Padre Pérez. Debía ser éste á la sazón hombre de edad provecta, y no es de suponer que llegase en vida al año de 1749, en el cual fué inaugurada la *Academia del Buen Gusto.*

Algunas de las poesías del maestro Pérez fueron por nosotros publicadas en la colección de *Líricos del siglo* XVIII (BIBLIOTECA DE RIVADENEYRA). Denotan donairoso ingenio y facilidad de versificación, pero no bastan para confirmar el lisonjero concepto de Luzán.

Calderón. Hasta en poetas insignificantes, preciados de cultivar la lírica elevada, se advierten nobles rasgos, perdidos en un fárrago de ridículas metáforas. Uno de ellos, *D. Juan Enciso*, que llega al colmo de la pedantería llamando á la prematura muerte de Carlos II *inmaturo ocaso*, demuestra, aun en su estilo enfático y alambicado, que tenía prendas, cuando menos, de versificador numeroso. De otro tanto da indicios *D. Francisco Bernaldo de Quirós*, en un canto al advenimiento al trono del rey Felipe V. Cree presagio feliz el nombre de *Quinto*, y saca á plaza una larga serie de *Quintos* esclarecidos: *Quinto Fulvio*, *Quinto Fabio*, *Quinto Metelo*, *Alfonso V* de España, *Alfonso V* de Portugal, *Enrique V* de Inglaterra, *Boleslao V* de Polonia, *Eurico V* de Dinamarca, *Carlos V* de Francia, y otros varios *Quintos*, monarcas y papas, entre los cuales olvida á *Pio V*, tal vez porque este santo pontífice no había sido todavía canonizado á la sazón en que *Bernaldo de Quirós* escribía.

Al lado de insufrible afectación en el pensamiento y en el estilo, campea en los versos de este poeta cierto ambicioso vuelo, que denota que su imaginación no era de índole vulgar. Véase, por ejemplo, esta octava, que dirige al recién coronado monarca, que no había salido de la adolescencia todavía:

De Jove y joven han de ser tus prendas;
Que acierto y juventud no están reñidos:

El genio, y no la edad, es bien que entiendas
Constituye los héroes aplaudidos.
Las de los años son vulgares sendas;
En su oriente los soles son lucidos;
Los Hércules que mandan la fortuna,
Doman los monstruos en la misma cuna.

Este discreteo, en que se combinan el alambicamiento y la elevación, no podía desagradar á unas gentes que todavía admiraban los delirios grandilocuentes de Góngora. *Don Pedro Scoti de Agóiz*, cronista y autor dramático, escribió, en alabanza de las octavas de *Bernaldo de Quirós*, un soneto, en el cual, al través del falso barniz de tan relumbrante poesía, se columbra algún vigor de idea y de entonación, cosa rarísima en aquellos infelices días. Así dice de la inspiración, en el primer terceto:

Que dar alma al pincel, bulto al acento,
Es un milagro á que sin alto influjo
Llegar pudo jamás humano aliento.....

Tales fueron, en fin, la degradación del gusto y el desenfado de los poetas, que había algunos de éstos que dedicaban sus versos á asuntos, no sólo familiares y rastreros, no sólo repugnantes, sino de aquellos que en las naciones cultas no es lícito dar á la estampa. Entre infinitos ejemplos, merece mencionarse la especie de trova ó parodia, que escribió *D. Juan José de Salazar y Hontiveros*, de las célebres décimas de *La Vida es sueño*, con motivo de haber adolecido un amigo suyo

de una enfermedad vergonzosa. *Salazar*, sacerdote respetable, muy estimado en la corte de Felipe V, y admitido en la intimidad familiar del Príncipe de Asturias (después Fernando VI) y de su hermano el infante D. Carlos (después Carlos III), se atreve candorosamente á imprimir esta composición escandalosa, en la cual, no sólo se llama por su nombre á las cosas más feas é indecorosas, sino que ¡cosa singular en aquel tiempo! escoge á un fraile como uno de los tipos de gente libertina que mejor cuadran al extraño asunto de su inmunda poesía (1). Las letras, pervertidas, servían como de abrigo á este trastorno moral, que, á favor de ellas, pasaba inadvertido ante una corte morigerada y en una sociedad escrupulosa.

Se ha repetido que en aquel período habían muerto las letras castellanas. Las letras dignas de este nombre, es verdad, habían muerto. Pero no ha de entenderse por esto que no se cultivaba la

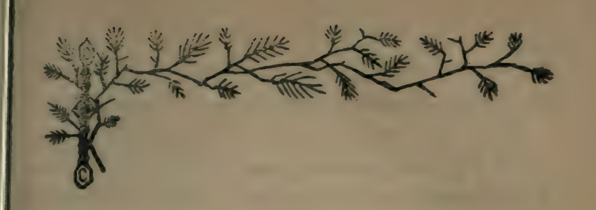
---

(1) Estos tipos son un fraile, un alguacil y un paje. He aquí la tercera décima de esta chocarrera parodia:

Nace un fraile, que no nace
Para padre, y con la bulla,
Apenas de la cogulla
El santo temor deshace,
Cuando á todas partes hace
Hipócritas mojigangas,
Y, en fin, logra pegar mangas,
Sin pegársele un desastre;
Y yo, con ser tan gran sastre,
No puedo hablar bien de gangas.

literatura en España. Para una *Justa poètica* celebrada en Murcia, el año de 1727, en honor de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka, escribieron cinco poetisas y más de ciento cincuenta poetas, entre ellos los célebres cura de Fruime, Don Agustín de Montiano y Luyando, el padre Isla y el Marqués de la Olmeda, vencidos, por cierto, todos cuatro, en el certamen, por poetas obscuros, aun peores que ellos. Brotaban como plaga en todas partes versificadores y copleros, cual suele acontecer en las decadencias literarias. No faltaban poetas; lo que faltaba era poesía.





CAPÍTULO III.

RECUERDOS DEL ESTILO ENCRESPADO Y OBSCURO DE GÓNGORA. — MANIFIÉSTANLE AFICIÓN LAS CLASES ILUSTRADAS. — LEÓN Y MANSILLA. — LA CATEDRAL DE SALAMANCA. — PREVALECE LA POESÍA CONCEPTUOSA CHABACANA.— OTROS POETAS DE LA EXTREMA DECADENCIA LÍRICA. — ZAMORA.— CAÑIZARES.— BANCES Y CANDAMO. — ÁLVAREZ DE TOLEDO (DON IGNACIO).—ENRÍQUEZ ARANA. — BENEGASI Y LUJÁN (D. FRANCISCO).—MÍSTICA POÉTICA.—SOR GREGORIA DE SANTA TERESA.—SOR MARÍA DEL CIELO.—PROSADORES POETAS. — TORRES. — FEIJÓO. — LA POESÍA EN LAS INDIAS. — MÉJICO. — EL PERÚ. — EL VIRREY MARQUÉS DE CASTELL-DOS-RÍUS. — MONFORTE.— PERALTA BARNUEVO.—EL CONDE DE LA GRANJA.

PECARON los *cultos*, decía Forner (1), por demasiado poetas..... Luego cayó la ambición de la fantasía, y pecó por vil y ruin, como antes pecaba por encopetada y escabrosa.»

Hasta el sesudo Forner, hombre de severo y alto criterio, llamando *demasiado poetas* á los poetas extraviados, denota la fácil indulgencia con que sue-

(1) Carta al Duque de Montellano.

len ver los españoles todo empleo, siquiera sea exorbitante y descaminado, de la imaginación.

Degradada la poesía cuanto cabe estarlo, á principios del siglo anterior, aun se encontraban en España personas ilustradas que, en vez de caer en la chocarrería familiar que dominaba entonces, intentasen enaltecer la poesía; como lo habían hecho los *cultos*, tomando por elevado lo obscuro, por elegante lo ampuloso, y lo extravagante por sublime. Según ya hemos indicado, Góngora deslumbraba todavía con su gloria y con su ambicioso y exuberante estilo, y no faltó quien con ciega temeridad se juzgase capaz de imitarle y de seguir sus huellas. Un obscuro poeta cordobés, *D. José León y Mansilla*, creyendo completar las *Soledades* de Góngora, escribió la *Soledad tercera* (1). Aunque versificador numeroso, faltaba á *León* el fuego sagrado que había encendido la fantasía de su modelo, y no acertó á ponerse al nivel de éste, ni en el brío de la entonación, ni en el color descriptivo, ni siquiera en el ímpetu de sus delirios.

Verdaderos sabios, tales como el famoso deán *Martí*, imitaban igualmente en lo censurable al gran lírico cordobés. Corporaciones enteras, de las más respetables que encerraba España, se manifestaban

---

(1) *Soledad tercera;* siguiendo las dos que dejó escritas el príncipe de los poetas líricos de España, D. Luis de Góngora, etc.—Córdoba, 1718.

entusiastas del relumbrante y metafórico estilo. Un curioso ejemplo demostrará hasta qué punto puede avasallar el mal gusto á las clases más ilustradas, y cuán difícil es sobreponerse á los resabios y errores que son tenidos por galas y aciertos en las literaturas decadentes. El Cabildo de la Catedral de Salamanca, deseoso de celebrar la colocación del Santísimo Sacramento en aquella insigne iglesia, formó varios asuntos, para que fuesen cantados por los más famosos poetas de la época. Cinco de estos asuntos fueron encomendados á *Gerardo Lobo*, de quien más adelante hablaremos. El primero de ellos, la descripción del magnífico templo, era oportuno y poético, y pudo inspirar dignamente al poeta las cuarenta y seis octavas que escribió, algo conceptuosas, pero no exentas de estro y de grandeza. En el segundo asunto no dejaron los comisarios del Cabildo campo abierto al gusto y á la inspiración particular del poeta. Arrogándose fueros de autoridad doctrinal que tenían su basa en la poética del tiempo, imponen como asunto á *Gerardo Lobo* una serie de metáforas. Estas son las propias palabras del Cabildo:

«De esta nuestra fábrica (la Catedral) se pudiera decir que forma con sus piedras un panegírico visible de su autor, el Cabildo de la Santa Iglesia, imaginando las figuras del mármol como figuras de retórica, hipérboles de bulto, alegorías, prosopopeyas, etc.»

¡Y esto lo imaginaba y escribía el alto clero de la ciudad donde aun duraba el eco de los sublimes y sencillos cantos de fray Luis de León! El poeta, siempre codiciador de fama y aplauso, ¿cómo había de sobreponerse al imperio de la doctrina literaria que con tanta autoridad se le presentaba? La metáfora es una de las formas del pensamiento que requieren mayor cordura y gusto más acendrado. San Agustín pudo decir con elocuencia verdadera, en los arranques de su mística admiración, que *la fábrica del mundo es un poema del supremo Artífice.* Pero Gerardo Lobo, á quien trazan de antemano el rumbo artificial que debe seguir su entusiasmo, ¿qué ha de escribir, sino monstruosas metáforas, cuyo éxito había de estar en razón directa de su ridiculez y de su violencia? Después de decir que el templo es *orador de sí mismo*, y que *se lleva la cátedra de la agudeza retórica con sus tropos, sus frases y sus figuras*, llama á la cúpula *prosopopeya*, y á la iglesia entera *sinécdoque del arte* y

Catácresis marmóreo de la gloria;

y no contento con ver

Un Demóstenes suyo en cada peña,

quiere lucir los artificios del equívoco, y asegura que el sagrado monumento

. . . . . *forma con espanto*
Un cántico de Dios en cada canto (1).

---

(1) *Canto*, en la acepción de *piedra.*

¡Lamentables desbarros del ingenio, que no estaban en la índole de la inspiración llana y sincera de Gerardo Lobo, y que no sólo el sentido estético, sino hasta la sana razón condenan!

Sin embargo de estos conatos de falso engrandecimiento poético, prevaleció por completo la escuela conceptuosa chabacana. Tres poetas dramáticos, *D. Antonio de Zamora*, *D. Francisco de Bances y Candamo* y *D. José de Cañizares*, últimas glorias de nuestro gran teatro nacional, escribieron algunas poesías líricas. Pero estas son tales, que todas ellas, inclusas las de Bances y Candamo, único que tenía estro lírico, pueden ser contadas entre los testimonios más patentes, que ofrece aquel tiempo, de la extrema decadencia poética

Zamora, que á veces imita gallardamente á Calderón, y que en *El Hechizado por fuerza*, en *El Convidado de piedra* y en otras comedias manifiesta á veces tan notables prendas de lenguaje, de versificación y de estilo, no es tolerable siquiera en sus composiciones líricas. Las más son de carácter oficial y cortesano. Su *Fúnebre numerosa descripción de las exequias de Carlos II*, su *Romance*, de arte mayor, para el certamen de San Juan de Dios celebrado en Madrid (1691), sus composiciones para otro certamen en honor de San Juan de Mata (1722), y en general todas sus obras líricas son lamentables abortos de una poesía insulsa ó pedantesca.

El mismo desfavorable juicio puede formarse de las poesías sueltas de Cañizares. La presente Historia, especialmente consagrada al examen de la poesía lírica en el siglo XVIII, no ofrece ocasión para tasar detenidamente el mérito de *Cañizares* como poeta dramático. Juzgar á *Zamora* y á *Cañizares* como poetas líricos, sin recordar que no es éste el campo natural de su vocación y de su fama, sería hacerles descender de su glorioso pedestal. Imitador feliz de Lope de Vega y Calderón, agudo y fácil en el diálogo, poeta ingenioso, flexible y abundante, y no escaso de inventiva, aunque á menudo tomaba sus fábulas, sin escrúpulo ni disimulo, de los grandes maestros de la dramática española, fué *Cañizares* el que mantuvo por más tiempo y con mejor fortuna la palma de los inmortales creadores del teatro español; y esto en una época en que estaba moribundo el espíritu antiguo, que había dado vida y pábulo á aquel peregrino teatro. La escena española, por su carácter popular, se defendió con más éxito y vigor contra los mortales elementos de la general decadencia. La lírica elevada había muerto del todo y los pocos versos líricos que se conservan de *Cañizares* demuestran, como los de *Zamora*, que ni el ingenio más privilegiado bastaba ya á sacar la poesía del abismo en que se hallaba sepultada. En las pocas poesías sueltas de *Cañizares* que han llegado á nuestros días, se ve patente cuánto había ganado

el contagio de la afectación y del retruécano al celebrado autor de *El Dómine Lucas*. Á su escaso mérito como poeta lírico alude probablemente Jorge Pitillas en estos versos:

El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados,
Como pudiera el mismo *Cañizares*.

Cuando llegó á enseñorearse de nuestra escena la escuela dramática francesa, *Zamora*, *Candamo* y *Cañizares* fueron tratados con injusticia y hasta con menosprecio. De *Cañizares*, el más ilustre y aventajado de los tres, habla así el canónigo Huarte en su poema *La Dulciada:*

Allí vi á *Cañizares*, remendando
Las comedias de Lope manuscritas,
Que después fué á su nombre publicando
Con mil faltas groseras y malditas.....

No era *Cañizares* un mero y vil plagiario, como podría inferirse de estos versos. No se imita como él imitaba, acercándose tanto á los grandes modelos, sin ingenio propio, fecundo y poderoso; y en muchas de sus obras campean, espontáneos y originales, la fuerza cómica y el instinto teatral. Á haber nacido un siglo antes, acaso hubiera llegado *Cañizares* á colocarse en la línea de los primeros dramáticos de la libre escuela española. Hasta del torrente de la moda *culta*, hiperbólica y alambicada, que en aquellos tiempos todo lo corrompe y lo afea, se salva á veces *Cañizares* por ese mismo impulso

imitador de sus ilustres antecesores, que no era acaso más que el noble instinto que le inducía á admirar y á retratar el antiguo espíritu nacional, elevado y caballeresco, del cual habían sido brillantes ecos los Tirsos, los Moretos, los Rojas, los Lopes y los Calderones. Diálogos hay en las obras de *Cañizares* que son dechados de elocución dramática, rápida, propia y expresiva, digna, en fin, de la edad dorada del teatro español. Moratín y Lista, á pesar de las prevenciones de la reacción doctrinal, hacen justicia á *Cañizares*. Éste le llama *calderoniano;* aquél aplaude su lenguaje, y califica su estilo, en las comedias no heroicas, de «festivo, epigramático y *chisposo*».

Olvidemos, pues, los versos líricos de *Zamora* y de *Cañizares* para no empañar la gloria de estos dos simpáticos ingenios.

Bances y Candamo, caballero asturiano, educado en Sevilla, cobró allí afición á la poesía lírica, que cultivó despues en Madrid, con no común aplauso, si bien inferior al que le granjeó la poesía dramática.

Fuí ruiseñor en el Betis,
Y en el Manzanares cisne,

decía *Candamo* en su donairoso estilo. Galán, agudo, valiente, desprendido, de afable trato y de airoso porte, ganaba fácilmente la voluntad de todos. Se inclinaba á la sociedad de las clases elevadas ó literarias, y trabó amistad cordial y duradera con el Duque de Alba, el Almirante Castilla, el Du-

que de Alburquerque, los poetas La Hoz, Zamora, Cañizares y otros varones de cuenta ya en alcurnia, ya en letras. Gravemente herido en el pecho en un encuentro, cuya causa, de amor ó de honra, quedó escondida en el misterio, el rey Carlos II demostró tan vivo interés por la vida y la salud del poeta, que, no satisfecho con enviarle sus mejores médicos, mandó atajar la calle de Alcalá, donde vivía el enfermo, para que no le molestase el ruido. La alta nobleza imitó la conducta del Rey, manifestándose anhelosa de la curación del brillante y simpático mozo, y visitando solícita su casa con este motivo. Sabido es, asimismo, que, imprudente á causa de sus pocos años, ó desvanecido con el favor de la corte y de la aristocracia, provocó contra sí el encono de poderosos magnates, con alusiones satírico-políticas, en su aplaudida comedia *El Esclavo en grillos de oro*, y que con este motivo tuvo que defender denodadamente su vida con la espada, contra hombres enviados para asesinarle. La atrevida ó impremeditada conducta del poeta dramático le acarreó amarguras sin cuento; pero al propio tiempo formó en esta dura escuela su experiencia del movimiento de la vida humana en situaciones escabrosas, y de ahí nace acaso su afición á dar color filosófico ó satírico á las ideas, y cierta elevación de caracteres y de sentimientos, que antepone, por lo común, al donaire cómico.

En la poesía lírica carece, por lo general, de ins-

piraciones de alta ley; pero, cuando no vicia su estilo la manía de la *altisonancia* y del *concepto*, es fácil, ingenioso y ameno. Á veces, siguiendo su natural tendencia, escribía trozos de lenguaje limpio, noble y sencillo. La idea de la nobleza heredada le era simpática, y al recuerdo de ella levantaba el espíritu y la entonación, como cuando escribía en su romance *Al primer Ministro:*

Yo me incliné al Almirante,
No al que dicen que es valido;
Lo que podéis amen otros,
Que yo lo que sois estimo.
. . . .
Mi nobleza sólo basta
Á vivir de ella impedido:
Ni pobre parezco honrado,
Ni honrado puedo ser rico.
Noble cuna me dió Asturias,
En el solar primitivo
Donde á vuestros ascendientes
Hicieron reyes los míos.

Á veces hace gala de espíritu filosófico, como cuando dice:

Océanos de Dios son estas ciencias,
Dios, que en profundidades infinitas,
Siempre dentro de sí, por más que gire,
Se vierte en onda eterna y sucesiva.

Otras, con vanidoso desenfado, entre burlas y veras, declara la aventajada opinión que abriga de sí mismo:

Mi consuelo es que de mí
No ha de sacarme la suerte;
El Rey puede hacer hidalgos,
Pero Candamos no puede.

Á fuer de hombre culto y fervorosamente cristiano, era acérrimo enemigo de las corridas de toros, que desde la incomparable reina Isabel la Católica han tenido siempre en España graves y autorizados antagonistas (1). Parecían á *Candamo* estos sangrientos espectáculos vestigios de la ferocidad de la plebe romana, y es curioso verle invocar con elocuente acento los nombres de doctores que escribieron contra los espectáculos de la gentilidad, para que la comparación sea escarnio y escándalo de la civilización cristiana, que tan duras costumbres autoriza y aplaude. He aquí algunos de los versos consagrados á este asunto:

Así los españoles, con romano
Pecho aplaudiendo bárbaros arrojos,
Tienen por regocijo cortesano

(1) Conocida es la carta de la reina Isabel á su confesor Fr. Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, en que le manifiesta la profunda aversión que le causan las corridas de toros, y su deseo de que cesen en España. Conocida es también la súplica de las Cortes de Valladolid (1555) para la abolición de las corridas de toros, *de que se seguían muchas veces muertes de hombres é otros muchos inconvenientes.* De escritores particulares que han condenado estas bárbaras fiestas, podría formarse un largo catálogo.

De sangre humana y bruta hartar los ojos.
¡Oh Lactancio! ¡oh Crisóstomo! ¡oh Cipriano!
¿Qué dijerais al ver cuán sin enojos,
En estas fiestas de homicidios feos,
El aplauso y la vista se hacen reos?
¿Qué dijerais al ver que tan infando
Espectáculo todos aplaudiendo,
Del bruto están la saña deseando,
Y el riesgo de su prójimo riendo;
Al ver lo poco que se alteran cuando
Comete el bruto el homicidio horrendo,
Y que prosiguen, ¡ah dolor prolijo!
Con ánimo sereno el regocijo?
Tratable se hace así la misma muerte,
Haciéndola espectáculo festivo;
El horror se le pierde, y de esta suerte
Huye la compasión del pecho altivo....., etc. (1).

Estos versos, que honrarían á cualquier poeta por su espíritu y su entonación, pueden dar alguna idea del estilo diserto y razonador del malogrado *Candamo* en los asuntos graves (2).

---

(1) EL CÉSAR AFRICANO; *Guerra púnica española*· Poema épico, canto primero.

(2) Murió á los cuarenta y dos años de edad, de una enfermedad violenta y repentina, que fué atribuída á envenenamiento. Así era juzgado *Candamo* en los últimos años del siglo XVIII: «Interrumpió mi lectura un anciano (Bances Candamo), vestido á la española antigua, que vi salir de una de aquellas cuevas. Su aspecto era venerable, y en medio de sus canas, prolongada barba y arrugado rostro, demostraba, en la viveza de sus ojos y boca risueña, alma juvenil..... Me llevó junto á un fresco arroyo, donde, sentados, me habló en estas razones:—Por dejarme

Con menos títulos gozaban concepto de poetas algunos escritores de poca monta, cuyo recuerdo vamos á consignar, sólo por respeto á la historia.

Era uno de ellos *D. Ignacio Álvarez de Toledo*, caballero de la Orden de Santiago, hermano mayor del ilustre *D. Gabriel*, de quien haremos el honroso juicio que merece. Compuso *D. Ignacio* un libro titulado *Ocios poéticos*, que contiene, además de una zarzuela, una loa y dos bailes, muchas poesías líricas, obra de las mocedades del autor; poesías que contrastan grandemente, por la frivolidad de los asuntos y de la entonación, con el carácter elevado y grave de las *Poesías póstumas* de *D. Gabriel*.

En sus versos refiere *D. Ignacio* algunas circunstancias de su azarosa vida. Recordaremos una de ellas. Durante un viaje que hizo á Flandes con objeto de servir al Rey, corrió una tormenta en el

---

llevar del torrente del mal gusto de mi siglo, me veo privado para siempre de entrar en el Parnaso. Dichoso tú que aun puedes tener esperanzas, pues te han dado tiempo para la enmienda..... Viví en los tiempos del señor Carlos II, en que el gobierno y la poesía estaban en su mayor decadencia; y aunque yo tenía disposición para ser bueno, no obstante, me dejé arrastrar del concepto agudo y falso, del equívoco, del culteranismo y de los demás vicios que entonces prevalecían. Escribí varias obras, en las que se descubre mi buen ingenio, fantasía y robusta elocución, en medio de los muchos defectos de que están llenas.» (*Viaje burlesco al Parnaso;* MS. atribuído á D. Juan Pablo Forner.)

canal de la Mancha, de la cual escribió más adelante una descripción en octavas. De éstas sólo merece conservarse la siguiente, que pinta los afanes de aquel conflicto con sentido poético y generoso:

Cuál del padre recuerda la ternura,
Cuál de la madre el cariñoso anhelo,
Cuál de la amada prenda la hermosura,
Cuál de la vida el mísero desvelo;
Cuál su pobre caudal salvar procura,
Cuál busca en lo que fué más desconsuelo,
Y del airado mar en los abismos
Á los demás recuerdan, no á sí mismos.

Se advierte en algunas de estas poesías de *D. Ignacio* el intento de imitar á D. Gabriel, cuya grande autoridad literaria respetaba. Adopta á veces sus asuntos poéticos, pero se queda siempre á mucha distancia de su hermano, y se nota fácilmente que no tenía fantasía para volar á las regiones místicas, donde éste se espaciaba y se complacía. Sólo en una cosa le aventaja: es menos conceptuoso que don Gabriel, no porque estuviese dotado de mejor instinto, sino acaso porque su imaginación era de suyo humilde y llana.

Vivía por entonces en Montilla, patria del *Gran Capitán*, un poeta, *D. Gonzalo Enriquez Arana*, enfermo siempre, hasta el punto de tener constantemente embargado el uso de las piernas y de las manos. Buscaba resignación y alivio á su desgracia en la religión y en las letras. Escribió una copiosa

colección de poesías (1). Todas ellas demuestran soltura y abundancia; pero son por extremo triviales y conceptuosas. Á tan desdichada y lamentable situación había llegado el gusto, que las poesías de *Enriquez Arana*, con ser tan perversas, no eran de las peores que andaban en auge por aquellos tiempos. La plaga de malos poetas que había entonces despierta su ira poética, y escribe contra ellos, sin caer en que sus propios versos no son en realidad sino una parte de aquella plaga que tan molesta le parece. Alguna vez, cuando recuerda su doliente estado, acierta con acentos naturales, que expresan con sinceridad las amarguras de su infortunio. Así, por ejemplo, en un poema *A la infancia del hombre*, que no se refiere en realidad sino á la suya propia, exclama:

Apenas nace el hombre cuando llora,
Anuncio cierto de su amarga vida.....

y muestra á cada paso el hondo pesar con que arrastra su desventurada existencia.

Otro poeta, digno de honrosa, si bien somera mención, es *D. Francisco Benegasi y Luján*, caballero del hábito de Calatrava y regidor perpetuo de la ciudad de Loja. Era uno de los nobles españoles que, en aquel como en todos tiempos, tenían á honra el cultivo de las letras amenas. Tercer nieto

(1) Consérvanse muchas de ellas en un códice abultado, que posee el Sr. D. Pascual de Gayangos.

del caballero Vivaldo Benegasi, Embajador de la República de Génova en la corte de Felipe II, había conservado en su casa las costumbres elegantes, cultas y dispendiosas de sus aristocráticos abuelos. Su excelente hijo D. José hace su elogio en estas palabras:

«Fué discreto sin afectación, chistoso sin bufonada, galán sin presunción, cortesano sin artificio. Manejaba un caballo con singular destreza. Fué tan diestro en el arpa, que le confesaban excesos en la habilidad aun los que vivían de este instrumento. Logró también singularísimos aciertos en el marcial ejercicio de la caza. Fué liberal, y tanto, que no fué liberal. El pródigo puede consolarse....., pero el avaro no. Finalmente, fué tan prudente y tan inalterable en los varios contratiempos que le causaron sus émulos, que pudo librarse de médicos hasta los ochenta y seis años» (1).

Á aquellas nobles aficiones juntaba *D. Francisco Benegasi* otra, que no menciona su hijo, pero que consigna el Marqués de la Olmeda: la de reunir en su casa los más aventajados poetas de Madrid, para entregarse con ellos al dulcísimo solaz de las letras.

«Conocí (dice el Marqués) al autor, á quien hacían muy distinguido sus prendas; pues además de

(1) Prólogo á los *Sainetes y bailes* de D. Francisco Benegasi y Luján.

su notoria nobleza, tenía todas aquellas habilidades que hacen á un caballero perfecto cortesano. Le quise mucho, y así soy parte muy apasionada..... En la casa del autor había dos veces en la semana academia, donde concurrían las más conocidas habilidades de la corte» (1).

De las prodigalidades de *D. Francisco Benegasi* hay un testimonio en sus propias obras, que no queremos pasar por alto, porque es curioso recuerdo de las costumbres de nuestros mayores y de la galante bizarría de este poeta. Hay en sus *Obras líricas* unas seguidillas que, según el epígrafe, fueron enviadas á una dama, con un «regalo que llamaban *del zapato*, compuesto de un reloj de diamantes, una frasquera de plata, un castillo de lo mismo, una caja de tabaco y una bandeja de filigrana.» Pues bien, parecía mezquino á *Benegasi* este regalo espléndido, y creyó necesario disculparse por ello:

Perdona, bella Anarda,
Mi corto obsequio;
Que el ser hoy miserable
Lo hago de intento.

Con razón D. José Benegasi llama *pródigo* á su padre; si bien es de advertir que aunque vivió pobre á causa de aquel rumbo y de aquellas larguezas, el

(1) Aprobación de D. Ignacio de Loyola, marqués de la Olmeda, de las *Obras líricas joco-serias* de D. Francisco Benegasi y Luján (20 de Agosto de 1745).

hijo tierno y desinteresado empleó aquella palabra en tono de alabanza, y no en el de queja ó de censura.

Á pesar de los hábitos aristocráticos de *D. Francisco Benegasi*, no usó de un título de Castilla de que le hizo merced el Rey, y perteneció como poeta á la escuela libre y popular de Gerardo Lobo y del doctor Torres. Sus poesías líricas, menos ingeniosas que las de estos sus famosos contemporáneos, están escritas con no menor desembarazo y con mayor naturalidad y lisura. No merecen, sin embargo, vivir en la posteridad. No así sus obras dramáticas (entremeses y bailes), que pueden ofrecer interés á la historia literaria y aun á la historia de la civilización. Curioso es ver á *Benegasi* combatir, en forma amena, las preocupaciones populares, unido, sin sospecharlo, á la falange reformadora de los Feijóos y de los Martínez. En el entremés *El Zahorí*, da este carácter á un bellaco embaucador, que intenta cometer un robo abusando de la credulidad de unos lugareños:

ALCALDE.

¿Qué es zahorí?

ZAHORÍ.

El ver á ojos cerrados,
Debajo de la tierra siete estados;
Con que voy registrando por el mundo
Cuanto encierra en su cóncavo profundo.

ALCALDE.

Mas no quiero creer tal gracia ó ciencia.

ZAHORÍ.

Pues, si gustáis, hagamos la experiencia.....
Un tesoro he de daros esta noche.

ALCALDE.

¿Y solo he de lograrle?

ZAHORÍ. (*Ap.*)

¡Qué bien cayó este pez! El desdichado
A poco cebo se miró clavado.
¡Un tesoro, Jesús! de risa lloro;
¡Animal! Pues si hubiera tal tesoro,
Dártelo á ti, ¿no fuera barbarismo?
¿La caridad no nace de sí mismo?

No menos malicia y donaire despliega *Benegasi* en sus *bailes*. En ellos suelen hallarse rasgos cuyo carácter lírico se trasluce y siente, á pesar del tono cómico ó burlesco de estas amenas obras. En *La Familia de amor*, por ejemplo, un portugués, arrogante y enamorado, se irrita de que los españoles no sepan definir el amor, y les dirige en lenguaje chapurrado este gracioso apóstrofe:

Callad, patifes, callad,
Que de oiros me avergonzo,
Y á pancadas he de hacer
En vosotros tal destrozo,
Que los átomos del viento
Los imitéis, hechos polvo.
¿Qué sabéis quién es amor?
Los castesáus modorros,
¿Qué saben querer? ¿qué saben
Sus misterios prodigiosos?
Amor es una conserva
De un almíbar tan sabroso,

Que la boca se hace agua;
Pero tragado, es rescoldo.
Es dulzura que alimenta,
Es confitiñu de Oporto,
Que á muchos ha dado vida,
Pero á muchos mais ha morto.

Como contraste y afrenta del carácter material y rastrero que había tomado la poesía, se presentaban de cuando en cuando ejemplos de la mística poética que con tanta vehemencia y esplendor habían cultivado San Juan de la Cruz y la incomparable Madre Santa Teresa de Jesús. En imaginaciones femeniles prendía fácilmente aquel sagrado fuego, que si bien envuelto en formas metafísicas, servía á un mismo tiempo de pábulo y desahogo á los arranques de amor divino que abrasaba su alma. Aunque ya desmayada y tibia, todavía llegaba á encenderse aquella luz ardiente en la vida contemplativa y mística del claustro. Inmediatas sucesoras del estro apasionado, á par que discreto, de Sor Juana Inés de la Cruz, fueron Sor Gregoria de Santa Teresa, esclarecida sevillana, *gran maestra de la virtud*, según la expresión de su biógrafo el doctor Torres, y la ilustre poetisa portuguesa Sor María del Cielo, que escribió en castellano una parte de sus poesías. La primera de estas dos insignes religiosas se distingue por la exaltación mística. Todas las impresiones de la vida cobran en su ánimo un carácter intenso de espiritualidad y amor divino. Una tarde, por ejemplo, estaba contemplando el cielo; ve volar un pá-

jaro que se remontaba muy alto; se exalta su imaginación; vuela hacia lo invisible y lo etéreo, y escribe el romance que empieza:

Celos me da un pajarillo,

donde al través de las tendencias conceptuosas del estilo, resalta la sinceridad de su anhelo por salir de la esfera terrestre, donde siente el alma encadenada. Y lo singular es que su afán de morir, aunque vivo y profundo, nada tiene de amargo y de sombrío. No emana del desaliento de la vida, ni de los tormentos del desengaño; es el ansia de subir á la mansión beatífica de los justos, de gozar de la presencia de Dios sin velo y sin distancia. El amor al Esposo divino, esencialmente angélico y sagrado, tomaba en el estilo de estas monjas extáticas las formas del amor profano. Así habla á Dios la madre *Gregoria de Santa Teresa* en unos versos, especie de letanía poética, en que se refleja la paciente serenidad de las oraciones del claustro:

Jesús amoroso,
Amante divino,
Objeto del alma;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Pastor soberano,
Mi dueño, rey mío,
Esposo süave;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Vuélveme tu rostro,
Lleno de cariño;
Que vivo muriendo;

No desprecies, Señor, mis suspiros.
Adorada prenda,
Vida por quien vivo,
Alma de mi alma;
No desprecies, Señor, mis suspiros, etc.

En casi todos los versos de la madre *Gregoria de Santa Teresa* se advierte la misma tendencia (1). Hasta en las metáforas, de que tanto se abusaba entonces, resplandecen su ternura mística y su confianza religiosa. Véanse en prueba estas redondillas.

Quiero en el golfo de amar
Anegarme, cual barquilla
Que, apartada de la orilla,
Se aventura en alta mar.
En él me quiero perder;
Que es lisonja de un amante
Rendir la vida, constante,
Sacrificando su ser.
Con dulce tranquilidad
Mi pobre barca navega,
Con una obediencia ciega,
Sin temor de tempestad;
Que aunque falten vela y remo,
Segura es la barca mía,
Pues siendo Jesús mi guía,
Nada falta y nada temo.

---

(1) Entre las obras poéticas de esta esclarecida señora, las más todavía inéditas, se distingue un *Coloquio espiritual*, sembrado de rasgos delicadísimos de sensibilidad y de expresión. A más del doctor Torres, han escrito acerca de la ilustre poetisa, en el último siglo D. Justino Matute y Gaviria, y en nuestros días D. Antonio Sánchez de Moguel y Mr. Antoine de Latour.

No manifiesta menos sincera ni menos íntima aspiración á romper los lazos terrestres y confundirse en la esencia divina, la célebre poetisa portuguesa *Sor María del Cielo*. Con alma menos apasionada, pero con imaginación más viva y fecunda que la abadesa sevillana, la monja de Lisboa lleva su misticismo por muy diferente camino. La forma alegórica prepondera en casi todos sus escritos. En algunos de sus *autos alegóricos* despliega originalidad y brío, especialmente en uno, en su tiempo muy celebrado, *Las Lágrimas de Roma*. Otra de sus obras que mayor aplauso alcanzaron es una especie de leyenda moral y filosófica en prosa y verso, en la cual el alma, simbolizada en una *peregrina*, seducida por unas cazadoras gallardas (emblema de las pasiones mundanas), va adorando sucesivamente los ídolos de la tierra: *nobleza*, *hermosura*, *discreción humana*, *esperanza del mundo*, *riqueza*, *amor propio;* hasta que, desengañada y corregida, entra en la senda de las asperezas. Allí encuentra á una mujer de rara hermosura (Santa Pelagia), que la induce á despojarse de los mundanos atavíos hablándole de esta manera:

«Yo, antes que pastora, fuí cortesana, y tan vana, que en mi adorno apuraba todas las flores para las sedas, todas las luces para el oro, todo el aire para las plumas, todo el mar para las perlas, todas las minas para las joyas. En lo mejor ó lo peor de este tiempo me enamoré, y entonces empecé á vivir,

porque entonces empecé á amar. Era mi amante muy celoso, porque era amante, y cuanto amaba en mi natural belleza, tanto se disgustaba con sus artificiales aliños. Yo, que le adiviné el sinsabor, porque quien ama tiene obligación de adivinar, mandé encender en la plaza una grande hoguera, y dí en ella al fuego cuanto había dado antes al viento, sin quedarme más gala que mi resolución, ni más diamante que mi amor.»

Trueca en sayal sus galas, y con esta lección metafórica del arrepentimiento, y asida á un hilo de oro (la doctrina santa), que le da San Francisco, adelanta la *peregrina* en el áspero camino.

Á pocos pasos oyó unas descompasadas, voces que decían:

¡Ahí va la loca!
Todos á ella.
Digámosle injurias,
Tirémosle piedras.

Miró asustada, y vió que del camino contrario salían muchos de los que ella conoció en el bosque (el mundo), que con vocería, risotadas y gritos la venían siguiendo. Decían unos: «¡Mirad qué airosa va con el nuevo vestido!» Otros: «¡Qué aseada va, toda llena de lodo!» Otros: «Va en busca de un Dios, porque es hipócrita.» Otros: «Huye de nosotros porque es liviana.» Y todos repetían:

¡Ahí va la loca! etc.

Después de este fiel recuerdo del trato que suele dar el mundo á la virtud, conduce la autora á la *peregrina* al *lago de las tribulaciones*, y al fin la lleva al *verjel* (la gloria) *del pastor* (Jesús), que es el amante á quien buscaba.

Esta especie de novela simbólica, extraña por su forma, y contagiada del gusto metafórico de aquella edad, es una de las más notables producciones de *sor María del Cielo*, y está escrita, en verdad, con no escaso caudal de inventiva y de ingenio.

Sus versos tienen á veces cierto sabor de poesía popular, y gusta de combinaciones métricas complicadas. En muchas de sus poesías se trasluce, á pesar de su forma sencilla, que la poetisa está familiarizada con el *Apocalipsis* y con los cánticos sagrados.

Hombres especialmente inclinados al estudio de las ciencias, y más prosadores que poetas, pero al propio tiempo fervorosos cultivadores de la poesía, no pueden ser olvidados en esta conmemoración histórica de los ingenios líricos del siglo XVIII. Es acaso el más digno de este recuerdo el doctor *Don Diego de Torres y Villarroel.* Tiene lugar señalado y alta significación en la historia de la civilización española durante la primera mitad del siglo XVIII. Pertenece á aquel grupo de espíritus reformadores, tales como *Feijóo*, *Martínez*, *Salafranca*, *Isla* y otros muchos, que no podían vivir en la densa atmósfera de preocupaciones y de ignorancia que se había for-

mado en los últimos tiempos de la dinastía austriaca.

Sin traspasar nunca los límites de la rectitud y de la sumisión á las leyes, era un ánimo inquieto y por demás independiente. Aunque nacido en modesta cuna y casi siempre menesteroso, nunca antepuso su propio interés á la verdad, á la justicia, á la dignidad moral. Al paso que, por educación y por instinto, respetaba las formas con que se revisten de legítimo y conveniente prestigio las instituciones humanas, se mostraba implacable con los artificios, engaños y alharacas que explotan los perversos y los audaces. Un noble de corazón y estirpe, un hombre austero y justo, un sabio verdadero, le infundían veneración y simpatía; un advenedizo arrogante al par que ruin, un docto aparente, un vicioso hipócrita, le causaban aversión ó desprecio. Con menos talento que D. Francisco de Quevedo, á quien intentaba imitar, pero no con menor ahinco, pugnaba por arrancar á todo trance estas máscaras de la corrupción, de la intriga y de la vanidad, que tan hábilmente se emplean en la *comedia humana.* En uno de sus *Sueños morales* se le aparece Quevedo, á quien llama *padre de la verdad* y *prudente despreciador del mundo.* En el singular diálogo que con él entabla *Torres* (así como Petrarca á la visión de Laura en el *Trionfo della morte*) dirige á Quevedo varias preguntas relativas á la otra vida, y ésta entre ellas: «¿Padeciste mucho purgatorio por tus sátiras?» Que-

vedo, con la lisura y gravedad que cuadra bien á un aparecido, le contesta estas sencillas palabras: «El purgatorio lo pasé en la tierra, porque viví desterrado muchos meses, preso muchos años, pobre y enfermo toda mi vida. Á mi estilo calificaron los necios con el infame nombre de mordacidad; siendo así que mis invectivas nunca tuvieron particular destino: sólo las enderecé á la general corrección de los desórdenes y abusos. Yo describí con invención festiva, en el *Sueño de las calaveras*, el día del juicio final, y en *El Entremetido, La Dueña* y *El Soplón* pinté el infierno y los pecados que allá os arrastran; si lo hubiera copiado con la pluma que pide el argumento, horrorizaría con la imagen.»

Quevedo desea *registrar la corte* y *descubrir la alteración de las cosas de su siglo*, é invisible para todos, excepto para el doctor *Torres*, recorre con él, y examina, y moteja, y satiriza todas las clases y profesiones en que advierte nuevos abusos. Para la historia de las costumbres es interesantísima esta, unas veces festiva y otras acerba, revista de la faramalla y de los desvaríos mundanos en la época de Felipe V; y fuera además muy sabrosa lectura, así por la riqueza y movimiento de los cuadros, como por el hábil manejo del idioma, si el afán de las antítesis y de las agudezas, y el remedo harto patente del gran modelo que el autor tiene á la vista, no deslustraran y entorpecieran la narración.

En las letras la aglomeración no es riqueza, y *To-*

rres, más sobrio y contenido en el curso de su abundante vena, habría podido ser un prosador de alta valía. Su *Historia de historias*, imitación del *Cuento de cuentos*, de Quevedo; su *Barca de Aqueronte*, su *Correo del otro mundo,* y en general todas sus obras satíricas, adolecen de los mismos defectos. En las demás el estilo suele ser sencillo y natural. El doctor *Torres* era extremado en su ambición de ciencia; pero su índole inquieta le impidió consagrarse á un ramo especial del saber humano. En varios de ellos demostró sagacidad suma y no escasas nociones para la época en que vivía (1). Su principal conato fué combatir errores vulgares y desenmascarar á la ignorancia entronizada. En sus obras se advierte con dificultad el amor á *lo bello,* pero resplandece en

(1) El desdén que inspiraban á *Torres* las glorias mundanas, y la pobreza que le aquejó en las varias situaciones de su vida, fueron causas decisivas de la precipitación con que estudiaba y escribía. Él conocía bien los principales flacos de sus obras, y así lo declara, sin asomo de falsa modestia, en estas palabras escritas en sus últimos años:

«Todas mis obras están escritas sin gusto, con poco asiento, con algún enfado y con precipitación desaliñada. Yo bien sé que alcanzo más y discurro mejor que lo que dejo escrito, y que si mi genio hubiera tenido más estimación á la fama, ó lo que se dice aura popular, y mi pobreza no hubiera sido tan porfiada, serían mis papeles más limpios, más doctrinales y más ingeniosos. Atropelladas salieron siempre mis obras desde mi bufete á la imprenta, y jamás corregí pliego alguno de los que me volvían los impresores.»

todas partes el amor á *lo verdadero*. El estudio de la astronomía, á que tuvo afición particular, le sugirió la idea de escribir *almanaques*, *pronósticos* y *lunarios*, que hasta entonces venían de Italia, y corrían con gran aceptación entre los españoles. *Torres* explotó por su propia cuenta la credulidad popular y el embeleso que causan siempre al vulgo las predicciones maravillosas. Pero, enemigo de supercherías, se burla á cada paso en sus obras de sus horóscopos y de sus astrológicos augurios. El *Gran Piscator de Salamanca* (1) llegó á adquirir extensa fama y á ser manantial de inesperada granjería. Sinsabores acarreó también al doctor *Torres* el acierto y penetrante sagacidad de algunas de sus predicciones. Fundando, sin duda, su previsión en más ó menos aventuradas observaciones de la ciencia médica, cometió la imprudencia de anunciar en el *Pronóstico*

---

(1) Por aquellos tiempos andaban en boga los libros proféticos con el título de *Piscator*. En Córdoba escribía D. Gonzalo Atonio Serrano *El Piscator andaluz*. En Madrid se publicaba *El Piscator de Sarrabal*.

También se publicaron más adelante: *El Jardinero de los Planetas*, *Piscator histórico-político; El Piscator de las Damas; El Piscator de los Pajes; El Piscator Cómico; El Piscator Inmortal*, y otros varios.

Torres convertía en asunto de entretenimiento hasta las investigaciones científicas, como en el opúsculo que publicó con este título: *Noticias alegres y festivas de las ráfagas de luz que se vieron en la noche del día* 15 *de Diciembre de* 1737; en verso y prosa.

para el año 1724 la muerte del rey Luis I, que se verificó efectivamente en el mismo año. Esta audacia, si bien encubierta con reverentes formas, desencadenó contra *Torres* un cúmulo de escritos hostiles, en los cuales se le atribuían dañadas intenciones. No faltó quien dijese que la predicción *se habia alcanzado por arte del demonio*. Entre estos enemigos había uno en verdad formidable: el sabio doctor, también poeta, *D. Martín Martínez*. Publicó con este motivo un acre y punzante libelo, titulado *Juicio final de la astrologia*. No se arredró *Torres* ante la autoridad imponente del docto Examinador del Real Proto-Medicato, y cobrando fuerzas en su sana conciencia y en su inofensiva voluntad, replicó á Martínez en el *Entierro del Juicio final*, sincerándose de un modo enérgico y victorioso.

Su predicción de la revolución francesa, en la cual no hizo alto su época, es uno de los testimonios más extraordinarios que pueden presentarse del discernimiento profético del doctor *Torres* y del profundo conocimiento que llegó á adquirir del estado político y moral de la nación francesa. Aun admitiendo desde luego que el haber acertado aproximadamente con la fecha (1790) no pase de una coincidencia casual, la predicción del derrumbamiento del trono francés dentro del siglo XVIII raya verdaderamente en maravillosa intuición (1).

(1) La predicción está contenida en la siguiente per-

Uno de los libros más curiosos de *Torres*, y el que hace comprender con mayor claridad las costumbres de aquella época, es su autobiografía, escrita en el último período de su vida; especie de *confesiones*, menos cínicas, pero no menos sinceras que las que J. J. Rousseau escribió algunos años después. *Torres* no se adula, por cierto, á sí propio, y descubre á las claras, así sus defectos y sus buenas prendas, como las extravagancias de su índole versátil é incomprensible. Liviano y descontentadizo en su mocedad, dió sobrada rienda á los ímpetus de su genio aventurero, y cayó en desvaríos que le granjearon poco lisonjero renombre. «Paso, dice él mismo, entre los que me conocen y me ignoran, me abominan y me saludan, por un Guzmán de Alfarache, un Gregorio Guadaña y un Lázaro de Tormes.» Les sobraba razón, si se atiende á la falta continua de concierto y juicio que afeó la conducta de *Torres* en los tiempos de su ju-

---

versa décima, publicada en 1756 en uno de los *Almanaques* de *Torres:*

Cuando los mil contarás
Con los trescientos doblados
Y cincuenta duplicados
Con los nueve dieces más,
Entonces, tú lo verás,
Mísera Francia, te espera
Tu calamidad postrera
Con tu rey y tu delfín,
Y tendrá entonces su fin
Tu mayor gloria primera.

ventud. Sin embargo (complace el recordarlo), tal era el fondo de su rectitud nativa y la fuerza de los sanos principios que había atesorado su alma en el puro y honrado hogar de su infancia, que no llegó á pervertirse su corazón: sus yerros fueron gravísimas travesuras, pero nunca malas acciones.

En el *Colegio trilingüe de Salamanca*, su claro talento sorprendía, pero su desmandada condición se hacía intolerable. Al cabo de cinco años salió de aquella clausura, de la cual era á un tiempo gala y escándalo (1), para volver al seno de su familia; mas, dejándose arrebatar de las ilusiones de un albedrío impaciente y mal gobernado, se fugó de la casa paterna, donde era amado con la más indulgente ternura, sin más móvil ni razón que los devaneos de un espíritu aventurero (2). En Portugal,

---

(1) «Era grave delito romper de noche la clausura, y todas las noches y los días quebrantaba el precepto. Mi cuarto más parecía garito de ladrón que aposento de estudiante, porque en él no había más que sogas, espadas de esgrima, martillos, barrenos y estacones. En las vidas de Domingo Cartujo, Pedro Ponce y otros ahorcados no se cuentan ardides ni mañas tan extravagantes como las que inventaba mi malicia.» (*El doctor Torres.*)

(2) «Tomé una camisa, el pan que pudo caber debajo del brazo izquierdo, y doce reales en calderilla, que estaban destinados para las prevenciones del día siguiente, y sin pensar en paradero, vereda ni destino, me entregué á la necedad de la que llaman buena ventura.» (*El doctor Torres.*)

adonde le llevó el azar, fué sucesivamente santero, químico, maestro de baile, médico, soldado, desertor y torero. Nada resiste á las ásperas lecciones del tiempo, y aquel temple indisciplinado y vigoroso llegó á quedar quebrantado por los vaivenes de la vida y las amarguras del desengaño. Apaciguado el ardor juvenil, vuelve á su patria y á la casa de sus padres, eterno centro de amor y de indulgencia, y allí se reproduce la escena del *Hijo pródigo* arrepentido. Aquel mozo *medianamente loco*, aquel *perdulario incorregible* (1) se consagra con afán al estudio; vive cuerdo y retirado, y acaba por conquistar legítima nombradía y por ser de todos respetado; si bien de muchos, más que respetado, temido por su vena sarcástica y por el desenfado de sus censuras.

Su primera afición literaria fué, como su carácter, aventurera y antojadiza. Dió en el extraño delirio de estudiar las peregrinas artes alquímicas de otras edades (2).

Cualquier estudio infunde luz en entendimientos

(1) Calificaciones que se aplica el mismo *Torres*. Así explica la opinión en que algunos le tenían:

«La pobreza, la mocedad, mis almanaques, mis coplas y mis enemigos me han hecho hombre de novela, un escolar extravagante, entre brujo y astrólogo, con visos de diablo y perspectivas de hechicero.»

(2) «Arrastrado de esta manía, buscaba en las librerías más viejas de las comunidades los autores rancios de la *filosofía natural*, la *crisopeya*, la *magia*, la *transmutatoria*, la *separatoria*», etc. (*El doctor Torres*.)

sanos, y *Torres* pasó involuntariamente de las falsas ciencias á las ciencias verdaderas. Se dedicó con ahinco al estudio de las matemáticas y de la astronomía. Ésta fué la verdadera regeneración del estudiante estrafalario.

Sólo leyendo los lances de varia fortuna que el mismo *Torres* refiere y juzga en su autobiografía, puede formarse cabal concepto de este hombre singular. Ya se le ve en Madrid presentarse con decoro entre la gente de vida holgada, escondiendo después su miseria extremada en una casa de la calle de la Paloma; ya lavar por sí mismo su escasa ropa blanca; ya, hambriento y extenuado, huir, por orgullo, de las casas donde le convidaban á comer, y pasar días enteros sin más alimento que la jícara de chocolate que, según la costumbre de entonces, le ofrecían en una tertulia. No es menos entretenida la extraña aventura de los pavorosos ruidos de la calle de Fuencarral, cuyo misterio procuraron en balde aclarar el doctor *Torres* y el agudo y perspicaz Gerardo Lobo, que hacía mofa del duende, sin acertar á encontrarle ni á comprenderle. Una vez temió *Torres* habérselas con la Inquisición; pero su fe cristiana era sincera y fervorosa, y una mera explicación de su parte bastó para conjurar el riesgo y volver la serenidad á su espíritu (1).

---

(1) «Yo entraba á cumplir con el precepto de la misa en una de las iglesias de Madrid, y cuando quise doblar

Sería dilatarse demasiado seguir los azares de la vida de *Torres*, que unas veces tiene trazas de un Gil Blas, otras de un Cagliostro, y no pocas de un hombre digno de respeto por su saber, su ingenio, su modestia y su instinto moral. Su popularidad llegó á ser extraordinaria. Cuando, ansioso de trocar el mote de *Piscator* por el noble título de catedrático de la universidad de Salamanca, hizo oposición á la cátedra de matemáticas, muchos doctores le fueron contrarios. Temían, no sin fundamento, que el carácter inquieto y mal contenido de *Torres* turbase la pacífica unión del claustro. Pero tal era ya la fama de *Torres*, que se arredraron los opositores rivales, y fueron tan brillantes los ejercicios de aquél, que impuso, por decirlo así, su triunfo aun á

---

la reverencia y postración que se acostumbra, me arrebataron la acción y los oídos las voces de un predicador que desde el púlpito estaba leyendo en un edicto del Santo Tribunal la condenación de muchos libros y papeles. Mi desgracia me llevó al mismo instante que gritaba mi nombre y apellido, y mil abominaciones contra un cuaderno mío, intitulado *Vida natural y católica*. Atemorizado y poseído de un rubor espantoso, me retiré desde el centro de la iglesia, donde me cogió este nublado, á buscar el ángulo más obscuro del templo, y desde él vi la misa con ninguna meditación, porque estaba sobrecogido mi espíritu de un susto extraordinario y de unas tristísimas cavilaciones. Buscando las callejas más desoladas me retiré á mi casa; parecíame que las pocas gentes que me miraban eran ya noticiosas de mi desventura y me maldecían desde su interior.» (*Torres*.)

los ánimos más hostilmente prevenidos (1). Los doctores de Salamanca habían concebido cierta aversión á *Torres*, porque, donde quiera y sin rebozo alguno, hacía resaltar la decadencia lamentable á que había llegado la en otro tiempo sabia y esclarecida Universidad, y no satisfecho con este fundado juicio histórico, había zaherido sin piedad, y hasta con injusticia, á los mismos doctores (2). Ya entre ellos, se esforzó *Torres* por ganar la voluntad de sus compañeros; su genio, claro y satírico, hizo estéril el sano propósito, y fué siempre implacable el desabrimiento que les había inspirado (3).

---

(1) De setenta y tres doctores que asistieron al claustro pleno, setenta y uno votaron en favor de *Torres*.

(2) Sirva de ejemplo el soneto *Á los doctores de la uuiversidad de Salamanca*, cuyas dos primeras cuartetas son como sigue:

> Sabios sólo de gestos y visajes,
> Estudiante ninguno, mil togados,
> Y con las vanidades de graduados
> Los que tienen ya plaza de salvajes.
> La necedad se abriga con los trajes
> Que antes honraban doctos licenciados,
> Y andan todos los vicios arropados
> Con fúnebres y místicos ropajes.....

(3) La universidad de Salamanca hizo á *Torres*, ya jubilado y viejo, el desaire de no suscribirse á la publicación de sus obras, que las demás universidades, la familia Real, varias comunidades religiosas, y los principales sabios y magnates del reino habían apadrinado con su nombre. Este calculado desvío llegó al alma á *Torres*. De él se queja amargamente en sus obras.

En cambio, el pueblo de Salamanca y los estudiantes de la Universidad amaban al hombre llano, célebre y algo descarado, que se mofaba de la severidad que afectaban unos, de la presunción con que vivían otros, y «de los poderes y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen» (1).

Es de advertir que *Torres* habla siempre de sus poesías con marcado desdén, llamándolas generalmente *coplas*, y considerándolas como desahogos ju-

---

(1) Palabras de *Torres.*

La ovación tributada á *D. Diego de Torres* con motivo de su admisión como catedrático de la Universidad, no tenía ejemplo en Salamanca. Gentes de todas las clases de la sociedad acudieron afanosas á los ejercicios de oposición. Llegaba el gentío hasta las puertas que salen á la catedral. El auditorio se acercaba á cuatro mil personas; otras tantas esperaban ansiosas donde no podían presenciar el acto. Luego que el Secretario de la Universidad hubo declarado la resolución favorable, repicaron las campanas de las parroquias inmediatas, los estudiantes dispararon muchos tiros y cohetes, un tropel numeroso de gentes de todas esferas acompañó hasta su casa al nuevo catedrático, victoreándole con entusiasmo. Á la noche siguiente salió á caballo un escuadrón de estudiantes, hijos de Salamanca, iluminando con hachones de cera un tarjetón, en que iba escrito con letras de oro, sobre campo azul, el nombre del triunfador. Pusieron luminarias hasta los vecinos más miserables, y en los miradores de las monjas no faltaron luces, pañuelos y aclamaciones. Se extendió la alegría á todos los barrios, y en todos hubo música durante la noche.

veniles y devaneos sin alcance y sin valor. Su discernimiento crítico era grande, y no le faltaba razón para preferir su prosa á su poesía (1). Era, en verdad, más discreto y observador que místico y su-

---

Más adelante, Iglesias de la Casa no se desdeñó (siguiendo la corriente) de publicar *El Piscator Historial de Salamanca*. El tomo correspondiente al año de 1773 es verdaderamente curioso, porque contiene para cada día del año una efeméride escrita, en redondillas ó en cuartetas asonantadas, por el célebre y popular poeta. La que corresponde al 19 de Junio de 1770, demuestra que aun duraba la gloriosa resonancia de la fama del Doctor Torres. Dice así:

«Hoy tuvo ocaso en su oriente
el Gran Torres Salmantino,
por sus obras aclamado
el Quevedo de este siglo.»

(1) Conocía bien el lastimoso estado de las letras en su época. En los *Sueños morales* dice á la sombra de Quevedo: «Eso de poetas grandes no es fruta de este siglo. En lo lírico se ha perdido ya la elegante cultura y hermosa locución de Góngora..... En este miserable siglo, poetas grandes, doncellas honestas y jueces desinteresados son las paradojas del fénix..... En las tiendas de los libreros verás la incultura y negligencia de las almas de esta infeliz edad..... Hoy es moda el ignorar, es uso la barbarie, y las señas de caballero son escribir mal y discurrir peor. Más vale un tonto adulador y un salvaje forrado en charlatán que veinte Moretos y Villayzanes. El latín será, dentro de pocos años, más raro que el griego, y será forzoso que venga otro Antonio de Nebrija, que fué el Pelayo de la latinidad. Eso de retórica no se usa, porque dicen que nada tiene fuerza de persuadir sino el dinero. De la divina poesía se perdieron los moldes.»

blime; pero sus versos, por la espontaneidad, por el donaire, y á veces por la naturalidad y el ingenio, merecen un recuerdo de la posteridad, y no dejan de despedir alguna luz en aquel *Parnaso* de afectación y de tinieblas. No era avieso su instinto; pero á veces se rendía el escritor, sin advertirlo, al funesto halago de aquella extravagante y antiestética escuela. Así decía en un certamen académico:

Será de aquesta lid
Todo el campo el ingenio,
Las armas lo *sutil*,
Lo *equívoco* arrogancia,
Y el *dulce estilo* incitador clarín.

Aunque no poeta de levantado vuelo, *Torres* era poeta. Cuando, según su propia expresión, *profesó de jácaro*, y anduvo con toreros y con gente de vida airada, representaba pasos y sainetes, por él compuestos, llenos de originalidad y de zumba. Sus *pasmarotas* satíricas de los *lunarios* no carecen de gracia y de intención. Todo esto no es alta poesía; pero siempre inspirará interés á quien desee conocer los ecos, poco después perdidos, de la musa genuina de los españoles.

Otros doctos é insignes prosadores que cultivaron la poesía, debieran señalarse en este lugar, á consentirlo los límites de la presente historia; pero no es dable omitir, por la influencia crítica y moral que ejerció en las letras, en las ciencias y en las ideas, al sabio benedictino *Fray Benito Jerónimo Feijóo*. De-

chado de pureza en las costumbres, sincero é inquebrantable en la fe, austero en las convicciones de la moral, amigo de la paz del claustro, una pasión sola dominó su vida: la pasión del estudio. Y esta pasión nació de otra aun más elevada: la pasión de la verdad. En su juventud, la ignorancia embotaba el entendimiento en todas las clases de la sociedad española, y las preocupaciones vulgares adquirían cada día mayor arraigo y crecimiento. Movido por su instinto y por su caridad, y ansioso de contribuir á ennoblecer la naturaleza del hombre, que la ignorancia enerva y degrada, se empeñó en la ardua y arriesgada tarea de combatir los errores populares con el ímpetu heroico de los antiguos campeones y hasta con la impasible constancia de los mártires.

El espíritu enciclopédico y la gloriosa ambición de cultura que reinaba entre los sabios benedictinos, llevaron desde luego á *Feijóo* á estudiar los grandes maestros de la civilización moderna. Luis Vives, á quien Erasmo admiraba, y el canciller Bacon, que, después de Vives, y por nuevos y muy elevados caminos, buscó los medios de dar ensanche y perfección al saber humano, fueron las vivas lumbreras que principalmente guiaron y fortalecieron á *Feijóo* en su noble y meritoria empresa. Los tratados de aquel sabio español, *De corruptione artium et scientiarum* y *De tradendis disciplinis*, y los tratados del filósofo inglés, *De dignitate et augmentis scientiarum* y *Novum Organum*, dieron asiento, luz y vigor á los grandes

instintos del ilustre benedictino, y á esta preparacion intelectual, tan pura y tan fecunda, debieron acaso, así *Feijóo* como su amigo el célebre doctor *D. Martin Martinez*, médico del rey Felipe V, el ser los dos hombres más ilustrados de España en aquel triste período de paralización científica y de corrupción literaria. Como ambos eran tan superiores á su época, ambos fueron perseguidos con encarnizamiento por la envidia y por la ignorancia. Audaces adversarios, uno y otro, de la rutina y del sofisma, ¿cómo no había su noble arrojo de suscitarles ásperos y encarnizados impugnadores en un tiempo en que la rutina y la sofistería eran el alma de las escuelas? Lo recio é injurioso de los ataques de que fué blanco aceleró la muerte de *Martinez* (1). *Feijóo* desplegó en la lucha una entereza incontrastable. Él mismo escribía: «Si Martínez murió en el asalto, yo me mantengo sin herida alguna en la brecha» (2).

El *Teatro critico universal*, que el *P. Feijóo* empezó á publicar á los cincuenta años (3), suscitó, como era natural, una turba de impugnadores. Día hubo en que salieron á luz tres escritos contra *Feijóo*. Las naciones, como los individuos, se resienten, á pesar

(1) *Feijóo*, carta 23, tomo II.
(2) *Feijóo*.
(3) El 3 de Septiembre de 1726. El último tomo de las *Cartas eruditas* salió á luz en 1760. Había cumplido *Feijóo* ochenta y cuatro años. Murió el 26 de Septiembre de 1764.

suyo, contra aquellas personas que, armadas de un discernimiento superior y de un temple inflexible, se afanan por presentar de bulto, como sacándola á la vergüenza, la pesada y humillante balumba de sus preocupaciones, de sus vicios y de su ignorancia. Pero la gloria premia y enaltece á estos varones de ánimo recto y esforzado, que se ahogan en la atmósfera del error, y son en la tierra mártires de la verdad. *Feijóo*, ilustrado con vasta lectura y sostenido por su razón serena, fué un adalid inexorable y poderoso de la civilización. Cualquiera que sea el valor absoluto que hoy pueda atribuirse á sus obras, nadie se atreve á negarle aquel lauro eminente. Lista dijo que *la posteridad debe erigir á Feijóo una estatua, y quemar sus obras al pie de ella;* sentencia ingeniosa, que, bien examinada, tiene tanto de injusta como de aguda. Obras hay de *Feijoó* cuya lectura es y será siempre sabrosa é instructiva; y aunque en realidad todo su mérito fuera estrictamente relativo, la posteridad no puede nunca mirar con indiferencia ó desvío esas obras, que son monumentos de la historia moral de las naciones, ni esos vestigios de la gloriosa y ardua lucha en que pugnan por un lado los errores comunes del pueblo, siempre tenaces y extremados, y por otro la luz de la verdad y la doble entereza de una intención robusta y acendrada.

El lenguaje de *Feijóo* es ameno y fluído y como de quien escribe más afanoso de demostrar verda-

des que de embelesar con primores retóricos (1).

Aunque en la prosa es por lo común claro y sencillo, rindió culto en sus versos al gusto conceptuoso, que todos consideraban entonces como la esencia de la poesía (2). Testimonio de ello son sus celebradas décimas metafóricas *A la conciencia*, sus *Liras á una despedida*, que escribió haciendo alarde de naturalidad (3), y otras composiciones, las cuales prueban, al propio tiempo, que no carecía de vena poética el sensato é inexorable perseguidor de supersticiones y vanas creencias.

Feijóo recibió especiales muestras de aprecio del papa Benedicto XIV, del sabio cardenal Querini, bibliotecario del Vaticano, y de otros eminentes varones. El rey Fernando VI le concedió honores de Consejero, y Carlos III lo colmó de alabanzas al re-

---

(1) Mayáns, que no era favorable al sabio benedictino, lo juzga de este modo: *Oratio ejus perspicua, sed peregrinis vocibus fœdata. A multis est impetitus; sed, ut debiles adversarios nactus est, eorum impetus irridet, nescius forte, quantum à potenti adversario pati posset, si critico stilo res esset decernenda.*

(2) Puede verse el catálogo de las obras poéticas de *Feijóo* en la excelente colección de sus *Obras escogidas*, publicadas en el tomo LVI de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, de Rivadeneyra.

(3) He aquí el título completo de esta composición: *Liras á una despedida, compuestas en este género de metro para demostrar que en cuantos usa la poesía española cabe naturalidad y ternura.*

galarle las *Antigüedades de Herculano*. Pero el más solemne y significativo testimonio de aprecio que recibió de su Soberano, fué la prohibición pública y oficial de que en lo sucesivo fueran impugnadas sus obras (1). Esta intervención de la Corona para poner á *Feijóo* al abrigo de la crítica, ha parecido á algunos digna á un tiempo de vituperio y de alabanza. Cierto que la medida en sí misma tiene trazas de arbitraria y opresiva; pero la verdad es que fué dictada, no para ahogar la libertad científica, filosófica y literaria, sino para darle favor y patrocinio. Necesario es, para comprender el verdadero carácter de este hecho, recordar el espíritu intolerante y agresivo que reinaba en España, durante el siglo XVIII, contra aquellos escritores que se atrevían á sustentar los principios de la crítica moderna. El famoso *Diario de los Literatos* (1737), revista avanzadísima para aquella época, no pudo resistir al embate de los literatos vulgares heridos por aquella doctrina nueva y severa, á pesar de la protección decidida que le dispensaron Felipe V y los magnates de la corte. La polémica contra *Feijóo* había tomado un carácter enconado y tenaz; por docenas se contaban las impugnaciones impresas; acerbas invectivas, y hasta suposiciones calumniosas se habían empleado, en vez de argumentos doctrinales; la contienda producía antes escándalo que provecho para la pública

(1) 23 de Junio de 1750.

ilustración. La extraña disposición del Monarca fué en aquella sazón homenaje á la dignidad del carácter, desagravio á la justicia, amparo á la libertad del entendimiento.

Oportuno parece hacer aquí siquiera mención del estado de la poesía en las Indias Occidentales. El gusto reinante en la metrópoli había pasado, por lo general, á los reinos españoles de América con sus vicisitudes sucesivas.

En Méjico, donde en el último tercio del siglo XVI había nacido y estudiado Alarcón, el poeta dramático español de más filosófico instinto, y el que usó un estilo más sencillo, más claro y más adecuado á la intención moral del drama, resonaba, un siglo más adelante, en el palacio del elegante é ilustrado virrey Marqués de Mancera, el discreteo ingenioso á par que alambicado de la afamada monja mejicana *Sor Juana Inés de la Cruz.* Sus imitadores no la igualaron, y cayó sobre sus nombres el velo del olvido.

En el reino del Perú también se habían cultivado con afición las letras amenas. Á principios del siglo XVIII el gusto conceptuoso ejercía allí su contagioso imperio. Por los años de 1709 y 1710, el *Marqués de Castell-dos-Rius*, grande de España, virrey del Perú, antiguo Embajador en París y en Lisboa, hombre ilustradísimo y amante sincero de las letras y de las artes, celebraba brillantes y animadas tertulias literarias en su palacio de Lima. La casua-

lidad había reunido en torno suyo algunos cultivadores de las letras, capaces de dar, por su instrucción y por su ingenio, pábulo y lustre á las reuniones del Virrey (1). Algunos de ellos, como *D. Jeró-*

(1) Consérvanse sus nombres y sus versos en un códice titulado *Flor de Academias*, que posee nuestro amigo el Sr. D. Pascual de Gayangos. Los principales ingenios que asistían á estas tertulias poéticas y recitaban versos en ellas eran:

Don Miguel Saenz Cascante, presbítero.

El padre maestro Fr. Agustín Sanz, calificador del Santo Oficio, confesor y consultor del Virrey.

El Marqués de Brenes (D. Juan Eustaquio Vicentelo y Toledo), caballero de Santiago. Había sido gobernador y capitán general del reino de Tierra-Firme.

Don Pedro José Bermúdez de la Torre y Solier, doctor en ambos derechos, alguacil mayor de la Real Audiencia de Lima.

Don Juan Manuel de Rojas y Solórzano, caballero de Santiago, secretario de S. M. y del Virrey.

El doctor D. Pedro de Peralta Barnuevo y Rocha, contador de cuentas y particiones de la Real Audiencia de Lima, catedrático de prima de matemáticas en la Universidad de la misma ciudad, cosmógrafo é ingeniero mayor del reino del Perú.

Don Jerónimo de Monforte y Vera.

Don Matías Anglés de Meca, gentilhombre de cámara del palacio del Virrey.

El Marqués del Villar del Tajo (D. Antonio de Samunio de las Infantas), caballero de Santiago, general del mar del Sur.

El Conde de la Granja (D. Luis Antonio de Oviedo y Herrera), caballero de Santiago, regidor perpetuo de la ciudad de Salamanca, Gobernador de la provincia del Potosí.

nimo de Monforte, el Dr. *D. Pedro de Peralta Barnuevo* y el *Conde de la Granja*, imprimieron varias de sus obras y alcanzaron fama en España (1). El mal gusto de la época rebosa en esta abundante colección de versos artificiales y conceptuosos. No

---

(1) *Monforte* era poeta festivo. Escribió sainetes, y en las academias de América se distinguió por su afición á la poesía burlesca. Así lo da á entender el prólogo del códice ya citado, *Flor de Academias.*

Peralta Barnuevo, hombre muy erudito, imprimió su largo poema *Lima fundada* y otras varias obras, entre ellas el primer tomo de su *Historia de España vindicada.*

Véase el artículo *Peralta* en nuestro *Catálogo de poemas castellanos del siglo XVIII* (BIBLIOTECA de Rivadeneyra), y lo que dice de ambos poetas D. Cayetano Alberto de la Barrera en su *Catálogo del teatro antiguo español.*

Á las obras de Peralta que cita la Barrera, pueden agregarse las siguientes:

El cielo en el Parnaso, certamen poético de la Real Universidad de San Marcos de Lima..... Lima, Imprenta Real, 1736, 4.º—Contiene poesías de varios autores.

Fúnebre pompa en las altas exequias y túmulo erigido en la santa Iglesia Metropolitana de Lima..... al Sermo. Sr. el Señor Francisco Farnesio, Duque de Parma y de Plasencia. Lima, 1728, 4.º—Hay varias poesías, casi todas anónimas.

Lima triunfante, Glorias de la América, juegos pythios, y júbilos de la Minerva peruana..... Lima, 1708, 4.º

En el discurso pronunciado en el solemne acto de la inauguración de la *Academia Peruana* (30 de Agosto de 1887) por el Académico D. Ricardo Palma, hizo este distinguido literato atinada y gloriosa recordación de los merecimientos intelectuales de Peralta Barnuevo («histo-

debe olvidarse que ésta era la triste gloria de las letras en aquella época de corrupción intelectual. Pero, acaso por el aislamiento en que vivían los poetas en aquellas apartadas regiones, el *cultismo* ni subió allí á las nebulosas alturas de los Góngoras, ni descendió á la ruin y repugnante esfera de los Montoros. Los asuntos académicos son unas veces nobles y naturales, como, por ejemplo, á la victoria alcanzada por Felipe V en la batalla de Luzzara; otras, las más, son de aquellos que ponen en prensa el ingenio y provocan los juegos de metro y de palabra, los retruécanos y los conceptos. Ya expresan el rendimiento de amor á una dama en redondillas, con la obligación de acabar cada una de ellas con un título de comedia (1); ya discurren sobre lo que

---

riador, médico, teólogo, jurista, astrónomo, poeta»); pero sin los hiperbólicos encarecimientos propios de los críticos apasionados y vulgares.

El Conde de la Granja, natural de Madrid, amigo de Zamora y Cañizares, era ya por este tiempo un anciano de setenta y tres años. Había escrito dos poemas, entonces bastante estimados: *Vida de Santa Rosa de Lima* y *La Pasión.* Véase el artículo que le consagra Álvarez y Baena en su diccionario *Hijos de Madrid.*

(1) En este asunto, como en la pintura joco-seria de *Narciso* y en algunos otros, anduvieron muy felices los ingenios de la Academia. Sirvan de muestra algunas redondillas de las muchas improvisadas en aquella ocasión por el Dr. Bermúdez, que era un verdadero repentista, y

bordaba Penélope en su famosa tela, ó sobre cuál es defecto más tolerable en la mujer propia, la nece-

---

se hallaba muy familiarizado con el discreteo del teatro español:

No te quisiera explicar,
Bella ingrata, lo que siento,
Porque en un amor atento
No hay cosa como callar.
Y así, con ansia, veloz
Viene obediente el respeto
A que corrija el secreto
La desdicha de la voz.
Aunque contra esa desdicha
Apelaré á tus piedades;
Que si la oyen las deidades,
También por la voz hay dicha.
Porque en sus violencias dudo
Que, obediente á su destino,
Pueda ser el amor fino
Cuando es *El amante mudo.*
Pero otra vez te prometo
El silencio, y mi atención
Te ofrece en mi corazón
El alcázar del secreto.
Que en este confuso abismo
De mi amante desaliento,
Quiere ser mi pensamiento
El alcaide de sí mismo.
. . . .
Soñaba amor en mi empeño
Que vida el favor le daba,
Y es, sin duda, que soñaba,
Pues siempre *la vida es sueño.*
Vencerte *No puede ser,*
Pensarlo es temeridad,
Pues eres, por tu beldad,
Angel, milagro y mujer.
. . . .
. . . .

dad ó la fealdad (1); ya pintan á una dama en un romance, con la precisión de haber de constar cada

---

(1) Casi todos los poetas se deciden en favor de la necia hermosa. Don Juan de Rojas da, entre otras, las siguientes razones burlescas:

. . . .

Si hubiera solicitado
Preferir á lo discreto,
Yo confieso mi pecado,
Que hoy me verían casado
Con Calderón ó Moreto.
Siempre cuestan estas cosas
Al gusto muchos afanes;
Pero en mí no son penosas;
Que el querer más las hermosas
Es vicio en todos los Juanes.

. . . .

De la linda y la entendida
La utilidad es notada,
Porque son toda la vida
La docta más aplaudida,
Y la hermosa más buscada.
La que suele, á su pesar,
Porque más claro se vea,
De ambos males enfermar,
De tonta podrá sanar,
Mas no sanará de fea.....
Á la necia mis sentidos
Quiero rendir por despojos,
Pues aunque haya mil maridos
Que hagan ojos los oídos,
Yo haré oídos de los ojos.
Y si alguno á reprender
Se atreve mi necedad,
Diré que es un bachiller;
Que no ha de ser mi mujer
Doctor de Universidad.

copla de un título de comedia, de otro de un libro, del nombre de una calle de Madrid ó Lima y de un refrán (1); ya, en fin, escriben romances que son al mismo tiempo latinos y españoles. En medio de estas y otras extravagancias semejantes, asoma á menudo la fantasía viva y fecunda de aquellos ingenios extraviados. El Virrey tenía en su palacio un salón dispuesto para representaciones dramáticas. En algunas ocasiones se improvisaban comedias. Las reuniones empezaban con música, y el magnate mismo no se desdeñaba de tocar la guitarra delante de aquellos poetas, amigos suyos predilectos, que, si bien libres, traviesos y conceptuosos, no son en sus versos ni li-

---

(1) Nada apuraba á estos desenfadados poetas. Se complacían, al parecer, en esta gimnasia del ingenio. Todos arrostraban con juguetón desembarazo los estorbos que inventaba el Marqués. Así empieza su romance D. Jerónimo de Monforte:

Marica, en tu *Calepino*
Trampa adelante no quiero;
Que *el que las sabe las tañe*,
Y es tu calle *del Espejo*.

No puede ser, pues *no caben*
En un saco honra y provecho,
Que vivas tú *Para todos*,
Y yo en la calle del *Cuerno*.

. . . .
. . . .

cenciosos ni chocarreros. En aquella edad sabían los hombres hermanar fácilmente la familiaridad y el respeto.

Escribió el *Marqués de Castell-dos-Rius*, además de algunos versos líricos y de la tragedia *Perseo*, varias loas, mencionadas en el códice *Flor de Academias*. Tenía el Marqués perverso gusto poético. Él es quien ponía á los asuntos *académicos*, en sus tertulias literarias, tantas pueriles dificultades métricas, indignas de la verdadera poesía, y se trasluce en la *Noticia proemial* de la *Flor de Academias* que el culto y elegante Virrey blasonaba de que en sus academias «se habían hecho usuales los primores más difíciles», y que continuamente se componían allí poesías, «ya *retrógradas*, ya con *ecos*, *paranomasias* y otras delicadas armonías y artificiosas elegancias». ¡Así extravía el mal gusto la razón, y ciega las fuentes eternas de la belleza!

El lunes 24 de Marzo de 1710 se celebró academia poética en el palacio del Virrey, y éste leyó en ella un soneto *A la obscuridad del cielo en la muerte de Cristo*. Fué su último solaz literario. Un mes después puntualmente (el 24 de Abril) había dejado de existir. Todavía se reunieron una vez sus amigos para celebrar una academia literaria. Pero ésta fué triste y dolorosa, como exclusivamente consagrada á la memoria de aquel hombre ilustre y querido. Todos los poetas de la academia, y algunos otros

que á ellos se agregaron en esta triste ocasión, rindieron la ofrenda de su corazón y de su talento, no ante el esplendor del prócer encumbrado y poderoso, sino ante el sepulcro del amigo y del honrador de las letras.





CAPÍTULO IV.

POETAS MALOGRADOS.—ÁLVAREZ DE TOLEDO (D. GABRIEL).—GERARDO LOBO.—TAFALLA Y NEGRETE.—MARQUÉS DE LAZÁN.

LAMENTABLE es siempre ver decaer rápidamente en poder, en artes y en letras á una nación grande y generosa; pero el triste sentimiento se exacerba y crece cuando, en medio de la depravación del gusto y del abatimiento de las ideas, asoma por ventura algún noble carácter, algún entendimiento superior, que pugna en balde por desasirse de las cadenas morales é intelectuales que embargan y esterilizan su fuerza y su índole nativa.

En la primera mitad del siglo XVIII presentan esta imagen desconsoladora algunos ingenios de notable valía, entre los cuales merecen ser citados en lugar preferente *D. Gabriel Álvarez de Toledo* y *D. Eugenio*

Gerardo Lobo. En ambos resplandecen prendas eminentes de poeta, y si sus obras no llegaron á los puros espacios del arte, es porque sofocaba y pervertía su inspiración la corrompida atmósfera literaria que los circundaba y comprimía. En la aurora de las civilizaciones, cuando se presenta abierto y sin nubes el horizonte de las ideas, nada turba ni enfrena el vuelo de esos genios singulares que la Providencia envía de cuando en cuando para derramar la luz y trazar el camino. Homero, Dante, Shakespeare, no hallan carriles trillados, ni engreimientos literarios, ni trabas doctrinales, ni falsos primores convencionales: su creador impulso avasalla á las gentes por la virtud misma de su espontaneidad poderosa; son númenes gigantes, que abarcan la humanidad entera..... También á veces piensan y escriben con desembarazo y propia fuerza, aunque en más reducido campo, aquellos ingenios elevados que son ecos involuntarios y sublimes de las glorias ó de las transformaciones nacionales. Así Virgilio; así el Tasso; así el Ariosto; así Camoens; así Lope de Vega; así Calderón; así Tirso de Molina; así Milton; así Goethe; así Corneille; así Schiller; así Quintana; así Lord Byron, así Victor Hugo; y algunos otros ingenios eminentes. Pero, en las épocas de transicion, la civilización gastada estraga el gusto, impone sus refinamientos, ofusca los ojos del espíritu, y logra sólo aparentar una lozanía que es en realidad grosero barniz. Deslumbra y reina, como

la cortesana decadente que disimula los estragos de la hermosura con el velo engañoso, y por desgracia seductor, de afeites y cosméticos, y con el relumbrón de falsas joyas. Nadie se libra entonces del contagio: la atmósfera carece completamente de luz y de pureza, y el ingenio más claro y poderoso no puede desplegar sus alas sin limpio cielo y sin sol de nacional grandeza.

D. Gabriel Álvarez de Toledo es uno de los poetas más importantes y menos conocidos del primer tercio del siglo XVIII. Aunque el mal gusto entonces reinante ahogó casi siempre su privilegiado ingenio, la historia literaria no puede ni debe olvidar al escritor que levantaba su fantasía á las sublimes esferas de la filosofía histórica y de la idealidad poética, en un tiempo en que todo en la poesía era vil y rastrero.

Su talento claro y brillante, su condición alegre y simpática, y la gallardía de su persona, contribuyeron á granjearle la voluntad de las damas andaluzas, y esto ayudó sin duda á desvanecer algun tanto su corazón de mozo y de poeta (1). Nunca llegaron á ser

---

(1) «Empezaron á ser bien vistos sus versos, y las damas de Sevilla á dar en celebrar sus donaires, su ingenio y sus modestas cortesanías..... Saboreábase D. Gabriel, con inocencia inadvertida, con las alabanzas y satisfacciones, y tropezó en la vanidad. Platónicamente enamorado, pasó algunos años oyendo sus aplausos y regodeándose con las alabanzas.» (*El Dr. D. Diego de Torres.*)

licenciosas sus costumbres, antes bien se advertía en sus amores y en sus versos cierto carácter de espiritualidad y de platonismo que ya anunciaba las tendencias místicas de su alma. Sin embargo, era tenido por sobradamente frívolo y engreído entre la gente austera de su tiempo. Los escasos datos biográficos que hemos hallado de *D. Gabriel Álvarez de Toledo* no nos permiten formar con cabal fundamento conjeturas acerca de los motivos que produjeron el cambio total de hábitos y de ideas que se advirtió en este hombre ilustre á los treinta años de su edad (1). El Dr. *Torres* afirma que el poeta pasó algunos años *platónicamente enamorado*, y nada dice después de que *Alvarez de Toledo* contrajese matrimonio en época alguna de su vida, ni se ve rastro en las obras de éste que pueda hacer presumir que satisfizo en esta parte los sentimientos de su corazón. Acaso insuperables trabas ó amargos desengaños dejaron en su alma hondo y desconsolador vacío, que sólo alcanzaron á llenar las inefables esperanzas de la religion, las ilusiones del hombre de Estado, los afanes sabrosos del entendimiento cultivado.

Se consagró con incansable ahinco al estudio de las ciencias filosóficas, de la historia y de las lenguas antiguas y modernas (2), y fué, en verdad, uno

---

(1) Véase la noticia biográfica de D. Gabriel Álvarez de Toledo.

(2) Algunos versos escribió en francés, idioma entonces tan en boga en la corte de España. Sirva de muestra

de aquellos ingenios malogrados por causa de la época desventurada en que nacieron. Su numen, embargado y vencido por la abrumadora decadencia de las letras, no produjo sazonados frutos: fué como fanal en noche obscura, que no alcanza á sobreponerse á las nieblas que lo rodean. Velázquez,

---

el siguiente soneto conceptuoso, que prueba más la adhesión de Álvarez de Toledo á Felipe V, y su admiración á Luis XIV, que su dominio de la versificación francesa:

Á SA MAJESTÉ LE ROI PHILIPPE V.

Héros en qui le ciel a fait un assemblage
Des avantages vrais des héros fabuleux,
Pour donner à l'Espagne en ce jour bienheureux
D'un monarque parfait le difficile ouvrage;
Mercure en ta parole apparait toujours sage;
Mars se voit foudroyant en l'aspect belliqueux;
Jupiter dominant en ton regard serieux;
Apollon dans l'attrait de l'éclatant visage.....
Mais ce noble recueil de brillantes fictions
Ne serait de ta gloire un portrait suffisant,
Si le grand roi Louis n'y ajoutait perfections.
Ainsi de ses vertus dans le bûcher luisant,
Héritier immortel d'immortelles actions,
Seras nouveau phénix de ce phénix vivant.

Es imposible leer estos versos sin traer á la memoria, á causa del estilo, el soneto *marinesco* que pone Molière en boca de Oronte en el *Misanthrope*. El severo *Alceste* habría dicho problamente á Álvarez de Toledo, como al *bel-esprit* de la comedia:

Ce style figuré, dont on fait vanité,
Sort du bon caractère et de la verité:
Ce n'est que jeu de mots, qu'affectation pure,
Et ce n'est point ainsi que parle la nature.

Quintana y otros historiadores de la poesía, lo han desconocido ó desdeñado. Acaso juzgaron que la lumbre amortiguada de la gloria de este poeta debía morir del todo, y no intentaron examinar de cerca si aquella luz opaca había despedido algún destello esplendoroso de los que no es justo, ni aun posible, condenar al olvido. Hasta el indulgente Arana de Varflora (el padre Valderrama) omite el nombre de este insigne español entre los *Hijos de Sevilla.*

Ya es tiempo, sin embargo, de que la historia literaria, sin prevenciones de época ni de escuela, aquilate y clasifique los títulos y el carácter verdadero de los poetas de cada edad. La poesía es el eco de las naciones, y si faltasen otros monumentos de la vida y del estado de los pueblos, ella sola bastaría á poner de manifiesto la índole y el alcance de su cultura, su movimiento íntimo, sus tendencias; en una palabra, toda su fisonomía moral.

Don Gabriel Álvarez de Toledo encumbraba demasiado los arranques de su fantasía para ser poeta popular en una edad en que la vulgaridad del pensamiento y la trivial complicación de la forma constituían la única poesía que realzaba á los autores y embelesaba al público. Tal y tan eficaz llegó á ser la fascinación del estilo culto y conceptuoso, que hasta aquellos doctos que con mayor saña miraban los extravíos del gusto, daban de lleno en el *culteranismo,* cuando creían escribir en el lenguaje á

la par noble y llano del siglo de oro. El estilo de *Álvarez de Toledo* es casi siempre conceptuoso hasta rayar en incomprensible; y no obstante, su admirador el padre Fr. Juan de la Concepción, hombre de saber y doctrina, le tributa especiales alabanzas por su claridad y sencillez. «Más de una vez he informado al público, exclama el sabio carmelita, de mi aborrecimiento al estilo obscuro. El de *D. Gabriel* es verdaderamente poético.....; pero es casi preciso parezca mal en una era donde todo estilo es extremado, ó por lo neciamente culto, ó por lo villanamente bajo.» No hay que dejarse cautivar por la sensatez de estas palabras; el sabio *Fr. Juan de la Concepción* era hombre de su tiempo, y tenía afición á los enredados raciocinios escolásticos de *Alvarez de Toledo*, y á las tenebrosas metáforas del *Polifemo* y de las *Soledades,* de Góngora, que él, por lo visto, entendía y descifraba con sagacidad peregrina (1).

A pesar de la inspiración elevada que resplandece casi siempre en las *Obras póstumas* de *Alvarez de Toledo*, la lectura de la mayor parte de estas poesías causa disgusto y fatiga por la obscura afectación de su lenguaje. Entre ellas se cuentan *Tifeo fulminado en Flegra*, y *Sócrates antes de beber la cicuta,* dos com-

---

(1) «Estoy persuadido á que ningún discreto dejó de entender las obras de nuestro insigne Góngora, hasta que no sé quién infundió á dos ó á tres el zizañoso espíritu de comentarle.» (*Fr. Juan de la Concepción.*)

posiciones llenas de altos pensamientos; pero casi intolerables por el artificio del estilo. Tributo, y grande, paga el poeta á los extravíos literarios de la época, pero á veces le preserva su noble instinto, y trozos hay en sus obras, y aun composiciones enteras, en que el tono, la versificación, el lenguaje y la idea suben de consuno al más alto nivel de la poesía. Las endechas *á su pensamiento*, en que pinta los vaivenes y las vanidades del pensamiento humano, endechas superiores sin duda á las tan celebradas de Solís *A la conversión de San Francisco de Borja*, son, á pesar del estilo algo conceptuoso, inevitable entonces, una joya de poesía y de espiritualismo, por cierto extraordinaria y admirable en aquel período de copleros chabacanos é insulsos. Respira en esta composición tan implacable y sincero despego de las terrestres ilusiones; resalta asimismo en ella tan firme y tan severa la luz de los desengaños humanos, que es imposible no considerar esta poesía mística como una excepción luminosa en aquel caos de vulgaridad y de materialismo. El poeta siente en su corazón, móvil é insaciable, que el pensamiento del hombre no ha de aquietarse en la imperfecta y limitada esfera del mundo visible; y siguiendo y explicando el sublime y misterioso impulso que encamina nuestra alma hacia Dios, centro de las verdades y de los consuelos infinitos, termina su bello y místico análisis con esta sencilla exhortación, en que habla de Dios al pensamiento:

Dios es el bien que buscas,
¡Y tu ciega ignorancia
Aquel inmenso Todo
Busca en las crïaturas, en la nada!.....
Búscale, pues te busca;
Óyele, pues te llama;
Que descansar no puedes
Si en su divino centro no descansas.

El romance *Al martirio de San Lorenzo* está sembrado de pensamientos alambicados; pero lo está igualmente de ideas vigorosas, que descubren al pensador profundo y al verdadero poeta. ¿En qué otro escritor de aquellos tiempos podrían encontrarse reflexiones de tan alto sentido histórico como las que expresan con briosa concisión los siguientes versos, relativos á la formación de las creencias gentiles de Roma?

La emperatriz temida de las gentes,
Roma, cabeza universal del orbe,
Cuando de todos en las leyes manda,
De todos obedece á los errores.
Cuando al carro soberbio de sus triunfo
Rinden el cuello bárbaras naciones,
Del altar de sus ídolos odiosos
Es basa humilde su diadema noble.

Con no menos elevado concepto explica la incontrastable constancia del mártir, que no puede, á despecho de los tormentos, quebrantar una fe que está sellada en su alma por la mano divina. He aquí sus versos:

No al hierro ni á la llama se permite
Que los arcanos de la mente violen
Donde el dedo de Dios omnipotente,
Único, escribe su sagrado nombre.

Los versos metafóricos en que asegura los tesoros del cielo á quien en la tierra da á los pobres el oro de su caridad, son dignos de copiarse aquí como muestra del talento poético de *Alvarez de Toledo*, y asimismo del espíritu conceptuoso de que no alcanzaban á preservarse ni aun los ingenios de más noble temple y naturaleza. Así habla al tirano, aludiendo al sublime heroísmo con que San Lorenzo; tesorero de la Iglesia en tiempo del papa Sixto II, arrostró el martirio del fuego, por haber repartido el tesoro entre los pobres, en vez de entregarlo á los agentes del emperador Valeriano:

Los tesoros que anhela tu codicia
Ya están seguros en erario adonde
Ni tenebrosa insidia los usurpa,
Ni peste asoladora los corrompe.
El pálido metal que debió vida
Del profano carácter á los moldes,
En el sello viviente del Cordero
Mejora el precio y diviniza el nombre.
Ya le atesora próvida codicia
Entre las manos de los ricos pobres,
Que de gloria inmortal en santa usura,
Recibiendo nos hacen sus deudores.
Campo es feliz la mano del mendigo,
Y el áureo grano que su seno esconde,
Mies, que burlando la segur tirana,
Colma fecundo las empíreas trojes.

Es innegable que estos versos carecen de la sencillez inseparable del gusto depurado, y que la exuberancia de las metáforas enreda y turba el pensamiento, y anubla algún tanto el esplendor de las imágenes. Pero, á pesar de todo, ¡cuánta distancia media entre estos versos armoniosos y grandilocuentes, y la trivial y desmayada poesía que á la sazón se empleaba sin tregua en asuntos viles, indignos del arte!

Los fragmentos que se conservan de su poema burlesco, titulado *La Burromaquia*, demuestran asimismo cuán aventajado lugar habria ocupado *Alvarez de Toledo* entre los poetas castellanos, si, por dicha, hubiese nacido en más afortunada edad. Octavas hay en este poema que habría podido prohijar el mismo Lope de Vega, por el chiste satírico, por la versificación espléndida y segura, y hasta por el color y la naturalidad narrativa de las descripciones. Este poeta, lo repetimos, no ha debido ser tan completamente olvidado, sobre todo en una nación en que no ha mucho recordaban gentes instruídas versos de Montoro, de Salas y de Benegasi.

Si después de conocer al autor, hubiéramos de estudiar al hombre, encontraríamos en él fácilmente prendas de valor muy subido, que lo recomiendan á la memoria de la posteridad. Como hemos visto, de ilustre familia, y dotado de alegre y viva fantasía, vivió durante la primera mitad de su vida compartiendo las horas entre la lectura de amenos

libros y los pasatiempos de la sociedad aristocrática, y enardeciendo su corazón con ilusiones místicas. Vivió, en una palabra, una vida no exenta en un principio de vanidoso engreimiento y de ociosos devaneos, pero noble y pura, como suelen vivir los que nacen en cuna cercada de honradez y de generosas tradiciones. Pero era *Álvarez de Toledo* lo que en el lenguaje de nuestros días se llama un *espiritualista*, y á pesar de la índole antiideal de la época y de las seducciones del ejemplo, prevaleció en sus escritos aquella noble y divina tendencia. Esta circunstancia esencial de su carácter ayuda á explicar la transformación completa que se advirtió en su modo de vivir; transformación que el doctor Torres atribuye á «la melancolía provechosa» que le infundieron «los tremendos avisos de unas misiones que oyó en Sevilla.»

Pasado el primer período de su vida, alternativamente frívola, brillante, apasionada y venturosa, cobró *Don Gabriel* aversión tenaz á los esparcimientos mundanos. La religión, el estudio y el desempeño de sus deberes oficiales absorbieron su alma del todo y para siempre. Llegó á juzgar incompatible con la austeridad de su retiro el recuerdo de las ociosas tareas de tiempos más risueños, y quemó cuantos papeles había escrito hasta entonces. «Sólo se escondieron á su devota furia, dice *Torres*, los pocos que contiene este tomo.» (*Poesías póstumas.*)

En un espíritu tan laborioso y en un entendi-

miento tan claro no podía dejar de ser fructuosa y fecunda aquella vida de meditación y de investigaciones (1). La obra de *Álvarez de Toledo* que alcanzó mayor crédito en su tiempo fué la que publicó con el título de *Historia de la Iglesia y del Mundo, que contiene los sucesos desde su creación hasta el diluvio.* Indicaciones generales de alto sentido escritas por San Agustín en *La Ciudad de Dios*, y muy especialmente la *Historia del género humano*, obra de objeto análogo, que dejó incompleta Arias Montano, fueron los despertadores del ambicioso propósito que concibió *Álvarez de Toledo* de llevar á cabo aquella temeraria ó, mejor dicho, imposible empresa. Un tomo en folio publicó únicamente. También la muerte le impidió, como á Arias Montano, dar á su obra todo el ensanche que había proyectado. El Dr. Torres da á entender el grande aprecio que se hacía de esta que llama *Historia antediluviana.* Un hombre, sin embargo, de no tan alto respeto y al-

---

(1) Acerca de su erudición, dice el Dr. Torres lo siguiente: «Dedicóse á los sistemas antiguos y recientes de la filosofía, y dejó en sus obras exquisitas demostraciones de la gran inteligencia que de ellos tuvo. En la historia eclesiástica fué sabio consumado, y en la profana enteramente docto. Los teólogos de las Universidades se pasmaban de ver á un hombre del siglo, rodeado de negocios de gravísima entidad, tan metafísicamente instruído en la teología, ciencia que aprenden pocos y con suma fatiga. Finalmente, no ignoró nada de cuanto se supo hasta su tiempo.»

cance intelectual como *Álvarez de Toledo*, pero en extremo notable por su maravillosa laboriosidad, por su erudición y por el favor extraordinario que le dispensaban la corte y los magnates, impugnó malamente, en particular con respecto al estilo, la *Historia de la Iglesia y del Mundo* en un opúsculo, sin nombre de autor, titulado *Carta del Maestro de Niños*. Era este hombre el caballero de Calatrava D. Luis de Salazar y Castro, ayuda de cámara de Carlos II, bibliotecario de la Casa Real y cronista de Castilla y de Indias, que dejó centenares de volúmenes escritos de su mano, y publicó varios libros históricos, en algunos de los cuales censura y enmienda errores de D. José Pellicer y de D. Juan Ferreras (1). Engreído Salazar con su saber y con el favor de que gozaba, llevó muy á mal no haber logrado formar parte de la *Academia Española*, instituída por aquellos días. Fácilmente se columbra

---

(1) *Advertencias históricas*..... Madrid, por Mateo de Llanos, 1788; en 4.º—*Desagravios de la vergüenza* (contra Ferreras). Salamanca, 1729.—Reparos históricos sobre los doce primeros años del tomo VII de la *Historia de España* del *Dr. D. Juan de Ferreras*. Alcalá, 1723; en 4.º—*Crisis Ferrérica sobre el* VI *tomo*, etc.; 1720; en 4.º—*Antidefensa y continuación de la crisis*. 1720; en 4.º—*Colección de epitafios y memorias sepulcrales de España*. Un tomo en folio.—*Colección de cartas originales de reyes de Castilla y Aragón*, *y de varios príncipes eclesiásticos y seculares*. Noventa y un tomos en folio, etc., etc.

Nació D. Luis de Salazar en Valladolid, el 24 de

en la *Carta del Maestro de Niños* que el autor tiene ojeriza al docto cuerpo recién creado. La *Historia de la Iglesia y del Mundo* fué briosamente defendida por un escritor que escondió su nombre bajo el seudónimo de *Enicio Anastasio Heliopolitano*, en una apología titulada *El Palacio de Momo*, que se publicó, como impresa en León de Francia, en 1714, esto es, el mismo año en que falleció *Álvarez de Toledo* (1). Igualmente fué defendida aquella historia por un autor anónimo en un opúsculo titulado *Apuntaciones á la Carta del Maestro de Niños*. Á ambas obras replicó extensamente Salazar en un tomo en 4.°, con este título: *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá*, etc. (Zaragoza, 1714). Aquí ya quitó la máscara á su malévolo designio. *Álvarez de Toledo* había fallecido muchos meses antes. La acrimoniosa crítica no iba, pues, encaminada á su persona. Salazar zahiere con motes á los académicos, y atribuye á la Academia desacertados intentos que no abriga. Es-

---

Agosto de 1658. Murió en Madrid, el 9 de Febrero de 1734. Hay amplias noticias de su vida y escritos en la *Biblioteca genealógica*, de Franckenau, y en las *Memorias* publicadas al frente de su obra póstuma, *Examen castellano de la crisis griega*, etc. Madrid, Imprenta Real, 1736; en 4.°

(1) Según nuestras investigaciones, el autor de *El Palacio de Momo* fué el famoso *Marqués de San Felipe*, grande amigo de *Álvarez de Toledo*, é individuo de la Academia Española desde el 23 de Noviembre de 1713, año en que fué creada la Academia.

tán patentes su malquerer y su resentimiento contra el cuerpo entero. Con razón le había dicho el Marqués de San Felipe: «Imitas al perro, que aulla y ladra, mordiendo las puertas de la casa donde no puede entrar.»

Vivió *Álvarez de Toledo* en estrechísima conexión con el Duque de Montellano y con su hijo primogénito, el Conde de Saldueña, distinguido poeta de entonces. Hizo sobresalir sus brillantes prendas, ya como secretario de la Cámara de Castilla, ya como oficial mayor de la secretaría de Estado, ya como primer bibliotecario del Rey, ya como uno de los fundadores de la Academia Española, y llegó á ser persona de grande autoridad y consejo, así en letras como en materias de Estado (1).

La muerte prematura de *Álvarez de Toledo* (á los cincuenta años) fué atribuída al exceso de sus estudiosas vigilias y á la insana inmovilidad contemplativa (2).

Con menos saber, aunque no escaso, y con menos ambiciosa fantasía, otro poeta alcanzó mayor

---

(1) «Tuvo mucha parte su dictamen en las máximas y resoluciones de la Monarquía en los primeros años del reinado de S. M. el Sr. D. Felipe V, que Dios guarde.» (*El Dr. D. Diego de Torres.*)

(2) El Dr. Torres dice: «Sólo pasaba la calle cuando era tránsito para comunicar á su confesor. Su ejercicio y diversiones los reducía á su cuarto. En leer y en orar empleaba las más horas del día y de la noche.»

renombre y aplauso que *D. Gabriel Álvarez de Toledo*. Fué este poeta *D. Eugenio Gerardo Lobo*, tan popular y simpático en su tiempo, y tan despreciado y escarnecido más adelante, cuando llegó á entronizarse en las letras españolas la escuela seudoclásica francesa, y con ella un gusto menos nacional y espontáneo, si bien más exigente y depurado.

Precoz (1), claro y fértil fué su ingenio (2); y si no ha legado á la posteridad obras dignas de estudio y de alta fama, fué acaso culpa del tiempo, de

---

Villarroel dijo de D. Gabriel, aludiendo igualmente á su vasto saber y á su sedentaria vida:

> En alta comprensión trueca
> Su ejercicio necesario;
> Fué del Rey bibliotecario,
> Y del reino biblioteca.

(*Poesías inéditas de D. José de Villarroel. Códice perteneciente al Sr. D. Pascual de Gayangos.*)

(1) Ya á los doce años componía versos, y lo que es más, corrían con aplauso por las tertulias. Así lo dice el mismo Gerardo Lobo en el festivo soneto que empieza:

> De dos lustros y medio no cabales,
> Ya, del monte Parnaso en los verjeles,
> Me sentaba entre mirtos y laureles
> A mondar soneticos garrafales.....

y acaba de este modo:

> A la escuela pasé de los fusiles,
> Donde estudio en sufrir riesgos y soles.

(2) Escribió también para el teatro. Dos comedias suyas se han impreso sueltas: *El Tejedor Palomeque y mártires de Toledo*, y *El más justo rey de Grecia.*

los incesantes afanes de su vida militar, y de su modestia extremada, que le hizo mirar siempre sus versos como frívolos devaneos, indignos de la imprenta. Fué universalmente querido y respetado, y mantuvo cordial y amistosa correspondencia con esclarecidos personajes extranjeros, tales como el Duque de Noailles, y los poetas Maffei (1) y el Conde de Calamandro.

Á pesar de que las fatigas de la guerra y las obligaciones militares absorbían casi la vida entera de *Gerardo Lobo,* llegó á ser hombre notablemente instruído. Poseía el latín y hablaba varios idiomas modernos. Escribía con facilidad versos italianos (2).

---

(1) No, como han creído algunos, el célebre autor de la tragedia *Mérope,* imitada por Voltaire, sino un sabio jesuíta que el autor conoció en Pistoya, el cual escribió en elogio de nuestro poeta elegantes versos latinos.

(2) Sirva de ejemplo el siguiente soneto, que escribió en Pistoya para una dama que se ofendía cuando la llamaban inconstante:

Tutte le stelle ruotano, signora,
Sulla celeste sfera; Cinosura
Gira all Artico intorno, benche giura
Stare immobile al rombo d'alta prora.
Senza perenne cambiamento fora
Priva d' eterna lode la natura;
Or là pone gli affani, or quà sua cura
Cibele scaltra, è festeggiante Flora.
Adorna Cintia di triforme aspetto,
Cuale a lei piace più prende sembianza,
E nulla in se ritien d' uguale affetto.....
Sarà dunque indiscreta la speranza
Che amore fisso cerchi nel tuo petto,
Cuando è tanto perfetta l'inconstanza.

Después de su muerte, que fué sinceramente sentida en todas las clases de la sociedad, escribieron versos en alabanza suya varios poetas célebres entonces, entre ellos D. Miguel de la Reina Cevallos, de la Real Academia Española, autor del curioso poema *La Elocuencia del Silencio*, y el Marqués de la Olmeda, que, entusiasmado por extremo con los versos de su amigo, dedicaba á *Gerardo Lobo* exuberantes alabanzas. Así decía, pidiendo inspiración á su musa:

Divinízame la mente,
Porque pueda en caso tal
Alabar gloriosamente
Al soldado más cabal
Y al ingenio más valiente.....
¡Válgate Dios por Eugenios!
Pues con nombre tan cabal
Hace inmortales los genios;
Si el uno es gran general (1)
Otro es príncipe de ingenios.

Pero nada podría dar tan completa idea de la exagerada admiración que despertaban los versos de *Gerardo Lobo* en el ánimo de sus contemporáneos, como las siguientes décimas intercaladas en un festivo romance del agudo jesuíta el P. Luis de Losada, escrito con el designio de ensalzar las pren-

---

(1) Alude al *Príncipe Eugenio*, vencedor del mariscal de Villars en la batalla de Malplaquet, y, en otras diferentes batallas, de los mariscales Catinat, Villeroi y Tallart.

das de entendimiento y de carácter que adornaban al popular poeta:

Roba á Homero la afluencia,
Roba á Estacio la arrogancia,
Roba á Horacio la elegancia,
Y á Lucano la elocuencia.
Roba á Claudiano cadencia,
Á Terencio propiedad,
A Plauto jocosidad,
Á Marcial chiste y sazón,
Á Ovidio imaginación,
Y á Virgilio majestad.
Á Garcilaso dulzura,
A Lope fecunda vena,
Roba lo erudito á Mena,
Y á Camoens heroica altura.
Roba á Salazar cultura,
Inventiva á Calderón,
Roba á Solís discreción,
Á Zárate gentileza,
Roba á Quevedo agudeza
Y á Góngora elevación.

La poetisa D.ª Ana de Fuentes, con no menos hiperbólico entusiasmo, decía de *Gerardo Lobo*, en un soneto á su muerte:

¡Sólo en su nombre su alabanza cabe!

Juzguemos ahora la índole literaria de este poeta.

La poesía de *Gerardo Lobo* está sin duda pervertida por la decadencia, que todo lo avasallaba y corrompía; está además encadenada al suelo por la frivolidad y la indiferencia; pero reina en ella todavía el libre espíritu de la musa castellana, y entre

los enmarañados retruécanos y los artificios de la moda conceptuosa, asoman y deleitan de cuando en cuando trozos de limpio y terso lenguaje, y pensamientos de alta ley.

El cultivo de la poesía no fué para *Gerardo Lobo* ni alarde literario, ni siquiera esparcimiento de hombre culto que se complace en dar ensanche y pábulo á su educación y á su entendimiento. Fué en la esencia una efusión involuntaria de su espíritu desembarazado y ameno, un instinto que empleaba las formas artísticas de la versificación á guisa de vil y obediente materia (1). Jamás existió otro poeta que se preciase menos de serlo, y que buscase menos en la publicidad los timbres de la gloria ó los halagos del amor propio.

Pocas son producciones del cuidado,
Muchas, sí, de improviso devaneo,

---

(1) No busco los consonantes;
Ellos son los que me eligen;
Porque en la naturaleza
Se ha de fundar lo sublime.

(*Romance de D. Eugenio Gerardo Lobo á su erudito amigo don Juan de la Cueva.*)

Fué gran improvisador, como lo prueban las décimas que acaban en títulos de comedias, y no sabía enmendar sus versos.

Él mismo lo dice con donaire:

Muy pocas veces traslado,
Pues si mi pluma corrige,
Adonde estaba una Venus
Suele poner una Esfinge.

dice él mismo de sus versos; y sólo en edad avanzada, y movido por un sentimiento religioso, pudo decidirse á consentir en la impresión de sus obras (1).

Su vocación de poeta se despertó en edad muy temprana. No había cumplido catorce años cuando escribió en honor de la Virgen María la loa titulada *El Triunfo de las mujeres.* Si no hubiera dejado muestras más sazonadas de su ingenio, bastaría esta primera prueba de sus fuerzas intelectuales para comprender que *Gerardo Lobo* nació dotado por la mano divina de una imaginación en alto grado despejada

---

(1) El producto de la edición fué destinado al culto de la imagen de Nuestra Señora *de la Peña Sacra*, venerada en el Real de Manzanares. La Congregación encargada de este sagrado culto encarece de este modo la condescendencia de *Gerardo Lobo:*

«Temíase con fundamento que el autor no conviniera en lo que se le pedía, y que continuase en la resistencia de que se publicaran sus obras; pues es notorio que habiendo solicitado muchas veces varias personas que se las diese para que se imprimieran, siempre se había negado, mostrando que le servía de no poca mortificación el que lo que escribió, ó para su entretenimiento y diversión, ó para satisfacer al gusto, insinuación ó precepto de aquellos á quienes debía complacer, sin pasarle por la imaginación que llegase el caso de imprimirse, lo hayan publicado sin su consentimiento tantas veces, cuantas han sido las impresiones que los libreros han hecho, llevados del interés que aseguraban en el buen despacho. Pero apenas percibió el piadoso intento de esta humilde Congregación, cuando francamente dió su consentimiento, y ofreció los borradores que tuviese.»

y poética. La especie de competencia en que coloca á las mujeres famosas de la antigüedad, presentadas en jactanciosa revista por los pueblos *hebreo, gentil, idólatra* y *cristiano*, para hacer resaltar después la incomparable figura de María, y darle la corona de flores que *la Primavera* ofrece á la más perfecta de las mujeres, es un pensamiento lleno de elevación y de gentileza, que anuncia el vuelo que en más felices tiempos habría podido tomar el poeta. El *pueblo cristiano,* advirtiendo que *la Primavera* se manifiesta inclinada á dar el premio á las diosas del *pueblo idólatra,* se presenta en la escena, y después de ensalzar á las santas, mártires ó penitentes del mundo cristiano, que sobran para eclipsar á las Cenobias, á las Tomíris y á las Semíramis, ofrece la imagen de

> La incomparable, divina,
> Pura, sacra, intacta siempre,
> María, *llena de gracia,*
> La cual, dichosa, á ser viene
> De las mujeres corona.....
> Si la buscáis recatada,
> Mirad á su sacro albergue,
> Y veréis que de la pura
> Presencia de un ángel teme.....

Por sencillos que parezcan estos versos, asalta un sentimiento de sorpresa al pensar que el poeta que los escribía había salido apenas de los albores de la infancia.

Flexible y vario era por demás el talento poético

de *Gerardo Lobo;* no le arredraba género alguno: teatro, poesía épica, poesía lírica, poesía satírica, poesía sagrada, todo lo abarcaba sin timidez ni escrúpulo; pero todo asimismo sin la detención y el ahinco del entusiasmo verdadero, y como por fácil desahogo y superficial pasatiempo. Sus composiciones festivas son las que le granjearon mayor y más fundada nombradía. Aquí se encontraba como en su natural asiento su estro epigramático y movedizo. La carta á D. Luis de Narváez, en que hace una descripción burlesca de los infelices lugarejos de Bondonal y Elechosa; el elogio irónico del soldado indisciplinado; las décimas que pintan las ilusiones de los que iban á las Indias á probar fortuna, y otras poesías semejantes, viven todavía en la memoria de algunas gentes aficionadas siempre á los donaires hiperbólicos. Críticos de incontestable y merecida autoridad, é imparciales admiradores de la vena festiva de *Gerardo Lobo*, afirman que *todos* sus versos largos son *detestables* (1). Esta dura sentencia no carece enteramente de fundamento; pero peca por exorbitante y absoluta; dañando acaso al poeta, en la opinión moderna, su sobrenombre, algo arbitrario, de *coplero*. Versos largos, notablemente bellos

(1) El Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, crítico agudo y erudito, dice estas palabras, hablando de *Gerardo Lobo:* «Compuso algunos versos largos, que verdaderamente son todos ellos detestables.» (*Lecciones sobre la historia de la literatura española, francesa é inglesa en el siglo XVIII.*)

y hasta sorprendentes para su época, pueden encontrarse en las poesías de *Gerardo Lobo*. Los versos de la *Carta pastoril á un condiscípulo* distan mucho de ser despreciables, y estrofas hay en ella, singularmente en la imprecación final, que provoca en el pastor enamorado el alegre rumor de las bodas de su rival triunfante, que no habrían desdeñado los poetas de los mejores tiempos. Sonetos hay también en sus obras, que así por la gallarda versificación, como por la lozanía del pensamiento, merecen no caer en el eterno olvido de que amenazados estaban (1).

Hasta en sus cantos épicos á los sitios de Lérida y Campomayor, y á la conquista de Orán, que son

---

(1) Sirva de confirmación el soneto siguiente:

Á LA DIFICULTAD DE LA ENMIENDA EN LA VEJEZ, ALUDIENDO Á SU PROPIA VIDA.

Soneto.

Gusté la infancia, sin haber gozado
El dulcísimo néctar que bebía;
Pasé la adolescencia en la porfía
De áspero estudio, mal aprovechado.
La juventud se llevan Marte airado,
Amor voluble, rústica Talía,
Sin acordarme que vendrá algún día
La corva ancianidad con pié callado.
Y cuando llegue, que será temprana,
¿Qué empresa entonces seguiré contento?
¿La de triunfar de mí?..... ¡Ceguera insana!
¡Esperar el más arduo vencimiento
Quien el día perdió, con su mañana,
En la noche infeliz del desaliento!

á todas luces muestras de la más perversa poesía que se conoce en castellano, hay robustas octavas y pensamientos nobles, vigorosamente expresados, que brotan, como las flores en el cieno, entre los alambicamientos de la idea y los intrincamientos de la frase.

¿Quién no cree escuchar un eco de la entonación rotunda y atrevida de Lope de Vega, al leer el apóstrofe que, entre sorprendido y airado, dirige Neptuno al Monarca castellano, cuando mira invadido su imperio por una escuadra de más de seiscientos bajeles?

Nunca en la inquieta mar la algosa frente
Desarrugó Neptuno tan pasmado,
Porque el reino jamás de su tridente
Á tanta carga resistió agobiado:
Á los vientos apela, ya impaciente
Sus rigores mitiga, ya irritado
Á que rompan les mueve el duro centro
De aquel peñasco donde braman dentro.
¿Qué es esto, dice, Júpiter hispano? (1)
¿La quietud tantas veces de mi imperio
Altera el cetro de tu augusta mano?
¿Es tuyo acaso el lóbrego hemisferio?
Sin duda que absoluto soberano
Intentas reducirme á cautiverio;
Si no es que en fe de tu valor presumas
Ocultar con tus naves mis espumas.
Aunque el último fin de tus empeños
En los arcanos de la mente escondas,

(1) Felipe V.

No podrán á mis fondos y mis ceños
Prender tus anclas y medir tus sondas;
Bien que al gravamen de robustos leños
El hombro inclinen las cansadas ondas,
Sin ser puerto bastante á tantas quillas
La inmensa longitud de mis orillas.....

Muchas otras octavas podrían citarse como muestra de elevada y noble y poesía. Nos limitaremos á recordar aquella tan celebrada, relativa á la artillería destinada al sitio de Campomayor:

Llegan á impulso de los tardos bueyes,
Sobre fuertes cureñas sustentadas,
Las últimas razones de los reyes,
En el seno del Etna fabricadas:
Horroroso comento de las leyes,
Tribunal de potencias agraviadas;
Que en el orbe, teatro de malicia,
Nada vale sin fuerza la justicia.

Y esta otra, inspirada por la triste necesidad, según el arte de la guerra, de arrasar los olivares que circundaban la plaza. Al través de la antítesis y de la metáfora de la guerra y de la oliva, resplandece un alto pensamiento:

¡Oh contagio del mundo, cuyo arte,
Primera escuela del primer tirano,
Ofrece en aras del sanguíneo Marte
La hermosa insignia de apacible Jano!
Pero cuando en el hombre se reparte
Castigo justo por la eterna mano,
En todo paga, porque en todo yerra,
Y es la paz instrumento de la guerra.

Y ¿cómo no recordar también aquellas octavas en

que, después de haber pintado la fatiga, el hambre y la sed que arrostraban las sufridas huestes españolas en la abrasada tierra de África, defiende con tierna efusión á los soldados contra las comunes murmuraciones de la plebe de las ciudades?

Y tú, grosero, miserable urbano,
Que murmuras, cual carga y desperdicio,
Que dispense á la tropa el Soberano
El socorro, el amor, el beneficio;
Si en campaña le vieses ya cercano,
Con sed, hambre y cansancio, al sacrificio,
¿Qué no cediera allí tu mano escasa
Por el dulce sosiego de tu casa?
Pues hambre, sed, cansancio, cada instante
En la hueste española es homicida;
Siendo el hierro y el plomo fulminante
El peligro menor contra su vida.
Gozar tus bienes, disfrutar amante
El amor de tu esposa tan querida,
Á esos debes que tanto vituperas.....
Tú los amaras como tú los vieras.

Á la insustancialidad privativa de la poesía que preponderaba en aquella época, y juntamente á la índole inconsistente y versátil de la imaginación de *Gerardo Lobo*, puede atribuirse el malogramiento de este nada vulgar ingenio.

Impresionable y expansivo, cedía, sin fe y sin esperanza de gloria, al imperio de su vocación: el cuerpo de guardia, el campamento, el sórdido alojamiento de una aldea, eran igualmente para él centro y objeto de inspiración. La poesía era una necesidad intelectual de su vida, y á pesar de este genial

impulso, no hallaba en sí, ni fuera de sí mismo, la misteriosa fuerza que el alma requiere para remontarse á los arrobamientos del mundo ideal, ó para encenderse con el fuego de la pasión. No alcanzaba, como podría decirse empleando una frase vulgar pero expresiva, á tomar la poesía *por lo serio*. Si buscando pretexto en la exótica moda del *chichisveo* (1), intentaba definir la noble y etérea esencia del amor místico, se enredaba en escolásticas abstracciones; si quería pintar en tono heroico las hazañas de las armas españolas, se perdía en el laberinto prosaico de minuciosos pormenores; si satirizaba los extravíos de su tiempo, en vez de palabras de indignación ó de incisiva y delicada ironía, se engolfaba en un mar de alambicados chistes y de hiperbólicos devaneos.

---

(1) *Chichisveo*, obsequio asiduo de un caballero á una dama con afectada presunción de culto extático y desinteresado. El nombre y la ridícula costumbre que significa, pasaron á España y á Francia de Italia, país fértil en estos amorosos refinamientos, como lo prueban los tres matices de la misma idea, *cavaliere servente*, *sigisbeo* y *patito*.—En España el *chichisveo* tuvo ardientes sectarios y enérgicos impugnadores. *Gerardo Lobo* sostuvo una porfiada polémica sobre este punto, en la cual tomaron parte varios poetas, y entre ellos, con habilidad escasa, el célebre Cañizares. El aspecto moral de la cuestión llamó la atención del clero, y hemos leído graves disertaciones impresas de insignes teólogos, encaminadas á señalar los peligros de tan hipócrita invención.

Y sin embargo, es imposible no deleitarse con el desenfado juguetón de su numen. Ya imita el necio y sutil amor de los petrarquistas (1), ya el afecto limpio y sencillo de los pastores de Garcilaso (2), ya la implacable y descarada burla de Quevedo. Con Góngora se muestra su vena poética todavía más inquieta: unas veces le remeda, le admira y le apellida *Horacio cordobés*, otras se mofa de la algarabía de su estilo.

Aunque por lo común se muestra aficionado al donaire familiar, cultiva á veces el discreteo delicado y metafísico de los poetas del siglo XVI. Puede servir de ejemplo aquel soneto en que contesta al ingeniosísimo de D. Hernando de Acuña, que empieza:

> Dígame quien lo sabe cómo es hecha
> La red de amor. . . . .

Acuña contesta de tres maneras á su propio soneto (3); pero *Gerardo Lobo*, imitándole, le aventaja en la gracia y sutileza propias de aquel género de poesia artificial.

Durante la invasión de Portugal escribió *Gerardo*

---

(1) Canción *á Margarita.*

(2) Soneto que empieza:

> ¡Oh dulce prenda! testimonio un día.....

la *Carta pastoril*, etc.

(3) *Obras poéticas.* Salamanca, 1591; en 4.º

Lobo una carta en tono muy chancero á un religioso amigo suyo. En ella alude, como suele, á los sinsabores de la vida del soldado en campaña, y dice irónicos chistes expresados en tan natural y claro estilo como el siguiente:

¿Hay para un hombre de gusto
Conveniencia más loable
Que salir de donde ama,
Y marchar donde le maten?

Pero le ocurre hacer gala del estilo *culto*, y después de escribir algunas cuartetas ininteligibles, sorprendido él mismo de lo tenebroso y enmarañado de la frase, corta de repente el período y exclama:

. . . . ¿Qué es esto?
Yo llego á *engongorizarme*.

La verdad es que no pocas veces se *engongorizaba* con fruición sincera, y probablemente sin advertirlo. Así hubo de suceder en dos largos romances que escribió en for ma de leyenda, *Al Martirio de Nicetas*, y *Al Martirio de San Lorenzo;* en la *Paráfrasis de la carta Ovidiana de Enone á Eneas,* en el romance endecasílabo *Al suntuoso templo de la Rotunda, en Roma,* y en otros varias composiciones. Y de notar es que, con todo eso, cuando á impulsos de su sano instinto escribía con naturalidad, los adoradores del concepto y de la hipérbole le acusaban de no levantar la entonación poética á la altura del gusto dominante. Él mismo lo declara así:

Que escribo versos en prosa
Muchos amigos me dicen,
Como si el ponerlo fácil
No fuera empeño difícil.

En suma, rebosa el ingenio en la poesía estragada de *Gerardo Lobo*; pero además del gusto acrisolado, sin el cual viven mal las obras del arte, carece de la cuerda de sensibilidad, la más vibradora y simpática que encierra el corazón humano. Tal vez no falta en el alma del poeta, pero falta en su lira; por eso razona, discretea, describe, satiriza, pero no acierta á sentir ni á cantar.

Cuando se reflexiona en la extraordinaria popularidad que alcanzaron las poesías de *D. Eugenio Gerardo Lobo* en las varias ediciones que de ellas, ya separadas, ya reunidas, se hicieron en el siglo último, en la índole simpática de sus donosos versos familiares, y en la jerarquía elevada á que llegó en la carrera militar este hombre, por diversos títulos insigne, parece en verdad cosa harto singular que se hayan conservado tan escasas noticias de su vida pública y privada.

Todo el mundo sabe, porque tradición murmuradora lo asegura, que el rey Felipe V le llamaba el *capitán coplero*, á consecuencia del enojo que hubo de causar al Príncipe francés aquella conocida cuarteta:

Dos cerdudos (*cerdos*) al entrar
Me dieron la enhorabuena;

Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.

El enojo, si existió, pasó fugaz en el ánimo noble y generoso del Monarca, de quien recibió *Gerardo Lobo* altas distinciones y mercedes (1).

Las merecía, en verdad. No era el *capitán coplero*, como algunos imaginan, un oficial atolondrado y estrafalario que escribía con especial predilección agudezas osadas é imprudentes; era atildado y circunspecto en palabras y acciones (2); respetuoso con todo lo que hay respetable en el cielo y en la tierra; modesto cual solían serlo los españoles de aquellos tiempos, y, lo que puede parecer inverosímil en un militar avezado á los trastornos y desórdenes de la guerra, era hombre de conciencia mística y timorata. ¿Quién creería que una de las principales composiciones del alegre y marcial poeta, que se imprimió en Sevilla siendo todavía

---

(1) La circunstancia de haber encargado varias veces á *Gerardo Lobo* el Príncipe de Asturias (después Luis I) versos relativos á la ternura que este Príncipe profesaba á su augusta esposa, es claro indicio de la feliz armonía que reinaba entre el poeta y la corte de Felipe V.—Esta circunstancia está consignada en las obras del mismo *Lobo*. El Rey lo llevó consigo á la guerra de Italia.

(2) Sus versos, aunque á veces familiares, nunca fueron chabacanos ni obscenos. Algunos juzgó demasiado libres, y esos los rasgó, siendo todavía mozo, *para que no pesaran en la conciencia*. Así lo dice el poeta mismo en un soneto.

capitán de caballos-corazas, fué un exámen severo de sus faltas pasadas, con este título sombrío: *Reo convicto, en el tribunal de su conciencia?*

Hasta la desgraciada muerte de *Gerardo Lobo*, de la caída de un caballo, siendo Teniente general y Gobernador militar y político de Barcelona, contribuyó á hacer simpática su memoria.

Á los dos poetas cuyo carácter acabamos de bosquejar, pudieran acaso agregarse, como poetas malogrados de aquella era, *Tafalla y Negrete*, y *Rebolledo de Palafox, Marqués de Lazán*. De ellos ha apartado completamente los ojos la posteridad, nunca indulgente con las obras políticas, filosóficas ó literarias de las épocas de transición. Como quiera que sea, la crítica histórica no debe olvidar que así estos escritores, como Candamo, el doctor Torres, Gerardo Lobo y otros, son los últimos representantes genuinos del libre espíritu literario de nuestra patria, sin mezcla ni restricciones de extraño origen, y que su inspiración, si bien decadente y viciada, era absolutamente española.

El doctor, abogado de los Reales Consejos de Aragón, *D. José Tafalla y Negrete*, cuya época floreciente pertenece á los últimos años del siglo XVII, pero cuya vida llegó á alcanzar al XVIII, es uno de los dechados más cabales, y por consiguiente más lastimosos, de la poesía familiar, y por decirlo así, *casera*, que sustituyó malamente á aquella poesía de intención segura, de arrobamiento místico, de

majestuoso arranque, que había resonado en la lira de los Argensolas, de los Leones y de los Herreras. Y no era, por cierto, *Tafalla* de los poetas más rastreros y desaliñados de su tiempo. Su estilo es claro, su lenguaje suele ser castizo y propio, y si rinde culto á la moda de los conceptos, se echa de ver al propio tiempo que es costumbre y alarde, no tendencia natural de su ingenio. En 1678, su amigo el Marqués de Alcañices lo llevó desde Zaragoza á Madrid, donde lució sus dotes de improvisador en las academias y justas poéticas tan en boga en aquellos días, y, al decir de sus contemporáneos, mereció el sobrenombre de *el divino Aragonés*, lo cual puede significar meramente que aventajaba á los más en el género de agudeza y discreción que producía entonces tanto embeleso. El hecho es que, por su facilidad en versificar, y por el donaire y galanura de su discreteo, fué en Zaragoza blanco de la admiración general, y en Madrid logró los principales premios en las mencionadas academias. Se han perdido los versos que escribió en Madrid, ya en la madurez de la vida y del entendimiento. Sólo podemos juzgarle por las insignificantes poesías que sus amigos publicaron en Zaragoza en 1706; y estas poesías, fruto de los primeros años de su juventud, no bastan, por cierto, á justificar aquel sobrenombre lisonjero. En las poesías sagradas, á semejanza de Montoro, dirige á los santos insípidos conceptos. Santa Teresa y Santa Isabel no le inspiran más que insul-

sas *chambergas*. Pero en algunos de sus romances hay trozos que recuerdan el discreteo vivo, diserto é ingenioso de Moreto y de Calderón. Son como destellos moribundos de la antigua musa española. En la edición de 1706 está caracterizada con acierto esta poesía, escrita siempre *por encargo*, y exhausta de inspiración y de alcance moral. Son de notar el tino y la sensatez con que, á pesar del gusto dominante, juzgaba el editor de las obras de *Tafalla* aquella literatura bastarda, que no pasaba de trivial recreo. «Este modo de escribir mandado, dice el editor, es muy violento, aun para el numen más obediente; y son muy pocos los que entienden las diferencias que se notan entre los poemas que nacen de impulso propio y los que son puramente compuestos por obediencia. Casi todas las poesías de este *Ramillete poètico* (título de la colección), ó bien épicas, ó bien líricas, ya en asuntos amorosos, ya heroicos, ya sacros, se conoce que eran para ajenos desempeños y tiempos precisos, donde, quitando la libertad al furor poético, lo reducían á escribir aunque nunca estuviese inspirado. Este es un modo de componer sin espíritu y sin fervor, donde obra como esclava la dulzura y como atareada la facilidad.»

Según se ve, un editor tenía más sano y atinado sentido crítico que los literatos y poetas de su tiempo.

El *Marquès de Lazán*, también poeta aragonés, fué otro de los ingenios malogrados que por aque-

llos días rindieron culto á la tradición, aunque viciada, de las letras castellanas. Escribió, además de otras obras de menor importancia, un poema en veintidós cantos, titulado: *Métrica historia, sagrada, profana y general del mundo; sus tres primeras edades, sobre el libro del Génesis* (1). Es uno más entre aquella copia inmensa de poemas narrativos bíblicos, místicos ó profanos, como *La Creación del Mundo*, de Acevedo, ó el *David*, del doctor Uziel, que había producido el siglo anterior; pero, á vueltas de la balumba de erudición que encierra el poema, y de la afectación y del alambicamiento, que eran galas literarias de aquel tiempo, asoma á cada paso el ingenio vivo y de buena ley de que la naturaleza había dotado al poeta. Con ser su obra un centón de hechos y noticias de la historia bíblica y de la historia fabulosa, nunca es el poema rastrero ni desmayado, y las hermosas imágenes y robustas octavas que en él se encuentran de cuando en cuando hacen presumir que, á nacer un siglo antes, el *Marqués de Lazán* habría figurado dignamente al lado de los Hojedas y de los Valdivielsos.

Su estilo es, por lo general, conceptuoso, y no en corto grado. Pero era tal la costumbre de las encrespadas metáforas y del lenguaje enmarañado, que el Marqués cree sinceramente que escribe con naturalidad, y hasta se disculpa con humildad por ello.

---

(1) Impreso en Zaragoza, por Juan Malo, 1734, en 4.º

«Ofrezco esta Historia, dice, no con expresiones levantadas, soberbia vanidad de las plumas, gloriosa ostentación de los ingenios; no con hondos conceptos y alusiones profundas, sino con un estilo llano y natural, en que he solicitado la propiedad y la limpieza, la claridad y la expresión....., siguiendo mi inclinación, ó porque me falta aliento para lo sublime, ó porque aborrezco la obscuridad.»

He aquí algunas muestras de su estilo. Así pinta las flores agradecidas en el momento de la creación:

Toda púrpura allí, la fervorosa
Rosa se enciende, ardiente más que vana,
Adorando la mano poderosa
Con bellos labios de carmín y grana.
La azucena, ya cándida, ya hermosa,
Emulando el albor de la mañana,
No con menos respeto ni decoro,
Alaba al Crïador con lenguas de oro.
Nieve el jazmín y la mosqueta grata,
Tesoro la retama y el junquillo;
Flores todas, las unas blanca plata,
Y las otras feliz oro amarillo;
El azhar, que en fragancias se desata,
Y el tulipán con su matiz sencillo,
Por tributo al Señor rinden felices
Plata y oro, fragancias y matices.....

Continúa describiendo los hechizos de la creación:

Corta el cristal el pez, que no respira,
Y se desliza por las aguas mudo;
El pájaro parlero el aire gira
Con dulce idioma ó con lenguaje rudo.

Roto á pedazos, en el mar se mira
Entre escamas el sol; y, no desnudo,
El viento vano con adornos graves
Se viste de las plumas de las aves.....
Eva formada, pues, decir se puede
Que en sí se epilogó toda hermosura;
La de su cuerpo solamente cede
Á aquella que atesora su alma pura.
Digna esposa de Adán, se le concede
Dominio sobre toda criatura
Material, y agraciada así y contenta,
El mismo Dios á Adán se la presenta.

Así habla Lucifer cuando intenta inducir al pecado al primer hombre:

Será mi esclavo: sellarán su frente
De su culpa los hierros; arrogante
El drecho de gozar eternamente
De Dios ha de perder en un instante.
Del Empíreo el Señor omnipotente
Cerrará los candados de diamante.....
Y yo abriré, para castigo eterno,
De par en par las puertas del infierno.....

Al hablar de la primera culpa:

Eva en culpa, de Adán en la que intenta,
Á encontrar su disculpa se apercibe,
La fruta le persuade y le presenta,
Y que no morirá, pues ella vive.
Come Adán, y en su ruina con afrenta
Esclavo del demonio se suscribe
Todo el linaje humano..... ¡Pudo tanto
El ejemplo, el amor, el ruego, el llanto!

Al describir el diluvio, entre otras ingeniosas imágenes, le ocurre el ave acuática, que no pu-

diendo descansar en la tierra, tiene que rendirse al cabo á la fatiga y morir en el agua. La pinta así:

El pájaro veloz se atropellaba,
Buscando en balde por descanso el suelo,
Y en cuanto el giro y vista dilataba,
Sólo alcanzaba el agua, sólo el cielo.
Sus extendidas alas fatigaba,
Y ya rindiendo su constante vuelo,
En el agua, que fué su primer cuna,
Tumba encontró su mísera fortuna.

En los discursos no le faltan soltura é ingenio. Así habla Nemrod á los Caldeos, para que, seducidos con falaces promesas y esperanzas de ventura pública, lo elijan rey:

Aquí, pues, como hermanos viviremos,
Al interés y á la ambición negados;
Como á fin principal atenderemos
Del Señor al servicio destinados.
Para más sociedad levantaremos
Edificios de muros circundados,
Como ley observando sin malicia
La paz, la religión y la justicia.
Para esto, pues, obedecer es justo
Todos á un rey, poniendo soberano
Purpúreo manto sobre su hombro augusto,
Corona y cetro en su cabeza y mano.
Hechura nuestra, hechura á nuestro gusto,
No su dominio fundará tirano;
Que obligado á mandar de nuestra ciencia,
Aun el mismo mandar será obediencia.....

Más adelante, después de bosquejar con brioso pincel á Semíramis, dice de ella:

Y volviendo á Semíramis hermosa,
De su conciencia y mérito acusada,
Si en la campaña vive cuidadosa,
No en la corte se muestra descuidada.
Tirana en todas partes y celosa,
La corona en sus sienes mal clavada,
Mira el potente cetro con recelo,
Con más temor del mundo que del cielo.

Véase, por último, con cuánta gallardía describe al cazador Ismael:

Ni bruto, ni ave, pájaro, ni fiera,
Ni el gavilán, ni el tigre remendado,
Ni el fiero león, ni el águila guerrera
Se exime de Ismael, del arco armado.
Embraza el arco, aplica la ligera
Flecha á la cuerda, el nervio retirado;
Y cuando á el punto atenta vista opone,
Donde pone la vista el hierro pone.....

Tal vez hemos citado demasiado. Nos ha cautivado la gallardía de la expresión. No citaremos más, porque sería interminable tarea. Acaso no hay una sola octava perfecta entre las dos mil doscientas noventa de que consta el poema; pero en las que hemos citado, y en otras innumerables, se encuentran á cada paso destellos de viva fantasía. Quien así versifica, pinta y razona en la época más infeliz que han conocido las letras españolas, puede no tener gusto, ni sobriedad, ni pureza, ni elegancia; pero abriga indudablemente en su entendimiento muchas de las prendas nativas del poeta.



CAPITULO V.

POETAS CON TENDENCIAS POLÍTICAS.—EL P. BUTRÓN.—BENEGASI (D. JOSÉ JOAQUÍN).—FRAY JUAN DE LA CONCEPCIÓN.

Sin intención bien determinada, pero involuntariamente movidos por el espíritu de examen filosófico y político, que empezaba á despertarse por aquellos tiempos, muchos poetas de la escuela popular escribían sátiras políticas de circunstancias, empleando la poesía como medio inofensivo para decir verdades que en otra forma hubieran parecido censurable osadía. Unos, como *Don Alonso de Anaya*, se valían del teatro; otros escribían coplas y romances vulgares; los más se contentaban con intercalar alusiones satíricas en sus composiciones familiares.

Estos poetas eran innumerables. Nos limitaremos á recordar tres de ellos, porque fueron hombres de fama literaria en su época.

Pasaba por poeta agudo y conceptuoso el padre *José Antonio Butrón*, autor de un poema, *Harmónica vida de Santa Teresa*, escrito en confuso y estrafalario estilo, y de muchos versos líricos, cuyos principales caracteres son audacia política y grotesco desenfado en la expresión y en las ideas (1). Más insolente que satírico, escribió en tono de chabacanería popular contra los frailes, contra la Princesa de los Ursinos, contra Macanaz, contra el Duque de Berry, contra el confesor del Rey, y contra otras cosas y personas de cuenta. Era de aquellos que, animados de espíritu descontentadizo y recalcitrante, no transigían, ni aun en favor de las luces, con el influjo de la civilización francesa que había traído á España la casa de Borbón. Empleaba la poesía, del propio modo que otros muchos copleros de su tiempo, como arma de oposición política, semejante á la imprenta periódica de nuestros días. Amaba á Felipe V por sus nobles prendas de carácter; pero le había sido tan odiosa la prepotencia militar y política de la Francia en España durante la guerra de sucesión, que, haciéndose eco de las prevenciones más vulgares, daba en la injusticia de acusar á la Francia misma de fomentar

(1) Tenemos á la vista tres códices con poesías del Padre *Butrón*, dos de la colección de manuscritos del señor D. Pascual de Gayangos, otro de la colección del señor Sancho Rayón.

la rebelión de los catalanes, llegada ya la paz de Utrecht (1).

Cuando escoge para sus versos asuntos elevados de historia ó de arte, como la *Muerte de la reina doña Luisa de Borbón;* la *Estatua de San Bruno*, del escultor Gregorio Fernández; el *Paralelo entre Mar-*

---

(1) He aquí un soneto curioso de *Butrón*, que da idea de su espíritu y de su estilo:

Á LA FRANCIA, POR LAS COSAS QUE PASABAN EL AÑO DE 1713.

Soneto.

Corrió Francia á la paz un arambel,
Ni oyen á *Osuna* ni aun á *Monteleón* (*a*);
No abogará por Francia *Lexington* (*b*);
Mas la *Vieja* (*c*) y *Ronquillo* (*d*) hacen papel.
Engañando con visos de oropel,
No evacua humor francés la evacuación (*e*);
Francia ya dice *oui*, ya dice *non*;
Que siempre fué su genio cascabel.
No conquista Castilla al portugués,
Y el catalán se está siempre tenaz,
Por irle á Francia en ello su interés.
Castilla por Felipe pertinaz,
Y Francia lo hace todo del revés,
Haciéndole más guerra con su paz.

(*a*) El Duque de Osuna y el Marqués de Monteleón, enviados á Utrech para negociar y firmar los tratados de paz.

(*b*) Lord Lexington, plenipotenciario de la reina Ana, que firmó en Madrid, con el Marqués de Bedmar, el tratado de comercio celebrado entre España y la Gran Bretaña el 13 de Junio de 1713.

(*c*) La *Vieja*: la Princesa de los Ursinos, que tenía á la sazón setenta años.

(*d*) Don Francisco Ronquillo, Gobernador del Consejo de Castilla.

(*e*) Alude á la salida de las tropas francesas del territorio español.

En otro soneto de *Butrón* raya en furor su encono contra Francia. Lo publicamos como curiosidad histórica:

cial y Juan Owen; la *Heroica acción del Duque de Béjar*, que en el bombardeo de Audenarda, en Flandes, apartó con sus manos las brasas que habían caído sobre unos barrilles de pólvora; la gloriosa muerte del mismo Duque en Buda, y otros semejantes, *Butrón* tiene arranques propios de su carácter fogoso; pero el alambicamiento de idea y de frase desluce todas sus poesías de intención lírica, y no hay una sola entre ellas que merezca vivir en la posteridad. Una de las más curiosas es la canción real *Al caballo de bronce del Retiro* (1). He aquí una muestra de esta poesía ingeniosa, pero *gongorina*, de que todavía quedaban tan profundos rastros. Habla de Felipe IV gobernando el caballo:

¡Que un gallo que de viejo es ya capón (*a*)
Pueda así el gallinero alborotar!
¡Que ponga en confusión la tierra y mar
Este grande gusano revoltón!
¡Que haga así de lo ajeno partición,
Para mejor lo propio conservar!
¡Y qué! ¿La pobre España ha de pagar
Todo lo que ha pecado su ambición?
¡Que por oro nos trueque el oropel,
Y la jerga nos venda por tisú!
Y ¿por qué, cuando amigo es más infiel,
Nos lleva las riquezas del Perú?
¡Oh Felipe! ¿Qué hacéis? ¡Oh España fiel!
¡Oh Francia vil! ¡Oh tú, tirana, oh tú!.....
. . . .

(*a*) Luis XIV.

(1) Es la célebre estatua ecuestre, obra del escultor florentín Pedro Tacca, que hoy se halla en la plaza de Oriente de Madrid.

Mándale que se aquiete
El Rey, y salpicando el freno en vano,
Obedece al monarca soberano,
Aun más que por lo rey, por lo jinete.
No podrá el cetro hacer que se sujete
Á estrechar su ardimiento
En la región del viento:
Si la espuela hacia el céfiro le llama,
Garza será en las plumas de la fama.....
Fuego celeste acaso
Derritió el metal duro, porque luego
Que las dos manos libertó del fuego,
Á la esfera del fuego encumbró el paso.
No el Bucéfalo triunfe, no el Pegaso
Blasone osadamente
Imitarle lo ardiente;
Que á entrambos vence en ímpetu volante
Este del sol espíritu elegante.
Viva parece, con osado aliento,
Aquella mano que levanta al viento;
Que, al labrarle el artífice toscano,
Sintió el dolor, y levantó la mano.
. . . .
Acaba ya: la atmósfera cortando,
Conozca el aire leve
Que aun el bronce se mueve.
Pero no, no te muevas, y tu planta
Aten lazos de obsequio reverente
Por tanto rey y por grandeza tanta.
No corras, aunque aspires á viviente
Para envidia de Fidias y Lisipo:
Estáte en pie, pues sirves á Filipo.

Esta poesía es en extremo hiperbólica y alambicada; pero no pudo ser escrita sin ingenio. No hay duda: aquel gusto falso y pervertido esterilizaba las facultades espontáneas y naturales de los que, en

mejores tiempos, hubieran llegado acaso á la verdadera poesía.

No era *Butrón* indulgente ni aun con los países en que vivía. Residió algún tiempo en Soria y en Galicia, y escribió descripciones, más que burlescas, injuriosas, de aquellas tierras. Ambas tuvieron en su tiempo un éxito extraordinario, y corrían las copias de mano en mano, como las famosas descripciones de alojamiento de *Gerardo Lobo*. La descripción de Soria está escrita en décimas. La segunda dice así:

Ciudad, terror de Romanos,
Que Scipión, al pelear,
Jamás la quiso tomar
Por no ensuciarse las manos.
Como fénix ó gusanos,
Se labraron tumba honrada;
La vega quedó abrasada,
El pueblo quedó encendido,
Porque Soria siempre ha sido
Muy buena para quemada.

No trata con mayor blandura al hermoso suelo de Galicia. Así dice, á poco de empezar, en malos versos pareados:

Baña el mar sus contornos por lavarle,
Pero lo sucio no podrá quitarle.
Lóbrega estancia es, en donde el cielo
Cubre de pardas nubes siempre un velo.....

Los versos de *Butrón*, que tanto se aplaudían al empezar el siglo XVIII, ya olvidadas á fines del mismo siglo las circunstancias que daban interés á sus

sátiras chabacanas, y transformado el gusto literario, sólo servían de escarnio á críticos y poetas. El erudito jesuita *D. Francisco Javier Alegre*, aludiendo á la musa desmandada del brusco y altisonante coplero, le llama *el desaforado Brutón*. El canónigo *Huarte*, después de mofarse, en *La Dulciada*, del poeta *Benegasi*, dice así:

> Seguíale *Butrón*, envanecido
> Al ver que su elocuencia nos ha dado
> Un poema hasta ahora no entendido.

Hoy día las obras de los poetas de la estofa del *P. Butrón* no tienen más valor que el interés histórico que encierran las manifestaciones libres y naturales que brotan de los sentimientos y de las pasiones del vulgo.

Todavía inferiores á los poetas mencionados, y al lado de los *Montianos* y de los *Nasarres*, que se afanaban por disciplinar y encarrilar el gusto del público, aun á costa de la inspiración española, había una falange de copleros, tales como *Bolea, Maruján, Olmeda*, y otros, que, siguiendo las huellas de los poetas de índole popular, no sabían ni querían resignarse á entrar por la senda extranjera que les señalaban aquellos flamantes reformadores. Eran como la última protesta del espíritu literario español moribundo. ¡Protesta estéril y tardía! Los tiempos de la inspiración nacional habían pasado, y estos ecos infelices de la musa española degenerada no contri-

buían sino á dar la razón á los críticos de la nueva escuela.

Uno de aquellos poetas de ínfima laya, muy acreditado en su tiempo entre la gente del gusto vulgar, fué *Frey D. José Joaquín Benegasi y Luján*, señor de los Terreros, canónigo reglar de San Agustín. Tenía gran facilidad para versificar; su ingenio era vivo y fácil, pero de corto alcance; su numen, rastrero y familiar, no se levantaba nunca á la esfera de la poesía sublime. Así pinta él mismo su talento poético, con notable acierto, y con la modestia y sinceridad propias de su carácter, en estas fáciles quintillas, que pueden dar idea de su estilo:

Que mi estilo no es gallardo,
Elevado ni especial,
Es verdad: no soy Gerardo (1);
Pero tampoco es bastardo,
Antes es muy natural.
Dióme Apolo mi destino
Para lo festivo sólo;
Oponerme es desatino;
Basta ser gusto de Apolo;
Yo me voy por mi camino.
El medir las fuerzas es
Quitarse la pesadumbre
De padecer un revés;
Pues muchos van á la cumbre,
Y dan de hocicos después.
¿Yo seguir, yo remedar
Al que es por *culto* aplaudido?

---

(1) Alude á *Gerardo Lobo.*

No lo tienen que esperar,
Porque jamás he seguido
Lo que no puedo alcanzar.

Gran sensatez demuestra *Benegasi* en estos versos. Algunas, aunque muy raras veces, lé ocurre escribir poesías á asuntos elevados, por ejemplo á *Santa Teresa*, á la *Toma del Parmesano*, al *Asesino que hirió á su Majestad Cristianisima* (*Luis XV*); pero la lira de los grandes pcetas no produce en sus manos sino sonidos monótonos y vulgares. En una ocasión intenta remontarse á las lucubraciones de la filosofía cristiana, y escribe un largo y desaliñado romance, así titulado: *Lo que es el mundo, la hermosura, la nobleza y el aplauso.* No acuden á su pensamiento más que conceptos vulgares, más ó menos ingeniosos, expresados con la entonación chavacana de los romances del vulgo. La definición que da del mundo es ingeniosa:

¿Es acaso más que un
Bien pintado coliseo,
Todo luces por afuera,
Y confusión por adentro?

Y ¿qué emoción podía producir el recuerdo de las hazañas históricas, fuente legítima de la verdadera aristocracia del nacimiento, en quien define la nobleza con el criterio limitado y materialista del populacho?

¿Qué es nobleza? Continuada
Riqueza, y esto supuesto,

La más ó menos nobleza
Es más ó menos dinero.

Benegasi, nacido en hidalga cuna, ataca á la nobleza, no sólo así de pasada y en forma de reflexión filosófica, sino, lo que es más extraño, en la forma trascendental de los papeles populares anónimos, vendidos por los ciegos en las calles de Madrid. Así publicó y propagó, ocultando su nombre, varias sátiras, y entre ellas una en redondillas, contra la nobleza, que empezaba de este modo:

El que quiera ser marques,
Conde, duque, ó caballero,
Ha de observar lo primero
Hacerlo todo al revés.....
No quede pícaro á quien
No alcance su protección,
Y no le dé ni atención
Á ningún hombre de bien.....
Trate á todos con desvío,
Haga esperar á cualquiera
Como si el que aguarda, fuera
De casta de algún judío.....

Así hablaba el honrado *Benegasi*, benévolo é inofensivo, embelesado siempre con el culto trato de las más ilustres familias de España, que le dispensaban franca amistad y cordial estimación. Aun no habían corrido por España los perniciosos escritos de Voltaire, que tenía pocos años más que Benegasi; aun duraba en nuestro suelo la arraigada fe de los españoles en religión, costumbres, clases é instituciones; y sin embargo, el *P. Fr. Juan de la Concep-*

ción, *Benegasi* y tantos otros ánimos puros y creyentes, empiezan, sin sospecharlo, á minar el edificio antiguo de la civilización española. De estos que parecen fenómenos del mundo moral, pueden señalarse muchos en la primera mitad del siglo XVIII. Comenzaba una era de transformación. Apenas tenían fuerza, luz y calor aquellas chispas de un fuego latente y progresivo, que, andando el tiempo, había de deslumbrar y conmover hondamente á las generaciones inmediatas.

Tenía *Benegasi* la modestia del orgullo, y lo que es más, del orgullo democrático.

Cuando le hablan de admitir el título de conde que el Monarca había ofrecido á su padre, y que á él igualmente le ofrecía, contesta, cual si le hicieran un agravio:

¿Yo conde, señor? ¿Yo conde?
¡Cosa que tanto aborrezco,
Que es para mí un titulado
Poco menos que un veneno!.....
¿Yo aventurarme, por pobre,
Á ser la mofa del pueblo?
Pues no hay mojiganga como
Un título sin dinero.
¿Yo admitir un oropel,
Que le discurro tan lejos
De ser merced, que antes bien
Me deja sin la que tengo?
¿Yo entrarme en el infinito
Número de los molestos,
Soberbios, vanos, negados,
Señores de medio pelo?.....

Hartos títulos miramos,
Hartos estamos con ellos;
Que en Madrid se miran hartos,
Pero nunca satisfechos.
No hay monte, flor, apellido,
Mar, ni río, ni riachuelo,
Que no haya servido para
Los títulos que tenemos.....
¡Ira de Dios! Y ¡qué plaga.....
. . . .
. . . .

De notar es que en la lucha suscitada, muchos de los que por nacional instinto seguían el gusto libre y original que dió tanta vida á las letras españolas en los dos primeros tercios del siglo XVII, reconocían la conveniencia del freno académico que empezaba á imponerse; pero llevados del impulso antiguo, que era el verdaderamente español, miraban siempre y como á pesar suyo, cual rémora y escollo del ingenio, ese mismo freno, esa dirección preceptiva, cuya saludable influencia no se atrevían á negar. Les parecían como inconciliables el estro y la sujeción de las poéticas, y esta idea se columbra por lo común en los aplausos que tributaban á las obras ajustadas á las reglas de los preceptistas. *Benegasi* elogia así á un autor dramático (1):

¡Oh qué bien, oh qué bien, Velasco parte,
Tu numen, siempre al arte reducido!

---

(1) Don José de Velasco, que envió á D. José *Benegasi* una comedia suya.

Logrando los aciertos de entendido
Con naturalidad, pero con arte.....

Bien se trasluce que miraba como una maravilla que pudiesen andar juntos lo de *entendido*, esto es, discreto y espontáneo, con lo de observador del *arte*.

La poesía fué la pasión dominante de su vida entera; poesía sin vigor y sin entusiasmo, que otra no cabía en aquel alma apacible y casi indiferente á las emociones del corazón ó de la fantasía. En alguna ocasión reconoce, como á despecho, el imperio de una nueva crítica (1); otras veces ensalza á Montiano, á Luzán, á Sarmiento, á Mayáns y á otros escritores de la escuela de los preceptistas. Dice que los admira, pero no los sigue.

Su estilo, sus asuntos, su espíritu satírico, la índole de sus chistes, todo es vulgar. *Benegasi* nada tiene de poeta; no es más que un coplero, en el sentido ínfimo de esta palabra. Bien da á entender él mismo cuánto embarazo causan á su musa indisciplinada los preceptos de los maestros, en estos versos, escritos en un momento de ingenuidad:

---

(1) Hablando de la comedia *La Razón contra la moda* (Le préjugé à la mode), traducida por Luzán, dice:

Las *unidades* que el objeto son
De la crítica que hoy la ley nos da,
Y que, si no *se para*, correrá.....

El equívoco *se para* (separa) indica bastante la escasa convicción de *Benegasi*.

No quiero á Nebrija,
Ni jamás le quise;
¡De ingenios por arte
Apolo me libre!

Tan poco respeto le inspiraba lo que las lumbreras de la época doctrinal llamaban la *trompa épica*, que no titubeó en escribir la *Vida de San Dámaso* en redondillas, y la *Vida de San Benito de Palermo* en seguidillas (1).

No faltaban ejemplos de poemas épico-religiosos compuestos en metros poco adecuados á asuntos graves. La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo fué escrita en quintillas por el P. Fr. Pedro Juan Micón, y también por *D. Alonso Girón de Rebolledo* (2), á quien elogia Cervantes en la *Galatea;* y en décimas por el maestro *Juan Dávila* (3). ¿Qué mucho que *Benegasi* escribiese en metros ligeros poemas narrativos, si hasta hubo quien intentase

---

(1) Así habla de *Benegasi* el canónigo *Huarte* en *La Dulciada:*

También estaba *Benegasi* haciendo
De inventor de una nueva poesía;
Lloraba triste y suspiraba viendo
Que nadie lo imitaba ni seguía.
Benegasi es aquel numen tremendo,
Cuyo arte y reglas fué su fantasía,
É hizo un poema entero en redondillas,
Y puso la epopeya en seguidillas.

(2) Impresa en Valencia, por Juan Mey, 1563.
(3) Impresa en León de Francia, 1661.

explicar en seguidillas las doctrinas abstrusas de la filosofía? (1).

Con menor agudeza, pero con mayor fecundidad y audacia que su padre *D. Francisco Benegasi*, siguió *Frey D. José* las huellas de éste, así en sus obras dramáticas como en las líricas. De esclarecido linaje, introducido en la sociedad aristocrática, y en amistosas conexiones con las personas más encumbradas de su tiempo, tales como el Marqués de la Ensenada, los Duques de Arcos, la Marquesa del Carpio, el Marqués de Valparaíso, y otras de igual jerarquía, deplora la confusión de clases, que visiblemente iba creciendo de día en día. Así dice en una carta poética al Marqués de Villena:

¡Oh siglo fatal en todo,
Pues distinguir no se puede,
Ni si es plebe la nobleza,
Ni si la nobleza es plebe!

Y sin embargo, se entregaba, como llevado de su instinto, al torrente de las ideas y de las costumbres, se mezclaba con la plebe, como casi todos los nobles de su tiempo, y cultivaba gustoso la poesía del vulgo, humilde y llana; si bien, con serlo tanto, no llegó nunca al desmayado estilo, al insufrible pro-

(1) *Tratado filosofi-poético escótico*, compuesto en seguidillas por D.ª María Camporredondo: En la oficina de Miguel Escribano. Sin año de impresión. La licencia es de 1757.

saísmo de la mayor parte de los poetas de la escuela doctrinal.

Cuando se recorren los copiosos tomos de poesías que publicaron *Benegasi* y otros varios poetas, sin encontrar en ellos, con rarísimas excepciones, asuntos elevados, acentos íntimos del alma, ecos de los grandes intereses de la humanidad ó de la patria, ó devaneos sublimes del espíritu, se comprende el abismo en que había caído la poesía. La decadencia no estaba sólo en las ridiculeces de la forma; estaba principalmente en la esencia. Ni una idea filosófica, ni un movimiento del entusiasmo ó de la pasión. Los asuntos de *Benegasi*, que tanto recreaban en su tiempo, dan idea de la pobre esfera á que había descendido aquella poesía insustancial. Si llovía con abundancia, si nevaba, si le atropellaban unos asnos, si le aplicaban sanguijuelas, si un amigo despedía con facilidad á los criados, si otro perdía una mula, si se emborrachaba su barbero, si picaba una chinche á su criada, si había estornudado una señora, si había goteras en su casa, *Benegasi* se inspiraba con estos y otros hechos igualmente triviales. Complacíase especialmente en la descripción de sus enfermedades, aun las más repugnantes (1). Y con tales creaciones de una musa asquerosa y casera, formaba

---

(1) Entre otras, una fluxión, la sarna, un reumatismo, las almorranas. Á este último asunto había escrito ya *Montoro*, á quien admiraba mucho *Benegasi*.

voluminosas colecciones, y se atrevía á darlas á la estampa. Así hacían otros igualmente, ¡y el público compraba estos centones de sandeces y fruslerías!

Benegasi fué, pues, un poeta digno de su época. Como hombre fué dechado de honradez, de modestia y de candorosa bondad. Como escritor, aparte de su mal aprovechada laboriosidad y de cierto gracejo de escasa trascendencia, que sólo sus allegados podían apreciar, no tuvo más que un mérito verdadero: el haberse preservado casi completamente, por la llaneza de su carácter y la sinceridad de su instinto, del estilo falso y ampuloso que reinaba en su tiempo. Dando consejos á un amigo, le dice con grotesco donaire:

> De lo *culto* te aparta;
> Mira que es droga
> Necesiten linternas
> Para tus obras.
> Has de hablar castellano
> Como tu abuelo:
> La morcilla, morcilla,
> Y el cuerno, cuerno.

La misma naturalidad de su lenguaje le inspira algunas, aunque muy pocas veces, versos felices, como cuando dice de una viuda desconsolada que había mortificado grandemente á su marido:

> Vivo le hizo llorar, muerto le llora;

y cuando aludiendo á las poesías satíricas de *Gerardo Lobo*, más descriptivas que injuriosas, concentra su idea en este enérgico pensamiento:

Pincel, y no puñal, tuvo por pluma.

En la poesía familiar narrativa tiene algunas descripciones felices, como la siguiente, en que pinta, en un chistoso rasgo, la arrogancia científica del médico que le asistía:

Entró de peluca blonda,
Y regentando el bastón,
Como diciendo: la tropa
De tus males mando yo.

Juzgando las poesías de D. Gabriel Álvarez de Toledo, dice lo siguiente, en tono de alabanza: «Los *conceptos* son elevadísimos, los *equívocos* no comunes.....» No alcanzaba á más el discernimiento crítico de *Benegasi*. Todo el deplorable y copioso caudal de sus obras demuestra que este ingenio, vulgar y ambicioso, no había nacido para la poesía. Y sin embargo, fué grandemente celebrado en su tiempo, y el hechizo que hallaban sus contemporáneos en sus triviales y despreciables versos, prueba hasta qué punto son engañosos é inseguros para la fama verdadera los aplausos de una sociedad extraviada en el camino de la cultura literaria. La celebridad no es la gloria.

Carecía *Benegasi* de las dos facultades principales que dan alma, movimiento y elevación: la sensibilidad y la fantasía. De ésta, con lo dicho puede formarse cabal juicio. De su escasa sensibilidad hay un triste y claro testimonio en sus propias obras. Sus prendas de carácter eran altas y nobles. Lo prueban

sus cartas, ó más bien memoriales, al Marqués de la Ensenada, y á otros magnates poderosos. La necesidad le obliga á pedir protección; si elogia alguna vez, lo hace de buena fe; pero no sabe descender á la indignidad de la lisonja. Á la Reina misma se dirige una vez, y termina así su romance:

Tan desnudo de intereses,
Tan lejos de adulaciones,
Que sólo aspiro, Señora,
Al perdón de mis errores.

Pero su ánimo, ó por lo extremadamente sereno ó por lo desmedidamente inclinado á ver las cosas del mundo por el lado festivo, no se turba ni se martiriza con las desgracias de la vida. La composición más tierna que escribió fué á la muerte de su esposa Vicenta. Se conoce que la amaba cuanto él podía amar; y sin embargo, esta poesía es una relación prolija, entre conceptuosa y casera, de pormenores insulsos y triviales. Dos composiciones consagró á la muerte de dos hijos suyos. La una es un soneto á *Francisco José*, que, ya mancebo, murió repentinamente al volver de un entierro, el día mismo en que había confesado y comulgado. El soneto está escrito con una entonación por demás sosegada para un padre, pero que al cabo puede explicarse por la fuerza de la resignación cristiana. La otra es una décima á *Ramón*, que murió «á pocos días de haber vuelto, casi desnudo, de la escuela, por vestir á un niño pobre, quitándose hasta las

medias para dárselas.» Este noble y patético asunto no inspiró al corazón de un padre más que la siguiente décima jocosa, chocarrera en el tono, impropia y repugnante por el insípido y vulgar donaire:

Niño que se desnudaba
Por el pobre con tal celo,
Se estaba calzando el cielo
Desde que se descalzaba.
Dios, que su piedad miraba,
Me le quiso asegurar;
Y así, al verle desnudar,
Que le diría cotejo:
—Ven acá, que si te dejo,
Te me puedes resfriar.

¿Puede sentir y comprender la poesía, que no es sino la expresión noble de grandes sentimientos, quien en tal ocasión se atreve á emplear tan insulso é intempestivo gracejo, y estilo tan ridículo y chabacano? (1).

Si era sereno y frío para los sentimientos, no lo era menos para los intereses; pero aquí la frialdad era honrosa, como indicio de noble temple. En momentos de gran conflicto pecuniario, embargan una

(1) D. José *Benegasi* había acaso heredado de su padre esta insensibilidad nativa, que arrastra á ciertos hombres á anteponer la vanagloria de un chiste á la expresión sencilla de los sentimientos naturales. En las obras de Don Francisco Benegasi se encuentran este epígrafe y estos versos:

de sus casas «por el derecho de la décima que tenía el Rey en los réditos atrasados de los censos.» En vez de entristecerse con este grave contratiempo, lo recibe impasible, y lleva el estoicismo hasta la risa. En aquellos momentos mismos escribe á un amigo suyo esta graciosa

DÉCIMA.

Llegó la Justicia, y
También mi susto llegó.
Ella la casa embargó,
Y el susto me embargó á mí.
Décima piden; y así,
Pues nuestro Rey interesa
Solo en ella (y no me pesa,
Porque sé su gran piedad),
Digan á su Majestad
Que se contente con ésa.

Este hombre no tomaba por lo serio las cosas de la tierra; sólo las del cielo le llegaban al alma. Él mismo expresa en un romance esta tendencia genial de su espíritu:

En el mismo día en que su Majestad mandó dar un coche al autor, se le murió á éste una hija de poco tiempo; y pidiendo al Tesorero para el entierro, le envió esta

DÉCIMA.

Murió la niña. Importante
Será enterrarla esta noche,
Porque si sabe que hay coche,
Resucitará al instante.
. . . .

Esto no necesita comentarios. El alma del padre era aun más glacial que la del hijo.

Todo el mundo es mojiganga,
Es tramoya y es comedia;
Pues donde estamos de burlas,
¿Cómo puedo estar de veras?

Nos hemos detenido algún tanto en examinar el carácter de la poesía de *Benegasi* y la índole del hombre, no sólo porque este poeta fué famoso en su tiempo, sino además porque es como el prototipo de los poetas populares del reinado de Fernando VI. Toda su poesía se reduce á estas circunstancias: facilidad, vulgaridad, frialdad, trivial donaire, cierta audacia satírica, pero sin entusiasmo ni elevación moral.

En los últimos años del reinado de Felipe V y durante la primera mitad de Fernando VI, alcanzó gran fama de poeta, y no limitado concepto de crítico, entre los escritores de instinto popular, *Fr. Juan de la Concepción*, Carmelita Descalzo, y después Trinitario Calzado, varón de vasto saber, igualmente aventajado en la cátedra y en el púlpito. Como poeta, se distinguió por su facilidad extremada. Con su rápida comprensión y sus medios nada comunes de expresión espontánea y brillante, fascinaba á sus contemporáneos. Contábanse de él maravillas de ingenio, de memoria y de discernimiento penetrante y seguro. Conservó durante el siglo último tal fama de sabio y de repentista, que, cerca de cuarenta años después de su muerte, Álvarez y Baena, tan frío por lo común, se entusiasma con

la gloria del carmelita, y habla de él en estos términos, exagerados acaso, pero dictados por el espíritu de sinceridad que resplandece constantemente en los juicios y noticias del encomiador de los *Hijos de Madrid:*

«Las alabanzas (dice) que merece este sabio matritense no cabrían en muchos pliegos. Fué uno de los mayores entendimientos de este siglo. Su elegancia en la prosa y en el verso, y su memoria, no han tenido igual. Tomaba un tomo en folio, pasaba la vista por una llana, y bastaba para referirla sin faltar letra. Para su correspondencia y despacho de lo que se le encargaba, ya de los tribunales ó ya de su religión, tenia siempre cinco ó seis amanuenses, á quienes dictaba á un tiempo, sin embarazo, diferentes asuntos. Esto de dictar á cinco, seis ó siete á un tiempo, y á cada uno en distinta especie de verso y diferente asunto, lo hacía frecuentemente en las casas de los Grandes, que le dispensaban mil honores, y particularmente en la de Medina Sidonia, ante los Duques, y en las de otros sujetos literatos, de que tengo algunos versos que hizo en tales ocasiones.»

Según dice *Villarroel* en estos nada armónicos versos, escritos poco después del fallecimiento del ilustre religioso,

De repente una relación decía
Y al mismo tiempo que la recitaba,
La pluma en otro asunto ejercitaba,
Y en diferente metro lo escribía.

Don Diego Rejón de Silva, en un pedantesco romance, dirigido á *Benegasi,* dice del peregrino talento de Fr. Juan:

Aquel ingenio famoso,
Con quien son, al compararse,
Roncas urracas los cisnes,
Y pigmeos los gigantes.....;
Aquel que miró al Pegaso,
Por dócil al manejarle,
Inmóvil monte á su rienda,
Veloz rayo á su acicate.....;
Aquel que dictaba á un tiempo
De amanuenses á dos pares.....

Álvarez y Baena añade que «mereció el nombre que se le daba de *Monstruo de sabiduria y elocuencia.*» Que así era llamado es la verdad, y de ello da testimonio su amigo y fervoroso admirador *D. José Benegasi* en estos versos:

Doctísimo fray Juan, monstruo en la ciencia,
Maravilla y asombro del Parnaso,
Segundo Lope, nuevo Garcilaso,
A quien el mismo Apolo reverencia.....

El candoroso *Benegasi,* cuya admiración rayaba en ardiente entusiasmo, escribió un poema en octavas para honrar la memoria del celebrado carmelita (1).

---

(1) *Fama póstuma del reverendísimo P. Fr. Juan de la Concepción,* etc. Madrid, imprenta del *Mercurio,* 1754.

¿Mereció real y verdaderamente *Fr. Juan de la Concepción* tanto renombre y tanta autoridad? Rara vez hay prendas intelectuales de alto temple y de trascendental alcance en estos hombres que son prodigios de gimnasia intelectual. Que no era hombre de vulgar y humilde naturaleza lo patentizan sus propias obras teológicas y literarias, por más que afee grandemente á estas últimas el estilo conceptuoso, que fué acaso en su tiempo uno de los más eficaces títulos de su fama. Su historia demuestra que había en su carácter cierta ambiciosa inquietud y cierta audacia, de aquellas que atraen la atención pública; y en estos impulsos, que su investidura sagrada no alcanzaba á enfrenar, hay que buscar principalmente su acción y su fuerza entre los hombres de su época.

La Academia Española le abrió sus puertas en 1744, y rompiendo Fr. Juan con la práctica establecida, pronunció en verso su *oración gratulatoria* ó discurso de entrada, causando no poca extrañeza, según confiesa su mismo encomiador *Benegasi*. Gentes poco aficionadas á innovaciones censuraron al nuevo académico, juzgando la forma poética poco adecuada á la naturaleza de aquel acto y á la gravedad de formas propia de las solemnidades del docto é ilustre instituto.

Publicó una revista crítica, titulada *Resurrección del Diario de Madrid, ó nuevo cordón crítico general de España* (1748). La crítica era por entonces escabrosa

tarea, y el travieso censor se ocultó sucesivamente con cuatro nombres supuestos.

Pero donde se ve más patente la índole desasosegada y resuelta del sabio carmelita, es en su tendencia á tomar parte en el movimiento político de su tiempo, haciéndose eco de los clamores populares. Empleaba para esto la poesía en el tono y forma del pueblo, y ocultando, por supuesto, su nombre, pues otra cosa no consentía el sagrado carácter de que se hallaba revestido. En dos de sus papeles, titulados, el uno, *El Patán de Carabanchel*, y el otro, *El Poeta oculto,* impresos poco después del advenimiento al trono de Fernando VI, entre consejos, súplicas, quejas y felicitaciones, dice útiles verdades y expone ideas atrevidas para aquel tiempo.

Esto tiene escasa importancia para la historia literaria; pero la tiene muy grande para la historia política de la nación. El tiempo no caminaba en balde. Quien así anticipaba, por medio de cantos populares la acción política de la opinión, ejercida más adelante por la imprenta periódica, era esta vez ¿quién lo diría? un sabio religioso, tan respetable como respetado; un consultor del Infante-Cardenal D. Luis, y, lo que es más singular, un calificador de la Suprema Inquisición.

Fray Juan de la Concepción puede ser considerado como uno de los indicios más palpables de la transformación moral que, así en España como en los demás países de Europa, asomaba ya, con

más ó menos claridad, á mediados del siglo XVIII.

Maduras las ideas nacientes, y formado el gusto literario, el fecundo y laborioso carmelita habría sido acaso aventajado escritor, insigne poeta. Escritas en aquella época de confusión y de mal gusto, sus obras literarias se resienten de ligereza, de afectación y de la manía conceptuosa, que todo lo afeaba y deslucía. La posteridad no ha consagrado la gloria del *Monstruo de la sabiduría*, que no fué, como otras muchas glorias, más que un eco pasajero de las impresiones contemporáneas. *Fray Juan* fué uno de aquellos que, condenando severamente los vicios de la escuela conceptuosa, incurrían á sus anchas en los deplorables extravíos. Estaba tan dominado por el estragado gusto de su época, que lo seguía sin advertirlo, cabalmente en el momento mismo en que lo censuraba. Aplaudiendo la naturalidad de estilo de su amigo *D. José Benegasi*, dice así:

«Está mal con los que hablan crepúsculos y escriben lobregueces. Hace bien. No sé por qué no ha de condenar la elocuencia la secta de los *anochecidos*, como la iglesia la de los *alumbrados*..... El Corinto de España ha sido Córdoba; y como si fuera para todos ir á Corinto, el anhelo de remedar al superior ingenio cordobés, á muchos españoles los ha hecho *griegos*.»

Incorregible era, sin duda, quien, al recomendar la sencillez y la claridad, da ejemplo de este len-

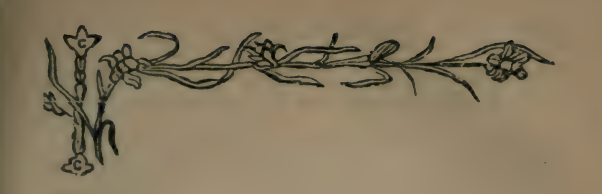
guaje alambicado y presuntuoso. ¿Quién hubiera dicho al celebrado carmelita que, con todo su ingenio, había de quedar, en la triste historia de la poesía de su tiempo, tal vez más bajo que el humilde y modesto *Benegasi*, blanco de tantas burlas en la era de Carlos III? (1).

---

(1) Puede formarse fiel concepto del estilo de Fray Juan de la Concepción, por la siguiente serie de antítesis con que juzga las comedias de Zamora (*Aprobación*, 1774):

«En estas comedias he hallado las invenciones raras, pero verosímiles; las trazas ingeniosas, pero sin violencia; los príncipes introducidos, pero sin desdoro; los santos imitados, pero sin desacato; las mujeres despejadas, pero sin bajeza; las máximas políticas vivas, pero sin sátira; los chistes agudísimos, pero cristianos; los teatros vistosos, pero no traídos; la verdad vestida, pero no manchada; los conceptos frecuentes, pero no pesados; los versos suaves, pero no inútiles; el estilo propiamente poético, pero no afectado; el todo, no con todo lo que debe tener, pero faltándole menos que á los más.»





CAPITULO VI.

SÍNTOMAS CLAROS DE CAMBIO EN EL GUSTO LITERARIO.—ÉPOCA DOCTRINAL.—«DIARIO DE LOS LITERATOS.»—«POÉTICA» DE LUZÁN.—IRIARTE (D. JUAN DE).—ARTIGAS.—SÁTIRA DE «JORGE PITILLAS».—ÍNDOLE FRANCESA DE SU INSPIRACIÓN.—ACLARACIÓN DEL SEUDÓNIMO.

No pocos indicios anunciaban ya en los primeros años del siglo XVIII la transformación del gusto literario, que había de llevarse á cabo por medio de reglas é institutos de origen francés. Entre ellos pueden señalarse tres, claramente significativos: la creación, en 1713, de la *Academia Española*, encargada de «proponer reglas de buen gusto, así en el pensar como en el escribir» (1); la publicación, en el mismo año 1713, de *Cinna* de Corneille, traducido por Don Francisco Pizarro, marqués de San Juan; y la imitación de la *Ifigenia*,

(1) Estatutos primitivos.

de Racine, publicada por Cañizares, antes del año 1716. Veinte años después, los indicios de la introducción en España del gusto extranjero se convierten en patentes é incontestables testimonios. Los más calificados que pueden citarse son tres igualmente como los indicios cuya importancia acabamos de señalar: la *Poètica* de Luzán, el *Diario de los Literatos*, la sátira de *Jorge Pitillas*. Todavía el vulgo mira con aversión novedades literarias que, por lo estrechas y melindrosas, cuadran mal con su índole y con su tradicional espíritu, y moteja de afrancesados á sus introductores; pero ya la lucha es recia y vigorosa. Los nuevos campeones están muy distantes de la crítica profunda y luminosa que algunos años adelante ha de brotar en la docta y sesuda Acadenia; carecen del genio que deslumbra y arrastra con fascinadores ejemplos; pero no pueden menos de triunfar, porque lleva su bandera el victorioso lema del *sentido común*, del cual las letras castellanas se iban apartando por completo.

En el punto á que habían llegado el trastorno y la depravación del gusto literario, forzoso era que la principal reforma emanase, no del prestigio del ejemplo, no del estro de grandes poetas, sino del recto sentido de las gentes. Con el advenimiento de la Casa de Borbón iba naciendo un nuevo espíritu de cultura, que embarazaba la carrera de aquel torrente de dislates, de retruécanos y de conceptos. La primera reforma que requería el funesto estado

de las letras había llegado á ser, ante todo, como antes hemos indicado, una cuestión de sentido común. Hacer recobrar á éste su imperio fué en aquellos tiempos el glorioso afán de Feijóo, de Martínez, del P. Isla y de otros sabios varones, cuyo entendimiento sereno y bien encaminado se hallaba como comprimido y sofocado en aquella atmósfera de afectación y de preocupaciones.

La inspiración alta, sencilla y espontánea no cabía en la poesía de aquella época. Era necesario, para que alumbrase el sol del estro verdadero, disipar de antemano las nubes del mal gusto que cerraban tenazmente el paso al calor del corazón, á la luz de la fantasía. Ésta fué la ardua empresa que acometieron algunos hombres de noble instinto y firme pensamiento. Conquistaron, entre ellos, uno de los lugares más altos y gloriosos los ilustradísimos sacerdotes *D. Juan Martinez Salafranca* y *D. Leopoldo Jerónimo Puig,* fundando y sosteniendo, durante algún tiempo, una revista trimestral, titulada *Diario de los Literatos de España* (1), que forma época en los anales de la historia literaria del si-

---

(1) Verosímilmente, á imitación del *Giornale de'Letterati*, que publicaron en Venecia Apostolo Zeno y Scipión Maffei.

Comenzó á publicarse por Enero de 1737. Tomaron parte en las tareas del *Diario*, D. Juan de Iriarte, *Jorge Pitillas* y otros notables literatos, animados del espíritu reformador.

glo XVIII. Habían comprendido que era llegado uno de aquellos períodos de transformación intelectual, en que sólo la crítica inexorable y justiciera puede enfrenar abusos arraigados, y abrir camino á la razón atropellada. No era época de creación literaria; era época de examen doctrinal. El *Diario de los Literatos* cumplió su objeto de una manera memorable. Á manera de aquellos adalides que en los *juicios de Dios* peleaban á todo trance, sin más mira ni más impulso que el entusiasmo que inspira la convicción de la buena causa; así los llamados *Diaristas* emprendieron su escabrosa tarea. En cualquier tiempo es la crítica imparcial y rigurosa amargo y difícil empeño. Para el *Diario de los Literatos* fué una verdadera contienda. Filosofía, ciencias, filología, historia, amenas letras; todo lo abarcaba el grande espíritu de aquellos hombres denodados, cuyo único anhelo se cifraba en hacer triunfar la verdad; y la verdad en aquellos tiempos era un misterio que pocos comprendían, y cuya luz á casi todos ofuscaba y hería. En balde se emplearon, durante dos años, para triunfar de aquel censor implacable, las armas del insulto, de la calumnia, de la intriga y de la amenaza. *Salafranca* y *Puig* no entibiaron ni un momento, mientras existió el *Diario*, su noble é irrevocable propósito. Pero es áspero y á veces incontrastable el empuje de la ignorancia desenmascarada, y la situación de aquellos nobles campeones de la cultura llegó á hacerse insostenible. El aplauso

de los doctos y el apoyo sincero y eficaz del mismo rey Felipe V no bastaron al cabo á impedir la muerte prematura de aquella ilustrada revista (1). Esta obra reformadora, en verdad sorprendente para aquel tiempo, por la erudición, por la imparcialidad y hasta por el idioma, vivirá siempre en nuestra historia literaria como un padrón glorioso de sensatez y de energía.

Acallada estaba aquella protesta vigorosa contra el error y el mal gusto. Pero los gérmenes de la verdad cundían y fermentaban ya en todas partes, y

---

(1) Al generoso é ilustrado espíritu de D. José del Campillo, secretario del Despacho Universal de Hacienda, debió el *Diario de los Literatos* la protección de Felipe V. Á propuesta de su Ministro, mandó este Soberano que el *Diario* continuase publicándose á sus expensas. Campillo no desmayó en su apoyo, siguiendo sin tregua el sano consejo que le dieron Salafranca y Puig, de armarse *de resolución para despreciar toda especie de contemplaciones perjudiciales al bien público y deshonorables á quien las tiene.* (*Carta de los Sres. Salafranca y Puig al Ministro D. José del Campillo.*)

La noble protección de la corte no bastó á dar larga y sosegada vida al *Diario*. No pudo resistir más que dos años escasos al *furor vengativo de sus enemigos, que se complacían en las persecuciones y adversidades* de sus redactores.

La pugna en que éstos vivían con sus detractores, puede juzgarse por sus propias palabras: *Tanto trabajamos para la defensa como para la misma obra. La comenzamos y continuamos, como los muros de Jerusaléu en tiempo de Nehemías, con la espada en una mano y los instrumentos en otra.* (*Prólogo al tomo* VII *del* Diario de los Literatos.)

fué estéril empeño contrastar el impulso reformador. Cuando llega la hora de los adelantamientos intelectuales, á una voz que muere, responde otra voz fraternal y simpática. En el mismo año 1737, en que el *Diario de los Literatos* dió principio á su carrera de luminoso meteoro, se publicó en Zaragoza la *Poètica de Luzán*.

Esta *Poètica* fué, en verdad, un fenómeno intelectual, lanzado de improviso en medio del caos tenebroso en que se habían hundido las letras españolas. *Luzán* tenía muchas de las prendas que constituyen á los críticos de primer orden, y si su libro extraordinario ha perdido una parte de su interés, sólo puede esto atribuirse al ensanche que han dado á los principios literarios la filosofía moderna, y muy singularmente los escritores de la docta Academia. La importancia relativa de la *Poètica* de *Luzán* fué inmensa, y aun hoy día su importancia absoluta es no pequeña, y, de cierto, mucho mayor de lo que generalmente se imagina. Hay doctrinas que nunca envejecen. De ellas está sembrada esta *Poètica*, y por eso su lectura causa y causará siempre á las personas ilustradas fruición verdadera y cierta impresión de agradable sorpresa. Principios reinan hoy día en la literatura, tenidos por reciente conquista de la crítica filosófica que inauguraron Lessing y otros no menos insignes compatriotas suyos, que ya se encuentran expuestos y como adivinados en la obra de *Luzán*. Había éste educado y nutrido su enten-

dimiento con vastísima y muy sazonada lectura; sus ideas no son reflejo exclusivo de ajenas observaciones; llevan sello de vida propia, y se advierte desde luego que han nacido de la impresión recibida en grandes fuentes literarias, antiguas y modernas, y de un instinto crítico espontáneo y seguro.

Se ha querido algunas veces presentar á *Luzán* como mero iniciador de la escuela francesa del siglo de Luis XIV (1). Esto es desconocer el alcance de sus ideas y el carácter relativamente libre de su doctrina. Había pasado su juventud en Italia, engolfado en el estudio de la antigüedad y de los grandes escritores italianos (2), y esta educación especial había dado á sus principios críticos mayor amplitud que la que cabía en los dogmas de los preceptistas franceses, consignados con tanta elocuencia en el *Arte Poética* de Boileau. Este insigne poeta satírico, que podría llamarse el legislador de la sensatez literaria, se dejó llevar demasiado del hechizo que ejercieron en su tiempo las obras de gusto acrisolado que produjo en Francia aquel siglo de altísima cultura. Pero haciendo

(1) Véase, entre otros, á Ticknor, *Historia de la Literatura española*, t. IV, cap. II.

(2) Vivió *Luzán* unos diez y siete años en Génova, en Milán, en Palermo y en Nápoles. En esta última ciudad, al lado de su hermano el Conde de Luzán, gobernador del castillo de San Telmo, tuvo ocasión de sobresalir entre los primeros literatos, como había ya sobresalido en Palermo en la Academia llamada *del Buen Gusto* y en la del Príncipe de Santa Flavia.

exclusiva su admiración, y extremando sus artificiales tendencias, incurrió en el error en que caen siempre aquellos que erigen una doctrina invariable con las impresiones contemporáneas. Boileau cifra una gran parte de la perfección poética en ciertos principios convencionales, y toma á veces por belleza eterna lo que no es más que una especie de etiqueta literaria, reflejo pasajero de costumbres ceremoniosas y de refinamientos cortesanos. No está *Luzán* al abrigo de esta censura, porque el amaneramiento y el espíritu de imitación eran resabios de escuela, que constituían en no pequeña parte las máximas generales de aquella edad. Pero conocía y admiraba á los poetas más insignes de Grecia, de España y de Italia, y ellos le habían infundido cierto espíritu de independencia, á cuya luz discernía claramente el error de algunas doctrinas inspiradas por la rutina.

Con muchos ejemplos podríamos comprobar esta observación; pero, á fin de evitar digresiones aquí intempestivas, nos limitaremos á hacer notar el antagonismo de opiniones que resalta, entre *Luzán* y Boileau, en un punto en que de tal manera se han aferrado la costumbre y los preceptistas, que aun hoy día no falta quien sustente con el ejemplo la doctrina derrocada en el presente siglo por los mejores críticos y poetas.

Boileau, arrastrado imperiosamente por la fuerza de la tradición pagana, de que estaba impregnada toda la civilización literaria de su época, antepone á

la verdad sencilla de la naturaleza, á las emociones directas del alma, al idealismo cristiano, el hechizo artístico de las alegorías mitológicas. Según él, la poesía

Se soutient par la Fable, et vit de fiction,

y con este solo verso, explanado depués en un largo período de dialéctica persuasiva, ha hecho más daño á la verdadera poesía, que Dante, Shakespeare y el Ariosto con la ruda y por demás natural desnudez de muchas de sus ideas y de sus palabras.

Entusiasmado con los artificios de los emblemas materiales, casi prescinde del mundo moral, y no comprende ni el mar sin tritones, ni la pintura poética de la justicia y del tiempo sin las imágenes tangibles de la balanza y del reloj de arena. ¿Qué otra cosa significan los siguientes versos?

De n'oser de la Fable employer la figure,
De chasser les tritons de l'empire des eaux,
D'ôter à Pan sa flûte, aux Parques leurs ciseaux;
C'est d'un scrupule vain s'alarmer sottement,
Et vouloir aux lecteurs plaire sans agrèment.

(*L'Art Poètique*, canto 3.°)

Tanto se aficiona Boileau á la *ficción* poética, que llega á creer sinceramente que sólo de ella dependen los movimientos íntimos del alma y hasta la sensibilidad misma. Así lo manifiesta claramente en estos versos:

Que Neptune en courroux s'èlevant sur la mer,
D'un mot calme les flots, mette la paix dans l'air,
Dèlivre les vaisseaux, des syrtes les arrache;
C'est là ce qui surprend, frappe, saisit, attache.

¡Cómo había de sospechar Boileau que llegaría una edad en que la intervención de Neptuno sería suficiente para quitar á la tempestad y á la calma su conmovedor prestigio, y que la tormenta descrita en el *Don Juan* de Byron, calcada sobre relaciones de naufragios históricos, había de tener más fuerza de emoción verdadera que los magníficos cuadros de tempestad de la *Eneida*, en que al poder de la naturaleza se sustituye la influencia mitológica de Juno, de Eolo y de Neptuno!

Cautivan á Boileau tan poderosamente las ficciones de la poesía de los antiguos, que al presentarlas como único modelo, su imaginación se templa y se colora, y escribe el pasaje más bello que hay acaso en todo el poema. Después de recomendar la mitología griega como fuente imprescindible de belleza poética, continúa así:

Là pour nous enchanter tout est mis en usage:
Tout prend un corps, une âme, un esprit, un visage.
Chaque vertu devient une divinité;
Minerve est la Prudence et Venus la Beauté.
Ce n'est plus la vapeur qui produit le tonnerre;
C'est Jupiter armé pour effrayer la terre.
Un orage terrible aux yeux des matelots
C'est Neptune en courroux qui gourmande les flots.
Écho n'est plus un son qui dans l'air retentisse;
C'est une nimphe en pleurs qui se plaint de Narcisse.

Por más seducción que encierren estos elegantes versos, el consejo de Boileau no es el camino de la verdadera inspiración. La pintura fiel y sencilla del más leve murmullo de las brisas de la primavera, de cualquiera ola del mar que se rompe gimiendo en la playa, del canto más insignificante de un ave perdida en la espesura, trae al alma de los modernos más deleite y más emoción que todas las rancias alegorías de *Narciso*, de *Neptuno* y de *Filomela*.

Hombre de clarísimo ingenio y de gusto acendrado, pero poeta sin arranque lírico y sin fantasía mística, Boileau llevó la estrechez de sus teorías doctrinales hasta el extremo de proscribir de la poesía á Dios, á los santos y á los profetas (1). No sólo prefiere lo que llama *les mille agrémens de la Fable* á la expresión natural de las imágenes y de los afectos, sino que juzga que sin aquéllos la poesía desmaya y muere (2). Para Boileau, pues, toda la fascinación poética consiste en primores convencionales, y no caben en el férreo círculo de su poética, ni los cantos populares, ni los fantásticos deva-

---

(1) *C'est donc bien vainement que nos auteurs déçus,*
Bannissant de leurs vers ces ornemens reçus,
Pensent faire agir Dieu, ses Saints et ses Prophètes
Comme ces Dieux éclos du cerveau des poètes.....
De la foi d'un chrétien les mystères terribles
D'ornemens égayés ne sont point susceptibles.
(*L'Art Poétique*, canto 3.°)

(2) *Sans tous ces ornemens le vers tombe en langueur,*
La poésie est morte, ou rampe sans vigueur.
(*Idem.*)

neos de la espiritualidad cristiana. Ni ve en el Evangelio más que un manantial triste y sombrío de penitencia y de castigo (1), ni sospecha, al parecer, que el Cristianismo ha traído al mundo un orden nuevo y completo de sentimientos y de ideas. En una palabra, según la doctrina de Boileau, erraron gravemente al componer sus magníficos poemas, Dante, Tasso (2), Milton, Klopstock, Valdivielso, Hojeda, Acevedo y todos aquellos poetas que han buscado su inspiración en las emociones, en las imágenes, en los arrobamientos místicos del cielo cristiano.

Luzán comprendía con su claro sentido crítico que la poesía de mayores quilates es la que emana de la inspiración directa y sincera, y que son su mayor fuerza y su lumbre más pura las verdades del cielo y las verdades de la tierra. Tenía instrucción y aliento para volar con alas propias; y lejos de ser un mero propagador de ideas francesas, se apartaba mucho en ciertos casos de Boileau, y manifiesta-

---

(1) *L'Evangile à l'esprit n'offre de tous côtés,*
Que pénitence à faire et tourmens mérités

(*Idem.*)

(2) Boileau se burla abiertamente de este gran poeta, por haber presentado á su héroe como adalid cristiano. He aquí sus versos:

Il n'eut point de son livre ilustré l'Italie,
Si son sage héros, toujours en oraison,
N'eut fait que mettre enfin Satan à la raison, etc.

mente le superaba en el sano y filosófico espíritu de las doctrinas (1).

No lleva *Luzán,* como lo hace Boileau, las meticulosas restricciones de escuela hasta juzgar que un nombre poco eufónico hace *bárbaro* ó *burlesco* un poema entero, y á no consentir que el poeta elija por asunto de sus obras á un héroe cuyo nombre parezca insonoro (2). El deseo de satirizar á escritores medianos de su tiempo hizo llegar, como se

---

(1) En el estilo era imposible. *Luzán* es un escritor vigoroso y ameno; pero Boileau es un modelo consumado de estilo claro, conciso y sentencioso. Casi no es dable ir más allá.

Luzán conocía los preceptistas franceses y españoles, y los cita alguna vez; pero los italianos habían dado especialmente pábulo á sus estudios críticos. Á cada paso cita en su libro á Muratori, á Orsi, á Bonamici, á Gravina, á Benio, á Minturno, á Quadrio, á Monsignani, al Cardenal Pallavicino y á otros ya olvidados.

(2) Causó enfado á Boileau el nombre de *Hildebrando*, héroe de un poema titulado *Les sarrassins chassés de France*, y esta impresión de antipatía sugirió al poeta la exagerada sentencia:

D'un seul nom quelquefois le son dur ou bizarre
Rend un poème entier, ou burlesque ou barbaree.

A vueltas de este desmedido refinamiento, Boileau juzga cadenciosos y poéticos todos los nombres de la mitología griega:

La Fable offre à l'esprit mille agrémens divers;
Là tous les noms heureux semblent nés pour les vers.

¡Pueril predilección, que caracteriza fielmente la caprichosa estrechez de la escuela clásica francesa!

ve, alguna vez á Boileau al colmo de la preocupación y de la intolerancia. ¿Qué habría pensado de los nombres de extraño sonido que tanto abundan en la poesía popular de los pueblos germánicos y escandinavos, y que nos parecen hasta agradables porque en ellos creemos advertir el sello de su origen?

Luzán profesa más ancha y flexible doctrina. Admite la poesía genuina de los pueblos, y reconoce las diferencias de espíritu que hay y debe haber en cada uno de ellos. «El clima, dice, las costumbres, los estudios, los genios, influyen de ordinario en los escritos, y diversifican las obras y el estilo de una nación de los de otra.»

Con respecto al empleo de la religión cristiana como elemento poético, *Luzán* no titubea siquiera. Á pesar de las doctrinas rígidas de Boileau, á pesar de los ilustres ejemplos que confirman estas doctrinas, á pesar del gusto preponderante que en su tiempo y mucho después mantuvo con singular predilección el uso de los emblemas mitológicos, el crítico español proscribe estos emblemas, y no admite que en las naciones cristianas puedan ser sustituídos á la presencia, á la acción, á la grandeza del Ser Supremo. *Luzán*, con su privilegiado discernimiento, comprende y explica perfectamente que la poesía, como todo, camina y cambia con los tiempos, y que éstos imprimen en las obras del entendimiento diferencias esenciales y bellezas relativas,

de que no puede desentenderse la crítica justa y elevada. Advierte que el sello privativo de las costumbres y de las ideas de cada siglo no daña á la belleza verdadera; que es propio y natural que los personajes de la *Eneida*, escrita en una era de mayor cultura, sean más cultos que los de la *Iliada*, sin embargo de pertenecer todos ellos á la misma época histórica; y que no ha de desmerecer la poesía de la Escritura porque sus patriarcas y sus príncipes apacientan ganado y sus hijas van por agua á la fuente; ni tampoco «perder el concepto de Homero al ver que sus primeros personajes hacen ya de cocineros, ya de trinchantes, ya de cocheros; que hasta los porquerizos y mayorales de ganado llevan el glorioso renombre de héroes, y que las princesas, como Nausicaa, van sin melindre alguno á lavar su ropa al río.»

Quien así juzga de la influencia de las costumbres en las letras, ¿cómo no había de admitir la religión contemporánea, y especialmente la religión sublime de Jesucristo, como una poderosa palanca de emoción verdadera? Así expresa *Luzán* sus sanas doctrinas:

«La diferencia entre los poetas griegos y latinos podrá servir también para discernir otra semejante diversidad que hay entre los poetas antiguos y modernos..... Habiendo la divina luz del Evangelio desterrado las ciegas tinieblas de la idolatría, no era menester explicar los atributos del verdadero Dios

por medio de fábulas, como hicieron los antiguos pues conocida ya una vez por el vulgo la falsedad de todas aquellas deidades, el introducirlas sería lo mismo que dar por el pie á toda la verosimilitud que se requiere para que sea provechosa la poesía. Por esto los poetas cristianos, en lugar de Plutón, rey del abismo; de Mercurio, embajador de Júpiter; de dioses, de semidioses y de ninfas, introdujeron, con razón, en la epopeya ángeles buenos y malos, que en el ya mudado sistema de la religión eran más creíbles..... Por eso me parece reparable en *Los Lusiadas* de Luis Camoens la introducción de Júpiter, Venus, Baco, etc.; no por las impiedades que injustamente le imputaban, sino por lo inverosímil de semejantes falsas deidades en un poema de tal asunto y escrito para leerse entre cristianos.»

No hay para qué encarecer la distancia que media entre los principios críticos de Boileau y los de *Luzán*. Aquél se encierra en la elegancia aristocrática de la forma, en la imitación exclusiva de ciertos modelos, en los atildamientos de la frase. Para él la poesía sin la lima académica no es poesía. Éste no consigue desprenderse completamente de las perfecciones calculadas de escuela; pero su crítica no es, como la de Boileau, exclusivamente preceptiva *à posteriori;* abre más dilatados espacios á la fantasía humana, y tiene más en cuenta el imperio de los sentimientos morales.

El examen crítico de la *Poëtica* de *Luzán*, que pu-

blicó el *Diario de los Literatos* poco después de impresa por primera vez (1737), es sin duda uno de los juicios mejor fundados y más imparciales que se han escrito acerca de aquella importante obra. El entendimiento sano de Salafranca y de D. Juan de Iriarte (1) descansaba y se complacía con aquella cuerda doctrina; pero ambos sentían y saboreaban mejor que *Luzán*, demasiado impregnado en la literatura extranjera, la poesía nacional española; y á pesar de la aversión que les inspiraban los extravíos gongorinos, y de la convicción con que censuraban la libertad desordenada que advertían en el teatro, defienden á Góngora y á Lope de Vega de injustas críticas de *Luzán*, y demuestran que el cuerdo preceptista no ha comprendido suficientemente el espíritu de aquella poesía, que en sus bellezas y en sus defectos refleja el sér moral de la nación. El discernimiento crítico de Iriarte sube muy alto al apreciar la influencia del impulso nacional en las letras, y sorprende en verdad ver á un filólogo de la escuela clásica francesa anticipar, en la primera mitad del último siglo, principios esenciales de la moderna crítica. Juzga rectamente el carácter dramático de Lope y da entender á *Luzán* cuán grave

---

(1) El notable artículo del *Diario* fué escrito hasta la página 62 por Salafranca; de allí en adelante por D. Juan de Iriarte. Este insigne filólogo, más adelante individuo de la Academia Española, fué quien juzgó el libro cuarto y último de la *Poética*.

error comete olvidando el *despotismo democrático* que en aquellas edades ejercía el pueblo en nuestro teatro (1).

Es de notar que la crítica del *Diario de los Literatos* es más libre, más filosófica y más conforme á los sanos principios que han llegado á prevalecer en Europa, que la que sustentaron los *Luzanes*, los *Montianos* y los *Moratines*, obstinadamente apegados á la escuela francesa, que anteponía la forma convencional al fondo y al espíritu del teatro. ¡Cuánto aventaja á la crítica estrecha de Boileau, en materia de teatro, el claro instinto con que *Iriarte* defiende la escena española, recordando dramas de autores griegos y romanos en que andan mezclados personajes ilustres y vulgares, así como sucesos serios y festivos! *Iriarte* se lamenta, por otra parte, del rigor con que los preceptistas quieren añadir á la comedia, sobre las tres unidades, la *unidad de especie*, siendo así que los romanos tuvieron tantas especies diferentes de comedias, unas *pretextatas*, otras *togatas*, otras *atelanas*, otras *tabernarias*, etc., según la diversa clase y calidad de asuntos y personas.

---

(1) Como prueba de ello, recuerda Iriarte que los poetas de aquel siglo llegaron á verse «precisados á solicitar la amistad y favor de cierto zapatero de viejo, llamado *Sánchez*, caudillo de los *mosqueteros* y formidable juez de los corrales» (teatros). (*Diario de los Literatos*, t. IV, página 84.)

¡Cuánto más que las restricciones arbitrarias de escuela, que prevalecieron más adelante, se acerca á la sana crítica moderna la siguiente luminosa reflexión de *Iriarte!*

«Pudiera demostrarse que muchas de las máximas que los preceptistas establecen por leyes generales de la razón en punto de *dramática,* no son más que fueros particulares del genio y gusto de cada siglo y de cada nación, como lo acredita la historia del teatro antiguo y moderno.»

Luzán acusa á Lope de Vega de haber compuesto un libro (el *Arte nuevo de hacer comedias*) «cuyos fundamentos y principios se oponen directamente á la razón y á las reglas de Aristóteles.» *Iriarte* no puede ni quiere sustentar los errores de Lope; pero lo defiende hábilmente, encareciendo el imperio del gusto popular en el teatro, que se impone siempre, más ó menos, en el ánimo de los poetas y hasta en la dirección doctrinal literaria.

«Su intento (dice Iriarte) fué escribir un arte de hacer comedias ajustado al estilo del vulgo, que no entiende de razones ni de reglas; condescendiendo en esto á las instancias de la *Academia Matritense*, como él mismo lo declara hablando con ella:

> Mándanme ingenios nobles, flor de España,
> . . . .
> Que un arte de comedias os escriba
> Que al estilo del vulgo se reciba.

»Tan lejos está Lope de establecer por reglas y

principios verdaderos los usos de la nueva comedia, que si se atiende al sentido y expresiones con que discurre en esta materia, se ve claramente que quiso, haciendo con ingeniosa traza de la violencia libertad, valerse del cumplimiento del referido precepto para reprender la irregularidad y extravagancia que reinaba en el teatro de su siglo, y que su obra, en realidad, más es *Arte nuevo* de criticar comedias, que de hacerlas.»

Pero donde se manifiesta más patente cuánto cuesta á las naciones aceptar cambios de cualquier linaje que lastimen su espíritu y su pasada gloria, es en la defensa que hace el sensato *Iriarte* de la poesía de Góngora. No puede hacérsele llevadero que *Luzán*, como desentendiéndose del alto numen de Góngora, se maraville de que los *monstruos* y *fantasmas* de este poeta le hayan *adquirido el glorioso dictado de Príncipe de los poetas líricos*. No se limita, pues, á sostener, contra el preceptista, algunas metáforas admisibles usadas por Góngora, sino que se aventura á explicar, como cosas llanas y perceptibles, imágenes embrolladas y confusas, capaces de dejar chasqueada la sagacidad más penetrante y despejada.

Los tercetos del soneto que compuso Góngora en alabanza de la tercera parte de la *Historia pontifical*, del doctor Babia, ofrecen ocasión para conocer la diferente exageración que nacía en el juicio de *Luzán* y de *Iriarte* de sus prevenciones respectivas.

He aquí los tercetos:

Pluma, pues, que claveros celestiales
Eterniza en los bronces de su historia,
Llave es ya de los tiempos, y no pluma.
Ella á sus nombres puertas inmortales
Abre, no de caduca, no, memoria,
Que sombras sella en túmulos de espuma.

Luzán había llegado sin duda á mirar con tanto ceño las revesadas é ininteligibles metáforas de Góngora, que rechaza y condena con intolerancia hasta aquellas que son no sólo admisibles, sino elegantes y conformes al espíritu castellano, no poco inclinado á la hipérbole y al emblema. *Luzán* exclama airado, hablando del primer terceto: «Llamar *claveros celestiales* á los papas, *bronces* á los escritos de una historia, y *llave de los tiempos* á la pluma, son excesos de una fantasía que delira, sin miramiento ni acuerdo. Pero especialmente los *bronces de la historia* son insufribles.» *Iriarte* demuestra con excelentes razones y muy autorizados ejemplos que llamar *claveros celestiales* á los papas es emplear una locución evangélica y una metáfora clarísima, usada por el mismo Cristo y por muchos poetas cristianos y autores eclesiásticos, y que para decir *bronces de la historia*, para dar á entender la inmortalidad de eminentes escritos, y llamar á una pluma histórica elocuente *llave de los tiempos*, no hay que recurrir á una imaginación frenética, y son cosas

que caben en la razón y en las libertades legítimas de un estilo elegante.

En cuanto al segundo terceto, es cosa muy diferente. Creemos, como *Luzán*, que es *un embolismo de imágenes monstruosas*. Y ¿cómo no ha de serlo, cuando dos hombres tan discretos y tan perspicaces como *Iriarte* y *Luzán* se muestran tan discordes para descifrar la significación verdadera de los *túmulos de espuma? Luzán* entiende que son el papel en que se escribe ó imprime. Iriarte, siguiendo la opinión del comentador de Góngora, D. García Coronel, cree descubrir una alusión á la fabulosa caída de Ícaro en el mar, y afirma que la frase *en túmulos de espuma* quiere decir evidentemente *en las honduras del mar*, donde quedó sepultado Ícaro.

Tan fuera de sazón parece la alusión á la caída de Ícaro, que no es dable admitirla, como tampoco la interpretación de *Luzán*, que sería un contrasentido en el soneto de Góngora, atendida la índole perecedera del papel. Hay que confesar humildemente que no es fácil alcanzar el recóndito sentido de la *memoria caduca*,

> Que sombras sella en túmulos de espuma.

¿Cómo no anatematizar de todo corazón una literatura tan extravagante y tenebrosa?

Luzán, quisquilloso y muy preciado de su obra, la defendió de los reparos de *Iriarte* con el áspero

tono de la invectiva, y no siempre con razón (1). No puede negarse que en su *Poética* hay mezcla de impulsos contradictorios, de buenos y malos principios, de timidez y de entereza crítica, y que *Luzán*,

---

(1) *Discurso apologético de D. Íñigo de Lanuza* (en parte anagrama del nombre de *Luzán*). Impreso en Pamplona, 1741.

D. Bartolomé José Gallardo, en algunas observaciones de las que al correr de la pluma solía hacer en sus notas bibliográficas, dice, entre otras cosas, lo siguiente acerca de este *Discurso:*

«En el párrafo X, sobre si se pueden escribir comedias en prosa como en verso, Luzán se defiende desairadamente..... Los *Diaristas* notan, y notan bien, que aquí Luzán anduvo *perplejo*. Luzán se defiende de la nota de perplejidad (como puede), y deja en pie el principal cargo, que es el de la inconsecuencia. El pasaje del *Diario de los Literatos* donde se toca este punto está escrito con admirable pulso y discreción. Hay mucha diferencia de Luzán á D. Juan de Iriarte.....»

«Tampoco anduvo feliz Luzán en la defensa de su opinión contra la *tragicomedia*. Iriarte hace reflexiones muy preciosas á favor de este género de dramas, concluyendo así: *Y si en el teatro de la vida humana pasan y suceden verdaderas tragicomedias, ¿por qué razón no las podrá haber fingidas ó imitadas en el teatro de la poesía, suponiendo que en su representación se observen las condiciones y leyes del aecoro y de la propiedad?* Luzán contesta á estas razones con autoridades, citando á *Cascales*, *Cervantes* (en su *Persiles*, lib. II, cap. II), *J.-B. Vico*, *Dacier*, *Scalígero*, *Pablo Benio*, etc., y por toda razón da *que en la poesía dramática se debe preferir lo verosímil, aunque imposible ó falso, á lo verdadero inverosímil* (pág. 104). «¡Como si lo que sucede diariamente pudiera ser inverosímil!» Sevilla, 30 Junio 1825.—G. (*Apunte autógrafo de Gallardo.*)

á pesar suyo, aunque más desembarazado que Boileau, no toma á la naturaleza por guia y maestra principal de las leyes poéticas y oratorias, sino á las innumerables poéticas que había leido para prepararse á su tarea. Por eso este libro, si bien menos que otros, adolece del defecto general de todos los de su especie, que consiste en dar sobrada importancia á las reglas de escuela, de donde resulta que la belleza eterna queda como pospuesta y subordinada á una belleza relativa, pasajera y convencional.

Para tasar debidamente la importancia absoluta, y especialmente el valor relativo, de la *Poética* de *Luzán*, conviene recordar que en España las teorías doctrinales se hallaban á principios del siglo XVIII en tan baja esfera como la poesía misma. No reinaban ya ni la *Filosofía antigua poética* de Pinciano, ni las *Tablas poéticas* de Cascales, ni siquiera la *Agudeza* y *arte* de ingenio de Gracián, el principal dogmatizador de la escuela gongorina. En vez de crítica, buena ó mala, la poética de aquel tiempo se reducía á enredos de forma y á aglomeración de figuras. El mismo Rengifo, que en medio de sus *laberintos*, de sus *ecos* y de sus *glosas*, demuestra en sus ejemplos cierta afición instintiva á los buenos poetas, era ya demasiado notable para el estado de la poesía. El preceptista que guarda proporción completa con la decadencia sin límites de principios del siglo XVIII, es *D. Francisco Artigas.* En su *Epi-*

to e de la elocuencia española, obra escrita en romances (más de doce mil versos), llega á su apogeo el candor de la ignorancia en materia de gusto literario (1).

Luzán intentó confirmar con el ejemplo la doctrina, y escribió muchos versos originales y algunas felices traducciones del griego (2), del latín y del italiano. Pero este escritor, tan expresivo y animado en la prosa, es glacial en sus versos. Sus canciones á la conquista y defensa de Orán, que Quintana, llevado del amor de escuela, llama *exhalaciones hermosas*, no pueden leerse sin fatiga y hastío, y su desmayada traducción del himno *Pange lingua*, donde no hay un solo acento de la fervorosa entonación y de la noble sencillez propias de los cantadores sagrados, bastan para comprender que *Luzán* no era poeta. Si alguna vez halla en su imaginación

---

(1) Sirva de muestra la definición que da del *retruécano*, entre las figuras de palabras:

Es muy vistosa y muy fácil,
Pues que toda su agudeza
Es ver si, trocando el orden,
Algún concepto se encuentra.

(2) Estudió la lengua griega con el afamado profesor jesuíta el padre Jerónimo Giustiniani, y llegó á ser profundo helenista. Véase como muestra su traducción de la famosa oda de Safo; traducción más acomodada al texto y al espíritu del original, que la tan celebrada de Boileau, que empieza:

Hereux qui près de toi, pour toi seule soupire, etc.

el grave diplomático y el riguroso preceptista algo que tenga trazas de poesía lozana y espontánea, no es en los asuntos y metros serios y encumbrados, á que era singularmente aficionado, sino en el *Juicio de Páris* y en otros romances ligeros y festivos, en los cuales rendía culto impensadamente á aquella musa castellana, desenfadada y juguetona, que en sus horas de preceptista encopetado juzgaba acaso profanadora del *Parnaso*. No alcanzan la corrección del lenguaje ni la cordura de los pensamientos á sustituir en la poesía el fuego de la imaginación. El canónigo D. Juan de Luzán, hijo del eminente crítico, dice acerca de las poesías de su padre estas sencillas palabras: *En ellas hay más arte que numen.* Nada es dable añadir á este acertado juicio.

Los contemporáneos de *Luzán* no veían en él sino una viva representación del gusto y del espíritu literario de la nación francesa, y de ello da testimonio el romance que, para celebrar su entrada en la *Academia del Buen Gusto*, leyó en ella el festivo D. José Villarroel, y empieza de este modo:

Famosísimo Luzán,
Cuya comprensión sutil
Pudo muy bien vender Francias
Al mismísimo París.....
Muy bien venido seáis
Á esta Academia feliz,
Donde vuestro pulcro hablar
Será cuanto hay que decir.....

Pero si fué error común tener á *Luzán* por un

preceptista exclusiva y absolutamente adherido á la escuela francesa, lo fué también creer que *Jorge Pitillas*, otro de los reformadores vigorosos de aquella época, es un poeta satírico independiente del impulso francés, movido por la sola virtud de su sensatez y de su energía, y aleccionado especialmente por las máximas que había aprendido en los autores del siglo de Augusto. Algunos críticos han hecho notar que aquellos versos de la celebrada sátira contra los malos escritores:

Y así á lo blanco siempre llamé blanco
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña,

son imitación manifiesta de aquellos otros, tan sabidos, de Boileau:

Je ne puis rien nommer, si ce n'est par son nom:
J'appèle un chat un chat, et Rolet *un fripon;*

pero al ver en la sátira tantas reminiscencias de los autores latinos de la antigüedad, esos mismos críticos han creído que *Jorge Pitillas* se inspiró principalmente en ellos. Ticknor llega hasta señalar á Persio y á Juvenal como los verdaderos modelos. Se ha parado singularmente la atención, como muy visibles, en las imitaciones con que principia y acaba la sátira.

El *No más, no más callar*, con que empieza, es el

Semper ego auditor tantum? nunquamne reponam,
Vexatus toties?.....

con que comienza igualmente la primera sátira de Juvenal. El final,

Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignación me hará hacer versos,

es una simple traducción del verso 79 de la misma sátira de Juvenal:

Si natura negat, facit indignatio versum.

Á más de estos recuerdos de la poesía romana, pueden señalarse otros muchos, de que está abundantemente sembrada la sátira de *Jorge Pitillas.* Pero no se crea por eso que tuvo que acudir, para inspirarse, á las fuentes latinas. Prescindiendo de que algunas de estas reminiscencias eran y habían sido cosa corriente entre los literatos españoles, como lo manifiesta el verso de Cervantes,

Suele la indignación componer versos (1),

basta leer la edición príncipe de las obras de Boileau, en la cual están apuntados los modelos latinos de donde sacó muchas de sus ideas el gran preceptista francés, para convencerse de que éste es el verdadero y casi exclusivo manantial de la famosa sátira española. Una inocente supercheria de *Jorge*

(1) *Viaje del Parnaso*, cap. IV.

También en Boileau pudo ver *Jorge Pitillas* reproducido el pensamiento de Juvenal:

La colère suffit, et vaut un Apollon.

Pitillas, harto común en los literatos de no muy austera conciencia, ha dado principalmente motivo al engaño de Ticknor y de tantos otros. La *Sátira contra los malos escritores* vió por primera vez la luz pública en la segunda edición del t. VII del *Diario de los Literatos de España* (1742). El autor, que estaba completamente familiarizado con las sátiras de Boileau, en cuya doctrina había bebido real y verdaderamente toda su inspiración, no cita una sola vez al eminente escritor francés, y, en cambio, no omite, en las notas, uno sólo de los pasajes de los poetas de la antigüedad, en donde quiere aparentar haber encontrado las ideas cardinales de la sátira. Pero ¡qué extraña coincidencia! Boileau se había inspirado cabalmente con los mismos pasajes, que están puntualmente reproducidos de las obras latinas en la mencionada edición. La comparación del texto español con el texto de las sátiras francesas pondría de manifiesto que esta coincidencia no era sino el resultado del estudio que *Jorge Pitillas* había hecho de las obras magistrales de Boileau. Mas para no hacer harto prolija esta demostración, prescindiremos de los muchos ejemplos que ofrece esta comparación, y nos limitaremos á patentizar con otros más curiosos, en que nadie ha hecho alto, que *Jorge Pitillas* tomó directamente de Boileau sus ideas, y no sólo de sus *Sátiras* y de su *Poética*, sino también de sus escritos doctrinales en prosa. He aquí, convertidos en versos castellanos, los pen-

samientos consignados por Boileau en su *Discours sur la satire:*

BOILEAU.

Et pour commencer par Lucilius, quelle licence ne s'est il point donnée dans ses ouvrages? Ce n'était pas seulement des auteurs qu'il attaquait; c'était des gens de la première qualité de Rome, c'était des personnes Consulaires. Cependant, Scipion et Lelius ne jugèrent pas ce poète indigne de leur amitié. Ils ne s'avisèrent point de pendre le parti de Lupus et de Metellus, qu'il avait joués dans ses satires...

Pendant, dit Horace, que ce poète enflé d'Alpinus, égorge Memnon dans son poème, et s'embourbe dans la description du Rhin, je me joue en ces satires... Perse ne raille pas simplement les ouvrages des poètes de son temps, il attaque les vers de Néron même...

Demandez à Juvenal ce qui l'oblige de prendre la plume. C'est qu'il est las d'entendre et la Théséide *de Codrus, et l'*Oreste *de celui-ci et le* Télèphe *de cet autre.*

JORGE PITILLAS.

En sus versos Lucilio no perdona
Al cónsul, al plebeyo, al caballero,
Y hace patente el vicio y la persona.
Ni Lelio adusto, ni Escipión severo
Del poeta se ofenden, aunque maje
Á Metelo y á Lupo en su mortero.
. . . .
Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto Alpino, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes;
El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo Cañizares.

Persio á todo un Nerón tiró bocados,
Y sus conceptos saca á la vergüenza
Á ser escarnecidos y afrentados.
Juvenal su labor así comienza,
Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
No sólo la *Teseida* le es muy dura;
Á *Télefo* y á *Oreste* espiritado
También á puros golpes los madura.

¿Á qué citar más? Es evidente que *Jorge Pitillas* copiaba á Boileau, afectando copiar á los poetas latinos. Su mérito absoluto y relativo es, no obstante, eminente, y merecido su renombre. Para satirizar como él satiriza, era necesario un brío de ánimo y de expresión que muy pocos tenían entonces. En aquel tiempo de alambicamiento y de afectación, *Jorge Pitillas*, consumado hablista, escribe con sencillez sin igual, y dotado además del desembarazo y de la facilidad de los grandes versificadores, nadie más hondamente que él estampa en la imitación el cuño de la originalidad.

Y ¿quién era *Jorge Pitillas?*

Increible parece que haya llegado á ser problema de historia literaria el verdadero nombre de un escritor que tuvo el privilegio de llamar la atención pública, así en su tiempo como en edades posteriores. Poco más de una composición se ha conservado del satírico poeta; pero esta composición forma época en la historia del gusto literario en España.

Los redactores principales del *Diario de los Lite-*

ratos guardaron completo sigilo con respecto al nombre del autor de la célebre sátira. *Salafranca* y *Puig* afirman que llegó á sus manos el día 15 de Mayo de 1741, añadiendo que ni *aun sospechan* el verdadero nombre de *Jorge Pitillas*. Es pura afectación. Conocían al autor, y éste había publicado ya en el *Diario* algunos artículos críticos, encubriendo su nombre con el anagrama *don Hugo Herrera de Jaspedós*. El severo sigilo que se observaba con respecto á este escritor satírico, nacía del noble intento de preservarlo de los ásperos sinsabores que acarreaban las luchas literarias. Pero raya casi en lo imposible que el velo del seudónimo no se transparente ó se rasgue por algún lado, y el famoso misterio de las *Cartas de Junius* ha sido siempre considerado como pasmoso ejemplo de la reserva de los hombres (1). No faltó quien descubriera el arcano de la sátira española, y no pocas personas hubieron de conocer el verdadero nombre del sañudo crítico que, ya en prosa, ya en verso, ya en-

(1) Se han hecho en Inglaterra grandes esfuerzos de investigación para descubrir el nombre del autor de estas *Cartas políticas*, escritas desde 1769 á 1772 contra el Gabinete dirigido por lord North. Diligencia, ahinco, perseverancia, todo ha sido en balde. Á once diferentes personas han sido atribuídas las cartas, y en especial á sir Philip Francis, miembro del Parlamento, pero nada se sabe con certeza. Las conjeturas, por lo varias y lo abundantes, se dañan.

cubriéndose con el estrafalario nombre de *Jorge Pitillas*, ya con el de *D. Hugo Herrera de Jaspedós*, acosaba y hería sin miramiento ni indulgencia á los malos escritores de su tiempo. Así está consignado en una carta del sabio *Martínez Salafranca*, escrita ocho años después de la muerte de *Jorge Pitillas* (1). Y sin embargo, ¡cosa singular! pasado algún tiempo, olvídase el nombre verdadero del escritor famoso, y vuelve á ser misterio histórico, que da ocasión á

---

(1) Don Juan Martínez Salafranca dice lo siguiente á su amigo el erudito D. José de Ceballos, en carta de 16 de Octubre de 1750:

«El papel de la *Derrota* (*¿de los Alanos*, por el P. Isla?) le presté á un amigo, y sabiéndolo un comisario del Santo Oficio, envió por él; y aunque tengo licencia de leer lo prohibido, se le remití.

»El de *Ribera* (¿?) también llegó por el correo. Es pluma de mejor aire y gala, y de genio capaz de mayores empresas. Ya habrá reparado usted que descubre el misterio que yo observé en el *Diario* (*de los Literatos*) para que quedase oculto nuestro famoso correspondiente *don Hugo de Herrera*, cuya crítica, por su gran delicadeza y por la fertilidad de las sales con que supo disfrazar una oportuna y bien seguida ironía, se hizo preciso que la conserváremos oculta por entonces, para que la envidia y la ignorancia no tuviesen objeto en que cebarse.

»Fuera de que D. Hugo no quiso tampoco exponer su persona á los insultos que nosotros (los redactores del *Diario de los Literatos*) padecimos; ni era justo hacerlo, en atención á su *carácter é instituto.*» (*Cartas varias de los autores del* Diario de los Literatos, *en la Biblioteca de Osuna.*)

supercherías de libreros (1). Posteriormente, todas las personas versadas en la historia de las letras castellanas, Quintana entre ellas, han admitido, descansando en la tradición, la general creencia de que el verdadero nombre de *Jorge Pitillas*, ó lo que es lo mismo, *D. Hugo Herrera de Jaspedós*, es *don José Gerardo de Hervás.*

La circunstancia, muy atendible, de ser el segundo de los seudónimos anagrama, si bien no perfecto, del último nombre, ha servido de fundamento, y no leve, á la expresada creencia. Con razones de notable fuerza y autoridad pudo esta opinión ser sustentada; pero al cabo no era ella punto histórico con evidencia absoluta demostrado, y no dejó de dar que pensar el tono decisivo con que afirmó don Eugenio de Tapia, en su *Historia de la civilización española*, que el verdadero nombre de *Jorge Pitillas* es *D. José Cobo de la Torre* (2).

---

(1) En el *Rebusco de las obras literarias*, del P. Isla (1790), se reimprimió la *Sátira* de *Jorge Pitillas*, dando por averiguado y manifiesto que era producción de aquel escritor. Falsedad evidente.

(2) Estas son las palabras de Tapia:

«En el *Diario de los Literatos* se publicó la graciosa sátira conocida generalmente bajo el supuesto nombre de *Jorge Pitillas*, y cuyo verdadero autor fué *D. Jose Cobo de la Torre*, abuelo del malogrado orador y buen legista D. Ramón Cobo, Diputado que fué en las anteriores Cortes.» (*Historia de la Civilización española*, 1840, tomo IV, pág. 266.)

Por desgracia, Tapia habla en este punto de pasada y con prisa, y no se detiene, como era natural hacerlo, á presentar un hecho, un raciocinio siquiera, en qué fundar su positiva afirmación; y como los principales escritores del siglo pasado y del presente han repetido constantemente que *Jorge Pitillas* es *D. José Gerardo de Hervás*, esta opinión ha continuado prevaleciendo entre los cultivadores de la historia literaria española.

Cuesta trabajo imaginar que D. Eugenio de Tapia, hombre cuerdo y laborioso, se aventurase sin algún sólido fundamento á contrariar una creencia tan constante y autorizada. Todo induce á creer que Tapia vió y no interpretó acertadamente una carta de *Hervás* á su amigo y primo D. José Cobo de la Torre (1), en la cual, sin duda para no exponer el misterio á los azares del correo, le habla de la célebre sátira, sin descubrir claramente el nombre de su autor. Tenemos á la vista esta interesante carta autógrafa (2), de la cual vamos á trascribir la parte adecuada al objeto, no sólo por dar á éste toda la

(1) Se infiere de otras dos cartas autógrafas de *Hervás*, que *Çobo de la Torre* era hombre instruído. Habla *Hervás* de una obra de este su primo que Mayans había devuelto y juzgado con cierta frialdad, y á él (Hervás) le parecía ***sólida*, *convincente y erudita*.**

(2) Nos ha sido generosamente franqueada por la bondadosa familia descendiente de D. José Cobo de la Torre.

luz posible, sino también porque no carece de interés para la historia literaria:

Madrid y Julio 24 *de* 1721.—Amigo y pariente: ..... Supuesta tan verdadera como legítima disculpa, entro desde luego en materia con el párrafo de la literatura. Ésta se ve aquí cada día más perdida, y aunque se ha mitigado algo el furor de escribir, no obstante se publican bastantes libros, pero todos á cual peor, con grande desconsuelo de los que siquiera conocemos un buen libro y gustamos de leerle. Los *Diaristas* (Salafranca y Puig), que habían muy á propósito salido á procurar el remedio de tan sensible corrupción, han aflojado muy mucho en el seguimiento de su instituto, hostigados sin duda de no ver otro premio de su fatiga que los aplausos de los racionales y bien intencionados, que son los menos. Entre éstos se cuenta tu paisano D. José Campillo (1), que por el manejo grande que tiene en el Gobierno de la Monarquía es hoy el móvil de todo, en quien han encontrado una muy favorable acogida en diferentes y largas conferencias que con él han tenido, y les ha ofrecido seriamente su protección y apoyo para el logro de sus pretensiones respectivas al *Diario*, y su honroso y proficuo establecimiento. Alentados con esta esperanza, se trata con calor de publicar el séptimo tomo, en que también saldrá á luz la sátira primera contra los malos escritores, de tu amigo *Jorge Pitillas*, quien para este efecto la ha entregado al brazo seglar de los *Diaristas*, y éstos, con su permiso, la han leído á uno ú otro sujeto inteligente, y entre ellos al mismo Sr. Campillo (que se precia de serlo), y de todos recibió singulares aplausos, en tanto grado, que al último se le antojó el saber su verdadero autor, y fué preciso decírselo en confianza.

En suma, vuelvo á decir que hay poco uso de la racio-

(1) Ilustrado ministro de Felipe V.

nalidad, y no obstante la poca que le ha tocado al buen *Mañer*, es incansable en vomitar libros de su mano y pluma, y no se pasa mes sin nueva producción. Ahora está escribiendo sobre el Anti-Christo y el juicio final, más para hacer morir á los vivos que para resucitar á los muertos.....—Tu primo y buen amigo, HERVÁS.

El estilo de esta carta, que recuerda, por su natural y ameno desembarazo, la que el mismo Hervás escribió á la comedianta Petronila Xibaja (1); la forma familiar del misterio relativo al verdadero nombre de *Jorge Pitillas;* el amargo espíritu con que lamenta y censura el estado de las letras, que corresponde al de la sátira; y hasta la burlesca saña con que habla de *Mañer*, escarnecido en la misma sátira, y que era, según puede colegirse, una de sus pesadillas literarias; todo está revelando á las claras que *Hervás* y *Pitillas* son una misma é idéntica persona.

Hay además, para creerlo así, el poderoso testimonio del erudito y grave bibliotecario Pellicer, que en sus primeros años pudo conocer al mismo Hervás. En su *Historia del histrionismo en España*, publicada á nombre de su hijo Casiano, dice en el artículo *Petronila Xibaja*, con el tono de quien abriga certidumbre absoluta, estas terminantes palabras:

Uno de los amartelados admiradores de esta célebre

(1) Esta carta fué publicada por Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España* (1804).

actriz fué D. José Gerardo de Hervás. Este Hervás es aquel *Jorge Pitillas* y aquel *D. Hugo Herrera de Jaspedós*, que, disfrazado con estos nombres, publicó en el *Diario de los Literatos de España* la sátira contra los malos escritores, y el extracto del *Poema de San Antón Abad*, por D. Pedro Ocejo, en que manifestó tanto caudal de ingenio festivo, de ironía delicada y de estilo castizo castellano. Este ingenio murió en la flor de su edad, el año de 1742.

Pone el colmo á la convicción la circunstancia de hallarse esta fecha del fallecimiento de *Hervás* confirmada por una carta de 26 de Abril de 1745, que se conservaba en la Biblioteca Nacional (1). Su autor, D. Leopoldo Jerónimo Puig, uno de los redactores del *Diario de los Literatos*, y más adelante individuo de la Academia Española, da á entender que *Hervás* era clérigo, aunque abogado (2). Dice así:

---

(1) Manuscrito (t. 108).

(2) La situación de *Hervás*, como abogado en Madrid, no era venturosa. En las cartas á su primo Cobo de la Torre, le dice: «Mis empeños en la corte, si no pasan, llegan á lo menos á treinta doblones..... Estoy reducido á la última calamidad.»

Había sido catedrático en Salamanca, según se ve por el siguiente título de una traducción suya que se conserva en la Biblioteca Nacional:

«*La conversación civil.* | Escrita en Italiano por el Señor | Estaban Guazzo Gentil-hombre | del Montferrato | Traducida de vna Copia Francesa | al idioma Castellano | Por | D. Joseph Gerardo de Hervás | Profesor de derechos | en la Universidad | de Salamanca.»

Vuestra reverencia no recibió la carta en que le avisaba la muerte de mi querida madre, que murió el día 15 de Junio de 1742.....

Pocos días después murió un grande amigo mío, abogado, á quien vuestra merced trató algunas veces, que se llamaba D. José Hervás. Vestía hábitos largos y hablaba un poco francés..... (1).

Á estas pruebas podemos añadir un indicio de no escaso valor. La letra del original de la sátira de *Jorge Pitillas*, que se halla entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, es de la misma mano que las cartas de *Hervás* que posee el autor de la presente Historia. Así lo comprobaron también los señores Hartzenbusch, Rosell y otras personas de criterio y autoridad.

Una variante del texto de la sátira corrobora los anteriores testimonios: esta variante está consig-

---

Manuscrito en 4.°, encuadernado en pergamino, letra del siglo XVIII, 236 folios, sin la Tabla de las cosas más memorables.

(1) Don Bartolomé José Gallardo atribuye esta carta anónima á Salafranca, en el apunte autógrafo que hemos publicado al frente de las poesías de *Jorge Pitillas* (BIBLIOTECA de Rivadeneyra). Pero hemos adquirido la certeza, por las noticias auténticas que con la mayor bondad nos comunicó el señor Rector del hospital de los Franceses de Madrid, que la carta es de Puig. El mismo Gallardo dice que el autor «era administrador del hospital de la nación francesa en Madrid.»—Salafranca no lo fué en ningún tiempo. Lo fué su amigo D. Leopoldo Jerónimo Puig desde 1739 hasta el 14 de Julio de 1763, día de su fallecimiento.

nada en una nota escrita de mano de *Hervás* al pié del original que se conserva en la Biblioteca Nacional, y dice así:

«Apunto en un papel que pesa el plomo,
Que en *Groelandia* las zorras son malditas,
Según refiere *Wanderlarhck* el romo;
Con otras mil noticias exquisitas
Que pudieran muy bien, según su casta,
Aumentar las *Memorias eruditas.*

»Estos dos tercetos se concibieron y escribieron primeramente así, y después se reformaron según se lee en el cuerpo de la sátira, por las supervenientes atenciones de amistad y comercio estrecho entre *Pitillas* y el autor de las *Memorias eruditas*, y porque ante todas cosas es justo respetar *illud amicitiæ sanctum ac venerabile nomen.*

»Madrid y Mayo 8 de 1741.»—(Rubricado.)

La sátira hubo de ser escrita, según puede conjeturarse por las cartas de *Hervás*, el año de 1741. En ella se ridiculizaba la obra titulada *Memorias eruditas* (1). Pero *Jorge Pitillas* traba después amistad con el autor, y movido por delicados miramientos, perdona á las *Memorias eruditas*, y traslada

---

(1) Era su autor el sabio Martínez Salafranca. Ansioso de propagar los conocimientos humanos de todo linaje, había publicado una copiosa colección de curiosas noticias, con este título: *Memorias eruditas para la crítica de artes y ciencias.....*, escritas por D. Juan Martínez Salafranca, Presbítero, Racionero de San Pedro de Teruel.—Madrid, por Antonio Sanz. Año de 1736.

sus burlas á otra obra semejante, *El Mercurio Literario.* ¿Cómo había de acontecer todo esto á *Don José Cobo de la Torre,* el cual, según consta en los papeles de su familia y en las cartas de Hervás, residía por aquel tiempo y desde algunos años en Hesles, pueblo del valle de Cayón, en la provincia de Santander, adonde Hervás le dirigía sus cartas?

Repetimos que es verosímil que Tapia, que afirma sin alegar prueba alguna, y que al parecer estuvo lejos de profundizar el examen de la cuestión, no comprendió el verdadero sentido de la forma misteriosa que *Hervás* emplea, en la carta antes copiada, al hablar del autor de la sátira. Está, á nuestros ojos, fuera de toda duda que *D. José Gerardo de Hervás y Cobo de la Torre* es el verdadero autor de la *Sátira de Jorge Pitillas.* La sana crítica, los testimonios históricos y las conjeturas racionales confirman de consuno esta opinión.

Al enviar *Jorge Pitillas* la sátira á los redactores del *Diario de los Literatos* les ofreció escribir y publicar otras varias, encaminadas al mismo fin de poner freno á la corrupción de las letras. ¡Lástima que la muerte del vigoroso satírico, ocurrida en el mismo año en que se publicó la *Sátira primera,* haya privado á la literatura patria de obras acaso dignas de eterna fama!



CAPÍTULO VII.

INFLUENCIA DE LA «POÉTICA» DE LUZÁN.—ÚLTIMOS ESFUERZOS DE LA MODA CONCEPTUOSA.—LOS REFORMADORES MISMOS MEZCLAN INVOLUNTARIAMENTE EL GUSTO NUEVO CON EL ANTIGUO.—PORCEL.—EXAMEN CRÍTICO DE «EL ADÓNIS».—INTERIAN DE AYALA.—FERRERAS.—QUIRÓS.—VÉLEZ DE LEÓN.

La influencia de la *Poètica* de *Luzán* no fué, en los años inmediatos á su publicación, tan poderosa como en realidad merecía serlo; esto es, no fué ni podía ser de repente, para la mayoría de los literatos y de los poetas, un código de buen gusto preponderante ó exclusivo. Los más vieron en la *Poètica* como una condenación de las letras genuinas de la patria; y es lo singular que esta opinión fué profesada, no sólo en la primera, sino también en la segunda mitad del último siglo, y hasta expresada en acerbo tono por algunos de los humanistas que aceptaron la escuela francesa y contribuyeron á su triunfo. El erudito Fr. Francisco

Javier Alegre dice así: «Luzán quiso parecer un gran crítico, deprimiendo á su propia nación, cuyo mérito él ciertamente no conocía en esta parte» (1). Á principios del presente siglo Quintana, que aplaude el intento, el orden de composición, la doctrina y el claro y firme estilo de Luzán, apenas se atreve á unir su opinión á la de aquellos que habían tachado en la *Poètica* el rigor excesivo con que juzga á algunos ilustres poetas españoles; pero acusa sin razón el tono del libro de *seco* y *desabrido*, y afirma que fué poco leído y que «por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fué corto, ó más bien nulo.» El insigne escritor Fernando Wolf (á quien el que esto escribe tuvo el gusto de conocer y tratar en Viena) hace suyas las severas palabras de Quintana, hasta el punto de copiarlas sin citar la fuente de donde las toma, y añade que la *Poética* no se leía ya en 1760 (2); pero al propio tiempo pone de manifiesto el entusiasmo que le inspiran las doctrinas de *Luzán*, diciendo que éste «había bebido la purísima agua del Parnaso francés», y apellidando á la misma *Poética* «faro que, después de tantas borrascas románticas, había de guiar á los españoles náu-

---

(1) Nota á la traducción del *Arte poética* de Boileau, por Fr. Francisco Javier Alegre. (*Códice del siglo* XVIII, *perteneciente al Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra.*)

(2) Esto mismo, y con idénticas palabras, había ya dicho D. Leandro Fernández de Moratín en la *Vida* de su su padre.

fragos en el seguro puerto del clasicismo.» ¡Extraño lenguaje por cierto en un compatriota de Lessing, de Goethe, de Schiller, de Wieland y de Schlegel; en un hombre que trabajó con tanto afán como fortuna en la depuración del texto de antiguos romances castellanos!

Marchena, que, como adorador del gusto francés, juzga á *Luzán* con una indulgencia en él desusada, sostiene que su *Poètica* ejerció en las letras de su tiempo saludable y eficaz influencia.

La verdad es que la obra de *Luzán*, si bien por su carácter y tendencias no pudo ser popular en la época de su publicación, es un libro harto notable para que fuese estéril en un tiempo en que hacían falta fuentes de autorizada y severa doctrina. Como una lumbrera de las nuevas ideas lo miraron siempre los hombres doctos de la falange reformadora. En cuanto á los poetas de estro nacional, no podían avenirse con reglas convencionales, que enfrenaban el vuelo de su libertad tradicional, y todos pensaban como *Gerardo Lobo*, el cual, un año después de la publicación de la *Poètica* de *Luzán*, define así, con el donairoso desembarazo de los antiguos poetas castellanos, su propia y mal disciplinada *poètica:*

Tal ó cual vez me divierto,
Sin que me altere y fatigue
Lo que Aristóteles clama
Ó lo que Horacio prescribe.
Quebrantar la ley divina
Del Decálogo me aflige;

Mas no romper los preceptos
De los antojos gentiles.

El carácter de autoridad que tomaba insensiblemente la nueva doctrina de los reformadores, iba levantando una valla robusta, en donde se estrellaban las tentativas del depravado gusto de los conceptistas. Pero esta revolución saludable adolecía de graves achaques, que entorpecían su marcha y alejaban el triunfo. El nuevo gusto literario, que venía á España inoculado, por decirlo así, en nuevas ideas, nuevos usos y nuevas costumbres, traía consigo una circunstancia impopular, funesta siempre á la poesía: su origen extranjero. El imperio de las reglas en un país donde, según la expresión feliz de *Luzán*, *la antigua poesía jamás tuvo poética*, hubo de parecer y aun de ser verdaderamente yugo por demás antipático. No había, como un siglo antes, poetas que arrollasen los dogmas aristotélicos y horacianos, erigiendo como nuevo dogma su libre y popular espíritu; pero los apóstoles de la cuerda enseñanza que había de poner término á los delirios de la decadencia, tampoco encontraban en su seno, ni fuera de él, quien lograse acreditar desde luego con el ejemplo las ventajas poéticas de la reforma didáctica. En balde *Luzán*, *Montiano*, *D. Juan de Iriarte*, *Nasarre* y algunos otros se esforzaban por escribir con pureza y con naturalidad, hermanando, en cuanto les era dable, la disciplina doctrinal con los recuerdos de la poesía castellana de la edad de

oro; en balde el recíproco apoyo de aquella falange de doctos y estimables filólogos daba cierta fuerza y autoridad á la transformación que se iba efectuando en las letras españolas; en balde también la Corte y el Gobierno prestaban con su protección á los innovadores cierto áulico realce; la nación española no sentía palpitar su índole, sus tendencias y sus recuerdos en aquella poesía sin vida y sin color. Si se encontraba entre los reformadores algún destello de verdadero ingenio, era ¡quién lo diría! en los versos conceptuosos del *P. Feijóo*, de quien ya hemos hablado; en los ensayos de antigua poesía hechos por el granadino *Porcel* y por *D. Nicolás Fernández de Moratín*; esto es, en los versos de aquellos que, ya á pesar suyo, ya con deliberado intento, seguían las huellas de la antigua musa castellana. *Feijóo*, por ejemplo, no se preciaba de poeta, y sin embargo, en sus versos resplandecen ingenio agudo y espíritu analizador y profundo. ¡Poder de la moda hasta en los ánimos más prevenidos contra ella! El grave Feijóo, tan llano y natural en la prosa, labra en sus poesías un tejido interminable de conceptos. Pero estos conceptos no son los enredos laboriosos de los poetas vulgares. En sus décimas *á la conciencia, siguiendo la metáfora del reloj*, andan unidos los tres elementos principales de la corrupción literaria: *sutileza, superabundancia metafórica, equívoco*, y sin embargo, tal es la fuerza prestigiosa del verdadero talento, que se olvida el abuso ante

la fascinación del ingenio. Sirva de ejemplo la siguiente décima, en que habla al reloj:

Noche y día, sin parar,
Tu agitación misteriosa
Un momento no reposa,
Ni me deja reposar.
¿Cómo no he de reparar
Tu continua pulsación,
Ó cómo á la distracción
Lugar alguno le queda,
Si los *dientes* de tu *rueda*
Me muerden el corazón?

¡Mezcla singular de afectación en el pensamiento y de naturalidad en la expresión! Asoma en ella el *gongorismo*, con muchos de sus vicios capitales; pero es el gongorismo, á veces, seductor de Calderón y de Víctor Hugo.

Don José Antonio Porcel es uno de los poetas dignos de renombre entre los de aquella era de transformación literaria. Ejemplo señalado de los azares de la fama y del descuido de la posteridad, sus obras más celebradas no se han impreso nunca (1). Sin las encomiásticas menciones que de él hacen Velázquez y Rodríguez de Castro, vivificadas por Quintana, probablemente nadie pensaría ya en el nombre de aquel canónigo *Porcel*, amigo íntimo

---

(1) En la Biblioteca Nacional hay una obra de D. José Antonio Porcel y Salablanca, titulada: *Gozo y corona de Granada en la proclamación del rey D. Carlos III.* (Granada, Imprenta Real, 1760; en 4.º

del *Conde de Torrepalma*, colegial insigne del Sacro Monte de Granada, que tanto lustre y tan alta autoridad llegó á granjearse entre los doctos de su tiempo.

Al leer ahora, pasado más de un siglo, las obras de este varón tan admirado, no es fácil decidir si, atendido su mérito absoluto, habría ó no convenido más á la gloria del escritor dejarla reducida, como lo estaba, á una aureola misteriosa, á un eco de la admiración contemporánea. Alzado el velo, se desvanece la ilusión. Al cabo han salido á luz por primera vez las famosas *Églogas venatorias*, que se juzgaban perdidas, y, sea alteración del gusto, sea justicia de la crítica moderna, ó, lo que es más probable, ambas cosas aunadas, la verdad es que estas *Églogas*, notables por diferentes aspectos, añaden escasa y aun dudosa riqueza á las letras de nuestra patria (1).

Algunos cuadros relativa y aun absolutamente bellos, varios trozos de versificación limpia y lozana, y cierta entonación levantada, que demuestra que el ingenio del poeta no carecía de noble impulso, no alcanzan á dar vida á una narración fría y enredada, ni á hacer del todo llevadera la desagradable impresión que producen un estilo, instintivamente feliz, manchado á cada paso por inversiones violentas y vanos artificios, y una imaginación de alta índole,

(1) Véase nuestra *Noticia biográfica* de Porcel, *Apéndices* y *Documentos*, en el tomo II.

lastimosamente perdida en un laberinto de insulsas y ociosas descripciones.

Porcel no había cumplido veinticinco años cuando escribió *El Adonis*, y esta circunstancia ha de tenerse muy en cuenta para explicar cómo tan ferviente admirador é imitador de algunos de los extravíos de Góngora, pudo pasar después por uno de los más rigurosos reformadores del gusto.

«He procurado imitar, dice *Porcel* (1), á Garcilaso, y en especial al incomparable cordobés D. Luis de Góngora (delicias de los entendimientos no vulgares), de quien confieso se hallarán algunos rasgos de luz que ilustren las sombras de mi poema.»

¡Qué confusión en las ideas estéticas de aquel tiempo! Los *rasgos de luz* que *Porcel* imita ó reproduce de Góngora, no son las inspiraciones nobles y sencillas que constituyen la verdadera gloria de este gran poeta; son los rasgos de afectada cultura con que estragó su numen peregrino.

En cuanto á Garcilaso, también creyó *Velázquez* que *Porcel* podía ser contado entre los émulos de aquel inimitable poeta (2), dando motivo á sospechar, con esta opinión exagerada, que era limitada

---

(1) Prólogo á *El Adonis*.

(2) «También merecen una particular estimación las églogas venatorias del *Adonis*, de D. José Porcel, en que hay pedazos excelentes, y tan buenos como los mejores de Garcilaso.» (*Orígenes de la poesía castellana*, por don Luis José Velázquez.)

y poco certera su perspicacia crítica. Á ser *Porcel* contemporáneo de Garcilaso, habría escrito probablemente églogas de limpio estilo y tal vez de arranque dramático; pero sus pastores no habrían llorado de cierto como Salicio y Nemoroso, ni su *dulce lamentar* habría sido nunca aquel eco del corazón, aquel *parlar che nell' anima si sente*, aquel inefable embeleso de la poesía verdadera, que no hay talento que por sí solo alcance, ni poética que defina y con sus reglas despierte y avasalle.

El *Adonis* de *Porcel* no da indicio alguno de que el poeta se hallase dotado de la sensibilidad delicada que en Garcilaso se mezcla y sobrepone al género convencional que con predilección cultiva.

El asunto de *El Adonis*, impuesto á *Porcel* por la afición, que todavía reinaba, á las leyendas mitológicas, no ofrecía novedad (1). Para dar mayor dificultad y realce al desempeño, la Academia granadina

---

(1) Sin contar la comedia de Lope de Vega, *Adonis y Venus*, ni el poema *Venus and Adonis*, de Shakspeare, publicado en 1593, ni *Les amours de Venus et d'Adonis*, obra dramática de M. Devise, representada en París en 1685, pueden citarse muchos poemas inspirados por el mito pagano de Adonis: entre otros, *Adonis*, tragedia francesa de G. Le Breton (1579); la *Fábula de Adonis y Venus*, del poeta madrileño Alonso de Batres; el *Adonis* de D. Diego Hurtado de Mendoza; *Venus y Adonis*, de D. Juan de Moncayo, marqués de San Felices; *L'Adone*, del caballero Marini; *La mort d'Adonis*, de Lafontaine; *Venus y Adonis*, comedia de Alonso de Anaya y Espi-

llamada del *Trípode*, establecida en casa del ilustre poeta *Conde de Torrepalma*, impuso á *Porcel* la obligación de escribir el poema en *Églogas venatorias*, linaje de poesía que pareció, así al autor como á su amigo el erudito *Velázquez*, completamente nuevo (1).

El respeto á las arbitrarias clasificaciones de la poética erudita fué una de las más pesadas cadenas que embargaban el vuelo de la fantasía. *Porcel*, temeroso de que su estilo sea tachado de altisonante, y por tanto de inverosímil é impropio en una égloga, donde todo ha de ser pastoril y sencillo, tiene buen cuidado de advertir al lector que si la narra-

---

nosa (s. XVIII), etc., etc. La historia de *Adonis* fué *asunto académico* en varias ocasiones. Puede verse una de ellas en los *Ocios poéticos*, de D. Ignacio Álvarez de Toledo, página 21.

De todos estos poemas, el más decantado es el *Adone*, de Marini. De él dice el Abate D. Juan Andrés: «No podrá leer seguidamente este poema quien no tenga pervertidos el gusto y el corazón.»

(1) Porcel dice: «Hube de penetrar un camino hasta ahora de otro no inculcado.»

Velázquez escribe en sus *Orígenes de la poesía castellana:* «Las *églogas venatorias* de *El Adonis*, de D. José Porcel, son buenas; á que se añade la circunstancia de ser las primeras églogas venatorias que se han escrito en castellano.»

Ambos se equivocan. El género era raro, pero no tan nuevo. Ya en 1582 había publicado Herrera su égloga venatoria, que empieza:

De aljaba y arco, tú, Diana, armada.....

ción de *El Adonis* está llena de frases figuradas y de *algunas elevaciones del numen*, es porque sus personajes no son *pastores*, sino *cazadores*, los cuales pueden ser *reyes*, *príncipes y otras personas instruidas* (1). Triste y pueril efecto de la crítica extraviada, que toma los retruécanos, las obscuras hipérboles y las metáforas extravagantes por *elevaciones del numen*.

En un asunto inspirado por las impresiones contemporáneas ó por los afectos eternos del alma, tal vez *Porcel* habría hallado acentos elocuentes é imágenes conmovedoras. La tendencia trágica y la entonación tierna ó elegante que asoma á veces en su poema, obligan á pensar que, con más sanos impulsos literarios, habría llegado á dar con el camino verdadero de la belleza y de la pasión. Es gracioso y delicado el cuadro de la infancia de Adonis, ya jugando con un pajarillo atado á un hilo, ya cuando, al verle llorando, después de acariciarlo dulcemente, le presentan un carcax pequeño, hurtado á Cupido, que le enviaba Venus,

Y con traërlo aprisa,
Se alegró Adonis tanto,
Que interrumpió su llanto
Con inocente risa.

Gallardo y brioso es el alarde de imperio sobrenatural que hace la ninfa maga, en la égloga tercera, para encarecer el fuego de amor que la abrasa:

---

(1) Véase el prólogo de *El Adonis*.

Es mi imperio violento.....
Y si clamo furiosa,
Con roncos silbos me responde el viento;
Confúndese la selva pavorosa,
Tiemblan los montes, y la dura tierra
Me arroja los cadáveres que encierra.
Pero con poder tanto,
¡Oh, Adonis generoso!
Es ¡ay! tu bello encanto
Más que todos los míos poderoso.

El amor es generalmente en toda la obra un amor metafísico, que no es amor, sino un enfático desahogo de ingenio; pero la pasión de Venus por Adonis, único afecto caluroso y sincero que hay en el poema, toma alguna vez carácter humano y simpático. La diosa se hace mujer, y mujer apasionada, cuando dice á su terrestre amador:

Huyo ese dios guerrero,
Por sañudo, por fiero;
Sólo á Adonis adoro;
Por tí me dejo las estrellas de oro
Y las eternas risas;
¡Que es mi cielo la tierra que tú pisas!

Las bellas dotes que estos rasgos denotan, no podían desarrollarse y campear en la cárcel de ficciones mitológicas en que se encierra la musa de *Porcel*. Esta herencia de la lucha intelectual del renacimiento permanecía intacta en aquella edad. Las risueñas quimeras mitológicas de la poesía griega habían ahuyentado el bello aunque algo sombrío espiritualismo de la Edad Media. El emblema era pre-

ferido á la verdad, y el emblema mata casi siempre la enérgica expresión de los sentimientos morales. No se comprendía entonces que imitar á los escritores de la antigüedad, tomando á la mitología pagana por fuente de inspiración poética, era imitarlos de una manera falsa y desacordada, porque, al cabo, en la antigüedad los dioses del Olimpo griego eran los tipos míticos de sus creencias religiosas, y el arte y la poesía encontraban en ellas un impulso directo y una significación profunda. En la literatura de las naciones cristianas aquella mitología no podía ser más que un artificio alegórico convenido, un medio práctico, por decirlo así, de expresión artística; y tan así era en nuestra España creyente y fervorosa, que muchos poetas, lejos de tomar por lo serio la representación simbólica de las deidades de la fábula, buscaban en ellas pábulo á su espíritu festivo y zumbón (1). *Porcel*, aunque no se burla de la mitología griega, la respeta muy poco, pues se atreve á aumentarla inventando fábulas paganas (2). Toda la obra (son sus palabras) *se dirige á persuadir que*

---

(1) Son innumerables los poemas burlescos españoles fundados sobre asuntos mitológicos. Uno de los más notables es *La Proserpina*, escrita en octavas por D. Pedro Silvestre del Campo, contemporáneo de Porcel.

(2) «Sirven como de argumento todas las fábulas; las más que me sirve la mitología, otras que yo invento ó aplico, como la *Pirene*, la del *Sátiro convertido en piedra*, la *Fuente del Desengaño.....*» (Prólogo de *El Adonis.*)

No hay amor en las selvas con ventura,

y *Porcel* afirma candorosamente que esta trivial paradoja es el velo que encubre altas *verdades morales y aun teológicas*, y especialmente *una gran sentencia de San Gregorio* (1). ¡Peregrino modo, en verdad, de propagar la doctrina de los Padres de la Iglesia, ahogándola en un mar de ficciones paganas, y entre ellas las leyendas sensuales de Acteón y de Pigmalión, y los amores incestuosos de Mirra!

El estilo de *El Adonis*, vigoroso y puro algunas veces, es las más alambicado, confuso y desleído. Lleva en su desigualdad misma el sello de la inexperiencia, así como el de un privilegiado talento literario en pugna con la corrupción. De cuando en cuando recuerda *El Adonis* la poesía de los mejores tiempos, ya dulce y fluida, como en esta estrofa, con que empieza la égloga segunda:

Amor, ya he conocido
¡Oh tardo desengaño!
El mal do me ha traido
Tu lisonjero engaño:
Canté tus flechas de oro,
Canté tus triunfos, y tus triunfos lloro;

ya sentenciosa, como en estos versos:

Por eso á manos mueren
De sus mismos errores
Los que su antojo á la razón prefieren;

---

(1) Véase el prólogo de *El Adonis*.

ó en éstos, en que, empleando el lenguaje antitético, á la sazón en moda, deplora Venus su inmortalidad, ante el cadáver de Adonis:

¡Infelices los dioses soberanos,
Á cuya dura suerte
No pondrá dulce fin la amarga muerte!

ya, en fin, narrativa, gráfica y desembarazada, como en el siguiente episodio de caza, en que se pinta una zorra perseguida por un perro:

Huye al monte, él la sigue, y ya la asiera,
Si ella con giro incierto al prado verde
Segunda vez no hiciese su carrera.
Ya la erizada cola el can le muerde
Tres veces, pero veces tres lo engaña,
Y tres veces la alcanza, y tres la pierde.
Ladra el can generoso, pues su saña
Mal sufre que en las fuerzas no le iguale,
Y burle la astutísima alimaña.
Así el valor que á la contienda sale,
Juntar lo heróico con lo astuto debe,
Pues donde no el valor, la astucia vale.
Cansada yo de la vulpeja aleve,
Doy una flecha al nervio retorcido,
Y el nervio al aire, que veloz la lleve.....

Quien tan gallardamente escribe y versifica, había nacido, sin duda, para figurar al lado de los Balbuenas y de los Figueroas. ¿Quién creería que este mismo poeta, á veces tan natural y tan sencillo, llamase á los olmos *verdes jayanes del soto*, á los brazos de Venus estrechando á Adonis, *pámpanos de cristal*,

lástimas sonoras al arrullo melancólico de la tórtola, y á una ninfa que canta,

Hermosa lira de marfil viviente?

La posteridad ha sido en verdad harto indiferente para con el célebre *Porcel*. Consagraba cierto respeto tradicional su nombre, mas nadie se tomaba el cuidado de buscar sus obras. El decantado *Adonis* yacía olvidado en los estantes de bibliotecas particulares (1), en tanto que los literatos, que por la mayor parte no lo conocían sino de fama, y que nada hacían para descubrirlo y publicarlo, lamentaban con dolientes frases que no llegara á darse á luz una obra que había sido tenida por dechado de belleza y de perfección. Quintana, uno de ellos, doliéndose de no haber podido haber á las manos las celebradas *églogas venatorias*, dice así:

«Por más esfuerzos que he empleado en buscarlas y verlas, han escapado á todas mis diligencias, y si son tales como se dice, hacen mal los que las poseen en no enriquecer nuestra literatura con ellas» (2).

Los esfuerzos de Quintana no debieron de ser muy grandes; siendo más de aplaudir en esta ocasión el buen deseo, que la diligencia del ilustre historiador-crítico. Acaso era rémora de su actividad

---

(1) Tres copias antiguas de este poema tuvo á la vista el autor de esta Historia, cuando dió á la estampa *El Adonis* en la BIBLIOTECA de Rivadeneyra.

(2) *Introducción á la poesía castellana del siglo* XVIII.

un presentimiento desfavorable, nacido de su grande instinto.

Aquella negligencia de la posteridad era acaso la salvaguardia de la alta aunque poco difundida fama de *Porcel.* Los críticos modernos, movidos por su espíritu investigador, no quieren admirar por fe, sino ver con sus propios ojos y juzgar con su propia conciencia. Acaso desenterrando ahora estas famosas *églogas venatorias* hayamos cometido una profanación. Aquel poema, al morir, tenía la belleza de su época. El tiempo ha consumido aquellas perfecciones relativas, y como quiera que las perfecciones absolutas, de esas que viven siempre, abundan poco en el poema, es imposible no sentir con su lectura, recordando los extremados encomios de los contemporáneos de *Porcel,* cierta desagradable sorpresa, que se asemeja al sinsabor de un desengaño. Quintana llegó á encontrar *El Adonis,* y recibió con su lectura la misma triste impresión que á nosotros nos ha causado (1).

---

(1) He aquí la interesante noticia que á este propósito nos comunicó nuestro ilustre amigo y compañero el señor Hartzenbusch:

«Pasé al Puerto de Santa María en el mes de Febrero de 1849, con el encargo de reconocer la librería del difunto D. Juan Nicolás Böhl de Faber, que el Sr. D. Manuel Bretón de los Herreros, director de la Biblioteca Nacional, trataba de adquirir para ésta. Registrada la librería, teniendo á la vista el catálogo que presentaron los herederos de Böhl, eché menos algunas obras; y aquellos me

¿Quién pudiera pensar que en aquel poema, *El Adonis*, tan admirado por el cuerdo y delicado *Velázquez*, habrían de encontrar los lectores de otra edad trivial y manoseado el asunto, pobre el plan, confuso y enredado el estilo? Algunos arranques de poesía, perdidos en tan estéril y enmarañada trama, no alcanzan á compensar la falta de unidad, de elevación, de claridad, de sencillez; en una palabra, de estro verdadero.

Mejor fuera, sin duda, para la gloria de *Porcel* no haber vuelto la vida á su olvidado poema. Pero la historia literaria impone á la crítica imperiosos deberes. La fama misma del poema le daba derecho á la luz pública.

No era cuerdo negársela, por más que al tocar de cerca la obra, hubiesen de quedar con esta resurrec-

---

ofrecieron en compensación varios manuscritos que no figuraban en el catálogo. Escogí los que me parecieron más estimables, y uno de ellos fué *El Adonis*, fábula venatoria en varias églogas, que, sin llegar á publicarse, había obtenido gran celebridad en el siglo pasado. Comprada la librería de Böhl de Faber, y traída á la Biblioteca Nacional, el Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana llegó á saber que se hallaba en Madrid el manuscrito de *El Adonis*, poema que había deseado mucho ver al formar su colección de poesías selectas castellanas, y le había sido imposible alcanzarlo. Satisfecha al fin, por mi cuidado, su antigua curiosidad, me dijo, al devolver el códice, que la tal curiosidad y deseo habían sido en realidad excesivos, porque no merecía tanto la obra.—*Juan Eugenio Hartzenbusch.*»

ción algún tanto lastimadas las ilusiones de lo pasado. Á pesar del estilo prolijo y gongorino de este poema, que, con ser tan pobre su asunto, tiene más de 4.500 versos, y á pesar también de su singular estructura, la publicación de *El Adonis* era importante para la historia de las letras y de la lengua, porque *Porcel* caracteriza mejor que otros muchos la época de transición en que vivía. Pasó sus mocedades fuera de Madrid, y no se educó bajo la influencia creciente de la literatura francesa; así es que sus bellezas y sus defectos son de índole puramente española. Si algunas veces imita el estilo crespo y retumbante de Góngora, otras, por desgracia las menos, recuerda el estilo dulce y natural de otros felices escritores. En medio de intempestivas y enredadas metáforas, tributo imprescindible á la afectación reinante, ¡cuántas veces asoman en los versos de *Porcel* destellos de aquel hechizo de expresión peculiar de los poetas de la edad dorada! Hasta en el discreteo sabe ser diserto y lírico juntamente, como los poetas esclarecidos del siglo XVII. ¿Quién, al leer los siguientes versos de la fábula de *Alfeo y Aretusa*, no siente el halago que causa el lozano estilo de los idilios de Villegas ó de Espinosa?

Si piensas, ninfa bella, que no dura
Un instantáneo amor, y excusas, fiera,
El bien que me promete esta ventura,
Para crecer, amor tiempos no espera.

Si el ver y el adorar una hermosura
Son dos cosas, ninguna es la primera;
Yo te ví, yo te amé, y otros amantes
No te adoraron más, te amaron antes.

. . . .

Dueño soy, si soy tuyo ¡qué fortuna!
De cuanto engendra la ribera amena:
Mil arroyuelos desde su alta cuna
Bajan su planta á mi dorada arena;
Contémplase en mí el sol, la errante luna
Aun no se mueve en mi quietud serena;
Mas, ¿para qué numero bienes tales,
Si ya sólo soy dueño de mis males?

Á veces, especialmente en los versos cortos, demuestra *Porcel* tan notable desembarazo y tal firmeza de estilo, que dan motivo á creer que en mejores tiempos habría podido llegar á ser un escritor de orden elevado. Sus contemporáneos comprendían que no era común el valor de las prendas intelectuales de este poeta, y le miraban con afecto y respeto hasta las personas más encumbradas. El *Conde de Torrepalma*, singularmente, le distinguió con la más entrañable amistad, y aun le hospedó en su casa, como puede inferirse de estos versos de la festiva carta familiar que le escribió *Porcel* para distraerlo de la pesadumbre que sentía por la muerte de su hijo primogénito:

Tenga en tu casa un rincón,
Ocios, libros, mesa y cama;
Muérase el mundo, y que viva
El Conde de Torrepalma.

Poco, en verdad, sabemos con certeza acerca del carácter y de las prendas morales de *Porcel*. Al verle tan considerado por las aristocracias nobiliaria é intelectual de su época, no es lícito formar sino conjeturas muy favorables. Puede, no obstante, sospecharse que era desmedido su engreimiento, al verle declarar paladinamente á su siglo incapaz de comprender sus obras (1).

Entre los fundadores de la Academia Española, hombres dados á estudios graves, había algunos cultivadores de la poesía. Además de *Alvarez de Toledo*, de quien ya hemos dado noticia, *Fray Juan Interian de Ayala*, profundo teólogo y orientalista, erudito crítico del arte cristiano (2) y elocuente orador sagrado, se dedicaba con afición á escribir versos latinos y castellanos (3). Á su muerte, ocurrida el 20 de Octubre de 1730, amigos y compañe-

---

(1) «Sólo resta, lector, advertirte que el callar mi nombre no lo tengas por mera modestia. ¡Siglo fuera en que tuviera vanidad en publicarlo!» (*Prólogo de* El Adonis.)

(2) *Pictor Christianus eruditus*, etc.; un tomo en folio. Apenas hay quien recuerde hoy en España este importante libro. La Europa sabia no lo ha olvidado No há muchos años se hizo de él en Inglaterra una hermosa edición. También la Italia moderna reconoce su mérito, como lo denota la siguiente publicación:

Citadella (L. N.) *Instruzioni al Pittor Cristiano, ristretto dell'opera latina di Fra Giovanni Interiam de Ayala; con note storiche ed artistiche.* Ferrara, 1854, in 8.°

(3) *Opuscula poetica.* Madrid, 1729, en 8.°—Varios elogios en prosa y verso. (MS.)

ros suyos de la misma Academia escribieron romances en alabanza del sabio Mercenario (1). Á pesar del propósito del ilustre instituto, de atajar el torrente conceptuoso, estos romances están sembrados de pensamientos alambicados, aunque algunos no sin ingenio y gala, como el siguiente:

No eches menos en la tumba
Obeliscos, pues que salen
De las hojas de tus libros
Tantas lenguas que te aclamen.

Hasta el frío y prolijo analista *D. Juan Ferreras* cultivaba las Musas, intentando acreditar con el ejemplo la doctrina de la Academia. Pero era hombre de su época, y aunque académico y reformador, pagaba, sin caer en ello, copioso tributo á la moda conceptuosa. Escribió varias poesías líricas castellanas, y un auto titulado *La Paz de Augusto.* Dos años no cabales después de instalada la Academia Española, leyó en ella, con aplauso, una composición bastante correcta, que demuestra, sin embargo, cuán indulgente y contentadiza era la crítica literaria de aquellos tiempos (2). Su importante obra, *Sinopsis histórica cronológica de España* (diez y seis tomos), le granjeó grande y duradera fama. No es posible

---

(1) MS. de la Academia Española.

(2) Fué leída el 16 de Mayo de 1715. La Academia declaró que el estilo de la composición era *conforme á su instituto.*

Está escrita en octavas, y se titula así: *El Príncipe,*

recordar sin veneración y simpatía aquel austero carácter, aquella condición modesta y sencilla. Llevó á la sepultura tres mitras á los pies, como testimonio de haber renunciado otros tantos obispados.

Apenas quedan otros nombres, después de los ya mencionados, que merezcan tener cabida en esta somera conmemoración del triste período lírico que corresponde al reinado de Felipe V, como no sean los de *D. Bernardo de Quirós* y *D. Juan Vélez de León.* Era aquel un caballero asturiano, poeta de vena fácil y festiva, que murió en la flor de su edad, en la batalla de Zaragoza, durante la guerra de Sucesión, siendo Teniente Coronel del Regimiento de Asturias. El *Marqués de Santa Cruz de Marcenado* y el *maestro Feijóo*, jueces ambos calificados y severos, lo presentan como insigne poeta. *Feijóo*, principalmente, le tributa encarecidas alabanzas. Para tasar ahora su mérito con la imparcialidad propia de quien juzga de cosas remotas, bastará decir que, si bien aplaudido por varones de cuenta, *Quirós,* aun en su tiempo, era tenido por poeta inferior á *Gerardo Lobo,* á quien se asemejaba tanto, que llegaron á confundirse los versos de ambos (1). *Don Juan Vélez de León* pasó

---

nuestro señor, da vida y libertad á una paloma, que volando cayó á los pies de la Reina nuestra señora. (MS. de la Academia Española.) Véase esta poesía en los *Poetas Líricos del siglo XVIII* (BIBLIOTECA de Rivadeneyra).

(1) El canónigo *D. Carlos González de Posada*, amigo de *Jovellanos*, y fidedigno escritor asturiano, dice que al-

muchos años en Francia, Alemania é Italia, ya con el Conde de Benazuza, embajador en Venecia, Francia y Alemania; ya como Secretario de cámara del Marqués del Carpio, Embajador en Roma y Virrey de Nápoles; ya como Gobernador de Puzol, ya como Secretario de justicia en Nápoles. Era hombre de gran despejo y capacidad, y de ingenio festivo y agudo, también por el estilo de Gerardo Lobo (1). Mientras residió en Roma, formó parte de la academia ó tertulia literaria de la reina Cristina de Suecia. En 1688 leyó, en presencia de esta señora y de orden suya, un chusco dictamen «sobre si una dama que tenga hermosa dentadura, debe desear tener la boca chica ó grande.» ¡Extraño asunto para escogido por la célebre hija de Gustavo Adolfo, á la edad de

---

gunos de los romances publicados como de *Gerardo Lobo* eran de *D. Bernardo de Quirós*. Cita entre ellos, no sabemos si con bastante fundamento, uno que empieza *Oyes tú, ¿cómo te llamas?* y el *Soliloquio amoroso.*

(1) El lectoral Trianes, de Cádiz, tenía en su copiosa librería un códice con varias obras en prosa y verso de *Vélez de León*. Manuscrito en folio, 256 fojas.—Don Bartolomé José Gallardo examinó este manuscrito. Llamó en él su atención un estudio en prosa, titulado *Principio y progresos de la comedia española*, y copió de su puño algunos versos de *Vélez de León*, que tenemos á la vista.—Álvarez y Baena dice en su *Diccionario histórico de los Hijos de Madrid*, que poseía un grueso tomo autógrafo con versos de *Vélez de León*, y cita además otro códice en folio de poesías del mismo autor, titulado *El mal humor de las Musas.*

sesenta y dos años, en la cual, como hija del Norte, tendría probablemente su propia dentadura en desastroso estado!

Algunos escritores, movidos por la envidia, ó mal avenidos con la disciplina literaria introducida en España á la usanza de la corte francesa, atacaron á la Academia Española en los años inmediatos á su fundación. Contra ellos se creyó obligado *Interian de Ayala* á echar todo el peso de su autoridad, aprovechando, para defenderla en el púlpito, la ocasión de pronunciar la oración fúnebre en las exequias del primer Director y principal fundador de la Academia, el esclarecido Marqués de Villena. Entre estos escritores puede contarse á *Vélez de León*, que compuso versos zahiriendo duramente á la Academia y á los Académicos, en especial á *Nasarre*. Verdad es que *Vélez de León* era de aquellos que se burlan de todo, hasta de sí mismos. He aquí, como muestra de su estilo, un soneto en que hace una descripción burlesca de su propia persona:

MI RETRATO.

Soy un hombre pequeño, tosco y gordo;
Fuí de cabello negro y pié ligero,
De humor alegre, en lo esencial severo,
Semblante adusto, y á las veces sordo.
En todo pico, como suele el tordo,
Menos en la maldad de lisonjero;
Pero tengo, entre otros, cierto pero,
De emprender todo, cuando á nada abordo.

Poeta, historiador y secretario,
Todo he llegado á ser, mas duré poco,
De númen pobre y genio perdulario.
Éste es, pues, mi retrato, en que os provoco
A risa, viendo humilde á un temerario,
Que si fuese pintado, sería un loco (1).

(1) Papeles sueltos de la biblioteca de Osuna.





CAPÍTULO VIII.

ÉPOCA DE FERNANDO VI. — GANA TERRENO LA REFORMA DOCTRINAL. — TORREPALMA. — «EL DEUCALIÓN.» — «EL JUICIO FINAL.» — SOR ANA DE SAN JERÓNIMO. — PARALIZACIÓN DEL ESPÍRITU POÉTICO. — MONTIANO. — NASARRE. — ACADEMIAS CORRUPTORAS DEL GUSTO. — ACADEMIA «DE LOS ARCADES.» — ACADEMIAS PROVECHOSAS Á LA CIVILIZACIÓN LITERARIA. — ACADEMIA «DEL BUEN GUSTO».

AL empezar el memorable reinado de Fernando VI, que fué como la preparación de la grande época de Carlos III, aun duraba, y había de durar todavía mucho tiempo, en las letras, el estado de lucha que habían traído las innovaciones doctrinales del anterior reinado. Pero iban éstas madurando, y caminaban rápidamente á su triunfo completo.

Uno de los pocos escritores que tuvieron la fortuna de dar algún fruto sazonado de ingenio, en medio de esta confusión literaria, fué *D. Alfonso Verdugo y Castilla, Conde de Torrepalma.* Del silencio absoluto que guarda Quintana en el *Tesoro del Parnaso español* acerca de la vida de este poeta, en quien reconoce «talento eminente para versificar y descri-

bir», puede colegirse que, sancionado ya con la autoridad de esclarecidos escritores el imperio de las ideas seudo-clásicas francesas en las letras castellanas, llegó á ser, si no escarnecido, casi olvidado el insigne autor del *Deucalion* en el último tercio del siglo XVIII. En verdad, no hay por qué maravillarse de este desdeñoso desvío de parte de unos hombres que cifraban su gloria en ser filólogos reformadores antes que poetas, si se considera que el *Conde de Torrepalma* era todavía uno de los más genuinos representantes de la poesía *culta*, de aquel *ingenioso desatinar* (1), que el tiempo, la razón y el prosaísmo dominante iban desterrando en aquella época. ¡Cuál sería su significación de poeta recóndito y alambicado, de aquellos que *transformaron las musas castellanas en sibilas cumeas* (2), cuando su cordial amigo Porcel, el autor de las ampulosas y confusas églogas venatorias de *El Adonis*, le juzga en la *Academia del Buen Gusto* con estas palabras que pone en boca de Fernando de Herrera!:

«Nombre más propio que el de este académico no le ha usado alguno de sus compañeros. Llámase *el Difícil* (3), y con la misma justa razón se podría

(1) Expresión de Moratín.

(2) Expresión burlesca de D. José Antonio Porcel.

(3) Nombre que adoptó el Conde de Torrepalma en la Academia de la Marquesa de Sarria, la cual presidía accidentalmente el Conde cuando Porcel le dirigía estas palabras.

llamar *el Duro*, *el Confuso*, *el Misterioso*, y otros epítetos más propios de un habitador de la cueva de Trofonio (1) que de las amenidades del Parnaso..... Cuando escriba heróico ó lírico, será

Imitador undoso
De las obscuras aguas del Leteo» (2).

Porcel, temiendo sin duda haberse mostrado por demás severo en su burlesca censura, hace que salga *Góngora* á la defensa de *Torrepalma*, y hablando, como en causa propia, de las prendas poéticas del Conde, no hace sino confirmar el achaque de enfático y de *gongorino* que le atribuían las gentes de su tiempo. Y lo más peregrino es que *Porcel* hace recaer la responsabilidad del *gongorismo* sobre el *os magna sonaturum* del príncipe de los preceptistas latinos.

«Más parece (dice Góngora) que Herrera me ha impugnado á mí que al *Difícil*..... Yo antepongo sus poemas á otros cualesquiera que sólo tengan dulzura y fluidez. Ni me oponga el mal entendido precepto de Horacio:

Non satis est pulchra esse poemata; dulcia sunto;

porque le opondré yo la definición del poeta, verdaderamente tal, que él mismo nos da en estos términos..... *Ingenio feliz, mente divina, magnilocuencia, ènfasis, cultura:*

(1) Uno de los oráculos más célebres de los gentiles.
(2) Góngora, *El Polifemo*, octava 5.ª

..... *Neque enim concludere versum*
Dixeris esse satis; neque, si quis scribat, uti nos,
Sermoni propiora, putes hunc esse poetam.
Ingenium cui sit, cui mens divinior, atque os
Magna sonaturum, des nominis hujus honorem.
(Sát. IV, lib. I.)

Á este carácter aspiré yo; éste es el de nuestro *Difícil* y de todo poeta digno de tal nombre» (1).

No merece, en verdad, *Torrepalma*, ni la indiferencia de la generación que siguió inmediatamente á la suya, ni el tono desdeñoso con que de él han hablado Ticknor y algunos otros escritores. Su *Deucalión* no pasa de una imitación ovidiana, impregnada en muchas partes del mal gusto que todavía reinaba en su tiempo; pero es una imitación valiente y luminosa, que no es dable desatender. Rasgos hay en ella de primorosa concisión y de altísimo vigor descriptivo, en que aventaja al latino el poeta castellano. Y no hay exageración alguna en esto que decimos.

Para convencerse de ello basta comparar el *Deucalión* con los pocos versos del primer libro de *Las Metamorfosis*, que han dado impulso á la imaginación del *Conde de Torrepalma*. El *Deucalión* no puede llamarse con propiedad, ni copia, ni perífrasis. Está sembrado el poema español de imágenes delicadas, de cuadros vigorosos, que no ocurrieron al poeta

---

(1) Don José Antonio Porcel, *Juicio lunático*, etcétera (MS.)

romano. Éste se contenta con trazar en veintiocho versos, magníficos en verdad, un rápido bosquejo de los desastres materiales del diluvio. *Torrepalma* no malogra la ocasión de conmover, presentando imágenes nacidas de las angustias del corazón en aquel espantoso trance. No hay que buscar en Ovidio aquella familia que, acosada por las revueltas aguas, arroja las riquezas que intentaba salvar en las alturas; ni aquel hijo que acompaña á su padre anciano, y, en el horrible vértigo,

. . . . huye esperando,
La mano, el brazo, el hombro al padre dando;

ni aquel que corre al templo, invoca postrado la clemencia del ídolo, y lo profana luego, encaramándose, para guarecerse, sobre la estatua gigantesca; ni el hombre que al tender los brazos para colocar á su esposa á las ancas de su caballo, ve el lugar ocupado por su enemigo, y traba con él ardua contienda, hasta que

. . . . al dudoso
Trance que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende;

ni, por último, aquella madre que, refugiada en una roca, coloca en sus hombros al tierno infante, y al cabo, arrebatada por las aguas, ya en la ansiosa agonía de la muerte,

Va el hijo entre las ondas levantando.

Para dar idea de la imitación de *Torrepalma*, tan sin razón llamada *perifrasis*, bastan los siguientes ejemplos.

Ovidio pinta así la impetuosa creciente de los ríos y los contrastes repentinos de la tierra anegada:

..... Aperite domos, ac, mole remota,
Fluminibus vestris totas immittite habenas.
. . . .
..... Ducit remos illic, ubi nuper ararat.
..... Hic summa piscem deprendit in ulmo.
Figitur in viridi, si fors tulit, ancora prato.

Así describe Torrepalma los mismos efectos:

Las dulces venas de las claras fuentes,
Que bebió en riego escaso el verde prado,
Los peñascosos cauces impacientes
Rompen, y el campo borran inundado.
Los viejos ríos las mojadas frentes
Levantan con horrible ceño airado,
Y las urnas volcando, aun juzgan poca
La vasta plenitud de su ancha boca.
. . . .
Vuelve el pino á sus montes; ya la quilla
Navega el valle en que arrastró primero;
La altura en que anidaba la sencilla
Paloma alberga al tiburón roquero;
Los peces se deslizan en cuadrilla
Sobre la grama en que saltó el cordero;
El risco ya es escollo, y ya la piedra
Cubren las algas, que vistió la hiedra.
El piloto, que al fin de su jornada
Desde lejos descubre el patrio suelo,
La improvisa tormenta viendo armada,
Las faenas duplica y el anhelo;
En tanto, de las ondas superada

La patria, pierde el tino y el consuelo;
Fluctúa extraño mar la propia tierra,
Y en sus techos las áncoras aferra.
. . . .

Éstas no son explanaciones palabreras; son las ricas imágenes de una inspiración robusta y abundante; y *el risco ya es escollo*, no es expresión menos feliz que el *omnia pontus erant*, con que tan briosamente pinta Ovidio la invasión total de las aguas.

No ha llegado á nosotros el poema de *Torrepalma* sobre la *Libertad del pueblo de Israel*, ni la mayor parte de sus versos líricos; pero tenemos un indicío poco favorable de su sensibilidad poética, en una carta en verso, dirigida á su amigo *Porcel* desde Ciempozuelos, adonde se había retirado por algunos días con el triste motivo de la pérdida de su hijo primogénito, á quien, al decir de sus contemporáneos, amaba tiernamente. *Porcel*, para distraer al Conde, con el cual le unían estrechos vínculos de amistad y agradecimiento, le escribe una carta llena de donairoso desenfado, y le da somera noticia de una de las juntas de la *Academia del Buen Gusto*, que era en Madrid su más sabroso esparcimiento. *Torrepalma*, no sólo halla aliento para contestar en verso, hablando de su muy grave y reciente infortunio en forma artificial, sino que discurre con afectadas frases y enmarañados conceptos, que se avienen mal con la expresión sencilla,

única que cuadra al dolor verdadero. Así empieza su carta:

Desde el desierto, y aun desde
Aquella encendida zarza
De no embotadas espinas,
De no amortecidas llamas,
Que así pungente, que así
Voraz la memoria guarda
De una aguda ardiente pena
La incombusta pertinacia.....

Los amigos del Conde admiraron estos afectadísimos versos: «¡Felicísima ocurrencia y combinación singular! (exclaman). ¡Describir en sólo dos coplas el *sitio* desde donde escribe, la *tarea* en que se ocupa del poema de *Moisés*, y el *estado* de su pena!»

¿Quién no columbra en estas palabras el alucinamiento de la amistad y la costumbre de la manía alegórica? ¿Cómo *Porcel*, autor de las palabras citadas, que en el estilo suelto y natural de su carta (1) había dado sano ejemplo á *Torrepalma*, no advierte que aquellos versos que aplaude no son más que un galimatías metafórico, donde no hay sagacidad que alcance á descubrir ni el pueblo de Ciempozuelos, ni el poema de *Moisés*, ni siquiera el dolor de un padre acongojado que recuerda la muerte de su hijo? No queremos suscitar dudas acerca de la ternura paternal del Conde, que se patentizó por varias

(1) Véase esta carta en las poesías de Porcel.

maneras; sólo aspiramos á hacer notar á dónde lleva en las letras la seducción del artificio en las edades de corrupción y de pedantería.

Como quiera que sea, no nos parece aventurado afirmar que las escasas muestras de poesía lírica que aun se conservan del Conde de Torrepalma, todas inferiores á las magníficas octavas de *El Deucalión*, no permiten considerarle como un escritor dotado de sensibilidad verdadera, de aquella que, aun á los Gracianes y á los Góngoras, arranca á cada paso, y entre la balumba del ornato metafórico, acentos íntimos del alma. *Torrepalma* era, ante todo, hombre de alto espíritu, de noble temple, de pintoresca fantasía. Los asuntos encumbrados lo cautivan. No le basta haber pintado, en *El Deucalión*, la destrucción del linaje humano por medio del agua. Intenta cantar la destrucción del mundo por el fuego, y escribe *El Juicio final.* De este poema sólo llegó á formar *Torrepalma* como un bosquejo, que dimos á la estampa por primera vez (1). Aunque obra des-

---

(1) En la BIBLIOTECA de Rivadeneyra. Fué comunicado el manuscrito al autor de esta historia por su amigo, el difunto duque de Gor, D. Mauricio-Jacobo, descendiente del esclarecido poeta. Era desconocida esta preciosa, aunque incompleta, obra de Torrepalma.

Eduardo Young, el célebre poeta inglés, autor de *Las Noches*, había publicado pocos años antes un poema titulado *El Juicio final.* Pero ninguna conexión tiene con esta obra la del *Conde de Torrepalma.*

igual é incompleta, contiene *El Juicio final* algunas octavas dignas de campear al lado de las más robustas de *El Deucalión.* He aquí como pinta á los monarcas y á los conquistadores ante el tremendo tribunal del Juez supremo:

¡Oh, las que tiemblan, coronadas testas!
¡Oh, las sacras tiaras que allí gimen!
Las púrpuras al hombro son molestas;
Las diademas no ajustan, sino oprimen.
Ya, la soberbia y majestad depuestas,
Los ánimos Reales se comprimen;
Ya siente Hostilio que su tosca lana
Se viese en el imperio augusta grana.
Confúndese Alejandro en sus victorias,
Y *el Grande* nombre lo publica injusto;
Pompeyo gime sus pasadas glorias,
Y César llora su laurel adusto;
Los Scipiones desprecian sus memorias,
Á Octaviano desdórale lo *augusto*,
Decio infama á su saña las porfías,
Y el bárbaro Nerón sus tiranías.
. . . .
. . . .
La virtud sola, con la faz serena,
Sin miedo asiste al tribunal sagrado;
No revuelve en su pecho mortal pena,
Ni la consume, tácito, el cuidado.
El Juez la mira, de sus gracias llena,
Con vista amante, con benigno agrado;
Convídala á su diestra, y ella sube
En rico trono de dorada nube.
. . . .
. . . .
Al que inútil cubrió tosco vestido,
Rica gala ya adorna, honor luciente;

Todo el sol lleva, en partes dividido,
La preciosa diadema de su frente.
En sus propios diamantes va encendido
El collar de su cuello trasparente,
Y en la mano, que luces multiplica,
Gloriosa palma la victoria indica.

Estas octavas, y otras varias del poema, denotan numen de grande aliento é ingenio muy cultivado. Pero ¿qué mucho? El conde *D. Pedro Verdugo*, persona de vasto saber, poeta distinguido (1) é individuo de la Academia Española, transmitió á sus hijos D. Alfonso y D.ª Ana su noble espíritu y su afición á las letras. Doña Ana llegó á ser aquella poetisa *sor Ana de San Jerónimo*, religiosa profesa del convento del Angel (Franciscas Descalzas de Granada), que llenó de admiración á cuantos la conocieron, por sus acendradas virtudes, por su ingenio clarísimo y por su erudición extraordinaria.

Los ilustrados monarcas Fernando VI y Cárlos III reconocieron y utilizaron en favor de la patria las elevadas prendas que atesoraba el alma del *Conde de Torrepalma* (D. Alfonso), y este subió con gloria á los más altos puestos del Estado (2). Mozo todavía, instituyó en su casa de Granada la célebre academia llamada *del Trípode*, cuyo objeto principal era contribuir con el estudio y el ejemplo á acrisolar el

(1) Autor de un poema titulado *La Oliva*.
(2) Véase la noticia biográfica de Torrepalma. *Apéndices y documentos*, en el tomo II.

idioma castellano. Más adelante las tres Academias Reales, *Española*, *de la Historia* y *de las Nobles Artes*, le admitieron gozosas en su seno. Para los hombres sobresalientes de su tiempo, el *Conde de Torrepalma* fué, no sólo un Mecenas literario, sino un amigo sincero y generoso.

Al paso que *Porcel*, *Torrepalma* y otros poetas de ingenio, que se habían alistado en la nueva escuela desde el primer período de la reforma doctrinal, fueron en breve mirados por los críticos con indiferencia ó desvío, porque no representaban de un modo cabal la doctrina clásica francesa, *Montiano,* que entró más hondamente en ella, adquirió desde luego, y gozó durante el siglo XVIII, cierta autoridad y no pequeña nombradía. «Velázquez, dice Sempere, solamente encontró en su tiempo, esto es, por el año 1754, dos autores dignos de poner en la lista de los buenos poetas castellanos: *D. Ignacio de Luzán* y *D. Agustin de Montiano.*»

Dotado de entendimiento claro, de cordura y de sano corazón, pero sin estro alguno poético, *Montiano* se distinguió ante todo en los arduos negocios de la Primera Secretaría de Estado, que tuvo á su cargo (1). En las letras, que pugnaba por apartar de la senda extraviada que entonces seguían, la crítica fué el campo natural de sus tareas. Escribía en prosa con desembarazo y corrección, estaba muy

---

(1) Véase su noticia biográfica. *Apéndices y documentos.*

versado en las letras griegas, latinas, italianas y francesas, y no había género de poesía que no quisiera analizar, explicar y metodizar. Era uno de aquellos hombres apasionados de la regularidad y del orden, que juzgan que todo, sin excluir el mundo ideal, puede y debe subordinarse á la doctrina y á las reglas, y que el acierto en artes y letras depende únicamente de la observancia severa de los preceptos de la razón. La oda, la égloga, la tragedia, la sátira, fueron objeto especial de sus estudios doctrinales, y en todos estos géneros probó sus fuerzas é intentó sustentar con el ejemplo la doctrina. ¡Estéril propósito! Las Musas son siempre de índole indisciplinada y antojadiza; y, rebeldes al llamamiento del filólogo frío y acompasado, demostraron entonces, como siempre, que, sin estar en pugna con la razón, viven y respiran especialmente en los campos risueños, fantásticos ó borrascosos de la imaginación.

Las *Notas para el uso de la sàtira* son uno de los estudios más curiosos y más característicos de *Montiano*. El crítico casi desaparece ante el varón timorato, indulgente y cristiano. La sátira de los gentiles le parece *un mostruo de perniciosas calidades*. Empieza diciendo que en su juventud gustaba de la sátira, «hasta que la edad y la experiencia le enseñaron á mirarla cauteloso y aun con indiferencia, que degeneró en tedio y desvío.»—¡Excelente *Montiano!* Después de esto, ¿cómo ha de ser él legisla-

dor de un género que aborrece, sin desnaturalizarlo con escrúpulos y restricciones exageradas?

El hombre que con ínfulas de reformador combate el teatro libre, dando leyes á la tragedia, y escribe en seguida la *Virginia* y el *Ataúlfo*, que es imposible leer de corrida sin un esfuerzo poderoso de voluntad, deja harto probado que Dios no había encendido su mente con la llama de los poetas. Sus églogas y sus canciones son casi tan desmayadas como sus tragedias. Alguna vez quiere remontar el vuelo poético en la oda (1), y si encuentra, como por acaso, algún destello de entusiasmo ó alguna frase de entonación elevada, pronto vuelve á su natural esfera insípida y prosáica.

En su tiempo fué *Montiano* muy admirado. Y ¿cómo no había de serlo quien, á sus elevadas prendas de carácter, unía verdadero talento de prosador firme y acrisolado, quien en su lenguaje supo huir hábilmente de los escollos que ofrecían al idioma patrio, en aquella época de transformación, por una parte los resabios existentes, y por otra los elementos exóticos que iba ya entronizando el cultivo preponderante de la literatura francesa? En la *Academia del Buen Gusto*, donde se reunían los poetas

---

(1) Sirva de ejemplo la oda *Á las Artes*, que leyó en la Academia de San Fernando, el día 3 de Junio de 1763, y empieza así:

¡Cómo furor sagrado.....

más autorizados del reinado de Fernando VI, *Montiano*, que fué secretario de la Academia, leyó algunas poesías suyas, y además la tragedia *Virginia*, la cual fuė recibida, si no con aplauso, con reverente aprecio por aquel grupo de estimables humanistas que se juzgaban restauradores de la poesía española.

En el *Juicio lunático* de las obras leídas en aquella memorable academia, escrito por *D. José Porcel*, varón de grande autoridad en aquellos tiempos, pone éste oportunamente una curiosa crítica de la *Virginia* en boca del antiguo poeta *Francisco López de Zárate*, celebrado por Lope, escritor árido como *Montiano*, y que, como él, un siglo antes, se había empeñado en observar rígidamente en su *Hércules Furente* los preceptos clásicos.

Con estas enfáticas alabanzas termina *López Zárate* su juicio del autor de la *Virginia:*

«Licurgo colocó la estatua de Eurípides entre las de los demás griegos famosos. Entre ellas debemos exaltar la de nuestro *Humilde* (nombre académico de *Montiano*), con igual mérito que á la de Sófocles, pues no desdicen ambos coturnos. Entre tanto, felicitemos á la nación de que éste, su defensor generoso, se empeñe con tanto celo y con tanto logro en vindicarla de la nota con que las extranjeras la insultan, y de que su ejemplo anime la pereza de los ingenios de España, procurando restablecer el teatro. El único fin y heróico deseo de nuestro *Hu-*

milde, cuando no fuera tan sobresaliente el mérito de la obra, le hace acreedor á los más altos elogios.»

Tal era el imperio del conceptismo, que hasta *Montiano*, el glacial y sensato *Montiano*, rinde culto alguna vez, impensadamente, al gusto sutil y enmarañado de su tiempo. De ello hay muestras en un romance endecasílabo suyo que encontramos como perdido en una *Justa poètica* celebrada en 1727. Era uno de los asuntos dados á los competidores la muerte de San Luis Gonzaga, ocasionada por el afán de su caridad en asistir á los enfermos de un hospital.

He aquí algunos versos, los menos conceptuosos de este romance:

. . . .
¿Será que en los espacios fervorosos
Donde la heróica caridad se ensalza,
Enseñado á vencer, vuestro ardimiento
Supo no hallar instante sin hazaña?.....
Á la hoguera que el celo diviniza,
Pábulo soberano la dilata,
Y acrisolando el mérito la ofrenda,
Quemó la vida en las excelsas brasas.
La corona que orlando vuestras sienes,
Indice fué de la gloriosa fama,
Fausta constelación de eterno influjo,
Se fijó entre los timbres de la patria.

Hemos copiado estos versos, que escribió *Montiano* cuando no había llegado á los treinta años, porque sugieren una reflexión importante de histo-

ria literaria. Prescindiendo del espíritu conceptuoso, hay en ellos una altura de entonación, un calor y una armonía, de que no se encuentra ni un destello en las obras poéticas que *Montiano* escribió en la cabal madurez de su vida literaria. ¿Será que el poeta perdió su inspiración cuando, al entrar en la senda de la sensatez crítica francesa, abjuró, por decirlo así, de la poesía genuina de su patria? Puede hasta cierto punto sospecharse. Pero, ¿cómo culparle por ello? Era hasta una necesidad histórica poner coto á aquel torrente de mal gusto, que torcía el recto sentido de los españoles, y afrentaba á la civilización intelectual de la nación. *Montiano*, que en aquel momento de lucha entre dos impulsos literarios no podía alcanzar una conciliación ecléctica, que sólo ha llegado á ver claramente la Europa más de un siglo después, no titubeó entre la fría razón y la imaginación extraviada. Se decidió por la cordura, que era grande en *Montiano*, aunque no tan grande que llegase á ver que ella sola no podía constituir una literatura nacional bella y vigorosa. El crítico reformador no fué tan imparcial como lo requería la fama de sensato que le dieron los hombres de su siglo. Lo cautivó de tal manera la escuela francesa, que se tornó incapaz de sentir, y, por consiguiente, de juzgar el espíritu y las bellezas esenciales de las letras castellanas del siglo de oro. Á no ser así, ¿cómo habría podido dar la preferencia á la supuesta segunda parte del *Quijote*, de Avellaneda,

sobre la misma parte genuina de Cervantes? (1).

Llegó á perder *Montiano* á tal punto el sentimiento poético, que no se limita á extremar la llaneza del estilo en sus versos. Los asuntos que escoge dan claro indicio alguna vez de su falta completa de facultades estéticas. Unas *liras* leyó en la *Academia del Buen Gusto* en honor del ilustre *Nasarre*, á quien afligía á la sazón la enfermedad de la gota. Un verdadero poeta habría cantado al hombre sabio, al esclarecido académico. *Montiano* toma por asunto *la gota*, y apura todos los recursos de su ingenio para definir poéticamente esta prosáica enfermedad.

He aquí un ejemplo de esa poesía, que, en el lenguaje flamante de ahora, podría llamarse de grosero *realismo:*

Tú, de humor engendrada,
Ácido venenoso,
La parte insultas menos defendida.....
Hasta los pies te abates
Con máscara traidora
Del que intentas poner en tus cadenas;
Mas cuando le combates
Con mano vencedora
Los delicados nervios y las venas,

(1) Aprobación de la edición del *Quijote* de Avellaneda, hecha en 1732.—«No creo, dice Montiano, que ningún hombre de juicio pueda declararse en favor de Cervantes, si compara una parte con otra.»

Con tal rigor y penas
Le ligas, que no atina
Á desatarlos, no, la medicina.

Esto es degradar la poesía, y en cuanto al prosaísmo de estos versos, no se encuentra igual en todo el siglo XVIII, hasta que se llega á dar con las poesías de *Montengon*, de *Olavide* ó de *D. Pedro de Silva*.

Según antes hemos indicado, la fama de *Montiano* no quedó encerrada en los límites de su patria. Lessing no lo admira, pero lo menciona con aprecio. Academias extranjeras se honraron con su nombre, y fué amigo de varios sabios europeos, con los cuales mantuvo activa correspondencia, especialmente con el caballero portugués Conde da Ericeira y con los escritores franceses Louis Racine, hijo del famoso autor dramático Jean Racine, y Mr. d'Hermilly, traductor y anotador de la *Historia de España*, de Ferreras (1), y traductor también de los dos famosos discursos de *Montiano* sobre las tragedias españolas.

En suma, *Montiano* resplandeció en las letras como prosista castizo y severo; y si no es dable presentar sus versos ni como dechados de los diferentes géneros á que pertenecen, ni tampoco como sabrosa ó brillante poesía, no pueden menos de ofrecer interés

(1) Apuntes de D. Eugenio Llaguno, que existen en la biblioteca del Duque de Osuna.

en nuestra historia literaria como muestras de las vicisitudes del idioma castellano, y del cambio casi repentino que experimentó la poesía en manos de los primeros filólogos que combatieron con autoridad y con entereza los delirios del gusto poético de aquella era. *Nasarre*, *Luzán*, *D. Juan de Iriarte* y *Montiano* representan, mejor que otros escritores, aquel período doctrinal en que la poesía, de extravagante y conceptuosa, se tornó difusa, glacial y amanerada.

El sentido común triunfó, sin duda; la poesía ganó muy poco.

Don Blas Antonio Nasarre fué uno de los individuos más sobresalientes que tuvo en sus años primeros la *Academia Española*. Gran latino, teólogo, jurisconsulto, humanista insigne (1). Atacó el teatro antiguo español, en su prólogo á las *Comedias* de Cervantes (edición de 1749), de un modo extravagante, que le acarreó violentas impugnaciones. Su

---

(1) Escribió entre otras obras:

Epigramas y versos líricos latinos.

Varios tratados de jurisprudencia teórica.

Adiciones y notas á los célebres jurisconsultos Vela, Gutiérrez, Castillo y Sotomayor, con sus vidas y juicios de sus obras, para sus ediciones de Colonia.

El Funeral hecho por la Universidad de Zaragoza á la Señora Reina Doña María Luisa Gabriela de Saboya, con sus empresas, emblemas, jeroglíficos, inscripciones y poesías latinas.

Las Instrucciones del Derecho eclesiástico.

crítica fué, en general, pobre y antifilosófica, y los pocos versos que escribió no son superiores á su crítica. Pero este severo juicio, que formamos más de un siglo después de su muerte, no debe amenguar la gloria relativa de este ilustre Académico. Su lucha constante contra los extravíos literarios de su época es ya de suyo un timbre honrosísimo para su nombre. Su autoridad como hablista fué grande y provechosa. En esta parte le consideraron como verdadero maestro los literatos más afamados de su tiempo. *Montiano*, en su *Elogio histórico de Nasarre*, leído en la *Academia Española* el año de 1751, dice así:

«Para el metro vulgar fué tan dueño de la majestad de nuestro idioma....., que esconden, avaros, sus escritos los aficionados al buen gusto de las musas castellanas.»

Don Luis José Velázquez, el célebre autor de los *Orígenes de la Poesía castellana*, en una oda consagrada á ensalzar la memoria de *Nasarre* (1), dice, hablando de una obra de éste:

La Poligrafía Española, para la *Biblioteca Universal* de Rodríguez, de orden de S. M.

(Apunte del Sr. D. José Bonilla Ruiz, bibliotecario de la Universidad de Salamanca).

(1) Esta oda, escrita en pobre y afectado estilo, fué leída en la *Academia del Buen Gusto* en 1751, esto es, el mismo año de la muerte de *Nasarre*. (*Actas de la Academia*. Colección de manuscritos del Sr. D. Pascual de Gayangos.)

Que si llegan á oirla,
Querrán hablar los dioses
La lengua de Castilla.

La producción poética más importante que presentó *Nasarre* á la *Academia del Buen Gusto*, fué una prolija é interminable glosa ó explanación parafrástica del *Padre Nuestro*, en liras, romances, canciones, redondillas, octavas y décimas. Casi toda esta glosa es prosáica, trivial, desmayada, y, lo que es todavía peor, harto conceptuosa para un hombre que se preciaba grandemente de reformador del mal gusto. Véanse, por ejemplo, las dos siguientes décimas, tomadas al azar en el fárrago de esta glosa:

Hombre, ¿qué médico ves,
Visitándote en la cama,
Que si el achaque le llama,
No le lleve el interés?
¿Cuál tan compasivo es,
Que del enfermo no cobre?
¿Quién hay que en la cura obre
Comprando á su costa el medio?
Ó ¿quién aplica el remedio,
Primero que al rico, al pobre?
Sólo aquel Doctor divino,
Que viendo necesitado
Al hombre, sin ser llamado,
Para redimirle vino.
Las medicinas previno,
Siendo de tanta virtud,
Que, sin temor ó inquietud
Del que viene á visitar,
Él se sangra para dar
Al enfermo la salud.

¡Qué vil metáfora! ¡Qué impropia entonación! ¡Comparar á una sangría el augusto y sublime sacrificio del Redentor de la humanidad! Nadie sale enteramente de su tiempo, y *Nasarre*, con toda su sensatez, entraba, sin advertirlo, en la atmósfera turbia y contagiada que él pugnaba por depurar y esclarecer.

En la misma Academia leyó *Nasarre*, dándola por suya, la *Fàbula del Genil*, de Pedro de Espinosa. Atendido su carácter llano y circunspecto, sólo puede atribuirse esta superchería á una humorada literaria. El hecho es que los Académicos dieron en el engaño, y el erudito *Porcel*, reconociendo en el bello poema el tono y el encanto de los mejores tiempos, no vió en esta circunstancia sino un mérito especial de *Nasarre* (1), y tan persuadido estuvo por algún tiempo de que éste era autor de la

---

(1) «La *Fábula del Genil*, cuyo autor se disfraza llamándose *El Amuso* (nombre académico de *Nasarre*), descubre la discreta hipocresía del disfraz. Tan bello poema solamente dictan las musas á sus enamorados..... El estilo de esta obra, el modo de manejar los pensamientos, la prodigiosa fecundidad y viveza en las expresiones y pinturas, no me parecen de este siglo, sino de los principios del pasado. Pero esto resultaría más en su alabanza; y así voy á tal cual reparo. En el verso

De bellas ninfas de desnudos pechos,

y algunos otros no menos vivos, no puede estar más fuera de la tabla la licenciosa imagen», etc., etc.

Porcel, en su *Juicio lunático*, pone en boca de Jáuregui

Fábula del Genil, que así lo escribió al *Conde de Torrepalma*, en la citada carta poética:

Tan dulcemente *El Amuso*
Cantó del Genil las aguas,
Que lo pensé Garcilaso,
Viendo que en su vega canta.

Manifiesto indicio es esta anécdota de lo poco buscados y leídos que eran, durante el reinado de Fernando VI, algunos de los mejores poetas líricos del siglo de oro.

Mención ha de hacerse todavía, varias veces, de la *Academia del Buen Gusto*, y es conveniente dar alguna idea de esta célebre tertulia literaria, que, así por su objeto, por la importancia y fama de las personas que la componían, y hasta por su aristocrático carácter, contribuyó al triunfo de la escuela de los preceptistas.

---

estas palabras que acabamos de transcribir. Más adelante dice el obispo Bernardo de Balbuena, contestando á Jáuregui:

«Quien conoce la vastísima erudición de *El Amuso*, corifeo en este siglo de la literatura española; quien sabe su ingenio y su delicada crítica, no puede extrañar que escriba con el primor de nuestros dorados siglos..... Todo esto es una bizarría de ingenio muy maestro.»

Andando el tiempo, *Porcel* hubo de caer en la cuenta de la inocente supercheria de *Nasarre*. En una copia del *Juicio lunático*, copia que perteneció al mismo *Porcel*, hay una nota marginal de su mano, que dice así, al lado de las palabras puestas en boca de Jáuregui: «Con efecto, era obra de un autor del principio del siglo pasado.»

Todos saben que de estas academias ó saraos literarios se encuentran muchos ejemplos en las antiguas costumbres intelectuales de Grecia y Roma (1), fueron en Europa, aun antes del Renacimiento, uno de los medios más activos para promover y fomentar el amor á las letras. El halago de las pláticas literarias entre gente culta é ilustrada, y los estímulos de la noble emulación de la gloria fueron siempre poderosos incentivos en las naciones civilizadas. ¿Quién no trae á la memoria las poéticas academias que con tanto lustre celebraban los moros de Córdoba y Granada, la célebre Academia de Oxford, fundada por Alfredo el Grande, y la no menos famosa de los *Juegos Florales*, creada por la poética

---

(1) En el *Banquete de los sabios* (Δειπνοσοφισταί, sofistas en la mesa), curiosa colección de anécdotas y pensamientos sueltos, libro raro, hasta en las traducciones francesas del Abate de Marolles y de Lefebvre de Villebrune, del cual publicó Paul Louis Courrier un somero estudio en 1802, dice el compilador *Atheneo* que, seis siglos antes de la era cristiana, existía en Atenas una especie de academia llamada *Sociedad de los sesenta*, que se distinguía especialmente por su caracter ameno y humorístico.

Célebres son en la historia de la cultura helénica las reuniones de filósofos y de literatos que se celebraban en casa de Aspasia.

De Roma merecen especial recordación la academia mencionada por Marcial, *Schola Poetarum*, donde los vates acudían á leer sus versos; y las famosas tertulias académicas de Nerón, en las cuales el mismoNerón y Lucano leían versos.

dama Clemencia Isaura? Los certámenes y las justas poéticas empeñaron siempre el ánimo de los españoles. En los primitivos cancioneros galaico-portugueses y en el *Cancionero de Baena* hay muchos ejemplos de esta afición á las competencias literarias; y es de notar que una justa poética fué el segundo libro que se imprimió en España (1).

Cundió tanto la afición á estos recreos del ingenio, que hasta hubo academías compuestas de damas sapientes. De ello es ilustre testimonio la que formó en Lisboa la infanta Doña María, hija del rey Don Manuel y de la reina Doña Leonor, en la cual resplandecieron por su saber y su entendimiento Luisa Sigea, Ana Vaz, y probablemente Paula Vicente, hija del egregio poeta cómico portugués Gil Vicente (2).

Academias hubo dañosas á las letras, porque da-

---

(1) Certamen poético celebrado en Valencia el 25 de Marzo de 1474. *Obres é trobes*, etc. Fué impreso el mismo año. (Fuster, t. I, pág. 52; Velázquez, pág. 51.) Ya en 1468 se había impreso en Barcelona el *Opúsculo gramático* de Bartolomé Mates.

(2) «Paula Vicente foi dama da Infanta D. María... Provavelmente fazía ella parte da Academia de mulheres doutas que aquella illustrada princeza formou em sua casa, en que se tornarão famosas Luiza Sigea, Anna Vaz é Paula Vicente, ornamentos do sexo, ás quaes o conhecimento do latin é grego era familiar naquelle nosso grande seculo.»

(Obras de Gil Vicente. *Ensaio sobre a vida de Gil Vicente.* Lisboa, 1843.)

ban pábulo al gusto sutil ó altisonante, que todo el mundo aplaudía, haciendo subir de punto los alardes de lucimiento y bizarría de ingenio que hacían los académicos para sobrepujarse unos á otros. El más alambicado ó el más nebuloso solía llevar la palma de la discreción ó de la sublimidad, y todos se esmeraban á porfía en aumentar, sin saberlo, la corrupción reinante. Los extraños y pedantescos títulos que adoptaban las academias, expresan las tendencias de afectación que preponderaban en ellas En Palermo hubo la Academia *de los Encendidos;* en Roma, la *de los Fuertes;* en Bolonia, la *de los Inescrutables;* en Barcelona, la *de los Desconfiados;* en Setúbal, la *de los Problemáticos;* en Valencia, la memorable *de los Nocturnos* (1591), en la cual cada académico tomaba un nombre poético alusivo á la noche, y así, uno se llamaba *Sombra*, otro *Silencio*, otro *Vigilia*, otro *Sereno*, otro *Reposo*, otro *Tiniebla*, y por el mismo estilo los demás, hasta el número de cuarenta y cinco personas que constituían la Academia. *Palestra conceptuosa* se llamó en Madrid una justa poética en 1722.

La afición á las ideas emblemáticas, achaque de aquellos tiempos, que se había ido introduciendo en las letras como prenda de elegancia y cultura, tomó en algunas academias el carácter bucólico y pastoral, una de las más sandias afectaciones que produjo la literatura extraviada. La *Academia de los Árcades*, formalmente constituída en 1790 por el erudito histo-

riador literario Crescimbeni, pero en realidad creada antes, en el palacio Corsini de Roma, por Cristina de Suecia, aquella Reina esclarecida que, ansiosa de civilización, llevó á su lado á Descartes y á Grocio, y rindió sin tregua culto sincero á las conquistas de las ciencias y á los hechizos de las letras y de las artes, caracteriza la decadencia del verdadero sentimiento poético.

Esta *Academia de los Árcades*, la más famosa de Italia *por mérito y por desprecio* (1), tuvo por objeto poner coto á los extravíos del gusto *marinesco*. Mas no hizo, en verdad, sino trocar el delirio por el fastidio, y desarrollar ridículamente la moda pastoral, que, hija degenerada de la imaginación de Sannazaro, que había dado á la Arcadia griega una forma ideal, produjo tanta insulsez y tan insufrible amaneramiento en la poesía. Doce hombres insignes fueron escogidos para la formación de las leyes académicas de los *Árcades*, entre ellos el sabio deán de Alicante, D. Manuel Martí (2). Todos ellos se reunían en el *Bosco Parrasio* del Monte Janículo, donde emblemas, usos académicos y tareas poéticas, todo tenía un carácter por demás risible y candoroso. Estaban contagiados del espíritu de afectación y de artificio que había pervertido las letras, y da de ello visible testimonio la pueril prescripción de designar

(1) Expresión de César Cantú.
(2) Jimeno, *Escritores del reino de Valencia.*

á los *Árcades* con nombres más ó menos griegos, á veces en sumo grado extravagantes; con lo cual se daban por alistados entre los pastores de la Arcadia. Desde el de *Alfesibeo*, que adoptó Crescimbeni, hasta los que usa todavía esta hoy anacrónica academia, ¡qué lista tan singular de exóticos nombres, tan extraños á veces por su sonido, y siempre por la ficticia transformación personal que suponen! ¡Prelados, Cardenales, y hasta Pontífices, transformados en pastores de Arcadia, siempre tan amartelados, tan disertos y tan insípidos! El éxito maravilloso de esta academia fué la consagración de aquella plaga de poetas pastoriles que se inspiraban en su gabinete, sin ver más cielo ni más campo que la pared ó el tejado de la casa vecina, y de aquella moda irrisoria que convertía entre nosotros al respetable *Jovellanos* en *el mayoral Jovino*, al rígido magistrado *Forner* en *el zagal Fornerio*, al severo canónigo Porcel en *el caballero de los Jabalíes*, y al grave D. Jaime Villanueva en *el pastor Jamelio*.

Á veces tropezaron estas academias con insuperables obstáculos. Una de ellas, la *Academia Imitatoria*, establecida en Madrid á imitación de las famosísimas de Italia (1586), en la cual tomó Lupercio de Argensola el nombre de *Bárbaro*, por alusión á la hermosa joven D.ª Bárbara de Albión, con quien se casó al año siguiente, empezó sus tareas con felicísimos auspicios. «Multitud de personas eminentes le servían de columnas. Oyentes calificados, gran-

des, títulos y Ministros del Rey, iban á oir con aplauso y atención» (1). Y sin embargo, no duró un año esta sociedad literaria. Blanco, sin duda, de los tiros de la malevolencia, la opinión llegó á serle contraria. Así lo da á entender el mismo Argensola:

Y si del ocio huyendo, por recreo
Busca la discreción de la academia,
Que ser humilde tiene por trofeo,
Le sigue y le persigue la blasfemia,
Como si fuera público enemigo:
Tal es el precio con que el vulgo premia.

También aconteció que algunas de estas Academias acabasen, como familiarmente se dice, á capazos; siendo necesario mandarlas disolver, por haber convertido sus individuos la provechosa emulación en contiendas desaforadas del amor propio y de la envidia. Aludiendo á los magnates, dice Cristóbal de Mesa:

Si alguno de ellos hace una academia
Hay saetas, competencias y porfías
Más que en Ingalaterra ó en Bohemia.

«Nacieron (dice Cristóbal Suárez de Figueroa) de las censuras, fiscalías y emulaciones no pocas voces y diferencias, pasando tan adelante las presunciones, arrogancias y arrojamientos, que por instantes, no sólo ocasionaron menosprecios y demasías, sino también peligrosos enojos y penden-

---

(1) Juan Rufo, *Apotegmas*, 1596.

cias; siendo causa de que cesasen tales juntas con toda brevedad» (1).

También en épocas posteriores reinaba en estas tertulias literarias, según la condición de las gentes, cierto espíritu vulgar y grotesco. «Se entretejían los saraos, dice el Dr. D. Manuel Pérez Valderrábano, echando relaciones, pasos de comedia, cantando al fandango jácaras de valentones, y se recitaban poesías ó sermones burlescos. Todo esto cesó de cuarenta años á esta parte (1786); y más vale que no se restituya, si no fuese con mejor cultura y mejor influjo para las costumbres» (2).

Pero otras innumerables academias particulares fueron, por el contrario, en alto grado provechosas á las letras y á la civilización. Imagen de ellas son la que celebran en la segunda jornada de *La Moza de Cántaro* de Lope de Vega, D. Juan, el Conde su primo, y D.ª Ana, la cual, con lógico rigor, censura el epíteto *serenos*, aplicado á los ojos, alegando que en ellos la inmovilidad no es gran mérito; y asimismo la academia sevillana, que retrata y no satiriza Vélez de Guevara en el *tranco* IX de *El Diablo Cojuelo*, en la cual leían versos el poeta cómico granadino D. Álvaro Cubillo de Aragón, secretario de ella, y D.ª Ana de Caro, *décima musa sevillana*. De

(1) *Plaza univresal de todas las ciencias y artes*, 1615.

(2) Prefacio á la *Angelomaquia* ó *Caída de Luzbel*, poema. Palencia, 1786.

los certámenes y academias que sirvieron de estímulo y fomento á la cultura intelectual, podríamos citar crecido número. Nos limitaremos á recordar la academia que tuvo en Madrid Hernán Cortés, á la cual asistían el cardenal Poggio y otros varones de cuenta; la llamada *Selvaje*, por haberse instituído en Madrid (1612), en casa de D. Francisco de *Silva*, á quien Cervantes y Espinel elogian con encarecimiento (1); la justa poética de Zaragoza, en que fué premiado Cervantes (1595); las celebradas públicamente en Madrid con gran pompa, con motivo de la beatificación de San Isidro Labrador, en un tablado construído al frente de la iglesia de San Andrés, en las cuales fueron competidores los más esclarecidos ingenios, Lope de Vega, Calderón, Guillén de Castro, Jáuregui, Espinel, Zárate, Silveira, Montalván, Castillo Solórzano, Pantaleón de Rivera (1620-1622), y la insigne academia de Madrid denominada Castellana, de la que fué secretario D. Jerónimo de Cáncer. Las academias y las justas poéticas se hicieron tan frecuentes y se vulgarizaron de tal modo, que no tardaron en provocar las burlas de los mismos poetas, como puede verse en el ridículo certamen que Salas Barbadillo

---

(1) Cervantes, *Viaje del Parnaso*, cap. II. Vicente Espinel dice de Silva, en *El Escudero Marcos de Obregón:* «Pocos días há, sirviendo á su Rey, murió como valentísimo soldado.»

introduce en su comedia *El Cortesano descortés* (1). La afición á escribir versos degeneró en manía, y certamen hubo en que llegaron á cinco mil las composiciones presentadas (2).

Entre las academias provechosas merecen especialmente ser señaladas la llamada *della Crusca,* cuyo célebre vocabulario (1612) es siempre la primera autoridad para la lengua italiana, y algunas establecidas en España con objetos especiales de enseñanza; entre ellas la *Academia Valenciana,* creada en 1742 con el designio de fomentar los estudios históricos, la cual publicó las *Obras cronológicas* del Marqués de Mondéjar; la que en 1690 se fundó igualmente en Valencia, en casa del Conde de la Alcudia, para el cultivo y enseñanza de las ciencias, y otras que, siguiendo la tradición de la *Academia de Nostra Senyora de la Sapiencia* (1606), se instituyeron en la misma ciudad, figurando en ellas los insignes matemáticos y astrónomos Tosca; Corachán; Zaragoza, maestro de Cárlos II, y otros precursores del esclarecido Jorge Juan (3). Á estas academias, gloria imperecedera de Valencia, se

(1) Comedia en prosa, impresa en Madrid, por la viuda de Cosme Delgado, año de 1621.

(2) *El Pasajero;* advertencias utilísimas á la vida humana, por el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, Madrid, 1617.

(3) Véanse *Jimeno y Fuster;* contienen noticias exactas y copiosas de estas ilustres academias.

debe en gran parte que, á principios del siglo XVIII, cuando en muchas ciudades de España habían caído las ciencias y las letras en el más lamentable abandono, ardiesen en esta ciudad ansia noble del saber y amor vehemente á los deleites de la inteligencia.

En los últimos años del reinado de Felipe V iba ya en decaimiento la afición á las academias literarias, que tan en auge habían estado en los dos siglos anteriores. Prueba de ello es la que se estableció en Madrid por aquel tiempo con el título de *Academia Poética Matritense*. Formaban parte de ella el célebre *Cañizares*, *Quadros*, *Palacios*, *el Marqués de la Olmeda*, *D. José Benegasi*, *D. Agustin Cordero* (secretario), y otros poetas inclinados á la escuela popular, pero les faltó el fervor ó la buena armonía, y la academia se deshizo por sí misma (1).

---

(1) Dan de ello testimonio dos sonetos burlescos de Benegasi. El Presidente no asistía, y los demás académicos acabaron por hacer lo mismo. Así empieza uno de los sonetos:

Ilustre Academía, ¿qué se hizo
La gran aplicación con que empezaste?
¿Qué se hizo el Presidente que buscaste?
. . . .

El otro soneto es como sigue:

Se duda de Palacios, si os dejó;
Del segundo buscado, si querrá;
Con que así la Academia se estará
En los mismos pañales que empezó.
Si al Marqués de la Olmeda se admitió
Y á Cañizares, ¿por qué nunca va?

Menester era que hubiese estímulos extraordinarios para que, en una época en que la organización oficial iba sustituyendo en muchas cosas á la acción espontánea de los particulares, subsistiese por cierto tiempo una academia de esta especie. Estos estímulos extraordinarios, á saber: riqueza, prestigio cortesano, conjunto de eminencias intelectuales, imitación de las costumbres elegantes de la corte francesa, se reunieron en la academia poética que, con el nombre *del Buen Gusto,* ya usado por otra de Palermo, se instituyó en Madrid, en casa de la insigne señora D.ª Josefa de Zúñiga y Castro, Condesa viuda de Lemos, después Marquesa de Sarria, que habitaba un hermoso palacio en la calle del Turco.

Mezcla de las academias poéticas, tan florecientes en los siglos XVI y XVII, y de las tertulias literarias de las damas de la aristocracia francesa, que tuvieron su apogeo en el *Hôtel de Rambouillet* y en la corte de Sceaux, la *Academia del Buen Gusto,* que debe contarse entre las útiles á las letras, forma época en la historia poética del siglo último, así porque fué la última importante de su género, como

---

¿Qué hacen, dime, los dos? Y ¿qué hacen ya
Quadros y Benegasi? *R.* ¡Qué sé yo!
¿Qué determina el Conde? ¿Qué el Marqués?
¿Qué se hacen tantos individuos, di?
R. Se deshacen, por ir todo al revés.
Y la Academia (vaya de ti á mí),
¿Es dable que se pierda? *R.* No lo es.
Luego ¿estaba perdida? *R.* Señor, sí.

igualmenre porque contribuyó á dar fuerza y autoridad á la reforma doctrinal.

Joven, hermosa, ilustre, rica, discreta é instruída, la Condesa de Lemos cautivaba fácilmente la voluntad, y atraía á su sociedad á las personas más distinguidas de la Corte en nacimiento y letras. Era aquí como un reflejo de la seductora *Julie d'Angennes*, del Hôtel de Rambouillet. Hermana del Duque de Béjar, y acostumbrada desde su infancia á los refinamientos del lujo, dió á sus tertulias literarias un carácter elegante y aristocrático, que cuadraba á aquella literatura, que era un recreo de gabinete y no un desahogo del espíritu popular. El festivo *Villarroel*, uno de los académicos, habla así de la Academia en un *Vejámen* muy chistoso:

Aquí estoy en Madrid, que no en la Alcarria,
Y en la casa también de la de Sarria,
Marquesa hermosa, dulce presidenta,
Que no sólo preside, mas sustenta,
Con dulce y chocolate,
Al caballero, al clérigo, al abate,
Que traen papelillos tan bizarros
Que era mejor gastarlos en cigarros (1).

Allí se reunían Montiano, Luzán, Nasarre, el Conde de Saldueña, el Marqués de la Olmeda, el Conde de Torrepalma, Porcel, Velázquez, el Duque de Béjar y otros poetas que constituían la aristocracia literaria de aquella época, la cual, así en España

(1) Actas de la *Academia del Buen Gusto*. (MS.)

como en Francia é Italia, se hermanaba fácilmente con la aristocracia nobiliaria.

Fueron los fundadores de la *Academia del Buen Gusto:*

El Conde de Saldueña, primogénito del Duque de Montellano, con el nombre académico (1) de.......	*El Justo desconfiado.*
El Conde de Torrepalma, Embajador, individuo de las Academias Española y de la Historia, con el de..	*El Difícil.*
Don Agustín de Montiano y Luyando, del Consejo de su Majestad, su secretario en la Cámara de Justicia y Estado de Castilla, individuo de la Academia Española y Director perpetuo de la Academia de la Historia, con el de........	*El Humilde.*
El Duque de Béjar, caballero del Toisón de Oro, con el de.......	*El sátiro Marsias.*

(1) Además de los nombres académicos aquí citados, usaron otros individuos de la Academia los siguientes: *el Ícaro, el Remiso, el Incógnito, el Aburrido, el Amigo del Amuso.* En la Academia firmaban siempre con estos extraños seudónimos. Los Sres. Gayangos y Vedia pusieron en claro los verdaderos nombres de *el Peregrino, el Aventurero, el Humilde, el Marítimo* y *el Difícil.* (Traducción de la *Historia de la Literatura Española*, por Ticknor, tomo IV. Nota, pág. 400.) Nosotros hemos descubierto los de *el Justo desconfiado, el Sátiro, el Amuso* y *el Zángano.* No hemos dado todavía con los demás. Sospechamos, por claros indicios que hallamos en un códice de D. José Porcel, que algunos acádemicos no usaron más nombre que el suyo verdadero.

El Duque de Medinasidonia, de la Academia Española.
El Duque de Arcos.

Agregáronse después á la Academia:

Don Francisco Scotti Fernández de Córdoba, caballero de Santiago, caballerizo de campo del Rey; autor dramático.
El Marqués de Casasola.
El Marqués de Montehermoso. (Fué más adelante individuo de la Academia Española.)
El Marqués de la Olmeda, comendador de Santiago.
Don Blas Antonio Nasarre y Ferriz, de la Academia Española, tomó el nombre académico de.................... *El Amuso.*
Don Alonso Santos de León.
Don José Villarroel, presbítero, el de... *El Zángano.*
Don Francisco de Zamora.
Don José Antonio Porcel y Salablanca, que fué Cánónigo de la Catedral de Granada, el de...................... *El Aventurero.*
Don Ignacio de Luzán, que había adoptado el nombre de *Egidio Menalipo* en la Academia de los *Ereinos* de Palermo, tomó aquí el de. .... *El Peregrino.*
Don Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores, el de.................... *El Marítimo.*

El canónigo D. Juan de Luzán, en una nota á las *Memorias* que escribió acerca de la vida de su esclarecido padre, cita todos estos nombres; pero hay fundamento para creer que esta lista de los aca-

démicos *del Buen Gusto* no es completa, y que algunas otras personas señaladas en las letras asistieron á las juntas de la Academia (que eran semimensuales), y tomaron parte en sus tareas. No parece, por ejemplo, muy aventurado conjeturar que el famoso *Fr. Juan de la Concepción*, poeta agudo y repentista, amigo de los Duques de Béjar y de Medinasidonia, y honrado además con el aprecio de la Duquesa de Arcos y de la misma Condesa de Lemos, que se complacían en verle lucir su fácil ingenio, perteneciese á la brillante sociedad poética (1).

La *Academia del Buen Gusto* hizo ruido en la Corte, y de ella decía con donaire *D. Juan de Iriarte*, aludiendo á aquel grupo de poetas que estaba presidido por una mujer, que esta Academia era *un Parnaso al revés* (2) Esta circunstancia no quitaba á las juntas académicas el orden y la regularidad que requieren, y el concienzudo secretario, *D. Agustín de Montiano*, extendía las actas, en forma fría y grave como su autor, y las dejaba escritas de su puño y firmadas con su nombre académico, acompañadas de las poesías, por lo común autógrafas, que se leían en la

---

(1) De esta misma opinión es el cuerdo y perspicaz escritor D. Cayetano Alberto de la Barrera. Véase su *Catálogo del Teatro antiguo Español*, pág. 99.

(2) Obras de D. Juan de Iriarte. *Epigramas latinos y castellanos.*

Academia (1). Á ella asistían de vez en cuando la *Condesa de Ablitas*, la *Duquesa de Santistéban*, la *Marquesa de Estepa*, que escribía versos, y otras ilustres damas; pero las que no solían faltar á las sesiones eran la *Condesa de Lemos*, presidenta, y la *Duquesa viuda de Arcos*, aficionadísimas al cultivo de las amenas letras. Á ambas se refiere *Porcel* cuando escribe al *Conde de Torrepalma*.....:

Tuvimos nuestra academia
Esta semana pasada,
Asistiendo ambas dos luces,
Que no consumen, y abrasan.

Durante la existencia de la Academia, esto es, desde el 3 de Enero de 1749 hasta el 15 de Septiembre de 1751, se casó en segundas nupcias la *Condesa de Lemos*, cambiando entonces este título

---

(1) Tenemos á la vista la colección de las actas originales. Copiamos á continuación, como recuerdo histórico, aquella, harto concisa, en que está consignada la entrada de Luzán en la Academia.

ACADEMIA DEL 16 DE JULIO DE 1750.

La Excelentísima señora Presidenta.
El Difícil.
El Aventurero.
El Humilde.
El Amuso.
El Zángano.
El Sátiro.
El Peregrino.

Concurrió á esta junta la Excma. señora Presidenta, con los académicos que van al margen; aumentando su número, con general satisfacción, el Sr. D. Ignacio Luzán, que se denomina *el Peregrino.*

Leyéronse los papeles que se presentaron, y conferidas, según es costumbre, las especies y reparos que resultaban de ellos, se disolvió esta junta, que firmé,

EL HUMILDE.

por el de *Marquesa de Sarria*. Con este motivo se aumentó el esplendor de las fiestas que en su casa se celebraban. Según parece, eran en verdad notables el gusto y la elegancia de la casa de la *Condesa de Lemos*. Con pretexto de pintar una academia imaginaria, describe así *Porcel* el salón donde se celebraban las sesiones de la *Academia del Buen Gusto:*

«Quedé absorto al ver lo regio y espacioso de la magnífica galería, cuyas doradas rejas daban vista á los jardines. Sus grandes paredes vestían primorosas pinturas, unas mitológicas y otras simbólicas, que explicaban todos los géneros de la poética. A trechos, las estatuas de las Musas con sus respectivas insignias, y en el testero Apolo coronado de rayos y pulsando la dorada lira. Desde esta pieza se dejaba registrar en parte otra, no menos regia, que servía de biblioteca, la cual constaba de todas las obras poéticas de los españoles; siendo más y mejor lo manuscrito é inédito que lo que había fatigado las prensas» (1).

Tenía la *Marquesa de Sarria* talento y gracia para el arte de la declamación, y representaba, con gran contento de sus amigos, en el elegante teatro que había en su propio palacio. Una de las obras en que la aristocrática actriz desplegó con mayor gala sus brillantes dotes, fué la comedia de Zamora, *Castigando premia amor*. *Villarroel* no malogró la acasión de escribir, en celebridad de la fiesta, uno de sus innumerables romances, siempre fáciles, conceptuosos y chabacanos, pero no pocas veces ingeniosos y

(1) *Juicio lunático*. (MS.)

agudos. He aquí algunos versos que dan idea del estilo de este clérigo alegre y chancero:

Excelentísima siempre
Y dulcísima señora,
Que por tan dulce, es milagro
Que los pajes no te coman.....
¿Qué diré de tu comedia?
Pues hasta que tu persona
En ella se presentó,
No era comedia famosa.....
Tú le diste toda el alma,
Y hasta, con el alma toda,
Le diste el entendimiento,
Y aun voluntad y memoria.....
Zamora, que de Dios goce,
Ó que ya á este tiempo goza,
Al verte á ti en su comedia,
Diría: «Sólo esto es gloria.....»
Saliste, pues, al tablado,
Y luego que el pie lo toca,
Le salieron, de vergüenza,
Los colores á la alfombra.....
Saliste, y aun sin hablar,
Al ostentar la pomposa
Belleza del coramvobis,
Tú te llevaste la loa.
Mas ¿qué mucho, si traías
Noblemente fanfarrona,
Por manos dos azucenas
Y por ojos dos antorchas?
Á mí me pareció que era
Á un tiempo tu voz sonora
Archilaud, arpa, clave,
Violín, cítara y tiorba.....
Con lo dulce del acento
Lucía la acción airosa,

Tan á compás, que la mano
Haciendo estaba la solfa;
  Logrando, con elegante
Equivocación garbosa,
Que los oídos te vean
Y que los ojos te oigan;
  Pues estaba allí el concurso
En una duda curiosa
De si con las manos hablas
Ó con los labios accionas.....
  El teatro estaba hermoso,
La compañía vistosa,
Los galanes como soles
Y las damas como solas.....
  Yo, por lo menos, no he visto
Fiesta igual en toda Europa,
Y hasta en ser fiesta sin fraile
La tengo por milagrosa (1).

Una sola figura estaba allí como fuera de su centro; el estrafalario *Villarroel*, cuya musa indisciplinada ni se doblegaba á preceptos que habrían embargado su vuelo irregular, ni se arredraba ante los atildamientos de aquella esfera elegante y encumbrada. Su inalterable llaneza, su simpática condición, su carácter sacerdotal, y principalmente su humor festivo, le granjeaban el aprecio de todos. A él le era lícito decir cosas contrarias al instituto y nombre de la Academia, que en los labios de otro cualquiera habrían sido insolencia y descortesía. Al

(1) *Dictamen que forma D. José Villarroel de la comedia en que representó mi señora la Marquesa de Sarria, ejecutada en la casa de su excelencia.* (MS.)

abrigo de su jovial y bondadosa índole había llegado á conquistar la impunidad de los juglares de otros tiempos. Siempre era aplaudido con entusiasmo, y nadie caía en la tentación de tomar por lo serio ni sus extravagancias literarias, ni sus escabrosas agudezas (1). Acaso el mismo *Villarroel* no se decidió nunca tampoco á tomar por lo serio ni sus propios versos ni los ajenos. Comprendía que su época no era tiempo de poesía, y así lo expresaba claramente, diciendo:

Bien sé que el laurel de Apolo,
Hoy, más que corona, afrenta.....

(1) Una de las poesías que más hubieron de complacer á la Academia fué el *Romance de enhorabuena á la Condesa de Lemos, por el contrato esponsalicio con el excelentísimo señor don Nicolás de Carvajal y Lencastre, Coronel de Guardias de Su Majestad.* Tiene trozos escritos con soltura y donaire; pero al acabar se desmanda, como suele, haciendo alusiones de atrevido y perverso gusto.





CAPÍTULO IX.

POETAS INDISCIPLINABLES.—VILLARROEL.—NIETO MOLINA.—MARUJÁN.

A pesar del imperio que iban adquiriendo en las letras las prescripciones doctrinales de las *Poéticas*, y á pesar también de la autoridad que había ya cobrado el espíritu *académico*, en el nuevo sentido que empezaba á darse á esta palabra, no faltaban todavía poetas que, sin atreverse á negar la entonces decantada excelencia de las doctrinas clásicas, siguiesen, por hábito y por instinto, la senda que les señalaba su índole poética, indisciplinable y española. Tres de estos poetas, *Villarroel*, de quien acabamos de hablar, *Nieto Molina* y *Marujàn*, merecen, si bien por diferentes títulos, mención especial en la historia de la transformación del gusto literario en el siglo último.

Ingenioso, pero vulgar, sin altas cualidades de poeta, y absolutamente contagiado de la corrupción literaria, fué, sin embargo, *Villarroel* un escritor

muy popular y estimado en el segundo tercio del siglo XVIII. Tuvo el privilegio singular de ser mirado sin saña y hasta con afición y simpatía por los reformadores de su época, *Luzán*, *Nasarre*, *Montiano*, *Velázquez* y otros, que, sin duda, le perdonaban su mal gusto en gracia de su donaire y su alegría (1).

Chancero por inclinación y aficionado á la poesía chabacana, daba á veces en la manía de imitar á Calderón, no imitando en realidad sino aquello que es digno de censura, y levantando el numen con hiperbólicos artificios á costa del buen gusto y de la razón. ¿Qué gesto pondría *Luzán*, tan amigo del estilo llano y natural, al oir á *Villarroel* en la Academia de la *Marquesa de Sarria*, pintar la aparición de *Santiago en Clavijo* con estas fantásticas y exuberantes imágenes?

---

(1) Ya reconocían los individuos de la *Academia del Buen Gusto* la rebeldía poética de *Villarroel*. Así dice *Porcel*, aludiendo al éxito de sus chocarreros donaires, en el seno mismo de la Academia:

«¿Para qué nos están quebrando la cabeza los severos *poesi-peritos* (dice el famoso Molière), embarazando á los ignorantes y vendiéndoles como misterios del *Trípode* las leyes de la poética? La regla de todas las reglas, ¿no es el dar gusto? ¿Qué mayor prueba de cuán vanas son las decantadas reglas del arte, que ver á un poeta, que no quiere usarlas, sin más que llevarse de su genial chiste, ganarse la admiración y la complacencia de los mismos graves legisladores?»

Fiändo á su diestra todo
Su tren potente el Empíreo,
Desde la gola á la greva
Robustamente guarnido;
Topacio el arnés lustroso,
Diamante el yelmo bruñido,
Y diluvios el estoque
Reverberando fulmíneos;
Al céfiro tremolando
Luciente bandera, en que hizo
Enigmático misterio
Rubro esmalte en campo níveo;
En bucéfalo volante,
Que cuajó la esfera á armiños,
Fuego el alma, horror la vista,
Rayo el pie, trueno el relincho;
Estrellas por herraduras,
Rienda el sol, jaez los signos,
Alpe el labio, aliento el Bóreas,
Roca el cuerpo, íris el giro;
Fogoso escaramuzando
En escarceos y brincos,
Por las campañas del aire,
El rutilante hipogrifo..... (1).

De esta entonación desmesurada no ha de inferirse que el instinto poético de *Villarroel* fuese propenso á levantarse hasta las nubes donde Góngora encumbraba, perdía ó embozaba sus pensamientos.

---

(1) El romance á que pertenecen estos versos fué sin duda escrito en la mocedad del autor. Se halla ya en el códice de la colección de manuscritos de Sr. D. Pascual de Gayangos, y contiene las poesías tempranas de Villarroel.

En el ostentoso y elegante estrado de la *Condesa de Sarria*, ante aquellos inflexibles y melindrosos reformadores del gusto, *Villarroel*, á quien todo se consentía en gracia de su donaire y de su despejo, se atrevía á dirigir á la Marquesa de Sarria y á la Duquesa de Arcos, diosas de aquel Parnaso aristocrático, versos tan chabacanos, que nuestra pluma se resiste á transcribirlos (1). Y cuenta que *Villarroel* había ya mejorado algún tanto su gusto literario, como se echa de ver desde luego comparando sus poesías impresas con las que aun se conservan manuscritas, las cuales corresponden sin duda á época anterior (2). Ni la prestigiosa influencia de aquellas encumbradas señoras, ni la autoridad de los primeros críticos de la nación, ni siquiera los miramientos propios del sacerdote, eran parte para inspirar al poeta la conveniente circunspección. Su índole burlesca era incorregible, y á tal punto llegaba á desmandarse, que la censura, por demás negligente y blanda por aquellos días en materia de urbanidad y decencia, al autorizar la impresión de las poesías de *Villarroel* se vió en la necesidad de *reservar algu-*

(1) Véase el romance escrito para la *Academia del Buen Gusto* por encargo de la Duquesa de Arcos y la Marquesa de Sarria.—*Poesías sagradas y profanas de don José Villarroel.* Madrid, por Andrés Ortega, 1761, en 4.°, página 188.

(2) Consérvanse estas poesías en el citado códice perteneciente á la colección del Sr. D. Pascual de Gayangos.

nos pasajes, que probablemente frisaban en la obscenidad. Era audaz hasta en el manejo de la lengua. Sin respetar el uso, árbitro de los idiomas, forma plurales á su antojo, y con cualquier nombre crea un verbo, por más extravagante que resulte (1).

En resolución, su desenfado era su numen, y su musa, indócil á las reglas de origen exótico de los preceptistas de su tiempo, ni se convertía á la nueva ortodoxia poética, ni ésta le quitaba tampoco cierto sabor rancio de la patria, que, en medio de sus extravíos, era acaso la razón principal del contento con

---

(1) Sirvan de comprobación los siguientes ejemplos:

1.°

Así dice de Holofernes, cenando con Judit:

Por la boca y por los ojos
Néctar y veneno bebe,
Y de licor y belleza
Se rinde á dos *embriagueces*.
Bebe, y quiere beber más,
Agitado de dos fiebres,
Que aun no apagaran, helados,
Dos mares á sus dos *sedes*.

2.°

A lo que él hizo nobleza,
¿Quién lo tornó villanía?
Ni ¿qué borrón lobreguece
Plana que Dios *candidiza*?

3.°

Tu lengua tiene una punta
Que pasará por encaje,
Y en el más sabio congreso
Puede *plenipotenciarse*.

(*Poesías de D. José Villarroel.*)

que le escuchaban en aquella atildada asamblea de la *Academia del Buen Gusto*, donde su poesía insolente y chocarrera debía sonar como extraño contraste y hasta como anacronismo. *Porcel*, en el *Juicio lunático*, que leyó en aquella célebre *Academia*, llama á Villarroel *un gracioso Barrios* (1), *un Marcial castellano*, y más adelante, en el juicio que pone en boca de *Jacinto Polo*, de un romance del mismo *Villaroel*, hace notar la incoherente y extraña manera con que procede en sus versos el festivo poeta (2).

Traslúcese en ellos la prisa y espontaneidad con que versificaba, y sin embargo, se mofaba de los repentistas y blasonaba burlescamente de tardo y flemático en la composición de sus poesías.

. . . .
. . . .
Así siempre cantaré:
A subitánea, difusa
Et ab improvisa musa,
Liberanos, Dominé.
No admito velocidad
En quien de Aganipe bebe;

---

(1) Alude al judío Miguel de Barrios, poeta del siglo XVII.

(2) «El autor de este romance (que se llama el *Zángano*) dijo, con razón, que experimentaría la risa y el ceño de los lectores. Es tan cierto, como que no sabré yo decir si he extrañado ó he reido más una retahila de coplas por tan no esperados caminos y de tan raras combinaciones, que ni se han visto ni verán.» (Porcel, *Juicio lunático*.)

Que esto de despachar *breve*
Le toca á Su Santidad.
Rapidez: rapacidad,
No madurez, me señala,
Y á flor efímera iguala
Que de duración se aleja,
Porque muy poca alma deja
Espíritu que se exhala.
Para una cuarteta, iréis
Advirtiendo en mis poesías,
Que he menester cinco días;
Para una quintilla seis;
Para una octava veréis,
Aunque me punce y me pince,
Que nueve; y cuando más lince
Pueda penetrar á un bronce,
Para una décima once,
Y para un soneto quince (1).

Un mérito tenía, y no pequeño: su índole castellana no transigía con el espíritu extranjero, y protestaba, siempre que hallaba ocasión para ello, contra la invasión de ideas francesas, que ya iban cundiendo aceleradamente por todos los ámbitos de España.

Así escribía á un Ministro de Fernando VI (2):

Castellana es esta musa,
Y mucho más le valiera
Que ser musa castellana,
Ser una musa francesa;

(1) Poesías manuscritas de D. José Villarroel; códice del Sr. D. Pascual de Gayangos.

(2) El Marqués de la Ensenada.

Pues dicen que nada es bueno
Como de París no sea,
Y hasta la misma herejía,
Si es de París, será acepta.
¿Cuándo ha de llegar el día,
Incauta España, en que entiendas
Que aun afilan contra ti
Los cuchillos en tus piedras?
¿Cuándo has de desengañarte
De que, astuta, Francia intenta
Introducirte los *usos*
Para ponerte las *ruecas?*

Tan feliz era el éxito de los chistes y agudezas de *Villarroel*, que *Porcel*, no satisfecho con haberlo comparado á *Marcial*, coloca al clérigo chocarrero al lado de *Quevedo*, en la carta festiva que escribió al *Conde de Torrepalma* para distraerle de sus pesares:

Mas ¡ah! que en vano porfío
En adobarte las chanzas,
Tú sin gusto para oirlas,
Yo sin genio para hablarlas.
¡Quién para ahora tuviera
La sal de todas las salsas!
¡Quién se *Quevedoizase!*
¡Quién se *Villarroelara!* (1).

En tiempo de la guerra de Sucesión ya era conocido como poeta, y escribió un romance *Á una dama prisionera de las armas del señor Archiduque.* Puede

(1) Véanse las poesías de Porcel (BIBLIOTECA de Rivadeneyra, *Líricos del siglo* XVIII).

conjeturarse que era hombre de avanzada edad cuando leía sus festivos versos en la *Academia del Buen Gusto*.

Dos colecciones de poesías conocemos de este escritor. Una muy copiosa, que conserva en un antiguo códice el Sr. D. Pascual de Gayangos, y otra impresa en Madrid, por Andrés Ortega, el año de 1761, aquélla, de época anterior, está dedicada al Marqués de Cuéllar; ésta, al Marqués de Estepa. En la colección manuscrita hay un chistoso romance (dedicado á un caballero de Ciudad Rodrigo), en el cual *Villarroel* refiere su vida; pero es tal la exorbitancia de zumba, equívocos y conceptos del romance, que nada puede sacarse en claro. Esta colección no parece destinada á la estampa, sino exclusivamente al recreo y solaz del Marqués de Cuéllar. Así le dice en la dedicatoria:

> Plácido admite el obsequio
> De este libro; musa nueva,
> Que á la luz de lo que alumbras,
> Sale desde sus tinieblas.....

Siguen á la dedicatoria treinta y dos décimas, *Censuras burlescas de los sujetos más famosos del mundo*, á saber: el *Dios Momo;* el *Rey Perico;* el *Rey que rabió; Ticio* y *Sempronio; Merlin;* el *Pasquin de Roma;* el *Archipámpano de Sevilla;* el *Sastre del Campillo; Juan de Espera-en-Dios;* el *Alma de Garibay;* el *Otro;* el *Padre Manero;* el *Padre Gargallo;* el *Maestro de atar escobas;* el *Licenciado Ablanda-Bre-*

bas; el *Estudiante Pio-Pio;* la *Madre Celestina;* la *Dueña Quintañona; Calainos;* el *Bobo de Coria; Agrages;* el *Colegio de los Doctrinos de Salamanca;* los *Sesmeros de su tierra;* la *Casa de locos de Valladolid; Cuantos aran y cavan; Pedro-Grullo; Pedro-Botero; Pedro Urdemalas; Pedro Entre-ellas; Pedro por demás; Perico el de los Palotes; Petrus in cunctis.*

No se agotaba fácilmente la vena chancera de *Villarroel.* El afán de apurar las ideas la hacía degenerar en prolija y cansada.

Como hemos visto, era *Villarroel* en la *Academia del Buen Gusto* sinceramente querido y admirado; pero á veces le hacían blanco, pagándole en la moneda que él usaba, de burlas familiares extremadas. Una de ellas fué el siguiente soneto burlesco, que hallamos entre los papeles de aquella Academia escrito de mano de *Porcel:*

DIÁLOGO ENTRE VILLARROEL Y LA MARQUESA DE SARRIA; HABIENDO ÉSTA REGRESADO DEL CAMPO.

V.—Vuecelencia aquí sea bien venida.
M.—Villarroel, usted sea bien hallado.
V.—¿Cómo en la Moraleja se ha pasado?
M.—Haciendo allí la solitaria vida.
V.—¿Ha estado vuecelencia divertida?
M.—Divertida no he estado, pero he estado.
V.—¿Para darse un buen verde allí hay un prado?
M.—La yerba, de un poeta hallé pacida.
V.—Yo no pude ir á ver á vuecelencia.
M.—Pues ¿tuvo usted algún impedimento?
V.—Un escrúpulo fué de mi conciencia.

M.—¿Escrúpulo? ¡Jesús! mucho lo siento.
V.—Temí no hallar cebada en conveniencia.
M.—Paja bastaba para tal jumento.

Sin elevación en el numen, ignorado de la república literaria, pero lleno de soltura y de meridional gracejo, escribía por entonces versos festivos un ingenio gaditano, *D. Francisco Nieto Molina. Moratín* lo clasifica, sin suficiente razón, entre los que llama *poetas tabernarios;* más no es menos cierto, que por la naturalidad del lenguaje, por el libre espíritu de la inspiración y por algunos destellos verdaderamente poéticos y agudos que de cuando en cuando se descubren en sus obras, hace recordar épocas más afortunadas para las letras castellanas. Nacido en ellas, habría sido acaso poeta de índole más noble y elevada. Había cultivado la poesía de Góngora, de Quevedo y de otros ingenios señalados del siglo XVII, y se había de tal manera identificado con su estilo, á la par llano y conceptuoso, que sus versos parecen del siglo anterior, con sus resabios de gusto pervertido, pero al propio tiempo con su hablar fácil, rico y numeroso. Sólo en las obras de este poeta, en algunos versos de *Torres* y *Gerardo Lobo*, en algunas comedias de *Cañizares*, *Zamora* y *Candamo*, y en ciertas poesías populares, se encuentra todavía, ya entrado el siglo XVIII, aquel sabor de espontáneo y nacional lenguaje, que el siglo XVII, en medio de los extravíos de su decadencia, no había perdido todavía. En *La Perromaquia* y en *El Fabu-*

lero resplandece esta preciosa cualidad; pero, forzoso es confesarlo, en estas obras burlescas, en que todo se sacrifica al afán de ostentar donaire, falta el embeleso de la verdadera poesía. Apenas se advierte en ellas sino el desembarazo del hombre de ingenio y las agudezas del andaluz (1).

Don Juan Maruján fué un activo literato y poeta ínfimo de la era de Fernando VI y de Carlos III, muy dado á controversias literarias. Tomaba parte en ellas en tono agresivo y jactancioso, y no solía el triunfo coronar sus briosos esfuerzos. Para defender su traducción de la *Dido* de Metastasio, atacó sañudamente al *Marqués de Méritos*. Éste empleó alternativamente las armas de la razón y las de la sátira, y puso de su parte á *Campomanes*, á *Montiano*, á *Velázquez* y á otros varones sesudos de la república de las letras.

Pero, entre las gentes que conservaban todavía el gusto, aunque viciado, de la literatura de carácter nacional, *Maruján* pasaba por luchador diestro y vigoroso, especialmente en las recias polémicas que por aquel tiempo se suscitaron acerca del teatro.

---

(1) *Don Fraucisco Nieto Molina* publicó, además de las obras citadas, un escrito festivo, titulado: *Inventiva rara; definición de la poesía, contra los poetas equivoquistas; papel cómico.* Madrid, Pantaleón Aznar, 1767, en 8.º

Véase lo que acerca de este escritor dice acertadamente el Sr. D. Adolfo de Castro, en el tomo XLII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra.

Aunque se apellida á sí propio, alguna vez, *Juan Pedro, el desvergonzado*, teníase *Maruján* por censor justo y comedido, y hasta le ofendía que le tachasen de *satírico*, comparándose, para defenderse, con los grandes controversistas cristianos; más la verdad es que lo era en la forma familiar grotesca que en su tiempo se usaba, y que su estilo mordaz y vanidoso le acarreó sinsabores y, según parece, hasta gravísimas persecuciones, que él atribuyó siempre á la envidia de sus enemigos literarios (1). Cuatro años pasó, desterrado, en África por sentencia de un tribunal. Así lo dice él mismo al Gobernador del Consejo de Cartilla, por cuya mediación alcanzó del rey Fernando VI indulto completo, pero sin expresar la causa de tanto rigor. La franqueza y lisura con que habla del asunto al Prelado-Gobernador dan motivo para conjeturar que *Maruján* no era reo de algún delito vergonzoso, sino víctima de insidias

(1) Mas esto, de ser sátira tan lejos
Está, que lo hemos visto practicado
En Tomases, Escotos, Agustinos,
Crisóstomos, Ambrosios y Epifanios.....
Genios avasallados de mi numen,
É ingenios por el mío degradados,
Y los secuaces suyos son y fueron
Siempre los que á mi ruina conspiraron.
Éstos la vida inquieta me han traído,
Que viva en dulce paz siempre estorbando,
Sin dejarme morar en pueblo alguno,
Y haciéndome vivir prófugo y vago.

(*Carta de Maruján á su protector D. Francisco Díaz Santos Bullón, obispo de Sigüenza, Gobernador del Consejo de Castilla*, MS.)

de enemigos, favorecidas por la imprevisión ó la imprudencia del arriscado trovador.

Cuando escribía á personas cuya posición oficial ó social no le imponía ciertos respetos, se entregaba fácilmente á su genial descaro, y entonces ponía al descubierto á cada paso su índole reñidora y ardiente, que él mismo caracteriza de este modo:

Yo tengo un numen marcial,
Cuya propensión inquieta,
Muy malquista con la paz,
Anda siempre tras la guerra.....

Sirva de prueba el siguiente ejemplo que consta en sus obras manuscritas. Unos oficiales de marina de Cartagena «habían dado á entender que era insufrible la vanidad del numen de *Maruján* hablando de sí mismo» (1). Súpolo *Maruján*, y escribió á los oficiales un romance festivo, en que, al través del chiste, se trasluce el sincero deseo de defenderse de aquella acusación. Pero ¡cómo lo hace! dando rienda, á pesar suyo, tanto como otras veces, á su altivo engreimiento (2). Aludiendo á los ataques que le dirigían, y á los triunfos que, según él, había alcanzado, dice con jovial desenfado:

---

(1) *Obras poéticas de Maruján* (códice núm. 1).

(2) En una defensa de sus traducciones de Metastasio, impresa en Cádiz, el año de 1762, en la imprenta Real de Marina, *Maruján* blasona de haber corregido, al traducirle, al célebre poeta italiano.

No se dió ingenio que piense
Serlo á tuertas ó á derechas,
Dándose tan infinitos
Que, sin serlo, serlo piensan,
Que no haya puesto la mira
En mí, blanco de sus fichas;
Quedando todos heridos,
Sin que ninguno me hiciera;
Y hechos rendidos trofeos
Del furor de mis saetas,
Tantas glorias me regalan
Como lides me presentan.
La vanidad catalana,
La altivez aragonesa,
La murciana terquedad,
La valenciana entereza,
La indomitez andaluza,
La quijotada extremeña,
La blandura castellana
Y la navarra dureza,
De su parte han puesto todos
Cuantos medios poner puedan,
Para someterme á mí,
Y que yo no los someta.....
Ídolos Madrid tenía,
Que lo fueron, y lo fueran,
A no haberse á mis altares
Trasladado sus ofrendas.....

Demencia del orgullo, ó alarde juguetón de un ánimo chancero, era necesariamente este tan singular lenguaje. Pero la persistencia de *Maruján* en hablar siempre de este modo, hasta en obras en las cuales le convenía ostentar modestia, no deja duda de que su infatuación era extremada é irremediable.

Aunque hombre docto y laborioso, *Maruján*, como poeta, sólo merece la indiferencia de la posteridad. Pero la historia literaria debe mencionar su nombre como recuerdo de la resistencia que hasta hombres instruídos opusieron, en la primera mitad del siglo XVIII, á la introducción del gusto francés en las letras españolas.

Fueron principalmente blanco de sus iras *Nasarre* y *Cañizares*. *Nasarre* era uno de los más apasionados y vigorosos sostenedores de la escuela francesa, que empezaba á abrirse camino; y como su sentido crítico era pobre, y las doctrinas de su tiempo estrechas, el docto bibliotecario hablaba en sus obras del teatro antiguo español con aquella intolerancia de que suelen estar poseídos los propagadores de todo nuevo dogma. Cuando en su prólogo, estampado en la edición hecha por él, en 1749, de las comedias de Cervantes, intentó probar, atacando el teatro antiguo, la extravagante é insostenible tesis de que aquel grande hombre las había escrito con el fin de burlarse de las obras dramáticas de Lope de Vega, el buen sentido nacional, sublevado contra tan ridícula paradoja, levantó contra el osado crítico de la flamante escuela una cruzada de impugnadores (1), que, si no juzgaban siempre movi-

(1) Los escritos más conocidos de estos adversarios de *Nasarre* son: *La sinrazón impugnada y beata de Lavapiés; Coloquio crítico, apuntado al disparatado prólogo que sirve*

dos por doctrinas sanas y elevadas, sentían por instinto que aquellos detractores del teatro antiguo herían en lo vivo las más altas glorias de la nación.

Maruján, poco delicado en las formas y nada contenido en los sentimientos, vuelve también por el decoro ajado de la literatura dramática popular, no demostrando al crítico dogmáticamente la sinrazón de sus teorías, sino zahiriendo y denostando al hombre. Un largo romance escribió con motivo del famoso prólogo de *Nasarre*. Muy escaso es su mérito literario, pero muy significativa su tendencia antifrancesa, y, como tal, curioso vestigio de aquella contienda entre el principio literario libre y español, y el impulso nuevo, exótico y encadenado. Encubriendo con el imperfecto anagrama *Arenas* el nombre de Nasarre, se cree *Maruján* dispensado de guardarle miramiento alguno. He aquí algunos pasajes de esta sátira tan resuelta como chabacana:

> El gran licenciado *Arenas*,
> Dios le guarde muchos siglos
> Para pavear á todos
> Sus lejanos y contiguos,

---

de delantal (*según nos dice su autor*) *á las Comedias de Miguel de Cervantes*, compuesto por D. José Carrillo; Madrid, 1750, en 4.°

Discurso crítico sobre el origen, calidad y estado presente de las comedias de España, contra el dictamen que las supone corrompidas, etc., por un ingenio de esta corte (Don Tomás Zabaleta, abogado); Madrid, 1750, en 4.°

Echa á volar por el mundo
Un cartel de desafío
Por lo que monta una paja,
Echando por esos trigos.....
No tomó con tanto encono,
En su ofensa, Colatino,
Dejar vengada á Lucrecia
Con la muerte de Tarquino,
Como sale espada en mano
Arenas, diciendo á gritos:
«Viva Cervantes, y mueran
Cuantos viven y han vivido.
»No hay comedias en el mundo,
Ni las hay ni las ha habido,
Como las que no lo son,
Ni lo serán ni lo han sido..... (1).
»Mirad qué coplas tan bellas,
Mirad qué versos tan lindos,
Que no parecen, por cierto,
De Cervantes, sino míos.....
»No deis por el principado
De Calderón dos cominos,
Ni por la soberanía
De Lope de Vega un pito.
»Principados quito y pongo,
Y á elecciones de mi arbitrio,
Soy el Todopoderoso,
Que coronas pongo y quito.....
»Si el teatro se mudare,
En siguiendo otro partido,
Mañana daré á los güelfos
Lo que hoy á los gibelinos.....
»No hay cosa como la Francia,
Españoles aturdidos;

(1) Alude *Marujá*n á las comedias de Cervantes.

¿Cuándo mereceréis, necios,
Tener tan sabios vecinos?
»Advertid que las comedias
De autores á quien maldigo,
Las tradujeron, humildes,
Sus escritores altivos.
»Advertid en esta parte
Cuánto procedo sencillo,
Pues, sin mirar lo que hablo,
Cuanto digo contradigo.....»
Esto en su prólogo *Arenas*
Dice, no así proferido,
Sino haciendo á lo expresado,
Más rumboso lo expresivo.....
Con todas las circunstancias
Y forzosos requisitos
De á la latina cortado,
Y á punto francés cosido.....
No tiene la culpa él,
Sino quien ha consentido
En maestro á un aprendiz,
Y en doctor á un monaguillo.....
Quién es este caballero
Sepamos, por Jesucristo;
Porque yo no lo conozco,
Ni sé cuál es su apellido.
Lo *Arenas* creo anagrama;
Y pues tiene otros distintos,
Propios de sus propiedades,
Por ellos buscarle elijo.
Arenas, tierra sin fruto,
Que, en clima caliente ó frío,
Infructífero y estéril
Se construye lo arenisco.....
Esto de la poësía
Lo trae al pobre aburrido;
En pensando en el Pegaso

Montar, pierde los estribos.....
  Y en fin, ¿para qué se cansa
Arenas en instruirnos
En un arte de que él puede
Usar allá á su albedrío?
  Si son malas las comedias
Que por buenas aplaudimos,
En viendo una mejor suya,
Quedaremos convencidos.
  Pero esto es tan fácil como
Llevar un peral membrillos,
Correr la posta en cuclillas,
O retroceder un río.....
  De naturaleza y arte
En lides, por hecho fijo,
Siempre á la naturaleza
Se da el arte por vencido.....
  Pretende el señor *Arenas*,
Ú otro de su aliento y brío,
Hacer viaje al Parnaso
Sin pasaporte del Pindo.
  La erudición poësía
Hacer, piensa que es lo mismo
Que hacer natural el númen
Donde hay tan sólo artificio.
  Toma el asunto, ya dado,
No electo por su capricho,
Y empieza á desalojar
De los estantes los libros.....
  Ve lo que hay dicho en el caso,
Y entre remiendo y zurcido,
De muchos cabos atados,
Hace la obra un ovillo.
  Por fin, de entre mil renglones
Salen cuatro rengloncitos,
Escríbense cinco absurdos
Y se borran veinticinco.

Secundum mister Camueso
Y según monsiur Perito,
Como lo dijo Cerezo
Y como lo dice Guindo.
Por allí corre un Plutarco,
Por allá salta un Ovidio,
Por aquí brinca un Homero,
Acá danza un Tito-Livio.
Las sílabas se midieron
Á la ley de lo medido,
Aquí meto y allí saco,
Aquí asierro y allá limo.
Por fin, se logró el aborto
Del concepto concebido,
Forzando á naturaleza
La fuerza del abortivo.
Salió la obra, y salieron
Unos versos tan ariscos
Como gatos de desvanes,
Arañando los oídos.....
Si Dios les negó la gracia,
Dándola á quien darla quiso,
Contra divinos decretos,
En lo humano no hay arbitrios.
El que no nació poeta,
Pensar en serlo es delirio.....

Es tan vivo el enojo que infunde en el ánimo de *Maruján* ver á *Nasarre* atacar las comedias de Lope de Vega y de Calderón, y ensalzar las de Cervantes, que aun admirando el genio de este grande hombre, se hace eco, contra el *Quijote*, de la vulgar opinión que suponía el sentido de esta obra inmortal, mengua del espíritu caballeresco de los españoles. Así dice, hablando del teatro de Cervantes:

Que quiso imitar á Lope
Se ve por muchos indicios;
Hizo todo cuanto pudo,
Mas no pudo lo que quiso.
Lo que le dijo el librero
Fué un evangelio chiquito:
Su prosa de usted es buena,
Mas sus versos son malditos.....
El fuerte fué de Cervantes
Aquel andante designio,
En que dió golpe tan fuerte,
Que á todos nos dejó heridos.
Aplaudió España la obra,
No advirtiendo, inadvertidos,
Que era del honor de España,
Su autor, verdugo y cuchillo;
Constando allí vilipendios
De la nación repetidos,
De ridículo marcando
De España el valor temido.....
El volumen remitiendo
Á los reinos convecinos,
Hicieron de España burla
Sus amigos y enemigos.
Y esta es la causa por qué
Fueron tan bien recibidos
Estos libros en la Europa,
Reimpresos y traducidos,
Y en láminas dibujados
Y en los tapices tejidos,
En estatuas abultados
Y en las piedras esculpidos.
Nos los vuelven á la cara,
Como diciendo: «Bobillos,
Miraos en ese espejo;
Eso sois y eso habéis sido.....»
Y éste es el que sale ahora,

Con sus ocho de *ab initio* (1),
Á vender comedias, muerto,
Que no pudo vender vivo.
. . . .
Si Lope y Calderón fueren
De Francia mal recibidos,
Con paciencia será fuerza
Llevar estos trabajillos.
Tampoco aplauden allá
Los cánones tridentinos,
Y no por esta razón
Son de acá mal admitidos.
Calderón y Lope son
Héroes de la escena invictos,
Luminares de sus cielos,
Atlantes de sus Olimpos.
Son fuertes que, en gloria nuestra,
Dios inexpugnables hizo,
Y á sus alturas no alcanzan
Las balas de ningún tiro.
Sólo de tu atrevimiento
Eximirse no han podido,
Pues todo labio ha besado
Lo que tú sólo has mordido.

Que *Marujàn* era inconsiderado y díscolo, se ve patente en sus propios escritos. Uno de sus enemigos fué, según puede conjeturarse, el insigne *Conde de Torrepalma.* Y ¿qué mucho que lo fuera, si el desenfadado coplero se burla de él en sus versos, y en contra suya, con chismoso espíritu, se hace eco de las murmuraciones de la gente frívola y ocio-

(1) Alude á las ocho comedias de Cervantes.

sa? (1). De notar es que *Torrepalma* era amigo de *Nasarre* y sectario de la nueva escuela doctrinal.

También dió *Maruján* rienda á su saña contra el famoso poeta dramático *Cañizares*, tal vez por sus tentativas de imitación del teatro francés. Y en verdad que, si tal era, como puede creerse, el impulso que movía contra el célebre escritor dramático el ánimo de *Maruján*, no podía ser este impulso más injusto y menos fundado. Si *Cañizares*, siguiendo el ejemplo de *D. Francisco Pizarro, Marqués de San Juan*, prolijo traductor del *Cinna* de Corneille, se inclinó á la escuela dramática francesa é italiana, lo hizo de tal manera, en el *Sacrificio de*

---

(1) Entre los manuscritos de *Maruján* hay un romance con el siguiente epígrafe:

«Habiendo venido á la corte cierto caballero andaluz....., de rara altanería y extravagancia, excediéndose hasta publicar en Andalucía era su viaje á la corte á cubrirse y casar con hija de Grande; por cuyo motivo ha experimentado algunos desaires en la grandeza.»

El romance empieza así:

Gran *Señor de Gor* (cuidado,
Musa, que estamos en tiempo
En que á todo *gran* le miran
Todos los grandes con tedio).....

Maruján, poco aficionado á las formas aristocráticas, así en la sociedad como en las letras, se burla aquí del *Conde de Torrepalma* porque firmaba á veces *Señor de Gor*.

Ifigenia, en el *Temistocles* y en otros ensayos semejantes de imitación extranjera, que no pudo quedar duda de que la índole de aquel ingenio era profundamente popular y española, y que no sabía ni podía imitar sino á los grandes dramáticos españoles, cuyas fábulas explotaba con tan poco escrúpulo como innegable acierto.

Maruján, en pugna literaria con *Cañizares*, contestó á una sátira suya en términos destemplados y personales. Le acusa de estar en inteligencia amorosa con la comedianta Rosa la Gallega, le echa en cara sus plagios, y hasta le zahiere por el desmedido tamaño de sus narices. Tal era el tono rudo y descortés de las polémicas de aquel tiempo.

Esta diatriba, titulada *Ovillo en que se devanan las quebradizas especies*, etc., está contenida en un códice *Obras poéticas de Maruján*. Todo indica que es obra suya, si bien se aparenta que es otro quien defiende y ensalza al mismo *Maruján*. El autor, movido, al parecer, por el ardor de la contienda literaria, por la ira ó por la envidia, desconoce que *Cañizares* es, en la decadencia del teatro, el último representante de aquellos brillantes y nacionales ingenios que él mismo con tanto calor defiende y preconiza; olvida que, al lado de la visible al par que diestra imitación de *Lope de Vega*, *Calderón*, *Montalván*, *Tirso* y otros, resplandecen prendas propias de *Cañizares*, como la animada viveza del diálogo y la agudeza epigramática, en las cuales pocos

le aventajan; y sólo busca medios de zaherirlo y ofenderlo (1).

Es difícil determinar, por los datos vagos y esca-

---

(1) He aquí una muestra de la diatriba, que no tiene más valor que el ser un testimonio curioso de la historia del teatro en aquellos tiempos:

Pues ¿aun hay Cañizares en el mundo?
Dijo Clio afligida.....
¡Cómo! ¡Qué es eso! dije yo, admirado,
¿Que Cañizares vive, es ignorado
En el Parnaso? Vive, y muy vivido,
Cada día su bando más seguido.....
¿Qué numen sacro su furor conmueve?
El numen del demonio que lo lleve.
Polimnia dijo: Pues ¿se juzga acaso
Que él haya visto cosa del Parnaso?
Pues ¿no se ve en su duro y en su tierno,
Que el influjo que tiene es del infierno?
Porque sólo Luzbel y sus secuaces,
De influir en sus obras son capaces,
Siendo incursas, por ley y privilegio,
Todas ellas en hurto y sacrilegio.
Dios les perdone á varios escritores
El no sacar á luz sus borradores;
Que si ellos á la vista parecieran,
Por suyas en Madrid no se vendieran
Tantas obras hurtadas,
De sus originales trasladadas.
Aunque en cuenta su rueca tuerza el huso,
Está patente el huevo y quien lo puso;
Castigo de miseria, las *Espinas*,
Dómine Lucas, *Actas Agustinas*,
Montañés en la corte, y mil trovadas,
De la tela de Lope están cortadas.....
El Niño de la Guardia, y *Carlos Quinto*
Sobre Túnez, el numen más sucinto
Se ve que las cogió, para sus fines,
De don Juan de la Hoz en los jardines.

sos que nos quedan de *Maruján*, cuál era en la sociedad de su tiempo el verdadero concepto moral de

---

El falso Nuncio, que por de él se ha dado,
Es de un excelso ingenio celebrado (*a*).
Eurotas, tan famosa y decantada (*b*),
Fué de otro escaparate arrebatada.
Acis y Galatea tienen amo
En no menos sujeto que en Candamo.
El Príncipe D. Carlos, claro y liso,
Es trasplantado del plantel de Enciso;
Hasta el paso de *El Hacha*, trastejado,
Para el tiempo presente acomodado;
Y en fin, toda su cómica vendimia,
En que alternan el oro y el alquimia,
Zurcida, remendada y contrahecha,
De ajenas heredades es cosecha.....
¡Qué ha dicho Cañizares, que no sea
Concepción, feto y parto de otra idea?
Siendo en su falso teätral enredo
Un ave de rapiña á todo ruedo,

(*a*) Del Almirante. (*Nota del códice.*)

Hay dos comedias del asunto y título de *El Nuncio falso de Portugal:* una *de tres ingenios*, cuyos nombres no constan, incluída en la *Parte treinta y seis. Comedias escritas por los mejores ingenios de España..... (Madrid*, 1671), y otra de impresión suelta y repetidas ediciones (una de ellas, que tengo á la vista, hecha en *Valencia*, 1764, que aparece como producción *de un ingenio*, y ha sido por algunos atribuída á *D. José de Cañizares*).—*Del Almirante de Castilla, D. Juan Gaspar Alonso Enríquez de Cabrera*, que nació en Madrid, año 1625, y murió en 1691, únicamente conocíamos la colección de poesías que tituló *Fragmentos del ocio*, á cuyo final van dos *Representaciones* á Felipe IV y unas *Reglas para torear*, y que se publicó anónima en Nápoles, 1683. (*Nota del Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera.*)

(*b*) Del mismo. (*Nota del códice.*)

Eurotas y Diana es segundo título de una zarzuela en dos jornadas, que lleva el nombre de *Cañizares*, y tiene por primero el de *Amando bien, no se ofenderá un desdén*. (*Nota del Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera.*)

que disfrutaba este controversista estrafalario. Por una parte aparece odiado y hasta judicialmente per-

---

Pues que ninguno ignora
Lo que pasaba en tiempo de Zamora,
Que á toda copla suya, ardiente ó fría,
En público el *concuerda* se ponía;
Mas él vengaba bien tales tragedias,
Pues contra el alto tren de sus comedias,
Con un *Conejo*, un *Mono* y una *Zorra*,
Volvía sus aplausos en camorra.....» (*a*).
Dijo Erato: «Si mal no lo he entendido,
¿No es ese el Cañizares aturdido
De quien se ríen *Diablo*, *Carne* y *Mundo*
Por el atrevimiento sin segundo
De quitar y poner versos y pasos,
Con ilusos frenéticos atrasos,
De Calderón en *autos*, cuyas huellas
Aun miran con respeto las estrellas?» (*b*).
. . . .
Dijo Apolo: «Es así; pero no creo
Lo que se dice en cuanto á hacer empleo
De público comercio, puesto en venta,
Los versos que arrebata ó que fomenta,
Haciéndolos caudal de sus codicias.»
—Ustedes están cortos de noticias,
Dije; ¿ahora salimos ignorando
Lo que públicamente está pasando?
Sólo con coplas su caudal granjea;
Las vende, las ajusta y regatea,
Aunque ya el regateo está cortado,
Pues tiene su arancel puesto y clavado.....; etc. (*c*).

(*a*) Madrid aplaudió más los sainetes *El Conejo*, *El Mono* y *La Zorra*, que dió á luz Cañizares, que las comedias que al propio tiempo se representaban de D. Antonio de Zamora. (*Nota del códice.*)

(*b*) Enmendó Cañizares, y quitó y puso pasos en los autos de Calderón. (*Idem.*)

(*c*) Vendió Cañizares siempre sus obras á precios señalados: la comedia con sainete á treinta y cinco doblones, y las demás obras á prorrata. (*Idem.*)

seguido; por otra se ve atendido y amparado por hombres de cuenta, entre ellos el Gobernador del Consejo de Castilla, los Marqueses de Estepa (1) y los Marqueses de Espinardo, y hasta mirado con benevolencia por Fernando VI. Lo que no deja duda alguna es que sus versos le granjearon fama de poeta en aquella era de copleros familiares, chabacanos y descarados. En Granada, el Presidente de la Real Chancillería, D. Manuel de Carmona, y otras personas de alto respeto, se valieron de él, teniéndolo en mucho como poeta, para que escribiese convocatorias en verso á los ingenios granadinos, con objeto de ensalzar á Fernando VI y á su ministro Carvajal, ora por las mercedes y privilegios otorgados á la Real Compañía de Comercio de Granada, ora por la fundación del hospicio de la misma ciudad. *Maruján* no había nacido para la poesía elevada, y las dos composiciones, en romance heroico, que escribió con tales motivos, no son más que un tejido de falsos conceptos, expresados en estilo hinchado y ampuloso (2).

Hemos presentado, acaso con excesiva abundancia, las citas de *Maruján*, no por lo que ellas en sí valen, sino porque, con su carácter personal, su aver-

---

(1) La Marquesa de Estepa escribió versos en honor de *Maruján*.

(2) Uno de estos romances fué impreso en Granada, por José de la Puerta, en 4.° El otro está en los códices que poseemos de las *Obras poéticas de Maruján*.

sión á la literatura artificial de Francia, y su entusiasmo por el antiguo teatro español, este mal poeta es un ejemplo muy caracterizado de los polemistas copleros de aquella época de transformación. Y ¿cómo sorprenderse de que así piense y escriba un poeta de naturaleza desmandada, cuando un hombre tan docto y mesurado como *Porcel*, tan autorizado entre los adoradores de las *Poéticas* restrictivas de Francia, decía en el seno de la *Academia del Buen Gusto*, creada cabalmente para honrar las *Poéticas*, estas palabras, dignas de los mejores tiempos de la crítica?

(*Habla Garcilaso.*) Confirmo el juicio que entre los mortales hice, que la poética no es más que opinión. La poesía es genial, y á excepción de algunas reglas generales y de la sindéresis universal que tiene todo hombre sensato, el poeta no debe adoptar otra ley que la de su genio. Se ha de precipitar como libre el espíritu de los poetas; por eso nos pintan al Pegaso con alas, y no con freno; y si éste se le pone, como intenta el que modernamente ha erigido el Parnaso francés, es desatino..... En vano se cansan los maestros del arte en señalar estas ni las otras particulares reglas, porque esto no es otra cosa que tiranizar el libre pensar del hombre, que en cada uno se diferencia, según la fuerza de su genio, el valor de su idioma, la doctrina en que desde sus primeros años lo impusieron, las pasiones que lo dominan, y otras muchas cosas.

¿Qué pensarían de la libre y desembarazada doctrina de estas palabras *Luzán*, *Montiano* y *Nasarre*, en cuya presencia las leyó *Porcel*?

Interés, y no escaso, encierran, para la historia de

la crítica, esas protestas del gusto nacional contra la esclavitud del ingenio, esa glorificación de la libertad poética sin freno doctrinal extranjero. Simpatía merece aquel impulso nacional que, sin más dogma ni razón que el instinto y el entusiasmo, pugnaba, así en Inglaterra como en España, por sostener el pedestal de gloria de los Shakspeare y de los Calderones, consolidado para siempre por la crítica firme y filosófica de los tiempos modernos.





CAPÍTULO X.

REINADO DE CARLOS III.—CONTINÚA LA RESISTENCIA INSTINTIVA DEL GUSTO NACIONAL. — EL CAMBIO DOCTRINAL TRIUNFA AL CABO.—POETASTROS CÉLEBRES. — DOS CURAS DE FRUIME.— NIFO.— PRIMEROS FRUTOS SAZONADOS DE LA REFORMA. — MORATÍN (D. NICOLÁS). — CADALSO. — ESCUELA POÉTICA SALMANTINA. — FRAY DIEGO GONZÁLEZ. — HUERTA. — «LA RAQUEL.»—IGLESIAS.

Fuera de aquellos momentos felices en que el estro de la patria arde con fuego propio y se abre paso entre estorbos de origen extranjero, la poesía, como otras fuerzas morales, camina de imitación en imitación. En España, prescindiendo de los romances y del teatro, en los cuales se retrata á sí propio el espíritu nacional con fieles y espléndidos colores, la poesía erudita y académica va casi siempre á la rastra de inspiración exótica. Primero reina en ella el elemento *provenzal*, en seguida el *italiano*, casi al mismo tiempo el *latino*, más adelante el *francés*.—Torrepalma, Porcel y algunos otros, aunque pugnaron

como reformadores, no penetraron bastante en el gusto de la escuela francesa. Por eso fueron tan fugaces en aquella era doctrinal su gloria y su influencia. No eran bastante franceses para una época en que, como dice muy acertadamente Quintana, *comíamos, vestíamos, bailábamos y pensábamos á la francesa* (1). Entrada ya en sazón la doctrina sana, pero estrecha, que nos daba en sensatez y en atildado gusto cuanto nos quitaba en riqueza, en hechizo y en libertad; mal avenida, por otra parte, la imaginación de los españoles con la poesía desmayada y glacial de *Montiano*, de *D. Juan de Iriarte*, de *D. Pedro de Silva*, del *P. Benavente* y del mismo *Luzán*, que, si escribían con bastante corrección, no hacían sentir en sus versos una sola vibración del alma, era forzoso que llegasen á connaturalizarse algún tanto con el espíritu nacional las formas de la nueva civilización literaria, que, llevada, como anteriormente hemos indicado, en alas de la gloria de los escritores inmortales del siglo de Luis XIV, subyugaba con el rigor de la forma, con la majestad del pensamiento, con la limpieza del estilo, las letras de todas las naciones cultas, aun de aquellas donde habían derramado luz tan esplendorosa Shakspeare, Ariosto y Calderón.

En manos de la medianía, la amalgama, producida por la lucha misma, de dos escuelas de tan diversa

(1) *Introducción á la poesía castellana del siglo* XVIII.

esencia y entre sí tan poco conciliables, fué una verdadera calamidad literaria. De los infelices poetas que cultivaron esta híbrida y falsa inspiración, algunos alcanzaron renombre, en verdad poco merecido. Dos de ellos son dignos de honroso recuerdo. Es el uno *D. Diego Antonio Cernadas de Castro*, natural de Santiago de Galicia, famosísimo en su tiempo, como poeta, con el nombre de *el Cura de Fruime.* Y por cierto que es inexplicable su fama extraordinaria. *Cernadas*, párroco admirable por su dulce, paternal y caritativa condición, no escribió libro alguno de los que provocan la admiración y suscitan la gloria. Dotado de modestia evangélica sin igual, pasó la vida entera, por gusto suyo, en la pobre y solitaria aldea de San Martín de Fruime. Y, sin embargo, su nombre resonaba en toda España; y todo por unos insignificantes versos, en que no hay ni hechizo, ni emoción, ni grandeza. Su afición al estudio y su correspondencia con doctos amigos de Madrid no le infundieron el fuego de la inspiración, pero le preservaron hasta cierto punto de la insufrible afectación que afeaba la literatura de su tiempo. Acaso su misma sencillez le hizo simpático. Sus versos eran leídos en todas las clases de la sociedad (1). ¡Caprichos de la suerte! Otro cura de Fruime, *D. Antonio Francisco de Castro,* cabalmente

---

(1) Murió en Fruime, el año de 1777. Pondremos aquí una breve muestra de su estilo. Un poeta castellano hizo

el inmediato sucesor de *Cernadas*, fué también poeta, y mejor poeta que éste, aunque mediano. Pero su nombre quedó ignorado, así como sus obras, que por primera vez han salido á luz ha algunos años (1).

---

esta punzante descripción burlesca del reino de Galicia y de sus gentes:

Reino infeliz, país desventurado,
De España muladar, rincón del mundo,
Entre tinieblas siempre sepultado;
Aspero, rudo clima, temple airado;
Infiel, bárbaro trato, sitio inmundo;
Gente sin sociedad, campo infecundo.
En el nombre de Dios santo y eterno,
Con cuanta fuerza tiene el exorcismo,
Te conjuro y apremio, triste averno,
Para que me declares por ti mismo
Si eres en realidad el propio infierno,
O si eres el retrato del abismo.

Ofendido *Cernadas* al ver tan bárbaramente maltratada á su querida tierra natal, limitó su desagravio á glosar el primer verso en estos términos:

Es hermosa mi huerta y fértil; pero
Viene la oruga, cómela y la afea:
Por bien abastecido que lo vea,
Viene el ratón, y estrágame el granero:
Muy poblada mi viña considero;
Viene el marrano vil, y la estropea:
Gallinas y sustancia hay en mi aldea;
Viene y las rapa el zorro trapacero.
Oruga el asturiano en su codicia,
Ratón el castellano desdichado,
Marrano el andaluz en su inmundicia,
Y zorro el montañés disimulado,
Éstos la comen, y hacen á Galicia
Reino infeliz, país desventurado.

(1) En Orense, 1841.

El otro poeta á que nos hemos referido es *don Francisco Mariano Nifo.*

Semejante á *Mañer* en su afición á propagar en obras periódicas el conocimiento de los adelantamientos europeos (1), traductor infatigable como él, también se le asemeja en su escasa aptitud para la poesía elevada, si bien le sobrepuja en fecundidad y soltura. En 1746 publicó unos endecasílabos á la coronación de Fernando VI. Á la muerte de este soberano publicó otra composición endecasílaba, titulada *Voces llenas de amor,* etc. En ambas poesías resaltan á un tiempo el alambicamiento y el prosaísmo. Celebró en sus versos á la reina madre D.ª Isabel Farnesio y á las célebres comediantas María Bermejo y María Lavenant (2). Esta última había representado el papel principal en el drama heroico de Metastasio, traducido por *Nifo,* titulado *Hypsipile, Princesa de Lemnos.*

---

(1) Publicó, además de otros muchos periódicos, el *Correo general de España*, bajo los auspicios de la Real Junta de Comercio de Madrid. El Consejo de Castilla protegió esta publicación, y expidió una circular para que de todo el reino se remitiesen á *Nifo* las noticias que él mismo pedía en un interrogatorio.

(2) *María Lavenant y Quirante* fué una actriz dotada de extraordinario talento y hechizo. A pesar de haber brillado corto tiempo en la escena, quedó grabado en la memoria del público el embeleso que causaba en varios papeles, ya patéticos, ya festivos. Muchos años después de su muerte se recordaba todavía con deleite el entu-

Andando el tiempo se corrigió algún tanto este escritor, en sus comedias y en sus poesías líricas, del artificioso estilo tan común en la época de su mocedad, mas sin adquirir por eso fuerza ni elevación. Si pudo pasar en tiempo de Fernando VI por un mozo aplicado, que daba esperanzas de adelantar en la poesía, ya entrado el reinado de Carlos III no fué tenido sino en lo que realmente era: un versificador vulgar, sin sentimiento poético, sin gusto y sin vuelo.

Fué muy apreciado por su incansable actividad y por sus prendas morales. Estuvo preso algún tiempo por disensiones graves de familia, y, á pesar de su actividad extraordinaria, no llegó á alcanzar la prosperidad que ambicionaba. Así puede inferirse de lo que él mismo declara en algunas de sus obras, y singularmente en el romance dirigido á su mujer, que empieza:

Amada consorte mía..... (1).

---

siasmo que infundía en sus oyentes cuando cantaba aquella famosa copla:

> Es en glorias pasadas
> El pensamiento,
> Unas veces verdugo,
> Y otras consuelo.....

Preciábase de elegante y esplendorosa en el vestir, y se cuenta que dejó más de noventa vestidos de lujo.

Murió de un modo edificante, el día 1.º de Abril de 1767, á la edad de veinticuatro años.

(1) Algunos años después de la muerte de *Nifo*, un

Don Nicolás Fernández de Moratín se había esforzado por amoldarse á las severas prescripciones de los preceptistas y de los gramáticos; pero era demasiado poeta para rendirse servilmente al yugo de la imitación. Cuando estro sincero encendía su imaginación, brotaban en sus versos aquellos acentos de la patria que le habían arrullado en la cuna, sa-

---

hermano suyo dió á la estampa (1805) sus principales obras líricas y dramáticas. Entre éstas, la comedia titulada *Matilde* y *La Casta Amante de Teruel, D.ª Isabel de Segura*, que *Nifo* llama *escena patética*, y que es en realidad de lo más lánguido y palabrero que se ha escrito en castellano.—En vida de *Nifo* se burlaba de él Moratín (Leandro) en estos versos familiares:

> *Nifo*, ¡oh pestilente *Nifo!*
> Gran predicador de tiendas,
> Que desde el año de seis
> Disparatando voceas:
> Tan sólo el diablo te pudo
> Turbar así la cabeza,
> Y, por divertirse, hacerte
> Escritor de callejuela ....
> Yo, que no soy embrollón,
> Ni pongo mi ingenio en venta,
> Ni predico en el café
> Donde retumbaba *Huerta*;
> Yo, cuando en tal ignominia
> Está de Apolo la ciencia,
> ¿He de escribir mientras *Nifo*
> Escribe que se las pela?

También Forner hace mofa de *Nifo*, designándole con el nombre de *Lupino*, en su sátira contra los malos escritores:

> Ves al triste Lupino, etc.

cudía por instinto, como en la inimitable *Fiesta de toros en Madrid* y en los *romances moriscos*, las cadenas que voluntariamente se imponía, daba libre rienda á su estilo brioso y desembarazado, y al ardiente espíritu nacional que enardecía su alma, y era poeta de castizo y noble linaje. Ticknor dice que *D. Nicolás Moratín* fué «el sucesor, y, hasta cierto punto, el heredero de las opiniones de *Luzán*». Tal vez el mismo *Moratín* lo creería así cuando, en reemplazo de su amigo el poeta trágico Ayala, desempeñaba, hablando con gran respeto de Boileau, la cátedra de poética en el Colegio Imperial, ó cuando en sus composiciones amorosas imitaba al Petrarca. Pero, en verdad, no hallamos título alguno de sucesión entre *Luzán* y *Moratín*, como no sea la casualidad de haber nacido éste el año mismo en que salió á luz la *Poética* de aquél. Pocas veces se encuentran en las letras dos hombres de tan diferente naturaleza. El uno todo cordura, imitación, esmero; el otro todo arranque, imaginación y sentimiento: el uno vive con la reflexión y con los preceptos; el otro vuela con el ímpetu irreflesivo de los poetas, y ahoga sus prendas privilegiadas cuando se juzga obligado á seguir humildemente la senda trazada de antemano por los principios convencionales. *Don Nicolás Moratín* era demasiado español para encadenar sin tregua las alas de su fantasía. Acepta los preceptos de la escuela francesa, pero vive su numen en involuntaria y

constante pugna con ellos. ¿No veis cómo vuela su espíritu á cada momento hácia las tradiciones poéticas de la patria? ¿No os admira el ingenio con que quiere disculpar las corridas de toros? Se atreve á cantar á *Pedro Romero, torero insigne,* y lo hace, no en un romance popular, sino en una oda de grande elevación lírica, como cantaba Píndaro á los atletas de Olimpia y de Nemea. Para él la barbarie de las corridas, que no puede negar, desaparece ante el arrojo y la elegante gallardía de los lidiadores españoles, como se olvida la osada desnudez de las estatuas griegas ante el mágico hechizo del arte. Él, además, con su fogosa imaginación española, no ve en aquellas fiestas sangrientas sino la intrepidez de su raza. Así dice de Pedro Romero:

Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos, su altivez mostrando;
Ni hay corazón que esquivo le resista.
Sereno el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando.
Le va apenas ornando
El bozo el labio superior, y el brío
Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafío,
¡Con cuánto señorío!
¡Qué ademán varonil! ¡qué gentileza!
Tu anciano padre, el gladiador ibero,
Que á Grecia España opone.....
No puede serenarse
Hasta que mira, al golpe poderoso,

El bruto impetüoso
Muerto á tus pies sin movimiento y frío,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que, por nativo brío,
Solamente no es bárbara en España.
. . . .
¿Cómo vencer á indómitos guerrerros
En lances verdaderos,
Si éstos sus juegos son y su alegría?
¡Oh, no conozca España que varones
Tan invencibles cría!.....

Quien así, con el sentimiento nacional, lo realza y ennoblece todo, no era, no podía ser el continuador de helados preceptistas como *Luzán*; ardía en su mente la llama del poeta.

Era además *D. Nicolás Moratín* hombre instruído, puro y fácil hablista, armonioso versificador y, más que todo, promovedor de los adelantamientos literarios. A él se debió la creación de la célebre tertulia de la *Fonda de San Sebastián*, compuesta de hombres insignes, tales como *Ayala,* autor de la tragedia *Numancia destruida; Muñoz*, historiador del Nuevo Mundo; *Cerdá*, bibliógrafo y anticuario; *Pizzi*, orientalista; *Signorelli*, historiador del teatro; *Ortega*, botánico; *Conti, Cadalso, Iriarte* (*D. Tomás*), *Bernascone* y otros hombres de alta ilustración (1). Esta tertulia fué como una reproducción, con más avanzados elementos y en forma más adecuada á las

(1) *Vida de D. Nicolás Fernández de Moratín*, escrita por su hijo D. Leandro al frente de las *Obras póstumas* de aquél. Barcelona, 1821.

nuevas costumbres, de la memorable *Academia del Buen Gusto*. Aunque las damas no tenían cabida en la tertulia literaria de la *Fonda de San Sebastián*, no por eso era su instituto árido y sombrío. Estaba prohibido conversar sobre asuntos políticos, materia entonces para ellos escabrosa y acerba. Habíase formado la tertulia después de la caída del Conde de Aranda, favorecedor incansable de todos los que se señalaban en ciencias y letras, y especialmente de los que componían aquella sociedad; y este recuerdo, que podía explotar la envidia en contra suya, les obligaba á proceder con circunspección y cautela. Sólo se permitía hablar «de teatro, de toros, de amores y de versos» (1). Con este risueño programa, y animados todos de espíritu modesto y fraternal, nada común entre sabios, críticos y poetas, pasaban allí alegres horas, ocupados en sabrosas pláticas y lecturas, con las cuales se depuraba el gusto y se ensanchaban las ideas. La famosa tertulia de la *Fonda de San Sebastián* ejerció indudablemente poderosa influencia en el movimiento literario del reinado de Carlos III, y en dar asiento y madurez á las doctrinas de imitación y compostura de los maestros seudo-clásicos franceses é italianos (2).

---

(1) Don Leandro de Moratín.

(2) No nos detenemos más en el juicio de *D. Nicolás de Moratín* como poeta lírico, porque de este ilustre es-

Don José Cadalso fué el primero que entró de lleno en la nueva senda, y cultivó sin lucha, sin violencia y sin contradicciones de estilo las letras amaneradas de la escuela francesa. Nada tiene de extraño: se había educado en París, y volvió á España á los veinte años, hablando diferentes lenguas, y prendado, como era consiguiente, de Racine y de Voltaire, de Diderot y de Montesquieu. Los primeros deleites que embelesan el entendimiento en edad temprana dejan huellas profundas, que difícilmente se borran. *Cadalso*, por más que imita á Villegas, á Quevedo y á Góngora; por más que acrisola y fortalece el acendrado amor que profesó siempre á su patria, vuelve á cada paso involuntariamente los ojos á aquel cielo intelectual de donde recibió la luz primera de la poesía. Quiere probar sus fuerzas en la tragedia, escogiendo un asunto eminentemente castellano (Sancho García), y no sólo se ata con las trabas de Boileau, sino que se complace en adoptar los versos pareados del teatro francés, sin echar de ver que había de ser intolerable á oídos españoles el monótono martilleo. Quiere pintar uno de los delirios amorosos de su vida, y la fruición amarga que había experimentado haciendo desenterrar clandestinamente, en la iglesia de San Sebastián, el cadáver de la mujer que amaba (*Noches lúgubres*), y

---

critor se ha dado completa idea en el tomo II de la *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra.

Young, poeta de la época de la reina Ana, esto es, poeta inglés á la francesa, es el modelo que le ofrece cuadro adecuado para desplegar enfáticamente el fúnebre dolor que le abruma (1).

De ingenio ameno, simpático y flexible, todos sus versos fueron recibidos con aplauso. Muchos de ellos se leen todavía con gusto, especialmente los cortos y festivos, donde campean soltura, gracia y vena satírica; y no podrán morir en la historia de las letras, porque si no es muy alto su valor absoluto, tienen el incontestable mérito de ser acaso el ejemplo trascendental de donde arranca aquella poesía de los primeros tiempos de Carlos III, no conmovedora ni sublime, pero noble, correcta, que ha bla ya un idioma claro y seguro, y que acaba por producir á Meléndez, á Moratín y á Quintana.

El talento poético de *Cadalso* no carece de facili-

---

(1) Eduardo Young publicó su célebre poema religioso, moral y novelesco, dividido en nueve *Noches*, con este título: *The Complaint: or night-thoughts on life, death und immortalily.*

Todos los contemporáneos de *Cadalso*, Moratín entre ellos, dan testimonio de la pasión que inspiró al tierno poeta María Ignacia Ibáñez, actriz joven, modesta y hermosa. Á la muerte prematura de esta mujer adorada, subió de punto la exaltación de *Cadalso*, hasta parar en la extravagancia de desenterrar el cadáver, con mil riesgos y dificultades. Este es el asunto real de las *Noches lúgubres*. (Véase la curiosa carta, impresa á continuación de la noticia biográfica de *Cadalso*, *Apéndices y Documentos* del tomo II.)

dad y de halago; pero en ningún género es eminente. ¿Cómo comprender, pues, la acción poderosa que ejerció en el desarrollo poético de su tiempo? Tres causas encontramos, sin embargo, para explicar esta influencia eficaz de *Cadalso:* su educación literaria; su época, preparada para recibir favorablemente una literatura superficial y acicalada; y ante todo el atractivo personal del simpático poeta, á quien todos amaban, y cuyo entusiasmo se infundía dulcemente en el ánimo de sus amigos. La erudición de *Cadalso* no era ni muy amplia ni muy profunda, y podría decirse que, sin caer en ello, se satirizó á sí propio en los *Eruditos á la violeta*. Pero esta erudición escasa era de buena ley y grandemente acomodada para ayudar al impulso de filológica reforma que cada día tomaba mayor auge y ensanche. Ya en Madrid, en la tertulia literaria de la Fonda de San Sebastián; ya en el tráfago de la vida militar, cambiando de guarnición á cada momento; ya en Alcalá de Henares donde conoció á *Jovellanos*, colegial entonces de San Ildefonso; ya entre los hombres estudiosos de la Universidad de Salamanca; ya en la celda apacible de *Fr. Diego González*, siempre es *Cadalso* el mismo; siempre impone, sin intentarlo, el dulce ascendiente de su alma, que á nadie ofende y que á todos estimula y alienta. Hombres á él muy superiores rinden á su talento admiración respetuosa: *D. Nicolás de Moratín* y *Fr. Diego* le ensalzan en sus versos; *Meléndez* le

reconoce por director y por modelo; *Jovellanos* dice que le hizo *trepar al Parnaso con el aguijón de su ejemplo*. Hasta *Huerta*, que con su índole áspera y descontentadiza alejaba de sí á todos sus amigos, mantiene con *Cadalso* cordiales y constantes vínculos de respeto y de afecto. ¿Y quién es este Mecenas que así cautiva las voluntades y así fomenta las luces? Un simple capitán, que carece totalmente de riqueza y poder, pero que tiene, en cambio, fe y entusiasmo; y nadie rechaza sus advertencias, porque están dictadas en tiempo de acerbas hostilidades literarias, sin amor propio, sin malevolencia, sin envidia y sin intolerancia.

En la carrera militar halló igual correspondencia de parte de sus compañeros y de sus jefes. El ilustre *Conde de Aranda* se declaró protector suyo, y le dió amparo en momentos de apuro (1). Siendo ya coronel, y considerado como uno de los oficiales más brillantes y entendidos de nuestro ejército, murió prematura y gloriosamente en el sitio de Gibraltar. Su muerte fué universalmente lamentada, y hasta el gobernador de aquella plaza y muchos oficiales ingleses, que le conocían y apreciaban, honraron su memoria dando muestras públicas de duelo por

(1) Para salvarlo de los embarazos judiciales que le acarreó la tentativa de exhumación del cadáver de María Ignacia Ibáñez, el Conde de Aranda desterró á *Cadalso* de la corte.

la muerte de un militar tan valiente y tan instruído (1).

Se ha atribuído algunas veces á *Cadalso* la honra de haber creado en Salamanca aquel movimiento literario, precursor de la nueva era poética del reinado de Carlos III, con impropiedad llamada *renacimiento de las letras españolas*, sin advertir que nada

---

(1) Mandaba una batería avanzada, y en la noche del 27 de Febrero de 1782, un casco de granada le hirió en la sien derecha y le llevó parte de la frente.

«Fué ocasión de su muerte el haber aquel día él entrado de servicio en lugar de un amigo suyo, caraqueño, hermano de la Marquesa de Cuerpo-Santo, el cual, muerto *Cadalso*, por hacerle á él el obsequio de reemplazarle, de pesar luego se entró capuchino en Sevilla, donde le llamaban el padre *Caracas*.» (Apunte autógrafo de D. Bartolomé José Gallardo: al cual añade lo siguiente: «Me han dado esta noticia en Cádiz (1843) los parientes de *Cadalso*.»)

Como no había despertado en nadie los resentimientos de la envidia, su pérdida causó verdadera pesadumbre á todos los poetas. He aquí la interesante y sentida carta que en esta ocasión escribió *Meléndez* á uno de sus amigos:

«Mi querido Mena: ¿Cómo ha recibido Vm. la desgracia del infeliz *Cadalso*? Vm. no le conocía; pero un hombre como él es una pérdida común para todas las almas sensibles. La mía maldice mil veces la guerra, esta guerra que me ha privado de un amigo tan bueno y á quien seré toda mi vida obligado con el reconocimiento más íntimo. Sin él yo no sería hoy nada. Mi gusto, mi afición á los buenos libros, mi talento poético, mi tal cual literatura, todo es suyo. Él me cogió en el segundo año de mis

verdaderamente nacional renacía, y que la civilización de aquel memorable reinado presentaba en todo caracteres nuevos, más europeos que españoles, más artificiales que espontáneos.

Cadalso, que sólo residió en Salamanca por la movilidad continua de la vida marcial, alentó en gran

---

estudios, me abrió los ojos, me enseñó, me inspiró este noble entusiasmo de la amistad y de lo bueno, me formó el juicio; hizo conmigo todos los oficios que un buen padre con su hijo más querido. Yo me proponía, acabado este maldito campo (el cerco de Gibraltar), convidarle á esta ciudad á que viera su obra y la acabara; instarle, importunarle, y tener el gusto de verme otra vez á su lado. ¡Cuántos motivos para llorar su desdichada falta! Tengo empezada una canción fúnebre, que si puede salir según mis ideas, lo será con toda propiedad. Vea Vm. las dos primeras estancias:

»Silencio augusto, bosques pavorosos, etc. (*a*)

. . . .

»Yo quisiera imprimirla después y consagrar á la santa amistad esta memoria. Tengo también algunos versos suyos inéditos, mejores, sin comparación, que los publicados por él, como cosa de setecientos. Quisiera también darlos á luz.» (Carta autógrafa de *D. Juan Meléndez Valdés* á su amigo el *P. Mena*, escrita en Salamanca el 16 de Marzo de 1782.—Colección de manuscritos del señor Marqués de Pidal, D. Pedro José.)

«Con motivo de la muerte de Cadalso, ocurrida al lado del Conde de Noroña, escribió éste una *elegía*, y á más una oda en alabanza del mismo.» (Fuster, t. II, pág. 381.)

(*a*) Véase esta canción en las poesías de *Meléndez*.

manera, como hemos visto, con su entusiasmo y con su ejemplo, el cultivo de la poesía en aquella ciudad esclarecida; pero no fué, ni pudo ser, el iniciador exclusivo de la efervescencia intelectual, tan gloriosa como afortunada, que llegó á decorarse con el nombre un tanto pomposo de *escuela salmantina*, y que, después de un largo período de obscuridad y decadencia, fué tenido sin razón bastante por una verdadera restauración del siglo de oro.

Aquella efervescencia literaria era consecuencia natural de los adelantos que, aunque lentamente, iba haciendo España desde el advenimiento de la casa de Borbón, como también de los elementos activos que el nuevo estado de Europa traía sin tregua á la civilización española. Artes, ciencias, industria, espíritu de investigación y de examen, crítica, institutos literarios, todo iba cobrando vida, y *Cadalso* encontró ya los gérmenes de la nueva cultura poética, así en los claustros como en las escuelas de Salamanca.

Más adelante creció el impulso, y tanto allí como en otras partes llegaron á formarse centros de luz y actividad poética. Pero á Salamanca, recobrándose aceleradamente de su dilatada postración, cupo entonces la gloria de adelantarse á las demás ciudades, y formar en su seno un foco de poesía más puro, más extenso y más trascendental. En cuanto al dictado de *escuela salmantina*, que se aplica al conjunto de poetas que allí dieron lustre á las letras castellanas en la se-

gunda mitad del siglo XVIII (1), no puede considerarse más que como una designación sonora, nacida acaso de engreimiento local; designación que más adelante se propagó á Sevilla, y aun á Granada. Poco importaría en sí mismo el nombre, que la rutina ha consagrado, si no representase una idea errónea, que la crítica moderna reprueba, y que más daña que favorece al renombre de aquellos poetas. La palabra *escuela*, en filosofía, en política y en algunas ciencias, puede tener una significación clara, saludable y concreta; es un centro donde reinan principios fijos, donde se respeta un sistema, donde todo deriva de una disciplina doctrinal previa y rigurosamente establecida. Pero con referencia á la poesía, la palabra *escuela* es aventuradísima, y puede ser hasta un contrasentido, si se tiene en cuenta el campo inmenso y desembarazado que requieren para su libre é ilimitado desarrollo las artes de la imaginación. Ciertas prescripciones convencionales de forma, por grande que se suponga su importancia, no son ni pueden ser la esencia de la creación poética; y *escuela* (esto es, *sistema*) y *poesía*, son dos palabras que traban mal sus significaciones divergentes y repulsivas. Por fortuna de las letras de Salamanca, sobresalieron en aquella era brillante poetas cuya diversa índole aleja la idea de uniformidad y de senda trillada, que despierta la palabra *es-*

(1) Quintana, Ticknor y otros muchos.

cuela. ¿En qué se asemejan el candoroso *Fr. Diego González* y el sarcástico *Forner*, el delicado *Meléndez* y el epigramático *Iglesias?* La idea de *escuela* no nació de los mismos que la componían. Uno de ellos, *Fr. Diego González*, siguiendo el estilo del tiempo, designa propiamente con el nombre de *Parnaso salmantino* aquella reunión de ingenios de Salamanca, que, según él, no pasaban de cinco (1), pero en la cual debe contarse por entonces alguno más, y que más adelante se aumentó con otros escritores de incontestable mérito.

Es *Fr. Diego González* uno de los poetas de que con razón se envanece Salamanca, uno de los caracteres más simpáticos y más puros que han dado lustre al claustro y á las letras. La poesía le era en tal modo connatural, que escribía versos, como otros

---

(1) Así escribía á un amigo suyo de Sevilla (probablemente *Fr. Miguel de Miras*), el 11 de Noviembre de 1775:

«Este *Parnaso salmantino* se compone de cinco poetas que se tratan con familiaridad y mutuamente se estiman. Los tres, *Liseno* (el P. Fernández), *Delio* (el mismo fray Diego González) y *Andronio* (?), son de casa (esto es, religiosos agustinos)..... Los otros dos poetas son jóvenes seglares, profesores de jurisprudencia, en que van haciendo singulares progresos. Uno y otro han compuesto mucho, cada cual por su término.....»

¿Quiénes eran estos dos poetas? Uno de ellos, sin duda, *Meléndez;* el otro, probablemente, *Forner*. (Cartas autógrafas de *Fr. Diego González*.—Colección de manuscritos del Sr. Marqués de Pidal, D. Pedro José.)

buscan juegos é insustanciales pasatiempos, cuando su edad frisaba apenas con la adolescencia. Su numen no era ni enérgico ni levantado. No se prestaba á ambiciosos vuelos. Vivía su espíritu en una esfera mística, tan apacible y tan serena, que no podían entrar en ella estímulos mundanos, y mucho menos aquellos que reciben su fuerza de la vanidad. Ni aun la vanagloria literaria, en su expresión más inocente y más inofensiva, podía caber en un alma enteramente subyugada por la mansedumbre y la modestia. Imitaba á Fr. Luis de León, no sólo por predilección literaria, sino por las afinidades de instinto que los unían. Era una de ellas la afición al campo, grande y sincera en el ánimo de Fr. Diego González. Deleitábale, sobre todo, pasar algunos días en *La Flecha,* pueblo cercano á Salamanca, á orillas del Tormes, porque despertaba en su ánimo el recuerdo venerable y querido de Fr. Luis de León. Así lo expresa en una carta á Fr. Miguel de Miras, del 15 de Abril de 1777.

«Mañana (le dice) salgo á pasar tres ó cuatro días en *mi* Flecha, que está de aquí, río arriba, legua y media. Tenemos allí unas haceñas, un hermoso soto y prado, y lo que es más que todo, aquella huerta que en el principio de su *Diálogo de los Nombres de Cristo* describe con tanta belleza nuestro insigne León, y donde aquel Marcelo enseñó á sus compañeros tan divinas doctrinas. Éste es el huerto que, en la canción de la vida solitaria, llama *plantado por*

su mano del monte en la ladera, y la *fontana pura* que

> Por ver y acrecentar su hermosura,
> Desde la cumbre airosa
> Hasta llegar corriendo se apresura, etc.;

que tú lo sabes todo de memoria y á la letra, como tan aficionado á Fr. Luis.....

Estas memorias me harán dulcísima la estancia» (1).

Su corazón tierno y delicado había nacido únicamente para amar, para amarlo todo. Dios, la mujer, la humanidad, se disputaban su alma. Dios triunfó de todos los impulsos humanos; pero, como éstos eran de tan noble y celestial naturaleza, triunfó, no combatiendo aquellos purísimos sentimientos, sino combinándose con ellos, como emanados de la divina esencia. Amó á las mujeres, y las amó con tan vehemente arrobamiento, que al referir poéticamente su vida á *Jovellanos*, vibraba todavía su alma al recuerdo de la estática ternura de su edad juvenil:

> El ánima, rendida,
> Amaba tiernamente,
> Amaba sin medida;
> Amaba, en fin, de modo,
> Que aun ahora, al recordarlo, tiemblo todo.

---

(1) Cartas autógrafas. (Colección del Sr. Marqués de Pidal.)

Su espíritu estaba tan lleno de Dios, que escogió gozoso la vida del claustro; pero, mozo todavía, no es de admirar que la ilusión del amor le turbase y conmoviese algunas veces con sus fantasmas seductores. Con estas delicadas y fervorosas palabras pinta él mismo aquellas luchas íntimas del corazón:

¡Oh, si no se entibiara
En el pecho mezquino
El alto fuego de que fué inflamado!
Quizá mi voz sonara
En cántico divino
Sobre el Tabor ó el Gólgota sentado.
Pero, aunque á són sagrado
De la cítara mía
Las cuerdas arreglaba,
Amores solamente respondía..... (1).

Melisa y *Mirta* no fueron meras creaciones ideales del poeta. Fueron dos bellísimas doncellas, de rostro y alma angelical, que varios amigos de *fray Diego* conocieron y admiraron en Sevilla y en Cádiz (2). *Melisa* fué su primer amor, y en realidad pudiera afirmarse que fué su único amor verdadero.

---

(1) Historia de *Delio.* Á Jovino. (Poesías de Fr. Diego González.)

(2) Tal vez la residencia de estas señoras influyó en el anhelo que manifestaba *Fr. Diego González* por vivir en aquellas ciudades,

«¿Has vuelto ya de la feria de Mairena?.....

».... Sevilla y Cádiz, Cádiz y Sevilla, serían orbe sufi-

En la linda poesía titulada *Sueños*, confesión de los devaneos juveniles, bien claro dice el mozo enamorado que su dorado ensueño era entonces hacer de *Melisa* la compañera de su vida. Finge que dormido se le aparece la mujer que adora, y le dice estas dulces palabras, que encierran la imagen cabal de la ventura serena que soñaba:

En uno juntaremos los ganados
Que con bienes doblados
Y con paz juntamente,
Pasaremos la vida dulcemente;
Tendremos ya los dos común el techo,
El ajuar, el vivir, la mesa, el lecho.....

Mirta es otra ilusión de su espíritu; pero de tan casta y, por decirlo así, tan etérea naturaleza, que no lastima en lo más mínimo ni su pureza de austero moralista, ni su autoridad de ejemplarísimo sacerdote. Sabe que

No le fué concedido
El amoroso pecho
Para centro de amores terrenales,

y admira á *Mirta* como creación sublime de la mano divina y nada más (1). Por eso, á pesar de su

---

ciente para mi felicidad. Paciencia, pues el cielo dispone lo contrario.» (Carta autógrafa de *fray Diego González* á *Fr. Miguel de Miras*, escrita en Salamanca el 7 de Mayo de 1776.—Colección del Sr. Marqués de Pidal.)

(1) La belleza exterior de *Mirta*, aunque notable, al decir de los que la conocieron en Cádiz, distaba todavía de la perfección estatuaria. Así lo reconoce el mismo *fray*

genio tímido y de su escrupulosa conciencia (1), no temió interpretaciones aventuradas dando á *Mirta*, en la célebre invectiva del *Murciélago alevoso*, un risueño testimonio de la galantería mística y delicada que no había de empañar su carácter sagrado. Los años no entibiaron en el alma del *maestro González* la admiración y el respetuoso cariño que le había inspirado constantemente aquella *Mirta bella*, señora de muy notables prendas, que vivía en Cádiz algo olvidada del *pastor Delio*. Las cartas de *Mirta* eran solaz dulcísimo para el poeta, que vivía cumpliendo afanoso las arduas obligaciones de su alto ministerio; pero *Mirta*, entretenida con los deberes de la familia ó con los alegres recreos de Cá-

---

Diego, quien anteponía siempre las prendas del alma á las perfecciones corporales.

«Siento (escribe á *Jovellanos* en 1778) que Vm. no viese en Cádiz á la fiel *Mirta*. Ciertamente no hubiera vuestra merced visto una *Venus*, sin embargo de que nada tiene de despreciable su figura; pero al menos hallaría un alma digna de ser amada, encerrada en un cuerpo lleno de modestia y compostura; prendas que le granjearon todo el amor de *Delio*, quien aborrece toda mujer que no se recomienda á sus ojos por medio de tales prendas.»

(1) Al morir, quiso quemar sus versos, sin embargo de la inocencia que respira en ellos. Los salvó del fuego y del olvido su excelente amigo *el P. Fernández*, en cuyos brazos expiró *Fr. Diego*. Véase la interesante noticia biográfica de nuestro poeta, escrita por el mismo *padre Fernández*.

diz, dejó de escribirle, y el *maestro González* sintió por ello profunda pena, con ciertos asomos de despecho (1).

Dos causas fueron rémora probablemente al cabal desarrollo del talento poético de *Fr. Diego González*. La una, su estado religioso, que, con su conciencia imperiosa y timorata, lo sujetaba y comprimía; la otra, la preponderancia literaria que ejerció *Jovellanos* en su ánimo modesto y apocado.

No le faltaban ciertamente vocación ni fortaleza para llevar la carga de sus grandes obligaciones religiosas, y fué sin tregua un modelo de sacerdotes. Pero el rigor de la vida monástica hubo de hacérsele duro en algunos momentos, en que se espaciaba su fantasía por más risueños campos. *¡Qué vida tan deliciosa habíamos de pasar viviendo juntos y*

---

(1) Así puede inferirse de lo que el mismo *Fr. Diego* escribía á *Jovellanos*.

«¿Creerá Vm. que aquella *Mirta* que *Delio* apellidaba *fidelísima* ha abandonado mi correspondencia y olvidado mi cariño? Pues así me lo aseguran, y así lo muestra su extraño silencio. Vale Dios que, como el amor que *Delio* la tenía nada tenía de interesal ni desordenado, no ha causado en su pecho aquellos grandes sentimientos que fueran regulares en otra providencia (situación). *Delio* la amará sin tratarla, del mismo modo y en el mismo grado que cuando la trataba, porque no cabe en él otra cosa; es natural á él no dejar de amar lo que una vez amó.» (Carta autógrafa de *Fr. Diego González* á *Jovellanos*, escrita en Salamanca el 8 de Agosto de 1778.—Colección del señor Marqués de Pidal.)

libres! escribe un día á *Fr. Miguel de Miras* (1). Bien cierto es que estos movimientos de su alma poética no llegaban nunca á quebrantar su resignación, ni á alterar su dulzura evangélica. Sólo se atrevía á confiarlos á algún amigo íntimo que le conocía á fondo y no había de juzgarle con torcido criterio. Por otra parte, aunque el estilo llano y candoroso de *Fr. Luis de León* se inoculó, por decirlo así, en el suyo, y la traducción que hizo de algunos capítulos de *Job*, para completar la de aquél, no desdice de la primera; y aunque no han faltado críticos, por demás benévolos, que han subido á *fray Diego González* á un nivel cercano al de aquel eminente poeta (2), es lo cierto que *Fr. Diego*, en sus versos originales, no manifiesta nunca el estro intenso y arrebatado con que *Fr. Luis de León* exhala los sentimientos de la filosofía cristiana, ni aquella fuerza de contemplación extática con que

---

(1) Carta autógrafa de *Fr. Diego González* al *padre Fr. Miguel de Miras*, que á la sazón vivía en Sevilla en la intimidad de *Jovellanos* (Mayo de 1776).

(2) *Quintana* entre ellos. Estas son sus palabras: «Fué apasionado del estilo de *Fr. Luis de León*, y le imitó tan hábilmente, que sus versos se confunden á veces con los de aquel gran poeta.»

Ticknor juzga con igual indulgencia:

«El *maestro González* (dice) imitó á *Fr. Luis de León* con tan feliz éxito, que al leer sus odas y algunas de sus versiones de los salmos, nos parece oir aún la solemne entonación de su gran maestro.»

éste se remonta á la idealidad religiosa y se desprende de los vínculos de la tierra. La fantasía de *Fr. Diego González* era viva y amena, pero no trascendental ni vigorosa.

Por esta razón puede conjeturarse, sin viso alguno de paradoja, que los consejos de *Jovellanos* contribuyeron á poner embarazos, antes que á abrir campo, al vuelo de su numen. *Jovellanos*, movido por su espíritu austero y grave, dió en no juzgar dignos de la poesía sino aquellos asuntos que se prestasen al ensalzamiento de las glorias históricas y á la defensa y explanación de altas verdades filosóficas ó morales. La singular epístola de *Jovino á sus amigos de Salamanca* (*Meléndez, Fr. Diego González, el P. Fernández*) (1), lección que degenera en apóstrofe, y que está escrita con pomposo magisterio, causó honda impresión en el ánimo humilde del *maestro González*. *Jovellanos* pinta la poesía amorosa como indigna de eterna fama, y aconseja á *Fr. Diego* que dedique sus cantos á *la filosofía moral* (2), y á *Meléndez* que abandone la inspiración

(1) Obras de *Jovellanos*, tomo XLVI de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, pág. 37.

(2) ¡Ay *Batilo!* ¡ay *Liseno!* ¡ay caro *Delio!*
¡Ay! ¡ay, que os han las magas salmantinas
Con sus gorginerías (hechicerías) adormido!
. . . . siempre
Dará el amor materia á nuestros cantos?.....
No, amigos, no; guiados por la suerte
A más nobles objetos, recorramos

campestre, y consagre su musa á los triunfos de la guerra y al *sangriento furor de Marte*, cantando á Aníbal, á Pelayo, á Guzmán el Bueno y á Hernán Cortés (1). De índole esforzada y generosa era sin duda el consejo de *Jovellanos;* pero demuestra bien á las claras cuánto desconocía este varón insigne las condiciones esenciales de la inspiración verdadera. Á cada hombre traza un camino intelectual su peculiar naturaleza, y no hay yerro más grave que imponerle por motivos artificiales un rumbo inadecuado. Ni el numen suave y ligero de *Fr. Diego González* podía correr libre y ardiente en las asperezas del dogmatismo severo que le prescribía *Jove-*

En el afán poético materias
Dignas de una memoria perdurable.....
Dejadme al menos, en tan noble intento,
La gloria de guiar por la ardua senda
Que va á la eterna fama, vuestros pasos.
Ea, facundo *Delio*, tú, á quien siempre
Minerva asiste al lado, ¡sús! asocia
Tu musa á la moral filosofía.....
(*Jovino* á sus amigos de Salamanca.)

(1) Y tú, ardiente *Batilo*, del meonio
Cantor émulo insigne, arroja á un lado
El caramillo pastoril, y aplica
A tus dorados labios la sonante
Trompa para entonar ilustres hechos.
Sean tu objeto los héroes españoles,
Las guerras, las victorias y el sangriento
Furor de Marte. . . . .
. . . . subar
Por tu verso á la esfera cristalina
Los triunfos de Pelayo.....; etc.
(*Jovino* á sus amigos de Salamanca.)

llanos, ni al blando temple de *Meléndez* cuadraban las broncas imágenes que andan unidas al *sangriento furor de Marte*. *Jovellanos*, en cartas familiares esforzaba la imperiosa doctrina, y los dos poetas, que le consideraban como á un oráculo, cedieron sin titubear al ascendiente poderoso de aquel hombre, que por su instrucción, su entendimiento y su carácter se había granjeado tan alto concepto. Ambos se desviaron de la senda de su vocación verdadera: *Meléndez*, que tan en su esfera se encontraba pintando amorosos juegos y cuadros de la naturaleza, se da á consideraciones metafísicas, donde sólo raya á mediana altura; *Fr. Diego* no se contenta con variar de estilo: le asalta como un remordimiento el recuerdo de sus versos pasados, y con infantil docilidad promete no cantar en adelante sino materias graves (1). *Jovellanos*, con laudable intención, quiere ayudarle en sus propósitos, y no sólo le encarece la excelencia de un asunto de moral filosófica, fundado en el estudio del hombre, sino que forma por sí

(1) «La epístola didáctica de V. S. ha causado en *Batilo* y *Delio* aquel efecto que tuvo por motivo su autor para tomarse la fatiga de escribirla. *Delio*, al menos, da una firme palabra de, ó no cantar jamás, ó emplear su canto en alguna de las graves materias que V. S. se sirve poner á su cuidado, haciéndole el honor de creerle capaz del desempeño. El coturno es mucha altura para una cabeza tan débil como la de *Delio*.» (Carta de *Fr. Diego González* á *Jovellanos*, escrita en Salamanca el 28 de Septiembre de 1776.)

mismo el plan del poema didáctico *Las Edades*, cuya primera parte, *La Niñez*, llegó á escribir el candoroso agustino (1). La musa de *Fr. Diego*, llevada como con andadores por *Jovellanos*, en vez de caminar más firme y más segura, vacila y decae. El instinto popular repara y corrige el error cometido

---

(1) «Recibo la de V. S. con el *Pope*, que leeré tantas veces cuantas basten para tomarlo de memoria, meditar mucho sus bellezas, seguirle el genio y revestirme de su espíritu. El correo pasado recibí de mano de *Batilo* el plan del poema de *Las Edades*..... No sólo me gusta y enamora, como todo cuanto sale de la pluma de V. S., sino que también me incita poderosamente á poner desde luego en ejecución el designio..... Aunque presumo que V. S. será de parecer de que el verso que se haya de usar en el poema debe ser libre y exento de toda rima, espero su expreso parecer en el asunto.» (Carta de *fray Diego González* á *Jovellanos*.—Salamanca, 3 de Noviembre de 1776.)

También *Meléndez* se rindió á la tutela literaria que ejercía *Jovellanos* con los poetas de Salamanca. De *Jovellanos* es el plan de *Las Bodas de Camacho*, de cuyo éxito debió de quedar *Meléndez* poco satisfecho. Como se ve en la siguiente carta, ayudó á *Fr. Diego* en la preparación literaria que requería el poema *Las Edades:*

«Nuestro *Delio* leyó con gusto el plan de la *primera edad;* y aunque al principio se me resistió alguna cosa, cuasi acabé de persuadirle á que emprendiese esta obra, digna, por cierto, de su estado, su profesión, sus años, su literatura y delicadísimo gusto.

»Tratamos después de los libros que pueden conducir al plan de V. S., y, en la poca noticia que tengo de estas cosas, le apunté de los míos:

»*Los Caracteres*, de Theofrasto.

por el espíritu doctrinal, exagerado y apremiante, y mientras poquísimos leen las elevadas meditaciones del *maestro González* sobre la primera edad del hombre, se hacen innumerables ediciones de *El Murciélago alevoso*, que *Quintana* excluye del *Tesoro del Parnaso español*, y el público aprende de memoria la donosa invectiva.

»*Los Caracteres de nuestro siglo*, de Labruyère.

»*Los Pensamientos*, de Pascal. Esta obra me parece un tejido bellísimo de pensamientos, que describen maravillosamente al hombre. Tienen grandeza, y semejanza con las

»*Noches*, de Young. Sus máximas son dignas de que tengan lugar en el poema de *Las Edades*.

»*Malebranche* y *Locke* me parecen bastantes para indagar las causas de los errores.

»*Séneca*. No debe dejarse de la mano. Con todos éstos, y con la asidua meditación del hombre mismo, de sus vicios, de sus virtudes y sus inclinaciones, se puede recoger un caudal suficiente de máximas que, vestidas y ataviadas por la musa de *Delio*, merezcan la aprobación y el aplauso de los entendidos. Las verdades morales á mí me parece que se estudian mejor por la meditación del hombre y la frecuente observación de todos los estados, que por los libros. Nuestro *Delio* es del mismo sentir, y creo que, si lo toma con el empeño que la obra merece, haga alguna cosa de provecho.» (Carta autógrafa de *Meléndez Valdés* á *Jovellanos*, escrita en Noviembre de 1766.)

Hasta al *P. Fernández* dirigía y ayudaba *Jovellanos* en sus tareas literarias. Se infiere claramente del siguiente párrafo de una carta dirigida por *Fr. Diego* á *Jovellanos*, en 8 de Febrero de 1777:

«Acuérdome que V. S. me ha dicho que tenía formado

El ánimo rígido y levantado de *Jovellanos* se complacía de tal manera en las cosas de elevado carácter, que desatendía importantes condiciones estéticas, en las cuales estriba la espontaneidad literaria. Sin facultades internas especiales nadie alcanza á la poesía sublime. El jesuita *Montengón*, sin más fuerzas poéticas que su intención honrosa, quiere cantar los hechos y los nombres más esclarecidos de la patria: Pelayo, el Cid, San Fernando, Gonzalo de Córdova, el cardenal Jiménez, Diego García de Paredes, Carlos V, Colón, D. Juan de Austria; y la trompa heroica no produce en sus labios sino acentos discordantes ó lánguidos (1). *Quintana* fué, más adelante, el poeta pindárico que *Jovellanos* soñó en *Meléndez*, sin comprender que los cantos enérgicos de Simónides y de Tirteo no podían brotar

---

el plan de una comedia, con el fin de que la escribiese *Liseno*. Éste, noticioso de ello, me importuna y clama en sus cartas por él. Estimaré que, si en ello no tiene inconveniente, me lo envíe para satisfacer los deseos de aquel joven, de cuyo talento se puede esperar que la formalice á satisfacción.» (Colección de cartas autógrafas perteneciente al Sr. Marqués de Pidal.)

Jovellanos envió el plan de la comedia en Abril del año siguiente. *Fray Diego* da á entender en sus cartas que era el plan de carácter festivo y pastoril.

(1) Tan lejos estaba Montengón de la alta inspiración lírica, que sólo es tolerable cuando, en vez de cantar á los héroes, canta á los pastores en *El Mirtilo*.

de la lira tierna y un tanto epicúrea del poeta extremeño, á quien se atreve á llamar:

Émulo insigne del cantor meonio (1).

Fuera de esto, no hay afecto humano cuya expresión limpia y encendida no pueda llegar á la sublimidad del arte. *Jovellanos*, que juzga las poesías amorosas *indignas de una memoria perdurable*, olvida que *Petrarca* vive con gloria inmortal en el mundo de las letras por su misticismo amoroso, y *Anacreonte* por algo menos que la expresión del amor verdadero.

Otro de los escritores más famosos que pertenecen al grupo salmantino, es *D. Vicente García de la Huerta* (2). Promovedor activo de las letras, y autor trágico con mucha razón celebrado, no merece aquí, sin embargo, sino un lugar harto secundario. Es poeta lírico de mediano alcance, y sólo en un aspecto relativo merece en esta parte la admiración de la posteridad (3). Conocidas son sus contiendas

(1) Homero. *Meonia* era, en la antigüedad, el nombre poético de la Lidia, donde se creía que había nacido el gran poeta.

(2) Tanto *Huerta* como *Forner* y *Meléndez*, aunque los tres extremeños, pertenecen literariamente á Salamanca. Allí recibieron su educación intelectual y el estímulo que despertó su numen poetico.

(3) Atinado nos parece el juicio de Ticknor acerca de las poesías de *Huerta*.

«Ardiente, dice, aunque desigual adversario de las in-

literarias y su intolerancia, así como su desmedido orgullo. Á pesar de su clarísimo entendimiento y de sus no escasas prendas poéticas, no llegó á alcanzar la autoridad literaria, por la cual tan vigorosamente pugnaba (1). Su verdadero, casi su único título de gloria, es *La Raquel*, tragedia que junta á un magnífico asunto, inspirado por *La Judía de Toledo*, de Diamante, nobles pensamientos, versos casi siempre sonoros, y cierto sabor de heroísmo y de antigua lealtad castellana, que seduce y hechiza. ¡Cosa singular! Huerta, que suele ser versificador rotundo y numeroso en sus obras dramáticas, raras veces acierta en las líricas con la entonación elevada y con la armonía verdadera. Él, que no transige con

---

novaciones francesas, imprimió en 1778 un tomo de poesías, escritas casi enteramente en el gusto antiguo; pero su obra estaba demasiado impregnada del mal gusto dominante en el siglo anterior, para poder, á pesar del aplauso pasajero que mereció su autor, arrastrar secuaces de alguna nota en una senda que ya se iba abandonando casi del todo.»

(1) «Burlábanse de él, dice *Quintana*, como de un ignorante ó de un loco.» Son testimonio de ello, entre otros muchos, la sátira de *Jovellanos* titulada *Relación del caballero Antioro de Arcadia*, las *Reflexiones de Tomé Cecial* (Forner), la *Huerteida*, poema satírico de *Moratín*, y el siguiente epitafio epigramático compuesto por *Iriarte:*

De juicio, sí, mas no de ingenio escaso,
Aquí Huerta el audaz descanso goza:
Deja un puesto vacante en el Parnaso,
Y una jaula vacía en Zaragoza.

el *prosaísmo* de Iriarte, escribe muchos versos en que llega á su colmo el rastrero carácter de la mayor parte de la poesía lírica de aquel tiempo (1); él, que, por haber oído un verso poco eufónico, arrolla con áspera impaciencia los miramientos debidos á la amistad y al talento (2), no echa de ver que en las obras de Iriarte no hay acaso versos tan insonoros como en las suyas propias (3).

---

(1) Ejemplos:

Forma el ataque: distribuye, regla
Con oportunidad la más exacta,
Sin sujeción á inciertas teorías,
Movimientos, lugares y distancias.
. . . .
(*Al bombardeo de Argel*, por D. Antonio Barceló.)

La vez primera
Será que hayáis honrado aquesta orilla,
Defiriendo á mis justas peticiones.
(*Canción á las bodas del Príncipe de Asturias.*)

Que cuantos veo, cuantos hablo y trato,
Me gradúan de necio y de insensato.
(*Quejas de un ausente.*)

En cuanto á prosaísmo, no hay más allá; y *Huerta* no tenía, en verdad, derecho para tachar de *prosaicos* á los demás.

(2) Recuérdese la anécdota, referida por *Quintana*, del rompimiento de *Huerta* con *Iriarte* por haberse negado aquél á escuchar el poema de *La Música*, á causa del malhadado verso con que empieza:

Las maravillas de aquel arte canto.

(3) Sirvan de muestra los siguientes:

Tuve, señor, en las aclamaciones.....
Reduzco á muchos, que de la fatiga.....
Más agradable le es, cuanto es más ardua.....

Á pesar de su desigualdad y de su tibieza en la mayor parte de sus versos líricos; á pesar de su espíritu perturbador y de sus estériles contiendas, el nombre de *Huerta* vivirá, y vivirá con gloria, porque va unido á *La Raquel*. ¿Qué son, para su fama, sus fogosas y algún tanto desatentadas defensas del espíritu antiguo, que sólo á medias comprendía é imitaba? ¿Qué sus enredados cantos líricos, sin inspiración y sin tersura? Pasó el prestigio fugaz de sus poesías; se extinguió el eco de sus polémicas, á veces temerarias; las célebres diatribas de sus impugnadores perdieron su veneno. Todo esto es de naturaleza efímera, y se desliza entre las palmas de la gloria. Pero *La Raquel* es de aquellas obras que sobreviven así á la censura de una crítica estrecha como á los dicterios del encono. En esa tragedia, cuyas imperfecciones se han complacido tantos en descubrir y en ponderar, se encierra copioso caudal de la índole tradicional del pueblo castellano, y éste es un tesoro de alta valía, que no encontró en igual grado ninguno de los insignes adversarios del controversista tenaz y agresivo. En *La Raquel* está el verdadero lirismo de *Huerta*, unido á la parte de grandeza histórica que aun podía caber en la sociedad española, tan hondamente transformada. El pueblo español se entusiasmaba con *La Raquel*. Aun

---

Para que así al agricultor causase.....
Llenad el orbe de las alabanzas.....
Gustosa mira desde su carroza.....

sentía la noble emoción de la grandeza histórica. En el ánimo de los literatos las prevenciones de rivalidad y de escuela ahogaban aquel sentimiento (1).

La verdadera entonación poética de *Huerta* no se encuentra sino en sus obras dramáticas. Allí tiene vigor y vuelo y armonía. *Quintana* recordaba con gusto el magnífico efecto que en los labios de Máiquez producía aquel bello final del acto tercero de la *Jaira* (traducción de la *Zaïre* de Voltaire):

El sexo que amenaza
Con su blandura avasallar el mundo,
Mande en Europa y obedezca en Asia.

Nosotros recordamos también, como embeleso de la niñez, cuán rotundas resonaban en nuestros oídos y vibraban en nuestra alma algunas cláusulas de *La Raquel*, por su enérgica armonía, por su noble sentido. Estas cláusulas tienen un encanto que no muere con los vaivenes de los tiempos, porque sale del corazón del poeta. ¿Cómo no admirar, por ejemplo, la austera lealtad de Hernán García, cuando, respetuoso, pero inexorable, recuerda á Alfonso VIII el abismo á que le arrastra el olvido de sus deberes?

Pero ¿cómo han de estar, sino marchitos,
Campos á quienes niega el sol sus rayos,
Jardines que descuida el jardinero,

(1) Véase en la carta 7.ª de *Meléndez* con cuán apocada crítica juzga este poeta la popular tragedia. (*Apéndices y documentos*, en el tomo II.)

Flor que no riega diligente mano?.....
Raquel..... Permite, Alfonso, que la nombre;
Y si te pareciere desacato
Que quejas de Raquel se te repitan,
Pague mi cuello culpas de mi labio.
. . . .
Ya no conquista Alfonso, ya no vence;
Ya no es Alfonso rey; aprisionado
Le tiene entre sus brazos una hebrea;
Pues ¿cómo ha de ser rey el que es esclavo?

¡Qué mezcla simpática de gala, de pena y de entereza! Aquí es *Huerta* verdadero poeta; y cuenta que de rasgos semejantes está sembrada la tragedia entera (1).

Otro poeta salmantino digno de alto aprecio, aunque juzgado á veces con sobrada injusticia, es *D. José Iglesias de la Casa.* Algunos escritores de Sevilla, ofuscados acaso por rivalidad de escuela ó de espíritu provincial, le tuvieron por poeta de muy secundario valer. Mármol, tan inferior á él, y tan escaso de sentimiento poético, dice con tono desdeñoso: «*Iglesias* pertenece á los poetas de inferior clase» (2). Lista, en su poema *El Imperio de la estupidez*, después de ridiculizar la poesía de *Iglesias*, habla así, irónicamente, en una nota: «Es admirable

(1) Don José March y Borrás, autor del poema jocoso *La Rani-Ratiguerra*, y contemporáneo de Huerta, escribió también una tragedia titulada *Raquel.* (Véase Fuster, *Biblioteca valenciana*, t. II, pág. 171.)

(2) Prólogo del *Romancero del Dr. D. Manuel María del Mármol;* Sevilla, 1834.

la habilidad con que *Iglesias* ha sabido convertir tres octavas de *Balbuena* en estancias para dos odas.» Algo más había que decir de aquel simpático é ingenioso poeta. Verdad es que, al parecer, alguna vez explotaba *Iglesias* sin pudor los versos ajenos; pero cuando su musa se encuentra en su esfera propia, que es la de la gracia y la ironía, no es plagiario ni imitador siquiera; y, aunque por otros caminos, y tal vez con mayor intención y malicia, sabe llegar al nivel adonde llegaron Baltasar de Alcázar y Polo de Medina. En los versos cortos epigramáticos, el tono, la expresión, el sabor castellano, la admirable concisión descriptiva, todo le ayuda para dar agrado y chiste á sus letrillas y á sus epigramas, muchos de los cuales viven y vivirán en la memoria de las gentes, porque tienen el carácter sencillo y penetrante de los proverbios populares. *Forner*, gran juez, por cierto, en materia de literatura incisiva, da á entender en estas palabras, al través de su tono chancero, cuán persuadido está de la fuerza satírica de los versos de *Iglesias:*

Muy satisfecho (dice) estaba yo con mi epigrama, y muy satisfecho de que me había vengado con él á todo mi sabor, cuando hete aquí á mi amigo *Arcadio* (*Iglesias*), antiguo conmilitón mío en la universidad, socarrón de primer orden, y hombre que diría una pulla en verso al mismo Apolo en sus doradísimas barbas (1).

(1) Don Juan Pablo Forner, *Exequias de la lengua castellana*, publicadas por primera vez por el autor de esta Historia. (*Apéndices y documentos*, en el tomo II.)

Algunas poesías villanescas de carácter á la vez candoroso y agudo, como *La Esposa aldeana;* otras tiernas y lozanas, como la *Rosa de Abril,* la *salida de Amarilis al Zurguen,* la *zagala que vuelve del campo*; ú otras de carácter irónico, como *La Lira de Medellín,* se leen con gusto todavía, porque están escritas todas con tersura y viveza, y algunas con sensibilidad, no ardiente é impetuosa, porque esto no cuadraba á la condición del poeta, sino graciosa y delicada.

Acontecía á *Iglesias* lo que á *Molière* y á muchos otros ingenios festivos. Hacen reir á los demás mientras su corazón está devorando lágrimas de amargura. Parece en sus versos epigramáticos el apóstol de la alegría, y pasa su breve y malograda vida casi siempre enfermo, pobre, obscuro y olvidado en miserables aldeas del obispado de Salamanca, y lo que es más, acosado en sus últimos años por los escrupulosos remordimientos y las dudas sutiles de un alma buena, pero débil y lacerada. En las cartas que antes de recibir la orden sacerdotal escribió á *Forner*, su antiguo condiscípulo, cuyo firme carácter respetaba, se advierten ya claras señales de una conciencia inquieta y atormentada por imaginarios recelos (1). En una de ellas le pre-

(1) Se ordenó de presbítero (en Madrid) el año de 1783, esto es, unos ocho años antes de su fallecimiento. Véase la excelente biografía de *Iglesias* por el escritor salman-

gunta cómo pueden conciliarse las satisfacciones de amor, la codicia de gloria literaria y el interés mundano con el «deseo de lograr su último fin»; en otras se trasluce que la dolencia crónica que le llevó al sepulcro en 1791, á los cuarenta y dos años, era parte muy activa en sus cavilaciones infantiles y en el tedio que por momentos le devoraba. Así le dice en una de ellas:

Amado mío *Aminta* (Forner): Guerra es la vida del hombre sobre la faz de la tierra, dice Job; y así, por más que cualquiera se halle favorecido de la fortuna, de la salud y de la filosofía, con todo no le faltan pasiones con que pelear, como son el amor, la ambición, la envidia, etc. Yo, empero, de los bienes dichos sólo puedo decir que me da cuidado el de la salud, y si bien esta falta anda mucho para mitigar aquellas pasiones altaneras, con todo, la enfermedad me llena de tristeza, me desanima y me hace despreciar los negocios temporales, magüer que honoríficos sean.....

El empleo que han conferido á nuestro *Dalmiro* (Cadalso) es el de sargento mayor de su regimiento. Se me queja de que no le escribo..... Quiero noticiarte qué obras poéticas traigo entre manos. La principal, ó la más dilatada, es una *Filosofía moral*, la que no concluiré en mucho tiempo. Allende de esto, he compuesto varias églogas, epigramas, letrillas, anacreónticas, etc., de las que creo te haya remitido algunas el señor Caseda..... Para otro correo te enviaré el principio de la *Filosofía moral*..... Ha muchos días que miro con desidia la poesía, y en el pre-

---

tino D. Manuel Villar y Macías. Es superior, por la novedad y exactitud de las noticias, á cuantas de aquel poeta se han publicado anteriormente. (*Apéndices y documentos.*)

sente año no he leído ni he compuesto un solo verso..... Te ama de todo corazón tu amigo, *Arcadio*.—Salamanca, Abril de 1776 (1).

La inquietud de ánimo en que en los tiempos de su mocedad vivía *Iglesias*, acaso la desigualdad de humor que suele nacer en las naturalezas enfermizas, no hacía siempre su trato tan dulce y afectuoso como pudiera imaginarse. En las muchas cartas que se conservan de los poetas salmantinos á *Forner*, se encuentran abundantes indicios de que el cielo poético de aquel *Parnaso* nada tenía á veces de apacible y sereno. Un poeta harto escaso de inspiración, *D. Ramon Caseda*, grande amigo y respetuoso admirador de *Forner*, á quien contaba sus cuitas y refería en sus cartas la chismografía literaria de Salamanca, víctima acaso de la vena sarcástica de *Iglesias*, se queja de él amargamente, y le atribuye avieso carácter, y aun prendas morales muy vituperables. Esta chismografía íntima de los literatos del siglo XVIII tiene hoy día interés histórico, porque nada explica tanto el espíritu de los escritores, como el conocimiento de su carácter. Prescindiendo de las

(1) Tenemos á la vista esta y otras cartas autógrafas de *Iglesias*. Están contenidas en un volumen de *Cartas de varios literatos á Forner*, que con bondad suma nos franqueó nuestro ilustrado amigo el Sr. D. Luis Villanueva. Hay en este volumen interesantes cartas, todas autógrafas, de *Estala*, *Florián*, *Trigueros*, *Quintana*, *Arjona*, *Arroyal*, *Navarrete*, *Campomanes*, *Llaguno*, *Moratín* (Leandro), *Marchena* y otros.

prevenciones personales del severo *Caseda*, á quien acaso su inferioridad literaria ó su cavilosa imaginación hacían receloso y descontentadizo, lo que dice en varias cartas, no desmentido por *Forner*, indica, no que *Iglesias* fuese *pérfido* y *falso*, como con exageración evidente dice *Caseda*, sino que con juvenil irreflexión, y acaso por hacer gala de agudeza, zahería y mortificaba á sus amigos (1). Por lo demás, *Caseda* era de aquellos ánimos impresionables

---

(1) En una carta escrita en Salamanca el 1.º de Agosto de 1775, dice *Caseda* á *Forner*, que á la sazón se hallaba, según parece, en Toledo:

«Cada día voy sintiendo más haber conocido á *Iglesias*, pues por éste sin duda he perdido mucho en el concepto de *Cadalso*, á quien amo tiernísimamente. Vea Vmd. esas dulcísimas composiciones escritas de su puño; y con todo se las quiere apostar *Iglesias*. ¡Qué malo es éste y qué afortunado! ¡Y qué bueno es *Cadalso!*»

En otra carta (Enero 10 de 1775) le dice:

«*Arroyal*, *Carbonell*, y..... iba á decir *Cadalso*, viven dominados de la perfidia y charlatanería del hijo de la castañera (no quiero decir que sean pérfidos, sino que *Iglesias* los tiene engañados con su perfidia), el cual, no favoreciendo nada con su mordaz y necia crítica á mi mayor amigo (*Forner*), determiné yo, para su mayor castigo, dorar cuanto pude la enemistad de Vmd. con su persona, diciéndole que Vmd. sólo deseaba su correspondencia; y así, que le escribiese á Vmd. dándole satisfacción de su proceder y crítica.....»

En otra:

«Había hecho ánimo de no devolver á *Iglesias* la carta de Vmd., ya por el desprecio que había hecho de ella hablando con Meléndez, como por todas sus calidades, que

y apasionados que nada perdonan y todo lo abultan. También censura á *Meléndez* y á otros (1). Sólo tiene admiración, respeto y cariño para la austeridad de *Forner* y para la bondad incomparable de

---

vuestra merced bien conoce; y todo esto no obstante, se la devolví, no por temor de su mala lengua, sino porque nadie piense que soy envidioso. He sabido que ha escrito á Vmd. una epístola muy amorosa y muy moral, y yo me he alegrado, porque al fin se distraerá Vmd., pues él, aunque falso, es divertido.»

Forner hubo de reprenderle su excesiva severidad para con Iglesias, y *Caseda* le contesta, arrepentido:

«Salamanca, Mayo, no sé á cuántos de 1776.

»*Aminta* mío: He llorado de gozo habiendo leído la de vuestra merced, y no obstante la turbación que ha ocasionado á mi alegría, digo que no solamente quiero que vuestra merced se comunique con *Arcadio*, sino que también deseo de todo mi corazón que le haga muchos favores de mi parte; porque, aunque él es un *malpolítico* (descortés), yo soy un *mal cristiano;* y de esta manera él aprenderá á ser hombre de bien, y yo á vencerme á mí mismo.»

(1) Esto dice contra *Meléndez:*

«*Batilo* prosigue viento en popa; amigo sólo de su interés, esclavo de su ambición, é idólatra de sus propias prendas.»

Iglesias, en una de sus cartas á *Forner*, da idea del violento y rígido carácter de *Caseda* en estos términos:

«Ayer tarde fuí de paseo con *Caseda*, hablando de la mística, que he elegido por consuelo en mis pesares, para lo que yo decía que me era obstáculo la mucha afabilidad con que trato á muchos, y tratándolos, se destruye toda la recolección (*recogimiento y concentración del alma en las cosas divinas*) que dicha mística pide. Á lo que *Caseda* replicaba que me armase de una sequedad, altivez ó fana-

Cadalso. Sea como quiera, lo que de *Iglesias* dicen *Caseda* y algunos otros de sus contemporáneos, y lo que él mismo explica de sus aficiones y de su carácter, da á conocer muy á las claras que una naturaleza como la suya, sensitiva y burlona, no podía hallar su centro sino en el tumulto mundano. ¿Cómo no había de afligirse y ahogarse aquel espíritu activo y observador, encerrado durante algunos años en los pobres curatos de las aldeas y pueblecillos de Guijuelo, Larodrigo, Carabias, Santa Marta y Carbajosa de la Sagrada?

Y, sin embargo, ya sacerdote y párroco, se convirtió en hombre ejemplar y timorato el estudiante travieso y un tanto mordaz. Le asaltaron escrúpulos de conciencia por haber dado tan fácil rienda á su

---

tismo con que despreciar á los sujetos que no juzgase de carácter, y que con esto lograría que no estorbasen los vulgares mi carrera.

»Mas á esto digo que no puedo avenir por mi genio humilde y blando, y que *Caseda* lo dicta según el suyo, altivo é inflexible.

»Esto, como he dicho, fué esta tarde el asunto de nuestra conversación, y viniendo yo á casa, y leyendo la tuya, me eché á reir viendo lo que D. Ramón (*Caseda*) se queja tan indirectamente por tu pluma. Á la verdad, el caso que dice es éste: Prestó un tal Villafañe un libro á *Caseda*, éste á *Meléndez*, y *Meléndez* hízose prenda de él, porque *Caseda* le destruyó una *Celestina*, que tampoco era de *Meléndez*, sino del *maestro Alba*. *Caseda* desafió á *Meléndez* porque no le daba el libro, y *Meléndez* por fin se lo dió á *Caseda*», etc.

desenfado satírico; y, como para acallar aquel remordimiento, abandonó la poesía epigramática, y escribió poemas sin vida, que la posteridad no lee (1). Dios le habrá tenido sin duda en cuenta

---

(1) *La Niñez laureada*, en loor de D. Juan Picornell, de edad de tres años, seis meses y veinticuatro días, examinado en la Universidad de Salamanca, el 3 de Abril de 1795.—Este poema, harto prosaico y palabrero, y á veces versificado con notable descuido, se imprimió en Salamanca (1785), pero no fué incluído en edición alguna del célebre poeta.

La Teología; Salamanca, 1791.—Este poema, en nueve *discursos*, en el cual el autor emplea más bien los raciocinios de un disertador dogmático que los arranques de un poeta, adolece de la frialdad común á las obras didácticas; pero está escrito con fervor cristiano, y este mismo fervor inspira á *Iglesias* versos en que sobresale el sentimiento poético. He aquí, como muestra de su estilo, un trozo notable, que no ha podido escribirse sin entusiasmo religioso. Está tomado del *Discurso I*, que trata *de la existencia de Dios:*

De lo que fué en los siglos eternales,
¿Quién, sino Dios, lo vió? ¿Quién lo ha sabido?
¿Quién las cimbras trazó? ¿Quién dió el modelo
Al enarcar las bóvedas del cielo?
¿De qué veta salió la pedrería
De astros celestes? ¿Quién su luz dorada
Vistió al sol? ¿De qué concha nació el día?
¿De qué pasta de nácar fué amasada
La fresca aurora? ¿Qué sutil aliento
De sí produjo al saludable viento?
¿De qué limpio cristal el agua pura
Su licor destiló fresco y suave?
De esta inmortal lazada la hermosura
Quién la dió, diga el ímpio, si lo sabe,
Diga qué duración al tiempo queda,

aquel santo y cristiano propósito. Pero la verdad es, que sin su vena satírica, tan natural, tan llana, y al propio tiempo tan chistosa y tan incisiva, *Iglesias*, con sus églogas, con sus odas y con sus poemas, habría sido en su época menos famoso, y estaría hoy día enteramente olvidado. En los versos largos, la mayor parte de la poesía de *Iglesias* ha envejecido y parece hoy insulsa y desmayada. Sus epigramas y letrillas satíricas serán siempre *jóvenes*. Deben sin duda este gran privilegio al hechizo particular de aquella sencillez maliciosa, en que *Iglesias* es inimitable.

Ó cuántas vueltas faltan á su rueda.....
Pregunte, si le place, al vapor leve,
Al frío hielo, al áspero granizo,
Al fuego asolador y mansa nieve,
Si le osarán negar á quien los hizo.
Pues cuando allá en el cielo airado mueve
Su carro Dios, y el rayo fulminante
Al incrédulo coge de sorpresa,
Preguntadle, si á Dios aun no confiesa,
¿Por qué tiembla con pálido semblante?
. . . .
¿Quién á las grullas dice y las cornejas
De los tiempos las súbitas mudanzas?
Y al valle que florece más temprano,
¿Quién le avisa que viene ya el verano?
No otro, no, que el recíproco lenguaje
Con que el mundo se trata y comunica,
Y á su Autor, en señal de vasallaje,
Con inmortales cánticos predica.....
La copia, en fin, le enseñará sin duda
De varias formas y de especies tantas;
Pues, para hablar de Dios, la tierra muda
Lenguas hará las hojas de sus plantas.

En las cartas autógrafas del *P. Estala* á *Forner* hallamos el más cabal y autorizado elogio que se ha hecho de las nobles prendas de *Iglesias*.

D. Pedro Estala, escolapio secularizado, uno de los más insignes literatos del último tercio del siglo XVIII, se juzgaba muy desventurado. En las cartas autógrafas que de él se conservan están vivamente descritos sus padecimientos morales en el estado religioso, cuyos deberes cumplía fielmente, pero que había abrazado sin vocación verdadera (1).

Aprendió Estala el idioma griego en la Universidad de Salamanca, con el Maestro Zamora, profundo helenista, autor de una Gramática. Fué Catedrático de Retórica en el Seminario Conciliar de San Carlos de aquella ciudad, y maestro de Sánchez Barbero y de otros aventajados escritores.

En Madrid desempeñó una cátedra de Historia literaria en los Reales Estudios de San Isidro. Más adelante, llegó á ser canónigo de Toledo.

Sabido es que en la celda del *P. Estala* se reunían todos los días, al anochecer, *D. Leandro Moratin*, el abate *Melon*, *Forner* (mientras vivió en Madrid), el *P. Navarrete*, *Arroyal* y algún otro. Allí leía *Estala* algunos libros ó rapsodias de la traducción de Homero, que había emprendido entonces.

Trabó amistad con los hombres de más nota que

---

(1) Papeles de Forner. (Colección del Sr. D. Luis Villanueva.)

había en Madrid, especialmente con el célebre Conde de Aranda. Á la caída del Príncipe de la Paz, fué encarcelado y perseguido como parcial y favorito suyo (1).

Perteneció al bando de los afrancesados, y siguió al ejército francés á Valencia. Allí redactó con Moratín un diario político y literario.

No nos es dable extendernos ahora en noticias biográficas de *Estala* (2). Pero el interés que inspira, por su alta capacidad y por la influencia que ejerció en el desarrollo de la literatura elevada de nuestro país, nos mueve á lamentar lo infortunado que fué este hombre ilustre. Lo devoraba el desaliento, y hé aquí con cuán elocuente amargura pintaba (en una de sus cartas familiares á *Forner*) el triste estado de su alma:

Si tú estás fastidiado de tu empleo, yo lo estoy de la vida. Estoy sano, gordo, nada me falta para una decente subsistencia; pero ¿de qué sirve esto, si falta el placer, que hace apetecible la vida? Voy arrastrando una fastidiosa existencia, en que no hallo más que una monotonía maquinal de operaciones periódicas. Si me pongo á pensar, el pensamiento es mi verdugo. Me representa el estado miserable en que me hallo, solo, aislado, sin un amigo; y esto me basta para ser infeliz. Cuando quiero

---

(1) Toreno, *Historia*, etc.

(2) Algunas, y entre ellas curiosas anécdotas, pueden encontrarse en las Cartas de Moratín y Apuntaciones del abate Melon, en la Biografía de Moratín por Silvela, en el *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, por Hermosilla, etc.

huir de estas dolorosas consideraciones con la disipación, en medio de las diversiones me asalta la maldita reflexión y me hace amargos los mayores placeres. Ni áun tengo gusto para leer.....

En los últimos años de su vida tornóse su carácter intolerante y tétrico. De ello da *Moratín* alguna idea en una carta que escribió desde Barcelona al abate *D. Juan Antonio Melon*, el 30 de Julio de 1814. Dice así:

«Damon (*Estala*) se fué por mar á Francia: viejo, hidrópico, con una úlcera en una pierna; con un humor, con un genio insufrible; con una cólera, exaltada sin duda por los muchos trabajos que ha padecido, que te aseguro se necesitan todas las consideraciones de la amistad para sufrirle. No es ya aquel que conocimos, en la calle de Fuencarral, en nuestros áureos días.»

La presente generación apenas conoce á *Estala*, y casi olvidado está su nombre; sin duda porque nunca se han publicado en colección sus escritos varios de los cuales quedaron inéditos, y entre ellos sus versiones de Homero y de otros poetas griegos, las cuales se han perdido (1).

(1) En 1793 dió á luz la traducción de *Edipo Tirano*, de Sófocles, y en 1794 la del *Pluto*, de Aristófanes; ambas con luminosas ilustraciones críticas.

Formó la célebre colección de poesías castellanas impresa en Madrid á fines del último siglo, á la cual, en vez del suyo propio, puso el nombre de *D. Ramón Fernández*, que era el de su barbero. En esta colección, al frente del tomo XVI, publicó *Quintana*, sin su nombre, su discurso

El melancólico *Estala* fué á ver á *Iglesias* á la residencia campestre de su curato: lo encontró engolfado en la vida pura, sencilla y útil de sus santos

---

sobre los *Romances antiguos castellanos;* obra llena de aciertos y de errores, muy notable para el estado de la crítica en aquel tiempo, y que demuestra los grandes y felices instintos literarios de Quintana, que se sobrepone sin saberlo á muchas de las preocupaciones de la escuela seudo-clásica. (No fué incluído este discurso en las *Obras completas de Quintana*, tomo XIX de la *Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra.*)

En dicha Colección, que comenzó en 1786, pertenecen á Estala los prólogos á las obras de Herrera, Jáuregui y los hermanos Argensolas. En diferentes periódicos de aquella época se encuentran artículos suyos. En el *Correo de los Ciegos* publicó uno con el pseudónimo de *El Escolapio de Lavapiés*, en el cual pretende arrebatar á Cervantes la gloria de ser autor de la novela *El Curioso impertinente*, por hallarse comprendido el pensamiento fundamental en la *Silva* del diplomático y literato francés César Oudin, traductor del *Quijote* y de otras varias obras castellanas. Á los argumentos de *Estala* contestó, con agudeza y erudición, el Bibliotecario D. Tomás Antonio Sánchez en una *Carta al Correo de los Ciegos.*

Además de estas obras, merecen citarse: un folleto titulado *Bello gusto satírico crítico de inscripciones lapidares*, por D. Claudio Bachiller y Rosillo (pseudónimo); y las *Cuatro cartas de un Español á un Anglomano*, impresas por primera vez en Londres el año de 1804. El Doctor Puigblanch, censor inexorable, con razón las considera como una publicación de entidad. Están escritas con limpio lenguaje y vigoroso estilo. Son obra (dice Puigblanch) de «un escritor de los principales españoles afrancesados, cual fué el clérigo *D. Pedro Estala.*» (*Opúsculos gramático-satíricos.*)

deberes, y quedó cautivado ante aquel envidiable cuadro. La inquietud del antiguo estudiante y la resignación del novel sacerdote se habían convertido en evangélico sosiego y en serena armonía. Así escribía *Estala*, desde Salamanca, en 12 de Agosto de 1790:

«¡Dichoso *Arcadio!* Él goza de una renta más que suficiente; filosofa y poetiza á su sabor, sin zozobra ni cuidado; goza del incomparable placer de hacer bien á los que lo merecen, que son los pueblos infelices que están á su cuidado. Su casa es el refugio de todos los pobres. Con ellos reparte su renta, les da consejos y documentos admirables para disminuir sus trabajos y miserias. Compone todos los pleitos, ó, cuando es indispensable, toma á su cargo la defensa de la inocencia y de la justicia oprimida. Disipa los errores y preocupaciones perjudiciales, para que su sencilla credulidad no sea tributaria de la hipocresía y de la superstición. He aquí verdadera filosofía. Él no dogmatiza, ni sentencia como nosotros, *varones doctísimos;* pero sabe gozar de la vida y estar contento con su suerte. Te aseguro que, á pesar de la corrupción de mi ánimo, efecto del trato cortesano y de la lectura, envidio su suerte.

Batilo está disponiendo su marcha. Quiere que hagamos primero un viaje á las Batuecas, do diz que tiene hecha una singular promesa. Iremos, porque creo ha de ser la romería un poco poética. Está recogiendo sus escritos para dejarlos en poder de *Jovino* para la impresión.....»

Un título especial tiene *Iglesias* á la consideración de la posteridad, y singularmente á la de nuestro tiempo, en que la lengua castellana anda tan malparada. Es el último de los poetas españoles que habla, sin hacer alto en ello, la lengua pura

y genuina del pueblo de Castilla. Dicción, lenguaje, modismos, sabor peculiar, forma del pensamiento, todo es exclusivamente castellano.

Tiene seguridad completa en el manejo del idioma, y no la estudiada del filólogo, sino la espontánea de quien no ha alterado el lenguaje que oyó desde la cuna, con el cultivo continuo de lenguas extranjeras. Sólo con *Fr. Diego González* puede compartir *Iglesias* la gloria de haber sido, en la era de Carlos III, verdadero representante de la tradición fiel del habla castellana. En la mocedad de *Iglesias* no abundaban, por cierto, en Salamanca los libros franceses, y este poeta nada aprendió en ellos (1). *Meléndez*, *Forner*, *Cienfuegos*, y los demás que se educaron leyendo obras francesas, no sólo del siglo de Luis XIV, sino también de la época *enciclopedista*, son escritores castellanos, pero más ó menos afrancesados.

Balbuena, Quevedo y otros escritores antiguos inspiraban á *Iglesias*. ¿Quién ha de leer la cantilena x, que empieza:

Un colorín hermoso,

sin traer á la memoria la cantilena de Villegas, *Á un pajarillo?*

Otras veces no imita, sino roba. En el idilio *Al desfallecimiento*, por ejemplo, hay seguidos siete

(1) Por los años en que falleció *Iglesias* abrió en Salamanca Alegría y Clemente su librería de libros exclusivamente franceses.

versos conocidísimos de Balbuena. En las odas *Al día* y *Á la noche* hay también versos tomados de *El Bernardo*. Pero tal descaro en quien abriga fuerza propia para componer bellos versos, indica sobradamente que esto no era sino un estudio, como han imaginado algunos, ó antes bien, como nosotros sospechamos, un caprichoso alarde de la musa juguetona de *Iglesias*. Á pesar de estas imitaciones y de estos hurtos poéticos, nadie puede negarle que tiene originalidad completa, hasta el punto de estampar un sello peculiar en sus obras, siempre que da rienda á la travesura juvenil de su vena. ¿Quién ha de leer sin risa sus trovas ó parodias picarescas de algunas poesías delicadas de la edad de oro de las letras castellanas? ¿Quién no esparce el ánimo al ver al mancebo zumbón complacerse en despojar de su idealidad al lindísimo madrigal de *Luis Martín*, convirtiendo en una *redonda chinche*, *gruesa y lisa*, la *abeja escondida en una rosa*, que pica la *flor de los labios* de la ninfa del antiguo poeta?

Iglesias quiso probar sus fuerzas, siendo muy joven todavía, en la poesía heroica académica, malamente llamada entonces *épica*, y escribió un canto en octavas para tomar parte en el certamen de *Las naves de Cortés*, abierto en 1778 por la Academia Española. No teníamos noticia alguna de este poema, nunca impreso, hasta que leímos el siguiente párrafo de una carta escrita por *Fr. Diego González* á *Jovellanos*, el 10 de Febrero de 1778:

«En confianza me ha mostrado *Arcadio* (Iglesias), el autor de aquellas letrillas, un canto que ha compuesto al asunto propuesto por la Academia Española. En medio de varios defectos que le he notado y advertido, no deja de tener muy buenas cosas; y si tiene la fortuna de que no escriban los *Batilos* (Meléndez), *Dalmiros* (Cadalso), *Amintas* (Forner) y otros que le exceden en talento, tal vez llevará el premio. Me asegura este mozo (*Iglesias* tenía á la sazón veinticuatro años) que *Batilo* ha desistido de este empeño, y que de Salamanca no irá más poema que el suyo» (1).

Fácilmente dimos con el poema, examinando los papeles de la Academia. Entre los catorce poemas que este ilustre cuerpo señaló como únicos dignos de examen detenido, hay uno que, así por su peculiar estilo, como por sus alusiones á las musas de Salamanca, da fundado motivo para presumir que es fruto de la pluma del festivo poeta. Bastaría la siguiente octava, que es la duodécima del poema, para adivinar al autor. Recuerda en ella á los poetas salmantinos más notables de su tiempo, con la única excepción del mismo *Iglesias*, á quien por modestia no era dable preconizar su propio nombre:

¿Tú, por dicha, á *Dalmiro* (2) no escuchaste
En dulce lira el lamentar sonoro?
¿Al trágico *Flumisbo* (3) no admiraste
Alzar el canto en el coturno de oro?

---

(1) Colección de autógrafos perteneciente al Sr. Marqués de Pidal (D. Pedro José).

(2) Cadalso.

(3) Don Nicolás Fernández de Moratín.

¿Tú con el nuevo *Laso* (1) no cantaste,
Con *Delio* (2), *Aminta* (3) y con *Liseno* (4) á un coro?
Pues estos cisnes que á cantar se mueven,
Serán los que el dorado siglo innueven.

Fray Diego González, que, como se ha visto, no quedó muy cautivado con la lectura de esta obra, se manifiesta todavía demasiado indulgente. *Iglesias* no había nacido para la poesía heroica (5).

---

(1) Meléndez.
(2) Fray Diego González.
(3) Forner.
(4) El P. Fernández.
(5) Puso por divisa al poema estos cuatro versos de la octava 37 de *La Casa de la Memoria*, de Vicente Espinel:

Hernán Cortés del encubierto mundo
Descubre el paso y las riberas halla:
Los bajeles barrena y da al profundo,
En su ardid confiando, esfuerzo y malla.

Por ser de *Iglesias*, publicamos aquí, como muestra, estas cuatro infelices octavas, que son acaso las menos imperfectas de todo el poema:

OCTAVA 1.ª

Si á mi voz sacro numen concediera
Del cerco de luceros la armonía,
Con tanta novedad que envidia diera
Al soberano Apolo, rey del día;
Magüer que altos asuntos me ofreciera
Del vasto mundo la ancha monarquía,
Sólo cantara bélicas hazañas
De los héroes sin par de las Españas.

El *amor de la patria* aparece al poeta en forma de visión sobrenatural, y así le habla:

Su poema es inferior, no sólo á los justamente celebrados de *Vaca de Guzmán* y de *D. Nicolás de Moratin*, sino á la *Pironea de Cortés*, del *P. Báguena*, y á algunos otros poemas harto medianos de los cincuenta y tres presentados al concurso. La inexperiencia del poeta novel se trasluce en todo el canto de *Iglesias*, y sólo en algunas octavas asoma el calor de la frase ó el vuelo poético de la idea.

OCTAVA 8.ª

Yo soy (me dijo el Dios), doncel amado,
Aquel que en una paz, una fe, un celo,
Una amistad y un vínculo he ayuntado
Cuantos pueblos sostiene el ancho suelo.
Sólo en el hondo abismo no he morado;
Tengo lugar en el empíreo cielo;
No hay virtud ni deidad que á mí me exceda
Del globo octavo en la sublime rueda.

OCTAVA 16.ª

Las armas de un clarísimo soldado
En extraña región, con rumbo incierto,
De sol y mar y viento malparado,
De polvo y sangre y de sudor cubierto,
A aherrojar grandes reyes enseñado,
En hallar mundos que vencer experto.....
Pero ¿quién será, musas, varón tanto,
En cuyo elogio así animáis mi canto?

OCTAVA 19.ª

Por Motezuma, emperador famoso,
Era este vasto término regido,
El más sublime acaso y venturoso
Que en sus antecesores había habido.
Pero ¡guay dél! que cuando más glorioso
Se halló este imperio, entonces fué perdido;
Que si el Señor sobre un lugar no vela,
Guárdalo en vano humana centinela.



CAPÍTULO XI.

CONTINUACIÓN DEL REINADO DE CARLOS III.—VELÁZQUEZ.—TRIGUEROS.—SU SUPERCHERÍA POÉTICA.—SU «RIADA».—SUS PARCIALES É IMPUGNADORES.—JESUITAS POETAS.—LASALA.—ALEGRE.—ISLA.—DÍAZ.—CERIS.—MONTENGÓN.—MUÑOZ.

UNO de los escritores que más en cuenta han de tenerse para comprender la época de transición que corresponde al reinado de Fernando VI, y aquilatar el carácter que tomó la crítica doctrinal en la época de Carlos III, es *Don José Luis Velázquez, Marqués de Valdeflores*. No era grande en verdad su ingenio poético; pero, sí, extenso su alcance crítico, seguro su buen gusto, tal como el buen gusto se entendía entonces, y ejemplar su constancia en las desabridas tareas de erudito y de investigador de antiguos monumentos históricos. Harto breve é incompleta es sin duda su obra *Origenes de la poesia española*, publicada por primera vez en 1754; pero hay en ella asomos de sentido crítico sano y elevado, nada común en aque-

llos tiempos, y tal cual es este bosquejo histórico, honra en alto grado el discernimiento de su autor, y demuestra cuánto camino habían andado y cuánta fuerza habían adquirido las doctrinas exóticas que diez y siete años antes había sostenido en forma dogmática *D. Ignacio de Luzán.*

Pero es de notar que mientras más se acercaban al triunfo, mayor estrechez y rigor iban cobrando estas doctrinas. *Velázquez* leyó en la academia del *Buen Gusto* dos estudios críticos: el uno es un elogio desmedido de la tragedia, y en especial de la *Virginia* de Montiano; el otro un examen de las dotes y circunstancias que constituyen la poesía (1). Las ideas sobre la tragedia en general, contenidas en el primero de estos estudios, son las mismas, rígidas y absolutamente convencionales, que los preceptistas franceses é italianos creían encontrar en Aristóteles; por donde la sana crítica teatral, lejos de progresar, como lo imaginaba *Velázquez*, retrocedía no poco del punto en que la había dejado *D. Juan de Iriarte* en el *Diario de los literatos* (2). Las doctrinas del segundo estudio sobre la índole

---

(1) Tenemos á la vista estos estudios. (Autógrafos literarios de la colección del Sr. de Gayangos.)

(2) *Velázquez* llama *muestra de todas las perfecciones* á la soporífera *Virginia*, de *Montiano.* Parecíale la tragedia clásica, tal como entonces se entendía, el colmo de la sublimidad del arte. «El poema (dice) más excelente, y asimismo el más arduo, es la tragedia. Por eso Aristóteles,

de la poesía se resienten igualmente del espíritu artificial que animaba, ó, por mejor decir, subyugaba toda la literatura seudo-clásica. Cosas bastante cuerdas é ingeniosas dice *Velázquez* acerca del estilo poético y de la dificultad de conciliar los preceptos de las *Poéticas* con la inspiración desembarazada, con el *est Deus in nobis*, de los verdaderos poetas.

«Los poetas más grandes (dice) han peligrado infelizmente en este escollo. Unos, por ajustarse exactamente á las reglas, han dejado lánguida y exánime su poesía. Otros, por dejarse arrebatar demasiado de la fuerza de su fantasía, han sacado las cosas de quicio..... Ni las reglas propias de este arte, ni todas las grandes luces que se adquieren por el estudio de las demás ciencias y facultades, son capaces de hacer un poeta mediano. Esta es una obra que el cielo se ha reservado para sí.»

Y este mismo crítico, que ve en la poesía el impulso libre y natural de las facultades celestiales de que Dios dotó al alma humana, en el propio escrito en que así piensa, pone límite y embarazo á la expansión de los sentimientos, declarando que sólo «las alabanzas de los dioses, las grandes acciones de los héroes, las virtudes de los sabios, la armonía de los

---

habiendo de escribir su *Poética*, la redujo casi toda al artificio del poema trágico..... España, que desde el principio del siglo XVI había conocido y cultivado la tragedia en su misma lengua original, con un arte y un ingenio maravilloso, de repente perdió este gusto con la introducción de las tragicomedias.....»

cielos, el curso y movimiento de las estrellas, las maravillas de la naturaleza, y en general, *lo grande y lo magnífico que sucede en el mundo*, es materia propia para ejercitar el ingenio y el numen del poeta». Esta noblemente intencionada, pero estrecha é infecunda teoría, excluye los afectos tiernos y delicados del corazón, las sensaciones suaves y risueñas del alma, y reduce la poesía á una epopeya falsa y amanerada ó á un lirismo forzosamente encopetado y ambicioso. ¿No se ve aquí el anuncio de aquella preocupación de escuela que movía á *Jovellanos* á aconsejar á sus amigos de Salamanca que renunciaran á los cantares del amor?

El alto é incontestable mérito de *Velázquez*, su posición social, el valimiento que le dispensaba el célebre ministro Marqués de la Ensenada, y hasta su natural arrogancia, le granjearon grande autoridad y no pocos enemigos. En sus cartas íntimas á su amigo *D. Agustín de Montiano* se echa de ver la aversión que le inspiraba el respetable *P. Flórez*. Zaheríale con cierta fruición malévola, llamando *pepitoria sagrada* á la *España Sagrada*. No es dable creer que impulsos de vanidad ó envidia llevasen por extraviada senda la pluma de un hombre de tan noble índole (1). Como testimonio de ella, no podemos dejar de recordar con verdadera complacencia

(1) Creemos oportuno publicar aquí el siguiente curioso apunte, que para este objeto nos entregó el sabio

la entereza con que, á fuer de consecuente y agradecido, resistió á las amistosas sugestiones de *Montiano*, que, con el fin de sacarle á salvo de la borrasca que preveía, le aconsejaba que dedicase los *Orígenes*

Marqués de Pidal (D. Pedro José); rápidamente escrito con ocasión de examinar un códice perteneciente al señor de Gayangos, que contiene la correspondencia íntima que por los años de 1753 y 1754 medió entre *Velázquez* y *Montiano*.

APUNTE SOBRE D. LUIS VELÁZQUEZ, MARQUÉS DE VALDEFLORES.

Su vida interesante como hombre de letras, y como comprendido en la causa del motín de Esquilache, que produjo la expulsión de los jesuítas. Fué protegido del Marqués de la Ensenada, que le confió la comisión de viajar por España, con el objeto de recoger antigüedades, etc.—En un tomo MS. de sus cartas originales á D. Agustín Montiano, su amigo íntimo, además de las noticias literarias, se hallan algunas especies que pintan al hombre y dan idea de las interioridades de aquella época.

Arrogante y pagado de sí mismo, despreciaba al P. Flórez.—*Extractos de sus cartas:* «Como no digan que mi *Ensayo* se parece á la *España Sagrada*, con cualquier crítica me contento.» (Enero de 1753.)—«Dejemos á Flórez; que él tendrá cuidado de desacreditarse con sus libros.» —«Como soy mozo, atribuirían á insolencia mía el atreverme á criticar sus obras.» (15 de Febrero de 1753.)—Á la *España Sagrada* la llamaba *pepitoria sagrada*, librote, etc.—«Dígole á usted que si los jesuítas de Trévoux han hecho la sangrienta crítica que publica P. (Panel), los estropearé con la misma facilidad que á él, y usted esté seguro que el que se metiese en público conmigo lo pasaría mal» (23 de Agosto de 1753.)—«Estaba tentado á escribir en derechura al General de San

de la poesía castellana, no á Ensenada, sino al entonces poderoso Duque de Huéscar.

«Me avergonzaría yo (le contesta Velázquez) de que un ejemplar llegase á manos del Marqués de la Ensenada..... Cuanto me pudiere dar la fortuna, lo estimo en poco en

---

Francisco, participándole la picardía (del Guardián de Mérida, con quien tenía una disputa) para que la castigase, y lo ejecutaré si el fraile no se modera. Esto me servirá á mí de escarmiento para no volverme á clarear con semejante canalla.» (11 de Diciembre de 1753.)—«¿Qué quieren esos mamarrachos? ¿que gustemos todavía de las tonterías del siglo pasado?» (26 de Febrero de 1754.)—«Con la noticia que usted me da de la desgracia del M. (Marqués de la Ensenada), quedo como usted puede pensar. Avíseme usted lo que vaya aconteciendo, con la seguridad de que, después de leídas, quemaré sus cartas y con nadie me daré por entendido de estos asuntos. Me estaré quieto en mi casa hasta ver lo que resuelven de mi comision.» (30 de Julio de 1754.)

Se queja de que le quitase el nuevo Ministro la comisión, y quería seguirla á costa de la Academia, ó á costa suya y de sus amigos.—«¿Qué me dice usted de la corte? ¿Cayó ya el penacho del autor de la *pepitoria sagrada?* Para que ni aun ese pequeño y mezquino asilo tuviesen las letras. No obstante, bien merecido se lo tenía el buen P. C. (Padre Confesor).» (¿Era Rávago?) (28 de Octubre de 1755.)—«Gracias á Dios que salimos del Padre C.» (19 de Octubre de 1755.) —« Mi padre ha renunciado en mí, por vía de alimentos y para los gastos de mis viajes y libros, los señoríos de Valdeflores y Sierrablanca.»—«Aquí para entre los dos, el vestido de abate se fué con dos mil demonios. Ya me tiene usted con espada en cinta de seis meses á esta parte.» (15 de Noviembre de 1755.)

comparación de la satisfacción que á mí me deberá resultar de saber que obro como debo, y que en cualquier acontecimiento de fortuna soy agradecido á los que me favorecen.»

Estas dignas palabras, escritas en momentos de adversidad, dan cabal idea del alto temple del co-

---

¡Y á este hombre se le metió en la causa contra los jesuítas y sus parciales!

16 de Julio de 1754.—Montiano al Marqués.—Contestada en 23, contándole el suceso de Ensenada; previniéndole que se esté quieto en Málaga; «que calle y que espere mis avisos».—En la margen de la del 23 dice Montiano: «Recibida en 30. Que se esté quieto, que calle, que luego que haya oportunidad presentaré la representación sobre su defendido.»—A estas dos de Montiano es la respuesta que se copió más arriba, del 30 de Julio.

Velázquez, agradecido á Ensenada, quería dedicarle sus *Orígenes*. Montiano se lo disuadía, y quería lo hiciese al Duque de Huéscar por razones de política, etc. En 27 de Agosto de 1754, decía: «Después de haber batallado conmigo mucho tiempo para reducirme á dedicar los *Orígenes* al Duque, no me he podido resolver, porque me parece la cosa más ajena de mi modo de pensar. Convengo en las reflexiones que usted hace; pero esto sería bueno para usted y otros que sabrían mis intenciones; pero otros muchísimos lo murmurarían.».....

En 10 de Septiembre de 1754 le noticia Montiano el *corte de su comisión*. Contesta el 16:—«Nada de cuanto usted me dice me coge de susto; ya me lo tenía yo previsto, pues era regular que mi comisión cayese con todas las demás, siendo tantas.»

Supongo que su amistad por Ensenada, y su desafecto á los que le sucedieron, fué la ocasión de sus prisiones y de haberle envuelto con los jesuítas en lo del motín de Ma-

razón de Velázquez. La historia, cubierta en esta parte de un misterioso velo, no explica cómo un hombre de pensamiento tan libre, tan brioso y tan despreocupado, pudo ser envuelto en la causa del motín de Esquilache, y en la que se formó contra los jesuítas y sus parciales (1). Como quiera que sea, la posteridad debe honor y gloria á un escritor tan laborioso é ilustrado, y no puede recordar sin horror que, víctima de su constante amistad á Ensenada, y de las pasiones políticas de aquel tiempo, fué arrastrado á los castillos de Alicante y Alhucemas, de donde, después de seis años de encarcelamiento, salió casi sin vida, para ir á morir de allí á poco en los brazos de su madre, en el solitario retiro de una casa de campo.

Harto mayor que su mérito fué la fama del bene-

---

drid.—Nada resultó contra él en aquel juicio misterioso y secreto (según el fiscal Huerta), y sin embargo, fué condenado, y cuando le dieron libertad, le arrojaron al mundo, quebrantado y muerto. Murió al poco tiempo, perdiéndose las esperanzas que habían hecho concebir su saber, buen gusto y laboriosidad.—P. J. PIDAL.

(1) Algunos escritores conjeturan que la obra satírica de *Velázquez*, titulada *Colección de diferentes escritos relativos al cortejo*, perjudicó mucho á su autor. No se limitaba *Velázquez* á señalar la ridiculez que lleva consigo lo que llamaban *cortejo;* satirizaba igualmente costumbres y abusos del poder. Sempere dice: «Esto probablemente dió motivo á las persecuciones que padeció después, por habérsele creído reo de los papeles sediciosos que se esparcieron cuando sucedió el motín del año de 1766.»

ficiado de Carmona *D. Càndido Maria Trigueros.* Con mediano talento, pero dotado de índole muy activa y laboriosa, alcanzó, en la segunda mitad del siglo XVIII, cierta gloria, más aparente que verdadera, y con ella, el honor de ser combatido por escritores de valía. Su inspiración poética era tan escasa, como desmedida su ambición literaria.

Representa en España, sin salir de la esfera de la medianía, aquel espíritu europeo que, siguiendo la moda y el impulso innovador del tiempo, se afanaba por examinarlo todo á la luz de la filosofía: filosofía de circunstancias, casi siempre trivial y *acomodaticia*, que solía tomar por verdades absolutas, preocupaciones y tendencias especiales, que tenían, cuando más, una verdad relativa, y por consiguiente, transitoria y deleznable.

En *El Poeta filósofo*, publicado en 1774 (1), creyó *Trigueros* haber removido é iluminado todos los problemas morales en que descansan la sociedad y la conciencia. En Francia tuvo el poema admiradores sinceros, y subió de punto el engreimiento del autor al verse calurosamente aplaudido por Florián, ingenio de no mayor fuerza que Trigueros, que gozaba entonces en Francia de brillante renombre,

---

(1) Es una colección de poemas, titulados *El Hombre; La Desesperación; La Esperanza; La Moderación; La Ternura; El Odio; El Libertinismo, ó la falsa libertad; El Deseo; El Remordimiento; La Reflexión; La Alegría; La Tristeza; La Mujer.*

que la posteridad ha acabado por reducir á muy exiguos límites. Hoy día nadie lee ni tiene aliento para leer *El Poeta filósofo*, y sería enojosa y estéril tarea analizar un poema difuso y acompasado, en donde, á vueltas de algunos pensamientos cuerdos y verdaderos, hay otros falsos ó aventurados, y nunca la emoción, el entusiasmo y la elocuencia, que son la magia de las obras de imaginación.

Hasta el metro es monótono y cansado. Está escrito el poema en versos de catorce sílabas, que *Trigueros*, poco versado en la versificación antigua de Castilla, juzgó haber inventado, y presentó como una innovación. El erudito *Bayer* le hizo notar su inadvertencia en el concepto histórico, y habría podido además demostrarle que se equivocaba igualmente creyendo haber trasladado con exactitud el pentámetro latino á la versificación castellana (1).

Acaso tomaría *Trigueros* de Goldoni la afición á los versos de catorce sílabas pareados. El célebre autor dramático italiano los emplea en *Torcuato Tasso*, en *L'Amante di sè medesimo*, en *La Donna*

---

(1) En una carta que precede al poema *La Moderación*, que lleva el número IV en la serie de poemas que constituyen la colección titulada *El Poeta filósofo*, reconoce *Trigueros* su equivocación, y recuerda que Gonzalo de Berceo, D. Alonso el Sabio, el infante D. Manuel, el Arcipreste de Hita, Pero López de Ayala, escribieron versos de catorce sílabas, que él llama *pentámetros castellanos*.

forte, en *L'Indifferente* y en otras varias comedias suyas. He aquí un ejemplo, sacado del *Torcuato Tasso*. Dice la marquesa Eleonora al Tasso:

«Uditemi, Torcuato. Vano è celar l'amore
Che voi per me nudriste con gelosia nel core;
Ed io, nello scoprire la piaga vostra acerba,
D'esserne la cagione andai lieta e superba.....
Piacemi: in ogni tempo mi sarà dolce e grato
Dir ch'io fui, per mia gloria, la fiamma di Torcuato.»

El alucinamiento de la soberbia literaria indujo á *Trigueros* á imaginar que llegaría á imitar con tal perfección el tono y galas de los antiguos poetas españoles, que podrían sus versos confundirse con los del siglo de oro. Para poner á prueba su infantil antojo, publicó en Sevilla (1776) un tomo con este título: *Poesias de Melchor Diaz de Toledo, poeta del siglo* XVI, *hasta ahora no conocido*. ¡Ridículo empeño, que no podía dejar de acarrear un desengaño al desvanecido poeta! Los entendidos columbraron desde luego la inocente superchería. En los versos de *Melchor Diaz* trasciende la poesía insulsa y amanerada del siglo XVIII, y lo que es peor, la poesía *poco poética* de Trigueros. ¿Dónde aquella hechicera naturalidad del lenguaje, aquel *quid divinum* del idioma poético del siglo XVI? *Trigueros* ganó poco en su fama de poeta, y su deslucida tentativa no fué sino una confirmación del emblema satírico que encierra la fábula de *El Asno vestido de león*.

En su *Viaje al cielo*, poema en tres libros, desti-

nado á encomiar á Carlos III, no acierta tampoco á remontarse á la esfera ideal que sirve de teatro al poema. Su fantasía no sube *al cielo*, aunque tal dice haber logrado, en el libro segundo; ni un destello siquiera de estro verdadero llega á romper las prosaicas cadenas que le tienen amarrado á la tierra.

Sus poemas *San Felipe Neri* y *La Riada* causaron á *Trigueros* amargos sinsabores. La doctrina de un sermón, que pone en boca del Santo, no pareció ortodoxa á una parte del clero español. Escribiéronle cartas injuriosas, y no faltó quien intentara mancharle con la nota de hereje. En *La Riada* puso de manifiesto, más que en la mayor parte de sus demás obras, la escasez de su numen y su falta absoluta de gusto poético. ¿Quién creería que el espectáculo imponente de una avenida del Guadalquivir, y los esfuerzos del insigne asistente de Sevilla, D. Pedro López de Lerena, para prevenir ó reparar terribles desastres, no alcanzaron á arrancar al poeta uno solo de los acentos conmovedores que brotan de aquellas almas que, á falta de imaginación, tienen siquiera las dos fuerzas poéticas del entusiasmo y de la compasión? ¡Deplorable extravío de las preocupaciones de escuela! La realidad del infortunio, los cuadros del desastre, los esfuerzos del deber y de la caridad, no parecen al poeta asunto suficiente para emplear los tesoros de la fantasía y excitar las emociones del corazón. Se aparta de estas fecundas y legítimas fuentes de inspiración,

y juzga más poético, más elevado, más *épico*, fundar el argumento en una conjuración fraguada por *Juno*, que, celosa de la ninfa *Hispalis* (numen que preside á Sevilla), atrae á *Betis* á su partido y le induce á destruir con su poder la ciudad famosa. El asistente Lerena advierte el riesgo á la ninfa, la cual con sus ruegos decide á Júpiter á que proteja la ciudad. Probablemente creyó *Trigueros* que los celos de Juno, la intervención de Neptuno y de Minerva, y otras circunstancias semejantes á las de la *Iliada*, habían de realzar su obra y traer al pensamiento de los lectores las bellezas de Homero. ¡Cuánto se engañaba! Lerena, mezclado ridículamente con las divinidades olímpicas, es una de las ocurrencias más insulsas y más irrisorias que ofrece la poética falsa y artificial de aquellos tiempos.

Forner, que fué constante azote de *Trigueros* (1),

---

(1) Entre los borradores de *Forner*, que tenemos á la vista, hemos hallado este trozo de un poema burlesco contra *Trigueros*:

Dice, fallando cual en negro trono,
Que *Trigerion* (*a*) (la gracia
Tal era de mi Aquiles), profanando
La sacra herencia del cantor de Tracia,
Del Betis atronó la verde orilla,
Antes que de Castilla,
Con su canto inhumano, desterrara
Las Musas halagüeñas;
Daba de rana puntüales señas,
Y era cangrejo, porque á largo paso,
Creyendo caminar hacia el Parnaso,
Más y más se alejaba del gran monte.

(*a*) Trigueros.

desagravió al buen gusto, publicando una sátira, titulada *Carta de D. Antonio Varas al autor de La Riada.* La crítica de *Forner*, según la costumbre de entonces, recaía menos en la esencia que en los pormenores. Poco mesurado en los ataques, *Forner* envolvió en sus diatribas, no sólo á varios autores, sino á la Academia Española, y se vió obligado, por disposición del Rey, á dar satisfacción á este ilustre cuerpo literario; pero, á pesar de todo esto, el público dió razón á *Forner* contra *Trigueros.*

De estas amarguras consolaron algún tanto al autor satirizado las cartas de un oficial francés, retirado en San Germán, gran admirador de sus obras (1), y especialmente otra carta que en 15 de Febrero de 1785 le escribió el célebre *Florián*, aplaudiendo el gusto, la elegancia, y lo que es más, la extremada *sensibilidad*, que, según él, resaltan en *La Riada*, y excitándole en tono pedantesco á menospreciar á sus detractores:

«*Je vous exhorte* (dice) *de tout mon cœur à mépriser tous ces vils satyriques qui vous font la guerre..... Depuis* Zoïle *jusq'à* Forner, *le Parnasse a été sali par les corbeaux et les hiboux, qui font la guerre aux rossignols.*»

---

(1) Monsieur Raulin d'Essars. Había ya en 1783 escrito á un librero de Sevilla, expresando con entusiasmo la admiración que le causaba *El Poeta filósofo.* Ahora (Agosto de 1784) escribía al mismo *Trigueros*, dándole á entender, con motivo de *La Riada*, que prefería su estilo al de Lope y Quevedo.

Florián mimaba literariamente á *Trigueros.*

Apenas puede comprenderse que las obras poéticas de éste despertasen en aquel ingenio tanta admiración. Mientras en España era la comedia *Los Menestrales* objeto de sátiras y fundadas críticas, *Florián* escribía en loor de esta obra desmayada una oda enfática y campanuda, á la cual se atreve á llamar Sempere *un monumento literario.* Aun fué mayor la audacia de *Florián* cuando, aludiendo á *El Poeta filósofo*, no titubeó en posponer el esclarecido *Pope* á *Trigueros*:

Et dans ses vers moraux déplaçant de son trône
Le poète penseur que l'Angleterre prône.

Forner, cual es fácil presumir, no llevó á bien el agresivo lenguaje del *bel-esprit* francés, y las honrosas aclaraciones que alcanzó de la buena fe de *Florián* dejaron muy malparado á *Trigueros* (1).

Forner era duro en sus críticas y diatribas; pero, hombre de noble carácter, ni aun en provecho de sus ideas podía tolerar falsedades y supercherías. Aconteció que un enemigo de *Trigueros* publicó contra éste una injuriosa carta en el *Diario de Madrid*, firmándola, sin duda para darle mayor fuerza

---

(1) Véase la carta de *Florián* á *Forner*, en que aquel desagravia á éste con la más franca y noble lealtad. Fué publicada por *Forner* en un opúsculo titulado: *Suplemento al artículo* Trigueros, *del Ensayo de una Biblioteca, etc.*, por el *Dr. D. Juan Sempere y Guarinos.*

en la opinión, con las iniciales de *Forner* (J. P. F.). Indignado el recto magistrado, escribió una carta á *Trigueros*, á pesar de la enemistad que entre ambos reinaba, para declararle que no era autor de aquel escrito. La contestación autógrafa de *Trigueros* se conserva entre los papeles de *Forner* (1). Es una larga carta, en que rebosa la amargura. Copiaremos de ella algunos renglones, ya como recuerdo de las ásperas costumbres literarias del siglo último, ya también como ejemplo del dolor que causan en almas delicadas los ataques críticos, cuando son personales, desmesurados y violentos:

«Madrid, 1.º de Marzo de 1791.

He recibido con notable complacencia la carta de usted de 22 del próximo pasado Febrero, porque tengo especial gusto en que una carta como la que en el *Diario de Madrid* de 9 del mismo se publicó en defensa de un plagiario, no fuese escrita por un honrado ministro de Su Majestad..... Por lo mismo celebro sobremanera que intente usted con vigor la correspondiente acción para que se descubra y se castigue el impostor, que, por insultar contra toda razón á un hombre aplicado que con nadie se mete, ha tomado, con las iniciales de su nombre de usted, sus expresiones, su estilo y su antiguo y notorio sistema de tratarme.....

Yo, viendo venir contra mí sin disimulo una granizada de palos, la procuré evitar, sin más personalidad que las que insinúa la misma carta agresora, con sus alusiones á los papeles que usted, *inter delicta juventutis suæ*, impri-

---

(1) Cartas de varios literatos á *Forner*. (Códice perteneciente al Sr. D. Luis Villanueva.)

mió y publicó contra mí, sin otro motivo que haber tenido la bondad de graduarme por un pedante muy inferior á su talento y á su instrucción, y la ingenuidad de juzgar que son dogmas infalibles de literatura las bellas cosas que contra mí ha esparcido, enderezadas á quitarme el crédito, el honor y el comer, pues yo vivo de profesión literaria, mal ó bien sostenida, según he podido entablarla con el trabajo de toda mi vida..... Usted me ha tratado en público de vano, presumido, soberbio, embustero, de hombre de mal ejemplo, de viejo verde, de publicador de cartas ajenas, y de otras mil gracias como éstas, que ni son verdaderas, ni asuntos literarios. Meta usted la mano en su pecho, y verá que ni merezco, ni he merecido jamás, el modo con que me ha tratado y me trata aun en la carta que recibo hoy.....

Mis circunstancias, y las actuales de usted, exigen de nosotros distintos procederes de los que pudieran disimularse á muchachos y escolares. Es tiempo de que piense usted más en alentar á sus contemporáneos que en exasperarlos..... Nadie está más descontento con mis escritos que yo mismo. Haga usted lo mismo, y aprovechando, como puede, el talento que Dios le ha dado, conseguirá el nombre que le deseo, edificando, y no destruyendo. Como soy un viejo, doy á usted, que es un mozo, este consejo, por pagarle como cristiano.....

Repito que hará usted bien en descubrir al impostor; pero añado que hará usted mejor en perdonarle, como yo le perdono..... Si somos literatos, buenos ó malos, seamos hombres y cristianos. Usted puede mandarme, y experimentará la honradez con que se precia de ser amigo de todos su servidor, q. s. m. b.—CÁNDIDO MARÍA TRIGUEROS.»

Cuando *Trigueros* daba á *Forner* esta lección moral, tenía cincuenta y cuatro años; *Forner* treinta y cuatro.

Las obras épicas, líricas y dramáticas de *Trigue-*

ros, sus refundiciones de *El Anzuelo de Fenisa*, de *La Estrella de Sevilla* y otras, y muy especialmente el poema *La Riada* y la comedia *Los Menestrales*, acarrearon al buen arcediano zumbas y críticas, menos acerbas que las de *Forner*, porque eran menos personales, de parte de *Iriarte*, de *Moratín* (Leandro), de *Huerta*, de *Meléndez* y de *Vargas-Ponce*. Hasta el afán de saber y la incansable laboriosidad de *Trigueros* se volvían en contra suya. *Moratín* le llama, en tono burlón, «erudito, moralista, poligloto, anticuario, economista, botánico, orador, poeta lírico, épico, didáctico, trágico y cómico», y además le persigue en sus sátiras (1).

Sólo dos poetas españoles de cuenta aplauden las obras poéticas de *Trigueros*. El uno era la personifi-

---

(1) *Moratín* dice en un romance satírico:

Así también, además
De estos diablos que nos cercan,
Hay otro más enfadoso,
Más insolente y perrera;
Éste es el que inspira tantos
Versillos de cadeneta,
Y el que regala al teatro
Monstruos en vez de comedias.....
Por él *Zavala*, execrable
Autor, fatiga las prensas,
Y el rechinante *Trigueros*
Aborta sus epopeyas.....
Mientras el doctor Guarinos
Tanto mamarracho inciensa,
Y á *Trigueros* le despacha
El título de poeta,
¿Yo he de escribir?.....

cación de la bondad y de la indulgencia, *Fr. Diego González* (1); el otro, uno de los más gallardos y generosos caracteres que produjo el reinado de Carlos III, *D. Gaspar Melchor de Jovellanos.* Este hombre excelente cobraba afición á todas aquellas personas en quienes descubría laboriosidad y honradez. Por tales prendas estimaba de veras á *Trigueros,* y no sólo le perdonaba su candoroso engreimiento literario, sino que llevaba hasta el alucinamiento la indulgencia. En una carta, que debió de hacer pasar felices momentos á *Trigueros,* no sólo le dice que *se saborea* con la *La Riada,* sino que le participa reservadamente que *Los Menestrales* es uno de los dos dramas premiados entre los cincuenta y cinco que fueron presentados al concurso propuesto por la villa de Madrid. ¡Y en qué términos tan lisonjeros le da la agradable noticia! Esta comedia *Los Menestrales,* objeto después de las zumbas de *Iriarte* y de tantos otros, es para *Jovellanos*:

«Una pieza de las mejores que se han producido para nuestro teatro, la más acomodada á nuestro genio y costumbres, y la más proporcionada al objeto y á las ideas del

---

(1) «La bella elegía (de Trigueros) *Á la muerte de Filis* ha parecido á todos estos pastores obra de excelente gusto..... Sólo han puesto algún reparo en la versificación, que (por ser ellos algo nimios en esta parte, especialmente *Batilo,* cuyos sáficos nada deben en fluidez á los latinos) les ha parecido algo dura.» (Carta autógrafa de *Fr. Diego González* al *P. Miras,* escrita en Febrero de 1776.)

día..... Las obras premiadas (*Los Menestrales* y *Las Bodas de Camacho*, de Meléndez), añade *Jovellanos*, acreditarán por sí mismas á los ojos del mundo literario, que las ha de juzgar, que son lo mejor que ha producido nuestro siglo» (1).

Unos dos meses después escribe *Jovellanos á Trigueros:*

«La suerte de ambas comedias en el teatro no ha podido ser peor..... No se puede dar una representación más fría.....»

Y en otra carta:

«El juicio de la república literaria decidirá del mérito de *Los Menestrales*..... El mejor modo de vencer á los envidiosos, es seguir trabajando y ganando gloria» (2).

Tres meses más adelante, el mismo *Jovellanos* le envía la *Carta de D. Antonio Varas* (Forner) contra *La Riada*, diciéndole:

«No está (la carta) mal escrita, ni me parece despreciable su doctrina. ¡Así fuera tolerable por el encono literario con que se escribió!»

Huella debieron dejar en el ánimo de *Jovellanos* los clamores críticos y satíricos de *Forner* y de otros contra la poesía de *Trigueros,* cuando, olvidando sin duda las bondadosas alabanzas con que había alen-

(1) Carta de *Jovellanos* á *Trigueros*, fecha en Madrid el 20 de Mayo de 1784. (*Obras de Jovellanos*, tomo L de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, páginas 163 y 164.)

(2) Madrid, 10 de Julio y 10 de Agosto de 1784.

tado sus tareas poéticas, añade inesperadamente estas desanimadoras palabras:

«Tómelo usted con cachaza, *déjese de hacer poesías*, y trabaje en las obras proyectadas (*Memorias para la historia del comercio de la Bética*, etc.), en las cuales tendrá usted menos envidiosos, porque acaso no habrá quien presuma de sus fuerzas la capacidad de competirle. Esto sí que ofrece una posesión de gloria más colmada y tranquila» (1).

No aprovechó *Trigueros* el amistoso consejo de *Jovellanos*. Después de esta época escribió otros poemas, y entre ellos el titulado *Las Majas*, que, aunque publicado con un seudónimo para sustraerse á la malevolencia de sus enemigos, le acarreó nuevos desabrimientos. Dejó en prosa escritos apreciables, cuya larga lista da glorioso testimonio de su inextinguible amor á las letras (2).

Pasemos ahora, porque así lo requiere el orden histórico, á la conmemoración de varios jesuítas ilustres, que cultivaron la poesía castellana en la segunda mitad del siglo XVIII.

Violentamente lanzados de la nación en 1767, por el ímpetu de las nuevas ideas, llevaron á Italia el precioso tesoro del estado intelectual de España, mucho más brillante de lo que la Europa sospechaba (3),

(1) Madrid, 9 de Noviembre de 1784.

(2) Véase esta lista (BIBLIOTECA de Rivadeneyra) al frente de sus poesías.

(3) Dan muy ventajosa idea de la fecundidad literaria

y cuya luz gloriosa reflejó sobre la patria, que, como á encarnizados enemigos, así extrañaba de su seno, por aparente razón de estado, á muchos de sus mejores hijos.

Pudo ser irreflexivamente juzgada entonces como estorbo político la institución admirable á que aquellos varones pertenecían; pero considerados éstos individualmente, no quedan en el crisol de la justicia sino como ejemplos ilustres de virtud y saber.

Aquella sociedad poderosa, tan asombrosamente organizada para sustentar las doctrinas esenciales de la civilización religiosa y moral, no pudo resistir por el momento á la gigantesca hostilidad que contra ella desencadenaron la arrogancia del jansenismo cartesiano de Port-Royal, la vehemente elocuencia de las *Cartas* Provinciales de Pascal, y principalmente la filosofía, hoy desacreditada, y entonces pujante y avasalladora, de los Enciclopedistas.

Con el transcurso del tiempo y el estado de la ciencia histórica en la era presente, se han desvane-

---

de los jesuítas españoles del último siglo los dos libros siguientes:

Operum Scriptorum olim è Societate Jesu in Italiam deportatorum Index. Su autor, el abate D. Onofre Prat de Sabá, jesuíta catalán, que falleció en 1810, y publicó su obra con el seudónimo alegórico de *Josefo Fontio à Valle Ausetano.* Fué impreso en Roma, 1803.

Bibliothecæ Scriptorum Societatis Jesu Supplementa, por Diosdado Caballero. Fué impresa esta obra en el tomo IV de la *Racolta Ferrarese d'Opusculi scientifici e letterari*, etc.

cido casi totalmente las ofuscaciones de pasión y de escuela; y aparece claro el contrasentido que no pudo menos de resultar de haber condenado violentamente á la proscripción, en nombre del progreso humano, á los esclarecidos y rectos varones que mejor representaban entonces en España los adelantamientos de las ciencias y de las letras.

César Cantú habla con dolor de la cruel expulsión de «seis mil ancianos, sabios, enfermos, ilustres, que sin distinción fueron presos de un golpe, encerrados en las bodegas de varios buques, y conducidos á Civitavecchia.» (1)

«Gran número de ellos (dice también el mismo egregio historiador) se hicieron famosos escribiendo en nuestro idioma y sobre nuestra historia: tales como *Arteaga*, *Isla*, *Lampillas*, *Eximeno*, *Requena*, *Hervás*, *Clavigero*, *Azevedo*, *Tentori*, *Serrano*, etc.» (2).

Completar la lista de estos célebres escritores sería interminable tarea. Contentémonos con añadir á los citados por Cantú: al *Abate Andrés*, que se granjeó el aplauso de Europa, llevando á feliz término la magna empresa, por nadie hasta entonces intentada, de escribir la historia de la literatura universal (3); los poetas líricos y dramáticos (castellanos, italianos y latinos) *Lasala*, *Colomés*, *Ceris y*

(1) *Storia Universsale*, lib. XVII, cap. X.

(2) *Gli Eretici d'Italia*, discurso II.

(3) *Dell' Origine, progresso e stato attuale d'ogni Letteratura.* Parma, 1782, 7 vol., 4.°

Geiabert, *Lampillas*, *Prat de Sabá; Aponte* y *Alegre*, estos dos últimos consumados filólogos y helenistas, traductores ambos de Homero; *Pou*, traductor de Herodoto; el filósofo é historiador eclesiástico y literario *Aymerich;* el docto lexicógrafo *Terreros*, *Masdeu*, los dos *Nuix*, *Arévalo*, *Abadiano*, *Molina*, etc., etc.

¡Cuántos nombres venerables y famosos! ¡Cuánto con ellos, pasado el vértigo filosófico, se envaneció esta misma España, que los había arrojado á tierras extranjeras! (1).

Asombro causó al mundo sabio la prodigiosa actividad literaria de aquellos insignes escritores; pero (según Ticknor hace notar) hay que agregar á su infatigable perseverancia en los trabajos intelectuales, la persistencia de su acendrado patriotismo. El injusto y arrebatado proceder de que habían sido víctimas en España, no amortiguó en lo más mínimo su amor patrio: antes bien parecía que se había enardecido en sus corazones aquel noble sentimiento, al encontrarse en tierra extranjera.

---

(1) «Los jesuítas (dice Sempere), ó por las particulares constituciones de su gobierno, ó porque, estando encargados de la enseñanza de los jóvenes seglares, conocieron la necesidad de conformarse en ella al método que se seguía ya en los colegios más acreditados de Europa, al tiempo de su expulsión tenían ya en su Compañía buenos humanistas, anticuarios y matemáticos. Ya he puesto en otra parte el distinguido elogio que hizo de ellos el escritor *Monti*, atribuyéndoles en mucha parte los progresos de las letras en Italia.»

De ello dan incontestable testimonio las ardorosas y tenaces impugnaciones que, ya en obras extensas, ya en escritos polémicos especiales, sostuvieron *Serrano*, *Andrés*, *Arteaga*, *Isla*, *Lampillas*, *Masdeu*, contra Signorelli, Bettinelli, Tiraboschi, Vanetti y otros, que, sin crítica bastante luminosa y certera, atacaban reciamente las antiguas letras españolas (1).

Y no sólo defendían á su patria en materias literarias los jesuítas proscriptos. También volvían por ella cuando, en hechos históricos, la juzgaban agraviada por la animadversión extranjera. Así, por ejemplo, el abate *Nuix* (Juan), advirtiendo con profundo disgusto las malignas acusaciones de pomposa filantropía con que el simoníaco Raynal y otros escritores de la escuela enciclopedista intentaban vilipendiar la dominación española en América, salió á su defensa, rebatiendo con patriótico espíritu las exageraciones del declamatorio sentimentalismo de la escuela enciclopedista (2).

Por más que ardientes encomiadores, paisanos suyos, hayan querido levantar á las nubes el estro

---

(1) Una de las obras de mayor resonancia en Italia, que nacieron de estas controversias, fué la del abate *Lampillas*, antiguo catedrático de Humanidades en Barcelona, así titulada: *Saggio storico apologetico della Letteratura Spagnuola*, impreso, en 6 tomos, de 1778 á 1781.

(2) *Apologeticum, falsas fictasque criminationes demonstrans.—Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los*

poético del *abate Lasala,* no es menos cierto que como poeta lírico no rayó nunca á grande altura. No le faltan á veces ni facilidad, ni abundancia, ni brío; pero la entonación de sus versos suele ser monótona y amanerada, y como versificador castellano está muy lejos de poder servir de modelo. Treinta años de residencia en Italia le habían hecho olvidar algún tanto la modulación rítmica de nuestro idioma, é incurría, por otra parte, si bien menos que Montengón y algunos otros compañeros suyos, en *italianismos* inadmisibles, sin dejar por eso de manejar el habla de la patria, aunque sin pureza, con enérgico desembarazo. Su vocación dominante fué el teatro. Allí encontró un campo de verdadera gloria. La Italia se admiraba con razón de que un extranjero hubiese llegado á manejar la lengua del Tasso con tanta maestría y elegancia (1).

---

españoles en Indias. Esta obra, escrita en italiano por el abate *Nuix* y muy aplaudida en las *Efemérides* de Roma (Julio de 1780), fué traducida al castellano, con notas, por D. Pedro Varela y Ulloa, é impresa en Madrid por Ibarra, en 4.°, el año de 1782.

(1) Sus principales obras dramáticas son las tragedias *Giovanni Blancas*, *Ormisinda*, *Sancho García*, *Roberto*, *Iphigenia in Aulide*, *Lucía Miranda*, *Berenice;* las comedias *La verginità trionfante*, *Il Filosofo moderno*, y las escenas líricas *Agostino* y *Margherita di Cortona.* Puede formarse juicio del éxito de las obras de este esclarecido escritor por las siguientes palabras del abate *D. Juan Andrés*, en su importante obra *Dell'origine*, *progresi e stato attuale d'ogni letteratura* (t. II):

Entre estos jesuítas expulsados, *D. Francisco Javier Alegre*, natural de Veracruz, latinista y helenista consumado, si bien de escaso renombre en España, era uno de los literatos más instruídos y de más acrisolado gusto literario de Europa, según el estado de la crítica en aquella era doctrinal. No podemos menos de hacer aquí de él particular mención honrosa. Tradujo en verso latino *La Iliada*, y escribió además un poema latino *La Alejandriada* (1). Pero lo que nos mueve principalmente á conmemo-

---

Ma sopra tutti (gli spagnoli venuti in Italia) il Lassala ed il Colomés hanno ottenute lodi distinte e fatto risonare dal suo nome i teatri d'Italia.

El P. Bernardo García, establecido en Venecia después de la expulsión, fué uno de los jesuítas españoles que conquistaron laureles en la poesía dramática. «Admiró á la Italia (dice Fuster) con sus composiciones dramáticas, que fueron representadas con grande aplauso.»

(1) El *P. Alegre* escribió un curso completo de teología. Fué este escritor muy admirado en Italia. Su traducción de Homero y su poema *Alexandriados, sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone*, se publicaron en 1776.—Dos años después decía el célebre periódico *Efemeridi letterarie di Roma* (28 de Noviembre de 1778):

Succede alla versione dell' Illiade *l'* Alessandriade, *ovverò la* Espugnazione di Tyro fatta d'Alessandro Magno, *poema giovanile del nostro autore (Alegre), diviso in quatro libri. In esso non solo campegia l'estro poetico familiare all'autore, e senza del quale in vano avrebbe tentato di condurre si egregiamente a fine la versione della Illiade (giachè per traslatare degnamente Omero, vi vuole più abbondevole vena di poesia che altri non pensa); ma vi si scorge eziandio un giudizio assai fino per ben guidare una poetica azione:*

rar los merecimientos literarios de este aventajado *humanista*, es la notable traducción en verso que hizo del *Arte poètica* de Boileau (1). Esta versión libre, escrita por lo general en gallardo estilo, como de hombre que está familiarizado con las leyes del idioma y de la versificación, no llegó á darse á la estampa, aunque en realidad harto más lo merece que la traducción del mismo Boileau por Madramany y otras obras de semejante índole, que lograron en aquellos y en posteriores tiempos los honores de la publicidad. Las eruditas y á veces luminosas notas de *Alegre* á la *Poètica* dan clara idea así de

---

Grazie, che a pochi il ciel largo destina.

. . . .

Chiudiamo il presente estratto, augurando all'illustre autore per le sue virtuose fatiche, e massime per la traduzione dell' Illiade, *quei premi che in seculi più felici abbrevero ottenuto i Poliziani et i Filelfi.*

(1) Esta traducción autógrafa forma parte de la colección de manuscritos literarios del ilustre Académico el señor D. Aureliano Fernández-Guerra. Fué regalada á su padre por D. Ángel Sánchez, autor de *La Titiada y* de otras muchas obras, amigo de Alegre, y como él, sacerdote de la Compañía de Jesús.

Empieza así:

A la frondosa cima de Helicona
Un temerario autor aspira en vano,
Y en vano la corona
Ceñir pretende de laurel lozano,
Si benigno planeta
Con misterioso influjo
No lo formó, desde el nacer, poeta.....

su feliz instinto crítico como del estado del gusto en aquel tiempo en que por completo dominaban ya entre nosotros las doctrinas de los preceptistas extranjeros. La gran sensatez que reina en la mayor parte de los dogmas de Bolieau le cautiva, porque cuadran grandemente estos dogmas á su razón, llevada por el estrecho carril de la educación literaria que había recibido. Las letras castellanas del siglo de oro le deleitan. La libertad indisciplinada de nuestro teatro le sorprende y embaraza su sentido crítico. Se trasluce que su instinto, inclinado á lo grande y á lo bello, le hace amar aquello mismo que las reglas convencionales le obligan á condenar. Así es que no perdona á *Luzán* que deprima á veces á los escritores españoles, que, á su juicio, no llegó á comprender; y cuando se ve en la necesidad de ser, como traductor, eco de la acusación satírica que hace Boileau á Lope de Vega en aquellos conocidos versos:

Un rimeur sans péril, de là les Pyrénées,
Sur la scène en un jour renferme des années.
Là souvent le héros d'un spectacle grossier,
Enfant au premier acte, est barbon au dernier;

por más que esto no sea sino traducción de lo mismo que Cervantes había dicho un siglo antes (1), no

(1) «¿Qué mayor disparate puede ser que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado?» (*Don Quijote*, parte I, cap. XLVIII.)

puede menos *Alegre* de salir á la defensa del *Fénix de los ingenios*, disculpando con los versos mismos del *Arte de hacer comedias* el desvío de la forma clásica.

Hablando del gongorismo, lo juzga con un solo rasgo, en este bello y exacto pensamiento:

«El entusiasmo poético no ha de ser trastorno, sino elevación de la fantasía.»

Aunque fiel sectario de la doctrina de Boileau, no se ciñe *Alegre* á una mera y escrupulosa traducción. «Añade, quita y muda», según lo declara él mismo, y por lo común sustituye á los ejemplos franceses de Boileau alusiones y ejemplos sacados de autores españoles. Este es el principal interés que ofrece esta obra, más notable aun por las notas que por el texto, y muy adecuada entre las de su tiempo, para comprender la transformación histórica de las letras castellanas en aquella época.

No nos detendremos á hablar del *P. Isla*, poeta rastrero, que satirizó en verso los poemas narrativos castellanos, y singularmente los consagrados á vidas de santos, como había satirizado en prosa los malos sermones (1). Tampoco hablare-

---

(1) El *P. Isla* ha sido ya juzgado con amplitud y acierto en el tomo XV de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, de Rivadeneyra. La obra á que aquí aludimos es *El Cicerón*, poema satírico, en diez y seis cantos, cuyo autógrafo se conserva en el Ateneo de Boston (Estados Unidos).

mos detenidamente del *P. José Diaz*, que escribió *Tragedias sagradas* y murió en Ferrara, en 1793; ni de *D. Pedro Ceris y Gilabert*, que, por su gracia y facilidad en componer versos españoles é italianos, lució notablemente en el grupo numeroso de sabios jesuítas, de España, de Italia y de otras naciones, que se reunió en Ferrara después de la expulsión (1).

Algo más diremos del ilustre jesuíta alicantino *D. Pedro Montengón*. Por su instrucción, por el sentido moral de sus escritos y por su afanosa laboriosidad, merece mención honrosísima en la historia literaria del siglo último. En Génova y en Fe-

---

Para comprender la razón con que el *P. Isla* ridiculiza aquella plaga de malos poemas, entre los cuales debe contarse el suyo, véase, el copioso *Catálogo de poemas castellanos del siglo* XVIII, formado por el autor de esta Historia. (BIBLIOTECA de Rivadeneyra.)

(1) Era el *abate Ceris* muy aficionado á ciertas combinaciones métricas, y alguna vez las formaba con gusto y soltura, como puede verse en la siguiente estrofa de su oda *Á la primavera:*

Oh ninfas, venid al prado,
　　Matizado
De blancas y azules flores;
Oh ninfas, oid los trinos
　　Matutinos
De los dulces ruiseñores.

Entre sus versos italianos, fueron muy celebrados los que compuso *Al árbol de la Cruz*. Murió en Ferrara en 1795.

rrara le conoció y trató el famoso *abate Andrés*, al mismo tiempo que á otros jesuítas distinguidos en ciencias y letras, y conservó de él recuerdos especiales de estimación y afecto (1). Su aliento literario era grande, y sus fines encumbrados y provechosos. Con sus novelas aspiraba á difundir sanos sentimientos morales, y con sus versos, á vigorizar la llama moribunda de las antiguas glorias españolas. Su largo destierro no entibió nunca su ardiente patriotismo, pero quitó á su lenguaje el sabor castizo y natural de los hablistas castellanos. Sus obras están plagadas de italianismos y de arcaísmos extraños y mal traídos, que dan á su estilo carácter artificial y trabajoso. Él mismo desconfiaba de haber manejado con pureza el habla castellana en *El Eusebio*, después de diez y ocho años de residencia en Italia, y rogó á sus amigos que depurasen la dicción y el lenguaje antes de la impresión. Don Antonio Sancha se encargó de ésta, pero no confió á buenas manos la corrección que el modesto jesuíta deseaba, y quedaron en la obra innumerables

---

(1) *Cartas familiares del abate D. Juan Andrés á su hermano D. Carlos, dándole noticia del viaje que hizo á varias ciudades de Italia.* Véase especialmente la carta escrita en Mantua, el 16 de Mayo de 1786, y aquella en que se refiere su visita á Génova (1791). Dice en ésta: «Lo apartado de la casa de *D. Pedro Montengón* no le detuvo para hacer varias veces un incómodo viaje y favorecerme con su compañía.»

voces y locuciones extravagantes ó impuras (1).

En la poesía adolece *Montengón*, aun más que en la prosa, de este defecto, que tando desluce sus escritos. Las canciones, anacreónticas, endechas y églogas de *El Mirtilo* son por extremo insípidas y amaneradas. Su afición á la vida campestre, nacida del artificial entusiasmo de quien la admira desde su gabinete, no le inspira por lo común sino ideas

---

(1) Sempere nota las siguientes: *plegarse á las circunstancias; maneras* por modales; *relaja* de ánimo; *jubilar*, por alegrarse; *profundir;* y otras, como *fantasear* y *parar mientes.* Estas dos últimas las censura sin razón. Otras, que no cita Sempere, son igualmente reparables, como *vigorea*, por vigoriza, *mormurío*, por murmullo, etc.

Iguales defectos se advierten en los desmayados poemas en prosa de Montengón, *El Antenor*, Madrid, 1778; *Eudoxia* (Madrid, 1793), *Rodrigo* (último de los reyes godos), Madrid, 1793, poema en doce libros. En Nápoles, en 1821, con el título: *La Pérdida de España*, se publicó otro poema de Montengón (éste en verso). No conocemos esta obra, pero nos inclinamos á creer que sea el MS. autógrafo que vimos en los papeles de D. Bartolomé José Gallardo, con este título: *La Pérdida de España por el Rey Don Rodrigo;* poema épico en quince cantos. Así empieza:

«La lamentable pérdida de España,
La destrucción del reino de los Godos
Quiero entregar á la armonía del verso
Meonio-ibero, si el señor del Pindo
Da salida á mi intento, y si en mi pecho
La débil voz anima enardecida
Del estro y son sublime de su plectro.....»

Por este principio ya puede juzgarse del poema.

falsas y exageradas, como cuando dice, en tono por cierto más agradable del que suele emplear en sus versos:

Un cayado y un hato de corderos,
Con un sayo, aunque pobre, son bastantes
Para unir los afectos más sinceros,
Y hacer así dichosos dos amantes.

Su amor á Dios y á la naturaleza le inspiran á veces, si no pensamientos nuevos y sublimes, dignos de la alta lírica, al menos ideas elevadas, propias de un corazón sensible y cristiano (1).

En las odas, que es el género que *Montengón* cultivó con más empeño y con menos fortuna, hay una sola cosa que admirar: los títulos de ellas, esto es, los nobles y encumbrados asuntos que bullían en la mente del poeta. ¿Quién no recuerda con grima y hastío los objetos triviales, chabacanos y aun viles á que dedicaban sus versos los escritores de la decadencia en la primera mitad del siglo? Honor merecen aquellos contados poetas que, abandonando la trillada senda de la poesía familiar ó de las insulseces bucólicas, levantaron la poesía á los altos espacios donde ella tiene su natural esfera. Cuando en 1776 Jovellanos aconsejaba, con descaminada crítica, pero con grave y elocuente acento, á *sus amigos de Sa-*

---

(1) Como muestra de esta poesía, sana, aunque poco inspirada, puede citarse la canción de *El Mirtilo* que empieza:

¡Oh! cuánto me enamora, etc.

lamanca que renunciasen á los cantos de amor, y empleasen exclusivamente su lira en ensalzar la fe, la virtud, las glorias bélicas de la patria, y este consejo fué escuchado y acatado en la escuela salmantina como una novedad doctrinal, ya el patrio instinto había señalado esta, sólo en parte, laudable senda á dos poetas obscuros. Un abogado, *Don José Muñoz*, con el designio de desterrar los romances de *guapos*, bandidos y otros héroes populares de perversa ralea, había publicado algunos romances, que tituló *militares*, consagrados á cantar hazañas de famosos soldados españoles. *Montengón*, apenas conocido entonces, escribía por aquellos tiempos en Ferrara una copiosa colección de odas, que imprimió después en la misma ciudad, con el seudónimo de *Filopatro*. No hay asunto noble, santo, útil, grande ó heroico que no tratase *Montengón*. El *trabajo*, la *navegación*, el *comercio*, la *supresión de la trata*, la *educación*, el *patriotismo*, *Guzmán el Bueno*, *Pelayo*, el *Gran Capitán*, el *Cid*, *Diego García de Paredes*, el *cardenal Jiménez de Cisneros*, la *muerte de Garcilaso*, el *descubrimiento de América*, los *Andes*, el *Potosí*, la *victoria de Otumba*, las *artes*, la *virtud*, *Hernán Cortés*, los *canales de navegación*, *San Fernando*, *Carlos V*, *Carlos III*, *Campomanes*, *Jorge Juan*, las *batallas de las Navas* y *de Clavijo;* estos y otros muchos elevados objetos resuenan en la lira del jesuíta expatriado. Hasta se atreve, á pesar de su índole modesta, á rivalizar

con *Fernando de Herrera*, escribiendo una oda *Á la victoria de Lepanto.* No hay que decir si salió vencido en la insensata competencia (1). Por desgracia, era impotente el ambicioso aliento de la musa de *Montengón.* Sus poesías no corresponden ni con mucho á la nobleza de su intención. Falto en sumo grado de sentimiento poético, intentaba imitar á *Herrera* y á *Fr. Luis de León*, dos poetas de índole diferente y hasta contraria, ambos inimitables. El estilo de *Montengón*, así como su lenguaje, monótono, embotado, por decirlo así, por una erudición pedantesca y por extravagantes frases, giros y palabras, y además poco acrisolado, produce en el ánimo de los lectores insufrible cansancio. Hay destellos felices en muchas de sus composiciones, mas ni una sola, acabada, que deje verdadero embeleso en el entendimiento y en el oído.

Cuando aconseja humanidad á los gobernadores de las Indias; cuando presenta á Hernán Cortés, conmovido ante el sepulcro de la india D.ª Marina, atribuyendo á su amor y á su lealtad la gloria de la conquista de Méjico; cuando levanta su voz contra la esclavitud de los negros; cuando maldice las riquezas del Potosí, como adormecedoras de la actividad española; cuando dice que en el Perú

---

(1) La oda de *Montengón* empieza así:

Sobre tu pueblo santo
Tu ojo eterno, Señor, no está dormido.....

Amor exhala el deleitoso suelo,

y que las minas de oro y plata de Caravaya y de Arequipa no valen lo que el amor desinteresado de una limeña; cuando se pasma ante la grandeza del Chimborazo y del encendido Cotopaxi; cuando ensalza el ímpetu de los héroes castellanos, los útiles afanes de los sabios y la cordura de los hombres de Estado, *Montengón* entra sin duda en el camino por donde van los grandes poetas de la civilización y de la gloria. Pero no sabe andar por él. Como el caminante extraviado, que ve una luz lejana en las tinieblas de la noche, y no acierta á llegar á ella, *Montengón* divisa las maravillas del mundo material y las grandezas del alma humana; las siente acaso en su entendimiento y en su corazón; pero no tiene color, ni luz, ni tino, ni fuerza para describirlas. Ve la belleza y no sabe cantarla. Es escritor de noble espíritu y de meritoria intención. No es bastante: le falta la llama divina del poeta. La posteridad debe recordar su nombre con respeto, pero puede olvidar sus obras.





CAPÍTULO XII.

CONTINUACIÓN DEL REINADO DE CARLOS III.—SAZÓN COMPLETA DE LA NUEVA ERA LITERARIA.—CUATRO MAGISTRADOS POETAS.—MELÉNDEZ VALDÉS.—JOVELLANOS.—FORNER.—VACA DE GUZMÁN.

No sin razón hizo época en los anales literarios de España la publicación de las primeras poesías líricas de *D. Juan Meléndez Valdés* (1785). Era éste un poeta verdadero, no de numen sublime y pindárico, como han repetido tantas veces sus maestros, sus amigos y sus alumnos; pero, sí, de índole fácil, abundante y amena. *Cadalso*, *Huerta*, *Fr. Diego González*, cuantos le habían precedido, sin excluir á *D. Nicolás Fernández de Moratín*, le son inferiores en muchos y muy esenciales aspectos. Las obras de aquellos escritores no pueden parecer, en rigor, á la posteridad sino ensayos y esfuerzos más ó menos firmes y luminosos de una era literaria que aun no se hallaba fija y definitivamente asentada. *Meléndez*, con todos sus defectos, que no son insignificantes, fué, no sólo el poeta principal de

su tiempo, sino el que dió con sus brillantes obras sanción y autoridad á la nueva poesía, al nuevo lenguaje, al nuevo carácter literario, que se habían ido formando en España desde el advenimiento al trono de la dinastía de Borbón. Había en su talento poético circunstancias de diverso y aun contradictorio linaje, que, entre sí combinadas, constituían su peculiar carácter. Carecía de fuerza creadora y de originalidad vigorosa; y sin embargo, descuellan en sus versos espontaneidad y soltura. Pero no hay que dejarse alucinar por esta seductora apariencia. Poseía *Meléndez* en alto grado un instinto imitativo, no vulgar y rastrero, que podríamos llamar facultad de asimilación. Detrás del *epicurismo* risueño, que es para *Meléndez* inagotable vena, se trasluce á las claras el espíritu de *Anacreonte*, la gracia de *Villegas*, algo del primor galante de los madrigales franceses, y hasta el voluptuoso descaro, mal disfrazado con la dulzura de la forma, del poeta holandés *Juan Segundo* (1).

---

(1) Fué secretario del Arzobispo de Toledo, acompañó á Carlos V en la jornada de Túnez, y murió, á los veinticinco años de edad, en 1536, el mismo año que *Garcilaso*. Escribió muchas poesías latinas, que llamaron la atención general por la gracia y facilidad del lenguaje.

Herrera las cita en su comentario á las obras de *Garcilaso*. Las diez y nueve composiciones, conocidas con el nombre de *Besos de Juan Segundo*, en las cuales raya en escándalo la expresión sencilla y vehemente de los impulsos amorosos de un mancebo de veinte años, le granjearon grande y justa celebridad, por la inspiración poética que

El anhelo de graves reformas y de renovación y adelantamiento moral, que conmovía los ánimos en el reinado de Carlos III, lleva como á remolque el estro de *Meléndez* al campo de las meditaciones profundas, ora sociales, ora filosóficas. *Jovellanos* le presentó la poesía amorosa como un devaneo insustancial, que no granjeaba alto renombre (1), y acabó por hacerle mirar con rubor los cantos de amores, y arrojar el *caramillo pastoril*, que era al cabo la verdadera lira de *Meléndez*.

«Lo paso muy mal (escribía á *Jovellanos*), con un gravísimo dolor de cabeza, que no me deja vivir seis días ha. Ni he dormido las noches, ni descanso los días..... Desde el año pasado, que caí malo y arrojé alguna sangre, me ha quedado una destemplanza lenta..... ¡Si V. S., amigo, pudiera con sus plegarias librarme de esto, como me ha convertido con sus amonestaciones de escribir amores y ternuras!

Salamanca, 14 de Septiembre de 1776» (2).

En Julio de 1779 envió á *Jovellanos* la primera composición filosófica que había escrito, siguiendo las advertencias de su amigo, á saber: la oda titulada *La Noche y la Soledad*, que empieza:

---

sobresale en ellas. *Meléndez*, en algunas de sus anacreónticas, imita estas poesías eróticas, especialmente los *besos* 4, 11 y 19.

(1) Véase la epístola de *Jovellanos*, titulada *Jovino á sus amigos de Salamanca*, escrita en Sevilla en 1776.

(2) Ésta y las demás cartas que se citan en el presente capítulo, existen autógrafas en la colección del Sr. Marqués de Pidal.

Ven, dulce soledad, y el alma mía.....

Curioso es el juicio que en su carta forma el mismo *Meléndez* de esta composición, confesando que había tenido que inspirarse con la lectura de *Las Noches*, de *Young*, y que en la fatiga del desempeño no había alcanzado á dar al pensamiento enlace y armonía. He aquí la carta:

«Mi más venerado amigo: Remito á V. S. esa canción, cuyas primeras estrofas me dictó el mal humor y la melancolía, y la amistad que siguió, las demás..... No busque V. S. en ella orden ni plan, porque no he tenido otro que el de la imaginación, que, ya ardiente, ya más templada, me presentaba los objetos y me los hacía exprimir con la fuerza y calor proporcionados á sus situaciones. Al principio creí no saliese tan larga; pero el tiempo y la meditación me fueron ministrando nuevas ideas y pensamientos, y acaso por esto no tendrán algunas estrofas aquel lugar determinado que debieran tener. A mí me ha sido después casi imposible volverlas á fundir, y he querido más dejarlas en aquel menos importuno y desordenado, que trastornarlas de nuevo, creyendo, como creo, que el desorden no desdice tanto en estas obras, como la marcha seguida y lenta; porque la imaginación, aunque regular, no es mecánica ni compasada.

No busque V. S. tampoco el estilo magnífico y terrible del inimitable *Young*, ni la fuerza divina de sus sentencias. Sus años, sus doctrinas, su situación, y más que todo, su genio, son infinitamente superiores, para querer yo presumir tan atrevidamente. Mi canción, al lado de sus *Noches*, es una composición lánguida, sin moral, débil; mis pensamientos vulgares, mis pinturas poco vivas, y mis arrebatamientos fríos. Las musas castellanas son capaces de todo, pero la humilde musa de *Batilo* no puede tanto. Hallará V. S. algunos pensamientos tomados de la *noche* décima, que es del mismo asunto; pero confieso lla-

namente que no han sido hurtos. Yo he leído muchísimo *Las Noches*, me he quedado con mucho, y aunque en esta composición no quise verlas de propósito, temiéndome lo que me ha sucedido, hallé, concluída mi obra y cotejándola con la *noche* que he dicho, algunos pensamientos ya ocupados por él, y que yo me creía originales; aunque no son tantos, á mi ver, que puedan por este lado desacreditarme.....

Este género de composiciones no es familiar entre nosotros. La moral puede en ellas elevarse y tomar toda la pompa y ornato que merece. Nuestras musas pueden cultivar este género nuevo, y emplear útilmente sus cánticos divinos.—Salamanca, 17 de Julio de 1779.»

Jovellanos, al contestarle, le manifestó con lisura la falta de cohesión y conjunto que se advierte desde luego en la oda. Así se infiere de la réplica de *Meléndez:*

«Convengo en la censura de la canción. ¿No le decía yo á V. S. que no iba igual, y que iba con muchas añadiduras?..... No extrañe V. S. el que ande vagando ahora, sin fijarme en nada. Este género moral me gusta muchísimo, aunque me conozco sin caudal suficiente para él. Pero el deseo de tener algo, que no fuese amores, que poder mostrar á personas á quienes no deben manifestarse bagatelas, me hizo querer probar si podía algo en este género.—Salamanca, 14 de Agosto de 1779.»

Ya en la esfera filosófica, el numen flexible de *Meléndez* se identifica con las tendencias de la época, y aunque con alas prestadas (1), vuela á su

(1) Se columbra fácilmente en sus obras que está muy familiarizado con Thomson, Young, Milton, Pope, etc. Véanse sus poesías *Al Invierno*, *La presencia de Dios*, *La Noche y la Soledad*, *La Creación*, *La caída de Luzbel*, etc.

manera, con gala, con desembarazo y sin fatiga, en espacios no muy altos ni desconocidos, pero en los cuales se respira aire de pureza, de justicia y de libertad. Á veces, cansado de emplear el tono de análisis moral de que hallaba ejemplo en los poetas de la secta *enciclopedista*, se atiene á la filosofía de consuelo y de resignación, á la vez racional y cristiana, que se avenía mejor con su musa dulce y apacible, é imita la admirable y famosa *Epístola* del capitán *Fernández de Andrada*, quedando á mucha distancia del modelo. Puede servir de ejemplo la elegía *Mis combates*, en que el autor discurre y discretea sobre los vaivenes de la vida, sin llegar á entristecerse de veras. En los siguientes versos de *Meléndez*, ¿quién no ve el reflejo de otros de *Andrada*?

DE ANDRADA.

¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para el rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Ó el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!
. . . .
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
Del Senado y romana Monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
Do apenas sale el sol, cuando se pierde

En las tinieblas de la noche fría?
¿Qué es más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!

. . . .

DE MELÉNDEZ.

El eterno Saber no nos dió vida
Para el cielo medir, ó el mar salado,
Sino para á Él labrarnos la subida.

. . . .

¿Dicen acaso al hombre que fué hecho
Para este suelo humilde, deleznable,
Do apenas se halla el bruto satisfecho?

. . . .

Perecen los imperios; grave siente
El peso del arado el ancho suelo
Do la gran Troya se asentó potente.
Desierto triste la ciudad de Belo,
De fieras es guarida; en la memoria
Esparta dura para eterno duelo.
¿Dó blasón tanto y célebre victoria?
¿Dó se han hundido? ¡Oh suerte miserable
Del ser humano! ¡Oh frágil, fugaz gloria!

. . . .

¿Dó están los años de la edad florida?
¿Dónde el reir, el embeleso insano
De los placeres? ¡Ilusión mentida!

. . . .

También intentó *Meléndez* imitar la entonación de *Herrera*, como se ve en la oda titulada *El Paso del mar Rojo*, que empieza así:

Cantemos al Señor, que engrandecido
Gloriosamente ha sido,
Y al mar lanzó caballo y caballero.

. . . .

Apareció el Señor como un guerrero.
El potente es nombrado.
De Faraón los carros y escuadrones
Ha en el mar derrocado.
. . . .
Abismos los cubrieron,
Y al profundo cual piedra descendieron.
. . . .
El enemigo dijo: «Seguirélos,
Partiré sus despojos, cogerélos.»

¡Cuán lejos están estos versos de la majestad, que es la cualidad distintiva de *Herrera!* *Meléndez* no había nacido para pulsar el arpa de los profetas.

Otras veces intenta seguir el rumbo místico en que *Petrarca* sueña y sutiliza el amor metafísico, y en esa esfera falsa y nebulosa se confunde y desmaya. El amor suave, ingenioso, alegre y casi siempre voluptuoso; el amor que recrea y que no da al alma sinsabor ni aflicción, ése es el campo natural de *Meléndez*, donde su musa vaga y juguetea como ninfa antojadiza y ligera, que corre de flor en flor, sin pasión y por mero deleite, sin cuidarse mucho de encubrir con las santas galas del pudor su desnudez y su frivolidad.

Algunas veces olvida *Meléndez* demasiado el idealismo en las imágenes del amor, y traspasa el límite que el decoro y el buen gusto prescriben. Acaso reconociendo esto mismo, suprimió el poeta en la impresión de sus obras la canción *El Palomillo*, que envió á *Jovellanos Fr. Diego González*. La desenvol-

tura de *Meléndez* en las descripciones amorosas fué notada, aun en aquel tiempo en que se le juzgaba con ilimitada indulgencia. Hablando de estas descripciones, dice una poetisa, hermana de *Jovellanos:*

Otras pinturas hace,
Que encienden al más tibio,
Ruboran al modesto
Y auxilian al maligno.

Sin sensibilidad verdadera y profunda, sin fantasía arrebatada y vigorosa, sin espíritu de observación trascendental, sin alcance filosófico, sin elevación mística, ¿cuál es, pues, el mérito de *Meléndez*, cuál el secreto de su hechizo y de su influencia?

No una sola; varias son sus facultades seductoras, á saber: la amenidad misma de su imaginación movediza; la cultura de su lenguaje; la facilidad de la versificación; la soltura artística, que entretiene y halaga, y más que todo, el primor descriptivo, donde todo es color, abundancia y gentileza. No es ésta la facultad de más alta ley que puede hallarse en el alma de un poeta; pero es siempre de valor muy alto, y tan grande el poder de su encanto, que esconde y disimula la falta de otras prendas más raras y de más preciados quilates. La fuerza descriptiva es tan genial y espontánea en este poeta, que cuando quiere soñar, disertar ó sentir, describe á pesar suyo: para ello nunca le faltan pensamientos ni palabras, y le acontece con frecuencia enervar y embarazar las reflexiones morales ó la efusión de

los sentimientos con imágenes pintorescas. Por eso la poesía campestre, que suele pintar más que sentir, cuadraba á su peculiar ingenio; por eso con la égloga *Batilo, en alabanza de la vida del campo*, que *olia toda á tomillo*, según la expresión ingeniosa del obispo y académico *Tavira*, vivificó por un momento un género que habian llegado á hacer lánguido y enfadoso los que, por mera rutina y sin salir de su prosaica estancia, afectaban deleitarse con amorosas y sandias pláticas de pastores imposibles y con soñadas sensaciones en florestas que jamás habian pisado; por eso, en fin, al escribir *Las Bodas de Camacho*, cuyo plan había para él formado su amigo y maestro, *D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, no acertando con la pasión ni con los caracteres que son el alma del teatro, hizo una especie de égloga cuando intentaba hacer una comedia.

Por esta comedia, premiada y representada en 1784, fué *Meléndez* muy zaherido, á pesar de los bellos trozos líricos que contiene aquella obra pastoral. En una sátira manuscrita de aquellos tiempos, perteneciente á los papeles literarios de *Jovellanos*, encontramos los siguientes versos:

De ser lánguido y frío habed empacho;
Que un tono mismo y pesadez no envuelva,
Como envuelven *Las Bodas de Camacho*.
Pinte su autor ovejas en la selva,
Pazcan, ó no, la hierba aljofarada,
Y su musa al teatro nunca vuelva.

Se alude en este último terceto á la célebre

égloga de *Meléndez*, titulada *Batilo*, que fué premiada en 1780 por la Academia Española. Empieza con estos dos versos:

Paced, mansas ovejas,
La hierba aljofarada.....;

y sabido es que los críticos zumbones de aquel tiempo se burlaron de esta idea, como impropia de quien afecta amar y conocer la vida pastoral, porque la hierba *aljofarada*, esto es, *cubierta de rocio*, es, según decían, dañosa para el ganado.

Á pesar de su indulgencia para con *Meléndez, don Leandro de Moratín* no puede menos de hacer notar la falta de calor, de orden y de armonía que se advierte en la estructura, en los caracteres y en el estilo de *Las Bodas de Camacho*, y toda la alabanza que puede tributarle se limita á decir que la comedia está escrita «en suaves versos, con pura dicción castellana», y que está «llena de excelentes imitaciones de Longo, Anacreonte, Virgilio, Tasso y Gesner» (1). Este último elogio, tratándose de un autor dramático, es de aquellos que más dañan que favorecen (2).

No hay que dudarlo: *Meléndez*, en una civilización literaria que vivía más de reflejo que de luz propia,

---

(1) Discurso de *Moratín* sobre el teatro español del siglo XVIII.

(2) El año mismo en que escribió Meléndez *Las Bodas de Camacho*, se publicó en Salamanca la comedia *El Amor*

fué y debió ser recibido con admiración y hasta con sorpresa. Sus perfecciones relativas, y hasta su mérito absoluto, eran grandemente adecuados para cautivar entonces la atención pública. «Hombres y mujeres (dice *Quintana*), jóvenes y ancianos, doctos é indoctos, todos se arrancaban sus poesías de las manos, todos aprendían sus versos, todos los aplaudían á porfía.» Antes de este triunfo, y cuando *Meléndez* estaba todavía en los albores de la juventud, *Cadalso*, *Fray Diego González* y *Jovellanos* habían presagiado su gloria y su importancia en las letras españolas. No es posible recordar sin sentir cierto enternecimiento el solícito afán que los dos últimos manifestaban por la salud y el adelantamiento del aventajado mozo, y la seguridad profética con que *Jovellanos* le consideraba como una gloria futura de la nación, cuando el poeta se hallaba todavía en una situación obscura y no poco menesterosa.

Fray Diego González, al enviar, en Marzo de 1776, á su amigo el *P. Miras* (1) una canción de *Meléndez*, el cual acababa de cumplir veintidós años y era to-

---

hace milagros, del bachiller *D. Pedro Benito Gómez Labrador*.—Imprenta de Villagordo, 1784.

Esta comedia sigue casi al pie de la letra la novela de *Las Bodas de Camacho*, según la refiere Cervantes en el capítulo XX del lib. II del *Quijote*.

(1) *Fray Miguel de Miras*, predicador acreditado y prior en un convento de religiosos agustinos de Sevilla.

davía desconocido en la república literaria, describe así al interesante poeta:

«Este *Batilo* es un joven extremeño, bachiller en leyes, muy aplicado á todo género de estudios, muy dulce de condición y hermoso de cuerpo y alma, á quien *Dalmiro* (Cadalso) ama mucho, y aun ha compuesto en su elogio una hermosa canción, en que muestra el mucho aprecio que le han merecido las producciones de este dulcísimo joven, que son muchas, y entre ellas hay algunas excelentes.»

En la correspondencia del maestro *González* con *Jovellanos* se advierte el vivísimo interés que inspiró á todos aquel poeta, que se presentaba con tan altas dotes en la palestra literaria.

El semblante de *Meléndez* denotaba, en su primera juventud, complexión endeble: cayó enfermo, y muchos temieron, al verle tan decaído y macilento, que una tisis terminase en breve su vida. *Fray Diego González* daba continuamente noticia á *Jovellanos* del estado del enfermo.

En 8 de Octubre de 1776 le decía:

«Recibí la muy apreciable de V. S. á la sazón en que estaba conversando dulcemente en mi estudio con el buen *Batilo*..... Uno y otro damos á V. S. repetidas gracias por la remesa de las poesías filosóficas..... (1). *Batilo* está muy amonestado por mí para que no piense en otra cosa que en su perfecto restablecimiento. Actualmente está tomando leche de burras, y así en su juicio como en el mío, se halla notablemente mejorado. Con toda frecuencia voy á

(1) Los poemas filosóficos de *Trigueros*.

sacarle de su posada y llevármele á gozar del campo. Había comenzado á contestar á la epístola didáctica, y yo le he mandado con todo imperio que no prosiga por ahora, so pena de incurrir en el desagrado de V. S., á quien doy nuevas gracias por la singular fineza con que desea y solicita la salud de este amable joven. Yo, en calidad de apoderado de V. S. para este efecto, no dejaré de maniobrar hasta conseguir su restauración. Quisiera estar de parte de noche á su lado..... Si él fuera tan desidioso como *Delio*, con menos motivo y sin tan superior precepto, observaría una perfecta dieta literaria; pero *Batilo* es muy incontinente en punto á libros, y el demasiado estudio que hizo el año pasado para el grado de bachiller, ha sido, en mi juicio, la única causa de su enfermedad. Tuvo una función muy lucida, que yo presencié con mucha complacencia; pero ahora está penando el exceso. En fin, gracias á Dios, va mejorando.»

Apenas recibió *Jovellanos* (en Sevilla) esta carta de *Fr. Diego González*, la envió á *Fr. Miguel de Miras*, con este billete de su mano:

«*Mireo* mío: Vea Vm. esa carta de nuestro *Delio*, y consuélese por las buenas noticias que trae de *Batilo*, cuya salud tanto nos interesa. Gracias á Dios, el mal no es tanto como temíamos, y con algún cuidado podrá repararse la quebrantada salud de un joven en cuya conservación *también se interesa la causa pública*.....

No quise escribir á Vm. ayer, por si venía algo de Salamanca. Ya va todo, y con ello el corazón de su tierno amigo.—*Jovino*.»

Más adelante volvió á inspirar algún cuidado la salud de *Meléndez*, y nunca se desmintió el interés solícito y casi paternal de *Fr. Diego González* y de *Jovellanos*. De ello puede formarse idea por este párrafo de otra carta del maestro *González* á su amigo:

«*Batilo* anda al presente algo malillo y desmejorado. Creo que son resultas de haber trasnochado en los últimos días del Carnaval, en que este corregidor permitió baile de máscaras en la casa de la Marquesa de Almarza, y al buen *Batilo* se le ofreció el vestir de abate italiano, y concurrir á sazonar la función con varias gracias que decía á cuantos le preguntaban algo. No sirva esto de acusación. Ello es que *Batilo* trasnochó y se agitó más de lo que permite su delicada complexión.»

Si lo consintiera el carácter del presente estudio, tal vez esta sería ocasión favorable para hacer resaltar, como verdad ideológica, el íntimo enlace que hay siempre entre el carácter del hombre y las cualidades literarias del poeta. No debemos, sin embargo, dejar de señalar, de pasada, las coincidencias que tan patentes se presentan en las obras de *Meléndez*, entre sus prendas morales y sus prendas poéticas.

Si bien apacible en su trato como en sus sentimientos, recto magistrado, hombre de familia puro y sencillo, carecía de la consistencia de temple y de convicciones que constituye los caracteres que no se contentan caminando en pos de ideas ajenas, sino imponiendo las propias con iniciativa, con arranque y con perseverancia. Sin fortaleza en los reveses, ni seguridad en los propósitos, dió el triste ejemplo de fluctuaciones graves de conducta política, siempre con intención purísima, y siempre arrastrado, con grande amargura de su parte, por el torrente de los azares privados y de las desventuras públicas.

La inconsistencia del carácter de *Meléndez* se refleja en sus obras poéticas. ¿Quién diría que el mismo hombre que siguió al partido francés y escribió versos laudatorios á los franceses (1), fuese autor de los dos romances impresos en Valencia con el título de *Alarma española,* que empiezan:

Al arma, al arma, españoles;
Que nuestro buen rey Fernando,
Víctima de una perfidia,
En Francia suspira esclavo.....;

y más adelante, á la entrada del Rey en Madrid, abolido en 1814 el gobierno representativo, de una cantata, entonces célebre, que empieza:

Cayó el loco bando.
Ya fausto en Madrid
Gobierna Fernando.
¡Que viva decid!.....?

---

(1) En la *Gaceta de Madrid* correspondiente al día 3 de Mayo de 1810, plana última, columnas 1.ª y 2.ª, se halla una composición del *consejero de Estado D. Juan Meléndez Valdés*, en alabanza de José Napoleón, con motivo de un acto caritativo de éste. La composición vale poco, pero en ella expresa Meléndez con vehemencia su adhesión al monarca intruso. Así dice una estrofa:

Más os amé, y más juro
Amaros cada día;
Que en ternura común el alma mía
Se estrecha á vos con el amor más puro.

También publicó una oda titulada: *España á su Rey José Napoleón I, en su feliz vuelta de Francia. Del Consejero de Estado D. Juan Meléndez Valdés.* Madrid, en la Imprenta Real; año de 1811.

Estas composiciones, más que á la historia literaria, pertenecen á la historia del hombre y á la de los vaivenes políticos de su tiempo. *Meléndez* era honradísimo, y lo que es más, amaba con vehemencia á su patria; pero era débil, y esto lo explica todo. *Quintana*, que profesó siempre afecto y veneración á *Meléndez*, intenta disculpar sus errores:

«Tal vez, dice, faltaba á su carácter algo de aquella fuerza y entereza que sabe resolverse constantemente á un partido elegido por la razón..... Sería mejor que los que reciben del cielo el don divino de pintar la naturaleza en bellos versos, y de inflamar con su entusiasmo la imaginación ajena, pudieran estar enteramente separados del torbellino de negocios, honores y empleos que agitan á los hombres en la grande escena del mundo. El poeta no debiera ser más que poeta..... La suerte preparaba á *Meléndez* el cáliz de la aflicción, que tiene siempre prevenido á los hombres eminentes, como para cobrarles con usura los pocos días que les concede de glorias y alegrías.»

En estas frases elocuentes se refleja la viva simpatía que despertó *Meléndez* en el ánimo de sus contemporáneos. No ha de ser la posteridad más severa que el severo *Quintana*. Y ¿quién no olvida los yerros del hombre ante la gloria del poeta?

En sus afectos particulares no demostraba mayor firmeza y energía, y al exceso de su blandura y condescendencia han atribuído muchos de sus amigos y admiradores las contradicciones de opinión y de proceder, que le suscitaron persecuciones y acerbos

sinsabores. La influencia exorbitante de su esposa, ejercida en cosas en que el hombre debe sólo tomar consejo de la dignidad y de la razón, contribuyó á acarrear á *Meléndez* gravísimos conflictos. No es nuestro ánimo acriminar á este escritor excelente y honrado, sino dar á conocer al hombre para explicar mejor al poeta. El ascendiente femenil debía hacer estragos por varios modos en aquella alma dulce y poética. Su más viva inspiración fué el amor. A *Ciparis* dedicó sus primeras ilusiones poéticas. Por las cartas de *Fr. Diego González* sabemos que *Ciparis* no fué una creación ideal, sino una señorita de Salamanca, perteneciente á una familia distinguida.

Cuando adoleció *Meléndez* de una enfermedad de pecho, en 1776, la familia á que aquí se alude demostró el más afectuoso interés al simpático poeta, y le convidó al campo para ayudar por este medio á su restablecimiento. Así lo indica *Fr. Diego González* en una carta, en que da noticia á *Jovellanos* de la salud de *Meléndez:*

«*Batilo* (dice) ha llegado esta tarde (19 de Octubre de 1776), de vuelta de una aldea, adonde le llevaron *Ciparis* y su padre para que se divirtiese en la vendimia de las viñas que tienen allí estos señores.»

También habla de ella *Fr. Diego*, y con especial elogio de sus prendas morales, en otra carta (de 10 de Febrero de 1778).

Los amigos de *Meléndez*, incluso *Jovellanos*, te-

nían noticia de la tierna afición del poeta. El mismo *Jovellanos* lo manifiesta claramente en la anacreóntica á *Batilo* que empieza:

Mientras *Batilo* canta
Con alto y dulce acento
Los años de *Ciparis*, etc.

Eclipsó á *Ciparis* más adelante *Rosana*, que tampoco fué creación de la fantasía. Hemos visto un retrato, primorosamente grabado, de esta hermosa doncella. Vino á parar el retrato á manos del ilustre escritor D. Ramón de Mesonero Romanos, que tuvo á bien franqueárnoslo, como curioso recuerdo de la historia juvenil del famoso poeta (1). *Filis* eclipsó á su vez á *Rosana;* pero amigos de *Meléndez* afirmaban que *Filis* se manifestó desdeñosa á pesar del culto de que fué objeto, y no quiso unir su vida á la del ilustre poeta. Era éste más impresionable que apasionado y perseverante, y

---

(1) El Sr. de Mesonero envió el retrato al autor de esta *Historia* con la siguiente nota:

«Es de D.ª Rosa de la Nueva y Tapia, la *Rosana* de Meléndez Valdés. Este retrato me lo dió ella misma en 1818, cuando contaba sesenta y más años, y yo quince. Dicha señora era natural de Cantalapiedra, provincia de Salamanca, y estaba casada con un distinguido caballero, que creo fué coronel.—Pudo nacer hacia 1758, y tendría diez y ocho ó veinte años cuando la conoció Meléndez en Salamanca, y la celebró en los romances *Rosana en el baile*, *Rosana en los fuegos*, *Rosana de azul*, y otros varios.

El retrato fué hecho en París, á lo que recuerdo haber oído á mi padre, que fué su amigo.»

cansado de los desvíos de *Filis*, acabó por casarse con una virtuosa señorita, que, semejante á la *Gemma* del Dante, mortificó al poeta con su carácter voluntarioso y dominante. El ilustre *Quintana*, que ha escrito la vida de *Meléndez Valdés* con claridad, con generoso espíritu y hasta con elocuencia, se hallaba demasiado ligado á su maestro por los miramientos de la amistad y de la gratitud, para hablar sin rebozo de la flaqueza de su carácter y de las circunstancias íntimas que la agravaban, con mengua de su prosperidad y de su sosiego. *Quintana* ha consignado algunas indicaciones acerca de este punto, expresando los efectos y guardando circunspecta reserva acerca de las causas. Pero la pluma independiente y veraz de *D. José Somoza*, el cual penetró en la intimidad de *Meléndez*, ha levantado completamente el velo echado por *Quintana* sobre la influencia, inocente, aunque perniciosa, de la desabrida matrona; tributando al mismo tiempo cumplida justicia á su virtud sin tacha, á la pureza de sus intenciones, y á la adhesión acrisolada y tenaz que demostró sin tregua al esposo tierno y sumiso, á quien simultáneamente mortificaba y adoraba (1).

---

(1) «Había yo tomado miedo y aversión al matrimonio, porque tenía presente el de mi maestro *Meléndez*, enlazado con una mujer de las que el público no puede juzgar malas, y son, á pesar de esto, intolerables. Y vaya otra digresión sobre esta hembra singular, que dominó

Quintana, en su *Introducción á la poesía del siglo* XVIII, juzgó á *Meléndez* con crítica menos indulgente que en la *Noticia histórica y literaria* de este

---

á aquel célebre escritor, y causó sus errores y desgracias.

Doña María Andrea de Coca fué de la noble familia de los Maldonados de Salamanca. Tuvo hermosura, y aun gracia hubiera también tenido si hubiera estado dotada de mejor carácter. Las mujeres de mal genio necesitan belleza duplicada para no parecer monstruos.

El día en que *Meléndez* pidió consejo sobre esta boda al festivo *Iglesias*, al enérgico *Cienfuegos* y á otros amigos suyos, no hubo uno de ellos que la aprobase, y cada cual hizo de la futura una descripción en diverso estilo, y á cual menos favorable; pero *Meléndez* les tapó la boca confesándoles que estaba ya casado de secreto. En efecto, era un enlace bien extravagante el del dulce *Meléndez* con aquel energúmeno. Demonio encarnado la llamaba su padre, D. José de Coca.

¡Y créanme mis jóvenes lectores! de lo que constituye la virtud en su sexo, nada había que tachar; pero ¡qué virtud, Dios mío! altiva, intratable, hostil, como la de algunas damas de *Calderón* ó *Moreto*, á cuya lectura ella era muy aficionada. Es probable que jamás se atrevió ningún mortal á decirla un requiebro; mas si lo hubiera osado alguno, no se hubiera librado de una bofetada. Su talento é instrucción los pervertía un juicio estrafalario, y eran tan extremadas sus pasiones, que transformaban en vicios varias de sus buenas prendas. Por economía, ruin; por pundonor, ambiciosa; y por amor conyugal, intolerante y verdugo implacable del pobre hombre, y celosa de cuantos le estimaban, sin distinción de sexo. En vano discurrían los amigos trazas de hablar con *Meléndez* sin ser perturbados por este demonio íncubo. En vano era elegir horas, en vano subir de puntillas la escalera de su

poeta. Tacha su estilo, en algunas ocasiones, de vago, difuso y declamatorio, y le niega con rigor absoluto toda aptitud para la poesía filosófica.

«Nunca (dice) debió arrojarse á tratar asuntos que no estaban ni en su cuerda ni en su carácter, y la *caída de Luzbel*, el *sistema del universo*, la *inmensidad de la naturaleza*, y otros argumentos de igual clase, prueban, con la infelicidad de su desempeño, que si el objeto y el conjunto de las ideas cabían en los principios y en el saber del autor, no se avenían de modo alguno con los medios poéticos que poseía.»

Quintana exagera algún tanto su justa censura.

---

estudio. Decía que su *Monsiurito* era sólo para ella; que sus versos amorosos para ella los había escrito, y que ella era la mujer del primer hombre de España, el cual debía ser primer Ministro. Y lo gracioso del caso era que el buen *Monsiurito* no la desmentía á fe, ni de palabra ni en obras. Pero esta mujer, que fué la única causa de las debilidades de *Meléndez*, tenía cierta elevación de alma que le hacía honor. Siempre que en la última época se le hacían reflexiones contrarias á sus planes de ambición, decía que en un apuro sabría poner una tienda de aceite y vinagre para que su marido en el cuarto de arriba viviese y escribiese para su ingrata patria. Todo el mundo sabe que después de viuda sólo pensó en la gloria de su esposo. Que logró á duras penas que el Gobierno costease la edición de sus obras. Y yo la he visto morir sobre un jergón, en casa de su lacayo, año de 1822, pensando todavía ahorrar para hacer venir á España el cuerpo de su marido, con ánimo, por supuesto, de sepultarse con él, y que fuese el epitafio:

MELÉNDEZ Y SU MUJER.»

(*Una mirada en redondo á los* sesenta y dos *años*, por D. José Somoza.—Salamanca, 1843.)

Meléndez no sabe sostener ni aprovechar el arranque de sus propias ideas; pero á veces levanta el vuelo á grande altura, como lo hace en las odas *Al Fanatismo*, *A la Gloria*, *A las Artes* y en otras varias. Esa misma oda *A la inmensidad de la naturaleza*, que menciona *Quintana* como ejemplo de imperfección, contiene no pocas bellezas, y, lo que es más notable todavía, algunos de los rasgos líricos de alta ley que han granjeado á *Quintana* tan merecida gloria, y fueron visiblemente inspirados por los versos del imitador de *Anacreonte*.

Sirva de ejemplo el siguiente:

DE MELÉNDEZ.

El gran Newton, subido
Á la mansión lumbrosa,
Cual genio alado, tras los astros vuela,
Y al mundo absorto la atracción revela.

DE QUINTANA.

. . . .
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

La idea es la misma, pero ¡qué diferencia! *Meléndez* la indica; *Quintana* la ilumina con el fuego de su entusiasmo.

La poesía de *Meléndez* trae, sin gran motivo, á la imaginación de *Jovellanos* la preciosa imagen de Homero:

Y tú, ardiente *Batilo*, del *meonio*
Cantor émulo insigne, arroja á un lado
El caramillo pastoril.....

El mismo *Meléndez* reconoce que su inspiración se halla muy distante del lirismo sublime de la poesía griega. Así escribía, el 18 de Mayo de 1776, á *Jovellanos*, cuando éste, arrastrado por su indulgente admiración, creía ver poesía pindárica en los versos del aventajado mozo, que aun no había cumplido veintidós años:

«Puedo hacer á V. S. el mismo cargo por los elogios excesivos que verdaderamente desperdicia con mi canción, pues yo no hallo en ella otro mérito que el de la digna elección del objeto. Quise ver á *Pindaro*, por ver si acaso, y sin yo pensarlo, como sucede muchas veces, había seguido en algo sus huellas; pero desengañéme bien presto, y avergoncéme de mi vanidad. Es inimitable este lírico, y sus ideas magníficas están muy lejos de las que nosotros podemos concebir, quizá por la diferente educación.»

Los escritores no salen nunca de la esfera moral é intelectual en que viven su imaginación, sus tendencias, su fe, su ambición, sus afectos. Conocidos la índole y el temple de *Meléndez*, fácil es tasar la fuerza y el carácter de su fantasía, y comprender que su numen, más risueño y activo que austero y vigoroso, no desciende hasta el fondo del corazón, ni remueve las pasiones con entusiasmo verdadero. No canta nunca el himno de admiración profunda que para las sublimidades del cielo y de la tierra guardan en su corazón los grandes poetas. Ni un verso suyo hace estremecer de ternura ó de indignación,

porque su musa no tiene vehemencia ni sensibilidad bastante para agitar el alma al eco de la gloria, del infortunio ó del amor. *Meléndez* pinta los sentimientos humanos como quien toma escasa parte en ellos. Parece que ve á distancia el espectáculo de la humanidad; y no fué, ni pudo ser, como alguna vez lo soñaron *Quintana* y *Jovellanos*, ni el *alumno de Píndaro* ni el *émulo de Homero*.

Algunos hombres especialmente consagrados á estudios áridos y graves se dedicaban á la poesía, aun sin estar dotados, como *Meléndez*, de verdadera vocación poética. Era esparcimiento de ánimos cultivados, moda literaria del tiempo, manifestación amena del talento, y, como tal, un medio más de sobresalir en el mundo. Entre estos hombres se señalaron muy notablemente *Forner* y *Jovellanos*. Ninguno de los dos era poeta de afectos suaves ni de místicos arrobamientos. Austeros ambos, é inclinados además, por índole y por costumbre, antes á analizar las cosas con la razón que á sentirlas por instinto, ó á idealizarlas con los sueños de la fantasía, fueron notables poetas, como pueden serlo los hombres de entendimiento y de sensibilidad que no han nacido poetas. *Forner* y *Jovellanos* resplandecieron principalmente en la sátira, que es la poesía de los que, á fuer de pensadores, se atreven á ejercer la censura pública de las costumbres y las letras extraviadas.

Jovellanos ha sido ya juzgado de un modo lumi-

noso en los varios aspectos que ofrece su múltiple y vigoroso talento (1). Sólo nos imcumbe recordar aquí su no escaso mérito como poeta, haciendo notar al propio tiempo que su índole peculiar le llevaba á ser, á la manera de los Argensolas, aunque inferior á ellos, no poeta de inspiración rica, fogosa y espontánea, sino poeta elevado, reflexivo y severo, que no dice las cosas porque brotan, en impetuoso é involuntario arranque, del corazón ó de la fantasía, sino porque las crean y las modelan un noble instinto y una razón segura. Pero *Jovellanos* tenía sensibilidad delicada, como lo demuestra su drama *El Delincuente honrado*, y fe acrisolada y profunda; y las raras veces que su musa toma estos simpáticos caminos, sube muy alto, y llega á los espacios de la verdadera poesía. ¿Quién no siente su alma conmoverse y levantarse al leer sus magníficas epístolas al *Duque de Veragua*, *desde El Paular*, y á *Cean Bermúdez*, sobre los vanos deseos y estudios de los hombres? En ambas composiciones se muestra *Jovellanos* á un tiempo filósofo y poeta. La primera es un bellísimo contraste entre los hechizos de la naturaleza en la soledad y las angustias incurables del alma; la segunda, una de las lecciones más elocuentes y robustas que ha dado jamás el sentimiento religioso al orgullo de la razón

(1) Por el Sr. D. Cándido Nocedal. Tomos XLVI y L de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra.

humana. ¿Quién no admira estos versos, que son un anatema del panteísmo, y como el resumen de las trascendentales reflexiones de la epístola?

. . . .
Otro, del cielo descuidado, lee
En el humilde polvo y le analiza.
Su microscopio empuña; ármale y cae
Sobre un átomo vil. ¡Cuán necio triunfa,
Si allí le ofrece el mágico instrumento
Leve señal de movimiento y vida!
Su forma indaga, y demandando al vidrio
Lo que antevió su ilusa fantasía,
Cede al engaño, y da á la vil materia
La omnipotencia que al gran Sér rehusa.
Así delira ingrato; mientras otro
Pretende escudriñar la íntima esencia
De este sublime espirtu que le anima.
¡Oh, cual le anatomiza!
. . . . , ...
Medita, observa, estudia; y sólo alcanza
Que cuanto más aprende, más ignora.
Materia, forma, espirtu, movimiento,
Y estos instantes que incesantes huyen,
Y del espacio el piélago sin fondo,
Sin cielo y sin orillas, nada alcanza,
Nada comprende. Ni su origen halla,
Ni su término, y todo lo ve, absorto,
De eternidad en el abismo hundirse.
Tal vez saliendo dél más deslumbrado,
Se arroja á alzar el temerario vuelo
Hasta el trono de Dios, y presuntuoso,
Con débil luz escudriñar pretende
Lo que es inescrutable. Sondeando
De la divina Esencia el golfo inmenso,
Surca ciego por él. ¿Qué hará sin rumbo?
Dudas sin cuento en su ignorancia busca,

Y las propone y las disputa, y piensa
Que la ignorancia, que excitarlas supo,
Resolverlas sabrá. ¿Viste, oh Bermudo,
Intento más audaz? ¡Qué! ¿sin más lumbre
Que su razón, un átomo podría
Lo incomprensible comprender, linderos
En lo inmenso encontrar, y en lo infinito
Principio, medio ó fin? ¡Oh ser eterno!
¿Has dado parte al hombre en tus consejos,
Ó en el santuario, á su razón cerrado,
Le admites ya? ¿Tan alta es la tarea
Que á su débil espíritu fiaste?
No, no es ésta, Bermudo. Conocerle
Y adorarle en sus obras; derretirse
En gratitud y amor por tantos bienes
Como, benigno, en tu mansión derrama;
Cantar su gloria y bendecir su nombre:
He aquí tu estudio, tu deber, tu empleo,
Y de tu sér y tu razón la dicha.....

Como versificador no es un modelo *Jovellanos*. Abusa de las licencias poéticas; lucha sin tregua con los acentos, con las cesuras, con las sinalefas, y no siempre sale vencedor. En cambio es hablista de nota; no siempre puro, castizo y fácil, á la manera de los escritores del último tercio del siglo XVI y del primero del XVII, pero claro, firme y abundante.

Como crítico no rayó *Jovellanos* á grande altura. Sus facultades en esta parte no eran tan poderosas que pudiera sobreponerse á las doctrinas triunfantes en aquella época. Era el apogeo de las *Poéticas*, y sólo un instinto estético como el de *Lessing* habría podido sacudir su yugo. En las reglas se cifraba toda perfección literaria. Ya hemos visto que el

magisterio doctrinal que *Jovellanos* ejercía sobre sus amigos de Salamanca propendía á estrechar el campo de la inspiración. La crítica literaria no tenía aprecio, ni indulgencia siquiera, para las letras nacidas del espíritu nacional, como no estuviesen puntualmente ajustadas á las trabas y á los atildamientos convencionales. *Meléndez*, que había nacido poeta y podía volar con alas propias, buscando directamente la belleza en la naturaleza misma, se hace poeta imitador porque sueña con las *Poéticas*, y no conoce otra crítica que los preceptos que ellas encierran (1).

Un amigo y paisano de *Jovellanos*, *D. Carlos González de Posada*, le envía un afectado, insulso y mal versificado romance endecasílabo en alabanza de algunos poetas asturianos. *Jovellanos*, inclinado á la indulgencia por la tierna amistad que le profesa, y acaso por espíritu de paisanaje, le contesta colmándole de elogios. ¡Quiere animarlo y dirigirlo en el cultivo de la poesía, y no le habla de la naturaleza,

---

(1) «Yo había pensado hacer una comparación de las cuatro poéticas principales, de Aristóteles, Horacio, Vida y Despréaux, metiéndome también con el *Ensayo sobre la crítica* de Pope, y nuestro *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva; comparando las reglas de todos con las del filósofo (Aristóteles) y entre sí, y haciendo un examen crítico de ellas, distinguiendo las fundamentales é invariables de las arbitrarias ó de convención.»—(Carta autógrafa de *Meléndez Valdés* á *Jovellanos*, escrita en Salamanca el 14 de Septiembre de 1778.)

ni le ocurre otro consejo sino recomendarle el particular estudio de nada menos que diez *Poéticas!* (1).

Obras eminentes de la antigüedad no causaban á hombres insignes la admiración que por sus grandes bellezas merecen, porque la apocada crítica del tiempo les impedía desprenderse de ciertas prevenciones. *Jovellanos* y *Fr. Diego González* no gustaban de *Lucrecio*, y ciertamente que hombres tales no habrían dejado de recrearse con la lectura de tan gran poeta, si las ideas convencionales que los dominaban no hubieran en gran manera embotado en ellos el sentimiento de lo bello (2).

Don Juan Pablo Forner era poeta de índole análoga á la de *Jovellanos*, pero de menos vigor y de

---

(1) «Hallo en el romance mil gracias, muchos pensamientos sublimes y brillantes, muchos versos correctos y armoniosos, algunas ideas originales..... Seguramente usted podrá hacer grandes cosas en poesía si se aplicase particularmente á este ramo, estudiándola por principios en *Aristóteles*, *Horacio*, *Scalígero*, *Cascales*, *el Pinciano*, *el Brocense*, *Marmontel*, *Boileau*, *Castelvetro* y otros maestros, entre cuyas obras creo que no desconocerá usted las hermosas *Instituciones poéticas* del *P. Juvencio*, que andan al fin de la *Retórica* del *P. Colonia*, y son la cosa mejor que yo he leído.»—(*Obras de Jovellanos*, t. L, pág. 167, en la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra.)

(2) «El gusto de V. S. congenia mucho con el mío. Tampoco yo hallo gusto alguno en leer á *Lucrecio*, siendo así que la lectura de los otros poetas latinos me causa especialísimo deleite.»—(Carta de *Fr. Diego* á *Jovellanos*, escrita en 1777.)

más limitado vuelo. Su fantasía, viva y ardiente, no era poética. El campo de su gloria fué el campo del examen y de la discusión. Era ante todo un gran polemista, ó como hoy se dice, un gran discutidor. Le falta el *quid divinum*, pero lo suple como puede, con su brioso desembarazo de hablista y de escritor. El profesor de jurisprudencia de Salamanca asoma, embozado con el velo literario, en todas sus obras, así en prosa como en verso. En su célebre *Oración apologética*, en sus *Exequias de la lengua castellana*, en sus impugnaciones y controversias críticas, y hasta en sus sátiras, se trasluce el abogado, no alucinador y palabrero, sino severo, convencido y ardiente hasta pecar de bronco y agresivo. Su comedia *El Filósofo enamorado* carece por completo de color poético. Á su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía*, premiada en 1782 por la Academia Española, le falta también la poesía que cabe en este género, esto es, el donaire satírico, la sal que suaviza el áspero sabor de la censura. Es, sin embargo, una sátira ingeniosa, en que el autor se muestra razonador gallardo y hombre de gusto depurado; una obra de dicción correcta y esmerada, y de versificación llena y robusta, si bien no de aquella que brota espontáneamente y sin esfuerzo del pensamiento mismo.

Su *Oración apologética por la España y su mérito literario*, ampliación luminosa de la célebre defensa de España contra los injustos ataques de la *Nouvelle*

Encyclopèdie, leída en la Academia de Berlín por el abate Denina, aunque no tan detenida y circunstanciada como pudiera ser, está llena de vigorosa crítica, y no pocas veces de ardorosa elocuencia, y demuestra lo que *Forner* era capaz de hacer.

Profesaba aversión á la filosofía francesa del siglo XVIII, cuyas doctrinas juzgaba en su mayor parte perturbadoras del orden moral y político, y la revolución de 1793, que

Puebla de horror los ámbitos del mundo (1),

era á sus ojos un trastorno monstruoso é injustificable de la sociedad humana.

La crítica histórica y la crítica literaria eran las vocaciones especiales de *Forner*. La poesía satírica, que tiene cierta afinidad con la facultad crítica, y que no es verdadera poesía en la acepción pura de esta palabra, cuadraba, como hemos indicado, á su temple severo. En sus *Discursos filosóficos* y en sus sátiras imita visiblemente el estilo de los *Argensolas*, pero nunca llega á la lisura, al nervio y á la natural concisión de éstos. La poesía tierna, fantástica ó risueña es para él un campo sobrado halagüeño. Su musa austera y belicosa, amante del tráfago mundano, se deleitaba poco con las praderas y los bosques. Su composición lírica más notable es su *Canto á la paz*. Intentó imitar en este poema la entonación y el estilo del *Bernardo*, de *Balbuena*.

---

(1) Soneto de *Forner*.

«Se hubo en esta empresa (dice *Lista*) como hábil maestro..... *Balbuena* elige seres de la naturaleza que fácilmente se prestan al pincel delicado que los colora; *Forner* describe objetos filosóficos, más difíciles de embellecer, y la habilidad con que ha sabido formar de ellos cuadros animados y pintorescos, sin enervar, como otros hacen á fuerza de adornos, la primitiva robustez de sus pensamientos, constituye todo el mérito del *Canto de la paz.*»

He aquí una de las octavas de este canto que más cautivaban á *Lista*:

Y así en guerras eternas fluctüando,
La pompa del poder, incierta y vaga,
De nación en nación va trasmigrando,
Y aquí ilumina cuando allí se apaga.
Teñido en sangre el suspirado mando,
Si con glorias efímeras halaga,
Cual rayo abrasador las cortes gira,
Y sólo deja el rastro de su ira.

Es incontestable: en esta octava resplandece el talento. Pero ¿dónde están en ella y en las demás del poema aquella riqueza y propiedad de dicción, aquella naturalidad de estilo, aquel íntimo sentimiento de la hermosura de la naturaleza que campean en las obras de Balbuena? Éste sentía más, sutilizaba menos, y no habría empleado la impropia frase de *teñir en sangre el mando. Forner* era más filósofo; *Balbuena* más poeta. Aquél no busca sino principios y sentencias morales; éste no se paga sino de las imágenes de la fantasía, de la emoción poética que producen los seres de la naturaleza. Imitar el estilo de los demás es insensato y estéril

propósito. *Forner* no es poeta sino cuando, olvidado de la imitación, piensa y escribe como *Forner*, esto es, llevado de su propio instinto.

También cultivó la poesía dramática. En 1796, un año antes de su prematura muerte, siendo todavía fiscal de la Audiencia de Sevilla, imprimió en Madrid su comedia *La Escuela de la amistad, ó el Filósofo enamorado*. El asunto es muy adecuado á la índole literaria de *Forner*. Lisonjero fué el éxito en el teatro de Cádiz, donde se representó primero, y no lo fué menos en uno de los de Madrid, á juzgar por lo que escribieron al autor dos de sus amigos (1). Varios periódicos atacaron con encarniza-

---

(1) Esta carta y otras muchas de las *Cartas á Forner*, cuyos originales autógrafos tenemos á la vista, están llenas de noticias íntimas, muy interesantes para la historia literaria del siglo último. Todas debieran publicarse. Aquí no podemos sino transcribir de cuando en cuando algunos párrafos de ellas, que contienen noticias curiosas, enlazadas con nuestro asunto. He aquí la carta á que aludimos:

«Querido Fiscal: Llegó la hora de que le diese á Vm. una buena nueva. Antes de ayer se representó *El Filósofo* con mucho aplauso; tanto, y aun puedo decir más que *El Viejo y la Niña*. Todo el pueblo entendió bien las pullas; y lo que más ha alborotado ha sido el tercer acto, por lo de los jueces y las reflexiones del filósofo. No puedo encarecer más lo que ha gustado, en diciendo que habían cortado unos cuantos versos los cómicos, y, sin embargo de ser bien larga la comedia, los han vuelto á habilitar al ver la doctrina que cada día se descubre en ella, y el gusto que el público muestra en oirla. El señor

miento la comedia, lo cual causó gran desabrimiento en el ánimo del poeta; pero nada lo mortificó tanto como creer que el *P. Estala,* su mayor amigo, y

---

Corregidor fué el primer día, y ha hecho cuanto ha estado de su parte para el mayor lucimiento de la comedia. La entrada del primer día ha sido de 5.700 reales, la segunda 6.480, y la tercera, que ha sido una tarde hermosa, 5.800 reales. Al segundo día se corrió por Madrid que se iba, de orden de la Sala, á reformar la tercera jornada, lo que ha contribuído á su mayor celebridad.

»Amigo, muchos pasos me ha costado el lograr su representación, pero los doy por bien empleados al ver son completamente recompensados por los aplausos que el pueblo, culto y grosero, tributa á un verdadero amigo. Sin embargo que el pobre *Torre* no ha hecho la comedia, por haber fallecido el sábado anterior, no ha dejado de darla su valor *Luna.* Todos generalmente la han ejecutado perfectamente. *Cubas*, *Querol*, *Polonia*, *Rita*, la *Gabriela*, la *Porta* y *Manuel*, todos han puesto sus conatos para el mayor lucimiento. Son acreedores á que envíe Vm. una carta para leérsela en el vestuario.

»Es preciso me envíe Vm. un famoso prólogo, tirando buenos tajos, pero que no carezca de doctrina por eso, pues quiero imprimirla..... *Estala* dice la corregirá varios defectillos, sobre lo que escribirá á Vm. largamente.....

»Madrid, 30 de Enero de 1796.»

(Sin firma. Hay una rúbrica.)

Algunos días después escribió *Estala* á *Forner*, sin fecha, como solía, esta carta familiar, interesante en sí misma por su valor histórico, porque completa las noticias de la anterior, y además por ser de pluma tan célebre y autorizada:

«Hombre, yo tenía dispuesta una larga epístola para enviártela, sobre el suceso de *El Filósofo*, que ha excedido á mis esperanzas, aunque siempre creí que agradaría.....

crítico de grande autoridad, desaprobaba igualmente la obra. Le llegó tan al alma esta creencia, que hasta dudó de la amistad de aquel hombre excelente y sincero. *Estala*, con el familiar desenfado que cabía

---

La comedia ha agradado infinito, como lo indican las entradas, que han ido subiendo de día en día, su duración por doce ó trece días, y haberse dejado con más de 5.000 reales. Este es un argumento fuerte del mérito de una comedia que ni tiene batallas, ni desafíos, ni es de mágica ó de *maquinaria*, como las ha bautizado nuevamente tu amigo don Santos, á quien no ha agradado *El Filósofo*, prueba evidente de su bondad. La han ejecutado perfectamente los tres ó cuatro que se sujetaron á mis advertencias, como *Querol*, la *Polonia*, la *Porta*, *Cubas;* pero los padres maestros, *García* y la *Rita*, que nada quisieron hacer en el ensayo, lo han hecho muy fríamente. Debes dar las gracias á *Querol*, porque ha echado el resto.

»Entran ahora mis reparos. El esconderse la moza con Fernando en el acto primero hace muy mal efecto. El pueblo gruñó un rato cuando lo vió la primera vez, y temí una desgracia. Después, en las demás representaciones, siempre noté la misma murmuración. Por otra parte, aquel encierro no produce todo su efecto, y estos medios no se deben emplear sino para producirlo grande. Si la precipitación con que estos diablos de cómicos dispusieron la cosa no me hubiera impedido el mandarles hacer un ensayo formal en el teatro, lo hubiera notado y corregido fácilmente.

»Dependiendo el progreso de la acción de que don Silvestre entienda que el Filósofo pretende á su hija, este gran proyecto no está bien preparado, y parece un efecto de la casualidad el que don Roque se lo diga, metiéndose á esta oficiosidad sin habérselo encargado. Yo suplí esto muy fácilmente con un par de versos en boca de don Felipe, en que, al empezar el acto segundo, le dice á su

en la estrechísima amistad que los ligaba, le desagravia en estos términos:

«Eres el cuadrúpedo más brutal que hay sobre la tierra. ¿Quién te ha dicho que yo me entibio en tu amistad? Y ¿cómo has podido soñar que el que tu comedia fuese mala ó buena podía influir en mi estimación para contigo?

---

criado que esté alerta para hablar al viejo sobre lo que le han instruído antes, si halla ocasión.

»Igual libertad me tomé en preparar el gran golpe del arresto y embargo del Filósofo, pues la venida del escribano parece por máquina, y el espectador, no alcanzando á presumir de dónde viene el golpe, cree es un recurso mezquino, como el que ve todos los días en los sainetes. Yo le preparé el lance, esforzando con un par de versos las amenazas del Marqués al marcharse.

»En la orden que lee el escribano, han reparado algunos, y principalmente Romero, que no está muy arreglada á la práctica legal, y me ha encargado que te lo escriba. Yo de esto no entiendo; es preciso que lo mires con mucho cuidado, porque el que te llamen mal poeta es chico pecado; pero ¡mal letrado un señor fiscal!

»Viniendo ahora al proyecto de imprimirla, te conjuro por nuestra amistad que no lo hagas, porque tus enemigos han dado la más maligna interpretación á lo que se dice sobre la prisión, á las exclamaciones del Filósofo, á las palabras y conducta del alcalde de corte, etc., asegurando que, aunque la comedia es mala en cuanto al arte, es detestable por sus principios sediciosos. Otros, tomando el extremo opuesto, dicen que es excelente por estar escrita con todo el espíritu de un jacobino. Esta calumnia tomará más cuerpo si se imprime en las presentes circunstancias, sin acordarse de que la comedia se compuso seis años ha..... El mentecato Picornell se halla preso, y dicen que es por hablar y propagar las malditas máximas de los franceses..... Ha mudado de modo de pensar, y conociendo

Moratín ha hecho excelentes comedias, y yo le detesto de todo mi corazón. La tuya pudiera ser peor que las de todos los *Comellas*, y no por eso se disminuiría un punto mi amistad. Anda, que eres un jumento» (1).

Estos cariñosos insultos en un hombre tan grave y circunspecto como *Estala*, denotan el grande aprecio en que tenia á *Forner*. No es de creer que *Estala*, crítico de gran sentido, admirase con extremo la comedia *El Filósofo enamorado*, un tanto fría y declamatoria; y, sin embargo, tan sinceramente amaba al autor, que no sólo la defendió, en los periódicos, de las malignas impugnaciones de los descontentadizos y de los envidiosos, sino que corrigió en ella, sin consultar á *Forner*, algunas cosas que juzgaba imperfectas ó peligrosas (2), im-

---

á fondo el mío, tan contrario y enemigo de todos los horrores de la Francia y de sus perversas doctrinas, acudiría á buscar otros de su pandilla. En esta inteligencia, ya ves cuánto te perjudicaría el que se creyese que tú eras capaz de apoyar semejantes máximas..... Créeme, remite la impresión para otra ocasión, y entonces, examinando de nuevo la comedia, te diré con mi acostumbrada ingenuidad lo que puede mejorarse en ella.» (Cartas autógrafas á *Forner*.)

(1) Carta de *Estala* á *Forner*. No tiene fecha, porque *Estala* olvidaba casi siempre el ponerla.

(2) «..... Ya sabrás por Bernabeu que borré en el prólogo aquella pulla contra los moralistas, porque si éstos levantaban el grito, según están las cosas, toda tu golilla (era *Forner* fiscal en Sevilla) no te libraría de un mal rato. También borré cuatro versos en que hablabas demasiado claro contra los matrimonios que se usan; materia

pidiendo además la publicación de algunos ataques harto desmandados (1).

Llevado siempre *Forner* de su noble y patriótico deseo de combatir las insanas doctrinas que venían entonces de Francia, escribió una comedia titulada *El Ateista*. *Estala* dudó con razón que el Gobierno permitiese su representación en aquellas circunstancias (2).

Entre los autógrafos de *Forner* hay fragmentos de dos tragedias y dos comedias. Los títulos de éstas son: *La Cautiva* y *La vanidad castigada;* los de aquéllas, *Motezuma* y *Francisco Pizarro.*

En las *Ilustraciones* al segundo de sus *Discursos filosóficos sobre el hombre*, copia *Forner* la primera escena del tercer acto de su tragedia *Las Vestales*, que, según dice, escribió «á la entrada de su juventud». También dejó escrita una comedia titulada *Los falsos filósofos.*

---

sumamente delicada, y que basta insinuarlo como lo haces en aquel mismo lugar. Si llevas á mal estas correcciones, no me importa; yo, de cuya amistad sospechas, miro más por tu honor y tranquilidad que tú mismo.» (Carta autógrafa de *Estala.*)

(1) «He procurado que no se ponga en el *Diario* la tal carta de *El Ingenuo*, porque no prueba nada, y está llena de desvergüenzas, que sería necesario castigar á garrotazos.» (Carta autógrafa de *Estala.*)

(2) «Sobre la comedia *El Ateísta* te advierto que no sé si podrás lograr que se represente, porque estas gentes se han empeñado en que no se ha de hablar ni bien ni mal de estas materias.» (Carta autógrafa de *Estala.*)

Muchas obras de *Forner* quedaron inéditas, entre ellas, *Los gramáticos, ó historia chinesca,* escrita contra Iriarte y sus admiradores, y *Exequias de la lengua castellana*, que fueron tenidas por uno de sus más ingeniosos escritos. Así como al distinguido humanista el *P. Navarrete*, de la Escuela Pía, amigo de *Estala,* y á otros varios notables escritores del último tercio del siglo XVIII, que publicaron estimables obras, la posteridad no ha podido juzgar á *Forner* sino de una manera incompleta. Si hubiéramos de aquilatar sus altos merecimientos como filósofo, como historiador, como filólogo, como sustentador tenaz de las glorias de la civilización española, prolijo y delicado habría de ser nuestro examen. No basta el presente estudio, especialmente consagrado á avalorar la índole y cualidades de los poetas, para tasar de una manera acertada y cabal un entendimiento como el de *Forner,* firme, austero y de trascendental alcance.

En las obras de todo escritor profundo y sincero se reflejan siempre las prendas del carácter del hombre; pero en ninguna con mayor claridad que en las de *Forner*. Era por naturaleza crítico y analizador, y no soñador ni espiritualista. Su ingenio es sin duda desembarazado y agudo; pero más con la agudeza que penetra y que hiere, que con aquella que deleita y regocija. No prepondera en sus versos el estro celestial del poeta, y en vez del hechizo inefable que emana de una imaginación llevada en

alas de la idealidad ó enardecida por el entusiasmo, se siente el ánimo dominado involuntariamente por la sensatez del filósofo y por la amargura del censor. El talento es incontestable, pero casi siempre se asemeja más al talento razonador y reflexivo del jurisconsulto, que al fuego inspirador del verdadero poeta (1).

En la sátira, en la investigación y en la controversia es, según ya hemos indicado, donde campea animoso y desembarazado el entendimiento de *Forner*. Sea rigidez genial, sea odio instintivo á la medianía entronizada, sea, en fin, achaque de aquella era, en que pugnaban con impulsos nuevos elementos inveterados, es lo cierto que *Forner*, agresivo, obstinado, implacable cuando se empeñaba en arrancar la máscara al charlatanismo triunfante ó á la vanidad glorificada, ejerció evidente influencia en sus contemporáneos. Nadie fué más belicoso que *Forner;* nadie usó más nombres de batalla. Ya *Tomé Cecial*, ya *Pablo Segarra*, ya *D. Antonio Varas*, ya *Bartolo*, ya *Pablo Ignocausto*, ya el *bachiller Regañadientes*, ya *Silvio Liberio*, siempre se descubre el

---

(1) En la BIBLIOTECA de Rivadeneyra publicamos por primera vez las poesías líricas completas de *Forner*. Las debimos á la bondad del ilustrado caballero D. Luis Villanueva, que ya dió á la estampa algunas de ellas en 1844. Llegaron afortunadamente á sus manos los manuscritos autógrafos que conservaba la familia del ilustre escritor extremeño.

escritor firme y austero, pero intolerante y descontentadizo. Y no se limitaba su saña crítica á combatir y ridiculizar los extravíos de los hombres famosos de su tiempo. No malograba ocasión alguna para fulminar con el sarcasmo y con la ira á los copleros audaces ó vergonzantes que profanaban el sagrado del arte. El bombardeo de Argel por el general de la armada D. Antonio Barceló (Agosto de 1783); el tratado de paz entre España é Inglaterra (3 de Septiembre de 1783), y el nacimiento de los dos infantes gemelos D. Carlos y D. Felipe (5 de Septiembre de 1783); tres acontecimientos venturosos, casi simultáneos, que conmovieron grandemente el sentimiento patriótico de los españoles, desencadenaron la musa trivial de los copleros. La poesía *de circunstancias* ha sido siempre escollo de la inspiración, y en aquel momento, lanzada, contra la voluntad de Dios, á la palestra literaria una turba insolente de insulsos versificadores, el turbión de cantos heroicos, odas, églogas y romances llegó á ser una verdadera calamidad poética, que retrajo de escribir versos en celebridad de aquellos faustos sucesos á los poetas acreditados, con la excepción, acaso única, de *Huerta.* El irascible *Forner,* exasperado, exclamaba: «¡Á qué términos ha traído á los copleros la execrable hambre de sacar dinero á costa de los augustos niños y de esta paz, que ha suscitado una guerra más cruel al buen gusto y á la sabiduría! ¡Pobre Barceló! ¿Quién

diría que habían de encarnizarse primero en ti los copleros que los argelinos?» (1).

Vargas y *Ponce*, *Trigueros*, *Sempere* y *Guarinos*, *Huerta*, el erudito *Sánchez* y otros, fueron, con más ó menos razón, blanco de sus acerbas invectivas, pero ninguno tanto como *Iriarte*, á quien imitó alguna vez el mismo *Forner*, que tan duramente lo zahería (2). *Jovellanos* admiraba el talento de *Forner*, pero le disgustaban las abstracciones filosóficas de los primeros escritos del estudiante salmantino. Al apacible *Meléndez*, que veía y sentía las cosas de un modo más somero, pero más poético que *Forner*, le eran antipáticos, así el carácter como los versos de este escritor. Infiérese esto claramente de los siguientes párrafos de las cartas que en 1777 escribió á *Jovellanos Fr. Diego González*, que tanto se interesaba en los adelantos literarios de los alumnos de la escuela de Salamanca (3):

---

(1) *Carta del Tonto de la Duquesa de Alba* (Forner) *á un amigo suyo de América.* (Papeles de *Forner.*)

(2) Véase el soneto de Forner, *Definición de un petimetre*, que empieza:

Yo visto, ya ve usted, perfectamente.....

imitación visible de aquel tan celebrado de Iriarte, que principia así:

Levántome á las mil, como quien soy.....

(3) Cartas de *Fr. Diego González*. Colección de autógrafos del Marqués de Pidal.

«Remito á V. S. el adjunto papel al mismo modo que los días pasados. Me lo dirigió *D. Juan Forner*, autor de aquella epístola que ya vió V. S. Á *Batilo* no le congenian las producciones de *Aminta* (Forner); parécenle duras y desabridas á su dulce ánimo. *Delio* (Fr. Diego), aunque no deja de admirar en ellas varias bondades, se desagrada de la mucha obscuridad que en todas afecta su autor; le enfadan las cosas que no se dejan entender en fuerza de una simple lectura, y aborrece los negros escritores que escriben y trabajan para no ser entendidos. Creo que *Jovino*, en medio de su gran facilidad en comprender, se ha de parar más de dos voces á conjeturar el sentido de algunos pasajes de la presente composición de *Aminta*.

Salamanca, 6 de Mayo de 1777.»

En otra carta al mismo *Jovellanos*, de 7 de Junio de 1777, dice *Fr. Diego:*

«Me congenia el juicio que V. S. ha formado de las composiciones de *Forner*, notándolas de *nimiamente confusas*, en medio de las muchas bellezas que uno y otro advertimos en ellas. *Batilo* es más severo con ellas; pero lo atribuyo á la genial oposición que tiene al autor.»

De ánimo rebelde á la autoridad literaria de los demás, y amohinado con la reprimenda oficial que recibió á consecuencia del escándalo de sus reyertas satíricas y de las diatribas que dirigió á la *Academia Española*, *Forner* hubo de conservar cierta ojeriza á este esclarecido cuerpo literario. Esta ojeriza se columbra á primera vista en una especie de estatutos que formó para una academia particular que llegó á reunirse, y en los cuales mezcló resuelta-

mente el espíritu organizador con la invectiva y con la sátira (1).

Si bien las cualidades dominantes de su carácter, la independencia y la austeridad, tomaban á menudo formas desapacibles y sarcásticas, se rendía *Forner* á sentimientos delicados cuando le impulsaban á ello móviles generosos.

---

(1) Tenemos á la vista el borrador autógrafo de estos estatutos. Como curiosidad literaria, copiamos á continuación este singular documento:

«Nuestro Código deberá constar de una introducción y cuatro capítulos. En la introducción se expondrá el objeto ú objetos de la Academia, su título, sello, empresa ó distintivo, etc.

»El primer capítulo tratará de las calidades de los académicos.

»El segundo, de los oficios.

»El tercero, de los trabajos literarios.

»El cuarto, premios y penas.

»CAPÍTULO PRIMERO. La Academia se compondrá de académicos de número y académicos correspondientes. Aquéllos de asistencia necesaria; y éstos, que podrán remitir las obras y trabajos para que los juzgue la Academia.

»No serán admitidos abogados ramplones, teólogos de machamartillo, médicos sistemáticos, ni filósofos petimetres. La Academia ha de ser demasiado humilde para que pueda honrarse con tan ilustres individuos. Bastará admitir buenos poetas, buenos oradores, buenos críticos, buenos humanistas. Es muy conveniente que este género de profesores hallen acogida y premio en alguna parte, ya que no le han hallado hasta ahora en ninguna.

»Á la Academia no le ha de importar maldita la cosa el saber si sus individuos son cristianos viejos ó lampi-

Los fueros de la gratitud, en un alma apasionada como la suya, explican y disculpan las extremadas hipérboles lisonjeras que dirige á su protector, el Príncipe de la Paz, en el prólogo del poema *La Paz.* Allí reclama para el inhábil y apocado Ministro español las bendiciones de la tierra, y le apellida

---

ños, rancios ó frescos, verdes ó pasados. Un descendiente de Mustafá deberá ser preferido á uno de Pelayo, si éste es un salvaje y el otro un varón docto. Así, las pruebas é informes que se harán para la admisión de algún individuo recaerán sobre su doctrina, y nada más; en la firme inteligencia de que es una ridiculez predicar á los protestantes y gentiles para que se conviertan, y tratarlos después de infames, atribuyendo á la religión de Jesucristo una infamia que no causa ninguna otra religión.

»El juramento único que se tomará á todo individuo será el de detestar la secta semigálica, y defender á sangre y fuego el verdadero buen gusto castellano, así en prosa como en verso. Y por lo mismo deberá obligarse á promover la afición á nuestros buenos escritores de los dos siglos XVI y XVII, que serán su único norte y guía.

»Si, por desgracia de la Academia, pretendiesen ser admitidos algunos Iriartes, Olmedas, Valladares, etc., de quienes consta que son de un gusto estrafalario y perverso; sin tener cuenta con la opinión que ellos tienen de sí, se les hará entender que han de entrar á aprender y ser juzgados ínterin pierden los resabios de su primer estilo. Sin esta condición precisa, no serán admitidos.

»No será admitido ninguno de quien conste que ha de formar relación de méritos.

»CAPÍTULO II. En la Academia, por ahora, no habrá más que un secretario, que se elegirá á pluralidad de votos; á cuyo cargo estén los papeles que dejen los académicos, la ordenación de ellos, etc.

«bienhechor universal del género humano». Pero, lo repetimos, no ha de inferirse de aquí que *Forner*, aunque entusiasmado con la paz ajustada con la República francesa en 1795, y profundamente agradecido á los favores del Ministro, que le había nombrado fiscal del Consejo de Castilla, fuese capaz de doblegar el fiero temple de su alma hasta caer en la adulación cortesana. Su verdadero carácter está

»En lo demás, todos los individuos serán fiscales, presidentes y censores; porque, como los sueldos de esta Academia son ningunos, no hay necesidad de introducir estas distinciones para enriquecer á tres ó cuatro, con perjuicio de la libertad de los demás.

»CAPÍTULO III. Los trabajos literarios de la Academia versarán principalísimamente sobre la poesía y la crítica castellanas; facultades ambas que andan descarriadas, y que por lo mismo necesitan acogida y abrigo para que no se pierdan.

»Los trabajos se podrán dividir, ya trabajando todos sobre una misma cosa, ya cada uno sobre una sola, á arbitrio de la Academia. El primer modo convendrá en las obras menores de verso. El segundo en obras de crítica.

»Como el fin de la Academia debe ser adelantar, y no ostentar; refinar el gusto, y no aspirar á pasar por doctos, las obras de los individuos se juzgarán con un rigor rigidísimo por todo el congreso, sin que sea lícito á ninguno creer que es incapaz de errar. Nuestra Academia no se compondrá de *infalibles*, ó de los que juzguen que lo son. Esta gente nos deslumbraría con sus grandes luces.—Día de la Virgen, primera junta.—ALFESIBEO, *secretario*.—DAMON (Estala).—MIRTILO (Navarrete).—AMINTA (Forner).»

fielmente retratado en los siguientes versos de una de sus sátiras:

¡Oh, qué dura experiencia!.....
(Dices, si á Aristo en antesala impía
Ves negociar con la paciencia un puesto);
¿Yo adular al poder? ¿Yo su indigesto
Ceño sufrir, los dones humillando
De la esencia inmortal que en mí se hospeda,
Á un necio venturoso, que burlando
Puso en alto la pérfida fortuna?
. . . .

Algunas veces, á pesar de su orgullosa condición y del sentimiento íntimo de su valor intelectual, su entusiasmo literario desmayaba, y un desaliento amargo alejaba de su ánimo la hechicera ilusión de la gloria. En tal situación se hallaba sin duda su alma cuando escribía estos dos bellos versos, con que empieza un soneto que no llegó á terminar:

Sacro laurel, tu rama vividora
No adornará jamás mi humilde frente.....

No obstante la aspereza de su condición, que hasta sus propios amigos reconocían y lamentaban, *Forner* estaba dotado de sensibilidad profunda, y alguna vez dió señales manifiestas de la humildad de quien yerra y reconoce el yerro; noble humildad, que sólo cabe en almas firmes y elevadas. No podemos dejar de citar un ejemplo, del cual hallamos pruebas en los propios escritos de *Forner.* Uno de sus borradores autógrafos contiene una epístola

titulada *Aminta á Arcadio*, ó lo que es lo mismo, sustituyendo los nombres verdaderos á los nombres poéticos, *Forner á Iglesias* (1). Al fin de este borrador hay otro de una carta que debía ir acompañada de los versos. Esta carta expresa claramente que la epístola fué dictada por el deseo que tenía *Forner* de reconciliarse con *Iglesias*. Algún arrebato de *Forner* había ocasionado un rompimiento entre los dos amigos y compañeros de universidad; luchaba *Forner* entre su orgullo y su arrepentimiento; pero la genial rectitud triunfó al cabo de la altivez del mozo. No creyó humillarse confesando su falta. Escribió á *Iglesias* la citada carta, en que andan mezcladas de un modo estrafalario la llana ingenuidad del hombre honrado con la pedantería del escolar, y la amistad de ambos quedó recíprocamente afian-

---

(1) No dimos á la estampa esta epístola entre los versos de *Forner*, porque carece totalmente de inspiración poética, y adolece de todos los defectos que suelen acompañar á la inexperiencia literaria. Cuando *Forner* la escribió no había cumplido veinte años. El indulgente *Fray Diego González* envió una copia de la epístola á *Jovellanos*, para que formase idea de los adelantos que iban haciendo en la poesía algunos jóvenes de Salamanca. Empieza así:

Salud cumplida con favor divino,
De parte de su amigo, dirás, musa,
De nuestro siglo al vate salmantino;
Y si por suerte recibir excusa
Letras del que fué un tiempo su contrario,
Y acciones mías, enojado, acusa.....

zada, cual convenía á dos corazones sanos y afectuosos (1).

Sólo un hombre dotado de altos sentimientos morales puede inspirar amistad profunda y acendrada. *Forner*, el implacable controversista, el batallador desabrido, austero y agresivo, tuvo por amigos tiernos y perseverantes á hombres tales como *Fernández-Navarrete*, *Campomanes*, *Iglesias*, *Arjona*, *Arroyal* y *Estala*. En las más de las cartas á *Forner* que se conservan de estos insignes varones, rebosa el fervoroso sentimiento de amistad verdadera, que sólo brota y arraiga en el corazón de los buenos. Murió *Forner* joven todavía, cuando apenas empezaba la madurez de la vida (2). Probablemente

---

(1) He aquí algunos períodos de la carta:

«Fuí no ha muchos días, amigo Pepe, puerco de la manada de Epicuro, y como tal me hallé metido en el cieno de las pasiones. Hoy, gracias á mi desengaño, tengo la cabeza llena de humos estoicos..... En mis versos verás del modo que he sabido desprenderme de algunas pasiones..... No es la menor la enemistad que ha habido cerca de un año entre los dos. Si deseas, como es justo, que te tenga por hombre de buen juicio, no rehusarás renovar nuestra amistad, cuando el mismo que erradamente la rompió vuelve á ella. Á mí se me hace no poco dificultoso dar satisfacciones; mas hago esto ahora para que veas, sobre el conocimiento que tienes de mí, cuán fácilmente me allego á la verdad siempre que la conozco..... Dios nos dé salud y vida para que segunda vez nos veamos encerrados, al anochecer en el corral del Colegio del Rey de esa ciudad.»

(2) En 1797, á los cuarenta y un años de edad.

llevó consigo al sepulcro los mejores frutos de su claro talento y de su vasta y sana instrucción. Basta lo que escribió para que nadie pueda negarle la gloria de haber sido un magistrado sabio y vigoroso, un defensor diligente y ardoroso de la patria, un hablista riguroso y correcto, y un campeón animoso de la civilización literaria. Si como poeta no subió á muy alto nivel, culpa fué del recio temple de su alma, que le impedía extasiarse en las esferas místicas de la ilusión, donde vive la poesía verdadera. *Lista* ha juzgado admirablemente á *Forner* en estas breves y sencillas palabras: «Estaba dotado de una imaginación más fácil para concebir las verdades que las bellezas.»

Otro poeta que, aun sin rayar á extraordinaria altura, no debe ser olvidado al bosquejar la era poética de Carlos III, es *D. José María Vaca de Guzmán*, doctor en ambos derechos, Ministro del Crimen de la Audiencia de Cataluña, de quien se gloría la Universidad de Alcalá, á cuyo gremio pertenecía.

Los premios de la Academia Española, sucesivamente por él alcanzados en 1778 y 1779, sacaron su nombre de la obscuridad en que probablemente habría permanecido. El canto de *Las Naves de Cortés* y el romance de *Granada rendida*, no sólo son las dos mejores composiciones poéticas de su autor, sino que dejan á bastante distancia á todas las demás que compuso. El romance está escrito en tono narrativo, fácil y animado, y á menudo noble y vi-

goroso (1). Escaso de gusto y de cordura en la disposición del plan, y embargado por el espíritu imitador y emblemático, que le impedía comprender y sentir el carácter de sencillez y de grandeza que hay en aquel magnífico asunto (2), *Vaca de Guzmán* no llega ni con mucho en el romance á la altura épica que aquél requiere; pero es imposible negar que la obra está escrita con alma ardiente y conmovida, y que contiene rasgos, descripciones y versos llenos de vida y de inspiración. *Vaca de Guzmán* tenía fuego poético, y de este fuego nace el gallardo estilo y la noble armonía de algunos períodos. Tiene arranques felices, como aquel en que llama á los moros *torpes hijos del ocio*, y hay pasajes en que, si no la idea, cobra la entonación la noble sencillez que es

---

(1) Sin embargo, no mereció la aprobación de *Meléndez Valdés*:

«Batilo me dice que no le han gustado las obras premiadas este año.» (Carta de *Fr. Diego González* á *Jovellanos*, escrita en la Coruña en Agosto de 1779.—Colección de autógrafos del Marqués de Pidal.)

(2) Hasta de la *Eneida* se acuerda, cuando sólo debía acordarse de la verdad popular y española de la conquista de Granada. Así empieza á hablar *el Valor* á Juno:

> Pues el dolor, oh Reina, inexplicable
> Me mandas renovar.....

Alguna vez hasta traduce á Virgilio, como cuando exclama:

> . . . . . ¡Caben acaso
> Tantas iras en ánimos divinos!

propia de la poesía épica. Así, por ejemplo, habla el río Genil al rey D. Fernando el Católico:

Suenan las aguas con el golpe, y mueven
De tersa espuma blancos remolinos,
En tanto que Genil sacó la frente,
Ceñida de amarantos y carrizos.
Puso los pies en la cerúlea concha,
Que le sirvió de asiento, y conocido
El gran monarca que su margen pisa,
Alzó al cielo las manos, y así dijo:
¿Veniste, en fin, conquistador famoso?
¡Oh causa digna del anhelo mío!
¿Veniste ya á vencer? ¿Á ti triunfante
He de ver, y al alárabe rendido?
Sí, Fernando, sí, Rey; así lo ordena
El cielo santo; que su voz lo ha dicho.
Yo la oí que en mis tierras resonaba
Y en las cuevas también de mi retiro.
No más, no más que mis arenas puras
Manche la torpe huella; no el impío
Descendiente de Agar lave su cuerpo
En el cristal que te consagro limpio.....

Don Leandro de Moratín, competidor de *Vaca de Guzmán*, le aventajó en la corrección del lenguaje; pero quedó muy inferior á él en estro, en gala, en vigor; esto es, en las principales prendas poéticas.

El canto *Las Naves de Cortés*, por su lozanía, por su entonación desembarazada y poética, por la armonía de los versos, y singularmente por el entusiasmo patrio que en él rebosa, cautiva el ánimo y embelesa el oído. Saavedra Guzmán, en *El Peregrino indiano* (1599); D. Francisco Ruiz de León, en *La*

Hernandia (1755), y otros poetas, habían cantado el heroísmo de Hernán Cortés y aun la quema de sus naves. Muchos rivales tuvo asimismo *Vaca de Guzmán* en el certamen académico. Cuarenta y cinco fueron los poemas enviados á la Academia Española para disputar el premio, y entre ellos, según ya hemos dicho, uno de *Iglesias*. Si alguna de estas obras narra la acción de un modo más directo y detenido, ninguna puede competir con el poema premiado en el fuego de la inspiración lírica, que es la que más esencialmente cuadra al hecho prodigioso de aquel grande hombre. El *canto épico*, con tanta razón celebrado, de *D. Nicolás de Moratín*, no fué presentado á la Academia. Aventaja, sin duda, al poema de *Vaca de Guzmán* en robustez y en fuerza descriptiva; pero tanta descripción, aunque bella y caudalosa, le daña, y le hace parecer, más bien que una obra completa y acabada, un canto de un poema más extenso. *Vaca de Guzmán*, por un instinto que contrasta con las ideas de aquel tiempo, se guarda bien de llamar *épico* á su canto, y escribe en realidad una fantasía lírica, que, si bien inferior á lo que merece la sublime hazaña del héroe extremeño, no carece ni de estro, ni de gala, ni de emoción, ni de grandeza. ¿Quién no recuerda el patriótico deleite que sintió en sus años juveniles al leer estas briosas octavas? Cortés, después de ensalzar el denuedo de los antiguos españoles, dice así á sus soldados:

Ellos, como vosotros, oprimieron
La espalda de ese monstruo cristalino;
De la Europa también se desprendieron,
Al África llevando el blanco lino;
Á Orán ganaron, al Peñón rindieron;
Tembló de su poder el argelino,
Y tributaria se postró á su amago
La altiva sucesora de Cartago.
Así venzamos los que así nacimos;
Nuestro es ya su valor, nuestro su acero;
La tierra hollamos que á vencer venimos;
Perezca, pues, el leño lisonjero.
No á transportar tesoros le trajimos;
El grande Carlos, Carlos el Primero,
Despreciador del oro y la riqueza,
En sus héroes coloca su grandeza.
Los hombres que malogra la milicia,
Mientras cuidan el débil armamento,
Triunfos son que el Monarca desperdicia,
Reprimido en sí mismo su ardimiento.
Bisoños son; la militar pericia
No les dictó su vario movimiento;
Ni hollaron nieves, ni sufrieron soles,
Pero tienen valor, son españoles.

No vuelve *Vaca de Guzmán* á encontrar la gallarda y calorosa entonación de *Las Naves*, aunque casi siempre es versificador valiente y numeroso. En las églogas decae notablemente, y se torna prosaico como los más de los poetas de su tiempo. Este género de poesía artificial y acompasada cuadraba mal á su imaginación viva y espontánea. Los asuntos heroicos le inspiraban, y adquiría con ellos lozana expresión y altos pensamientos. En los versos cortos campea siempre el desembarazo del ver-

sificador. Suele ser desigual, y no pocas veces atrevido y desacertado en la elección de las palabras y de las frases; pero casi nunca le faltan ingenio y arranque. Véase, por ejemplo, la graciosa cantinela *La Muerte de la rosa.* Al paso que cae en la extravagancia de llamar á la aurora *del sol embajatriz,* escribe estos fáciles versos, en que hay algo del sabor de la poesía antigua castellana:

Llegó, ¡penosa suerte!
La primavera en fin,
Florida para todos
Y seca para mí.
¡Ay Mayo fementido,
Detesto tu matiz!
No le tejáis, oh plantas,
Guirnaldas del jardín;
Que ha marchitado el Mayo
La pompa del Abril.
Abrió una tierna rosa,
Reina jurarla vi.....
. . . .
. . . .
¡Ay fragancia exhalada!
¡Ay púrpura infeliz!
¡Ay cómo equivocasteis
El nacer y el morir!
Fué entre la cuna y tumba
La línea tan sutil,
Que no sé distinguirla,
Aunque la sé sentir,
Al ver que ha hollado el Mayo
La pompa del Abril.

Su numen flexible era á veces vivo y ameno, como se ve en el romance que empieza:

¡Hola! espera, serranilla,
La del faldellín de flores.
. . . .

La colección de vidas brevísimas de santos, que él llama *Himnodia* ó *Fastos del Cristianismo*, es una mezcla singular de faltas y de aciertos. Caminan juntos el prosaísmo y el conceptismo, la audacia innovadora y los vicios de la rutina, la admiración fervorosa de las heroicas virtudes de los santos y la monstruosa amalgama de recuerdos mitológicos y cristianos; y al lado de todo esto y de no pocas locuciones extravagantes y de graves resabios de mal gusto, asoma el movimiento poético de una imaginación que se enardece con facilidad, pero que se contenta con la expresión irreflexiva de su arrebato, y no sabe ó no quiere detenerse á completar y acrisolar sus obras.

Quintana no fué indulgente ni justo con *Vaca de Guzmán*, omitiendo desdeñosamente hasta su nombre en el *Tesoro del Parnaso español* y en el bello estudio crítico que escribió acerca de la poesía castellana del siglo XVIII. *Vaca de Guzmán*, con todos sus defectos, es más poeta que el *Conde de Noroña* y algún otro que de buen grado admitió *Quintana* en su colección.





CAPÍTULO XIII.

FABULISTAS. — CARÁCTER POCO POÉTICO DEL APÓLOGO. — IMPROPIEDAD DE SU APLICACIÓN Á LA ENSEÑANZA DE LA JUVENTUD.—SAMANIEGO.—IRIARTE.—SU POEMA DE «LA MÚSICA». — SU PROSAÍSMO. — SU INCONTESTABLE MÉRITO. — PLAGA DE FÁBULAS. — RENTERÍA.—PISÓN.

En aquellas épocas en que la poesía, fruto exclusivo de la civilización, es más reflexiva que inspirada, nacen fácilmente escritores que cultivan la fábula y el apólogo con predilección y con fortuna.

Cuando se considera por una parte lo que fué el apólogo en la antigüedad asiática, donde tuvo su cuna, y, por otra, que la versificación no es, en la fábula, sino una envoltura graciosa y pintoresca de un pensamiento ante todo simbólico, sensato y filosófico, cuesta trabajo convencerse de que deba ser tenida por un género sinceramente *poético*, en la acepción propia y elevada de esta palabra. La fábula es cuento, emblema, lección, sátira; es todo menos

verdadera poesía. Por eso Lamartine profesa á las fábulas tan enconada aversión, que, arrostrando el torrente de la opinión tradicional del pueblo francés, se atreve á atacar implacablemente, no sólo las fábulas de Lafontaine, tan admiradas, sino hasta la persona misma del autor. No queremos resistir á la tentación de reproducir aquí algunos renglones de la elocuente censura que inspira á Lamartine su indignación contra las fábulas:

Era yo un espejo vivo (habla de su adolescencia), que el polvo del mundo no había empañado, y en el cual reverberaban las obras de Dios..... Me hacían aprender de memoria fábulas de Lafontaine..... Grima me daban aquellas historias de animales que hablan, que se dan lecciones, que se burlan unos de otros, que son egoístas, zumbones, avaros; que no sienten lástima ni amistad; que son en verdad más malos que nosotros. Las fábulas de Lafontaine son más bien la filosofía dura, fría y egoísta de un anciano, que la filosofía cariñosa, ingenua, generosa y sana de un niño; es hiel, y no la leche que conviene á labios y á corazones de tan temprana edad. Me repugnaba el libro, y no sabía por qué. Más adelante he llegado á saberlo. El libro no es bueno; y ¿cómo pudiera serlo, si el autor no lo era? No parece sino que le han apellidado por burla *el buen Lafontaine*. Era un filósofo de mucho ingenio, pero un filósofo cínico. Y ¿qué pensar de una nación que da principio á la educación de sus hijos con las lecciones de un cínico? Este hombre, que no conocía á su hijo, que vivía sin familia, que con mengua de sus canas escribía cuentos obscenos para enardecer las pasiones de la juventud.....; este hombre, á quien nunca mencionan ni *Racine*, ni *Corneille*, ni *Boileau*, ni *Fénelon*, ni *Bossuet*, no era un varón cuerdo, ni respetable, ni sencillo. Doce versos sonoros, sublimes, religiosos de *Atalía* desvanecían en mi oído to-

das las cigarras, todos los cuervos y todas las zorras de aquella pueril casa de fieras. Nada ha podido aplacar desde entonces mi antipatía á las fábulas.

Por más que se resienta algún tanto de intolerancia este vehemente y austero juicio, es incontestable que hay en las razones de Lamartine fuerza incisiva y poderosa; y no es difícil comprender la ira contra un género tan artificialmente intencionado, en un hombre que, como poeta, no sabía vivir sino en la celestial esfera de su lirismo místico.

Como quiera que sea, no es dable negar que insignes escritores, como *Samaniego* é *Iriarte*, pueden ser grandes fabulistas sin ser grandes poetas. El apólogo, no obstante, poético ó no, adecuado ó no, á la educación de los niños, es un género literario que requiere, si no encumbrado numen, gran delicadeza de ingenio, de intención y de moral sentido; género harto difícil, con apariencias de llano y de trivial, en el cual muy pocos sobresalen. Innumerables fabulistas hay en España; sólo *Samaniego* é *Iriarte* son consumados maestros. *Samaniego* fué el primero que dió á las fábulas, entre nosotros, la rapidez, la naturalidad expresiva, la gracia peculiar que requieren. Imitó á Esopo, á Fedro, á Lafontaine y á Gay, estampando el sello castellano en los asuntos de estos famosos escritores; pero las que hizo de su propia invención, como la admirable de *El joven filósofo y sus compañeros*, en nada desdicen, en cuanto á la profundidad de la idea, de las más celebradas de

sus ilustres antecesores, y quizá las aventajan en la concisión, en la candorosa malicia, en la claridad narrativa, en el hechicero abandono de la expresión. Estas fábulas, como todas las del mundo, no son sólo lecciones de virtud; lo son también, hasta cierto punto, de artificio de astucia y de mundano desenfado; pero hay al propio tiempo en ellas cierta sencillez de intención, cierta inocente lisura de estilo, no impropia de los niños, que las habría hecho acaso llevaderas y aun agradables al descontentadizo Lamartine.

Quintana y otros, engañados por este pasaje de *Samaniego:*

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo.....,

han creido que el fabulista de Vergara «siguió las huellas» del fabulista madrileño. No fué así, por fortuna. *Samaniego* se refiere en general á los versos de *Iriarte*, que por entonces admiraba. No era éste su rival todavía. Las *Fábulas literarias* fueron publicadas cuatro años después de las *Fábulas morales* de *Samaniego* (1). Y hemos dicho *por fortuna*, porque, á haber imitado *Samaniego* las fábulas de *Iriarte*, su estilo habría sido más terso y atildado, pero habría

---

(1) Véase lo que al frente de las *Poesías de Samaniego*, publicadas en Vitoria, dice acerca de este punto el señor D. Eustaquio Fernández de Navarrete.

perdido probablemente en espontaneidad y en despejo.

Samaniego había pasado en Francia algunos años de su primera juventud. Las ideas que allí á la sazón preponderaban habían amenguado en su ánimo el santo tesoro de las tradiciones morales de la patria. Se hizo hombre despreocupado á la manera de aquellos tiempos de turbación. Sus poesías líricas se resienten de esta tendencia, paralizadora de la inspiración alta y fervorosa. Se hizo cínico al estilo de Lafontaine, á quien con predilección había estudiado, y escribió también cuentos obscenos, sembrados de epigramáticas agudezas, pero de índole tan procaz, que ha sido imposible darlos á la estampa.

Iriarte es el único competidor verdadero que ha tenido *Samaniego*. No haremos comparación, como la han hecho tantos otros, entre las fábulas de los dos autores. Siempre nos han parecido ociosos y aun perjudiciales estos paralelos entre dos cosas admiradas y admirables; en los cuales, del ingenioso análisis resultan siempre ambas algo lastimadas.

Las *Fábulas literarias* se imprimieron por primera vez, en la Imprenta Real, el año de 1782. El ser la primera colección de fábulas todas originales; su objeto, exclusivamente encaminado á ridiculizar los vicios de las letras; la pureza del lenguaje; la gracia del estilo; la fecundidad de la invención; la soltura de la versificación, y hasta la variedad de los metros; todo contribuyó á llamar sobre esta obra la admira-

ción del público, esto es, el aplauso de los imparciales y los ataques de los envidiosos.

Pero juzguemos desde otros puntos de vista el talento lírico de *Iriarte.*

En 1780 dió á luz en la Imprenta Real, con bellísimos caracteres y con seis primorosas láminas, su poema *La Música*, así dividido:

Canto I.—Elementos del arte: *sonido* y *tiempo.*
Canto II.—Expresión de afectos.
Canto III.—Cuatro clases de música: en el templo; en el teatro; en la sociedad; en el retiro.
Canto IV.—Música teatral.

Se necesitaba todo el imperio que llegan á alcanzar en épocas de disciplina doctrinal, modas literarias y géneros convencionales, para que un hombre tal como *Iriarte*, dotado de clarísimo entendimiento y de todo el buen gusto encadenado y relativo que cabía entonces en un distinguido *humanista*, emprendiera la escabrosa tarea de poner en verso las reglas minuciosas y complicadas de la música. Causa lástima verle enredado en explicar afanosamente el análisis y la división de las escalas *diatónica* y *cromática.* Dice así, por ejemplo, hablando de la primera:

Distribuída así, la escala forma
El modo que *mayor* se denomina;
Pero para el *menor* se la destina
Diversa progresión, diversa norma.
Entonces ya es preciso que aquel grado
De un semitono, que al subir contaba,

Entre tercera y cuarta colocado,
Medie entre la segunda y la tercera,
Y el otro, de la séptima á la octava,
Entre la quinta y sexta se transfiera.....

Y ¿puede este confuso tecnicismo llamarse poesía? Casi todo el poema está escrito en semejante estilo, y apenas asoma en algún pasaje, no el entusiasmo poético, que éste no hay que buscarlo en esta obra de *Iriarte*, mas ni siquiera un eco del embeleso que indudablemente causaba la música en su ánimo. Tocaba *Iriarte* con mediana habilidad el violín y la viola, y en una de sus epístolas familiares se complace en recordar que una orquesta de aficionados ejecutaba en su casa obras suyas. Él mismo lo dice en estos versos:

Y aun con benignidad los circunstantes
Oyen mis sinfonías concertantes.....;

versos que de propósito reproducimos en este lugar, como muestra del ínfimo punto á que llegaba á descender alguna vez la entonación poética de *Iriarte*.

En el poema intenta de cuando en cuando iluminar con algún rasgo lírico el caos prosaico de las explicaciones técnicas; pero no acierta nunca con los colores, las imágenes y las emociones que son fruto espontáneo y exclusivo de la inspiración.

En suma, todo el orden, toda la claridad de estilo, todo el desembarazo descriptivo, todo el hechizo de un lenguaje castizo y acendrado, prendas admirables de *Iriarte*, no alcanzan á impedir que se lea sin es-

fuerzo y sin fatiga su enfadoso poema. Á pesar de las alabanzas de Metastasio y de otras autoridades literarias (1), esta obra no añadió un quilate siquiera á la gloria de *Iriarte;* antes bien le acarreó diatribas, y con ellas sinsabores sin cuento, mientras que la posteridad justiciera, condenando á desdeñoso olvido el poema de *La Música*, no ha hecho más que confirmar en esta parte el fallo de los contemporáneos de *Iriarte.*

---

(1) El poema de *La Música* fué muy celebrado dentro y fuera de España. El *Journal de la Littérature* (1780) dijo, entre otras cosas: *Il serait difficile de refuser à son auteur un talent réel pour la poésie, et en même temps il n'est guère possible de lire un poème didactique plus complet et plus sagement composé.*

Otros periódicos de París, de Roma, de Viena, de Parma, de Florencia y otras ciudades colmaron de alabanzas á *Iriarte;* pero lo que más halagó su amor propio, por la alta autoridad poética de que procedía, fué una carta muy amistosa y laudatoria que le escribió Metastasio. Decíale, entre otras cosas:

L'armoniosa vivace e nobile facilità del suo stile, che mette d'accordo à maraviglia con gli allettamenti del Parnasso l'ordinata e rigida essattezza della catedra, ed il vasto tesoro di pellegrine cognizioni, delle quali, in età cosi florida (tenía Iriarte veintinueve años), *a già saputo fornirci, debbono esigere à buona equità l'ammirazione del pubblico; ma quel* sapere *Orazziano, ciò è, il* buon giudizio, *che cosi spesso si desidera nei più venerati scrittori, e che constantemente regna nei di lei raziocini, mi scuopre tutto il vigore del suo ingegno, ed in quel che già donna, tutto quel che promette..... Sarei più diffuso, anzi la pregherei di soffrirmi in un regolatto commercio di lettere, se l'età che mi va defraudando le fisiche facoltà, è particolarmente dello scrivere, non si opponesse al mio desiderio; ma sia certa in tanto V. S. Illma. ch'io sinceramente l'ammiro.....*—PIETRO METASTASIO.—*Viena,* 25 *Aprile* 1780.

Una sola vez, conmovido al recuerdo de las peregrinas inspiraciones de Haydn, da *Iriarte* con el sentimiento poético de la música, y expresa su admiración con el entusiasmo lírico de un verdadero poeta, que canta con fuerza y espontaneidad lo que siente. Pero ¡cosa singular! esto no le sucede nunca en el poema didáctico, donde apura todo su esmero y toda su ciencia musical. Este arranque sincero de emoción artística le asalta en un bellísimo romance llano y familiar, escrito sin presunción alguna, pero lleno de ingenio y gallardía. He aquí algunos versos:

Haydn, músico alemán,
Compositor peregrino,
Con dulces ecos se lleva
Gran parte de mi cariño.
Su música, aunque le falte
De voz humana el auxilio,
Habla, expresa las pasiones,
Mueve el ánimo á su arbitrio.
Es pantomima sin gestos,
Pintura sin colorido,
Pöesía sin palabras (1)
Y retórica con ritmo;
Que el instrumento á quien Haydn
Comunica su artificio,
Declama, recita, pinta,

(1) Es singular la coincidencia de la manera de expresar en este verso el sentido imitativo de la música con la empleada mucho después por Mendelsohn, *Canciones sin palabras* (*Lieder ohne worthe*), para dar nombre á algunas de sus admirables melodías.

Tiene alma, idea y sentido.
Si las diferentes voces
Corren por tonos distintos,
Si se alternan, si se imitan,
Si á un tiempo cantan lo mismo,
Si callan de golpe todas,
Si entran todas de improviso,
Si débiles van muriendo,
Si resucitan con brío,
Solas, juntas, prontas, tardas,
Todas por varios caminos
Excitan un mismo afecto,
Llevan un mismo designio.
Ó expresan gritos de furia,
Ó de amor tiernos suspiros,
Ó el llanto de la tristeza,
Ó el clamor del regocijo.
Su poderosa armonía,
Ya llama el sueño tranquilo,
Ya alienta el valor marcial,
Ya incita al baile festivo.
No afecta su melodía
Estudiados gorgoritos,
Difíciles menudencias,
Todos adornos postizos
Con que se finge grandioso
El canto pobre y mezquino,
Que olvida llegar al alma
Por engañar el oído.

La verdadera gloria literaria de *Iriarte* se cifra en sus dos excelentes comedias *El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada*, y singularmente en sus inimitables *Fábulas literarias*, donde campean en grado eminente el orden, la claridad, la intención, la gracia, la concisión y la propiedad descriptiva. En

balde Florián, que sinceramente las admiraba, quiso imitarlas. Pudo aprovechar los pensamientos; pero, ingenio artificial y afectado, no le fué dado seguir la encantadora y delicada naturalidad de estilo del poeta español.

Por alguno que otro verso de imperfecta estructura, y singularmente por aquel tan célebre por su falta de cadencia armónica,

Las maravillas de aquel arte canto,

llegó á acreditarse la idea de que *Iriarte* era perverso versificador. Nada más injusto. Por lo común versifica con gala y lozanía, y en las fábulas y en algunos de sus fáciles y amenos sonetos raya á menudo en la perfección la estructura métrica.

Todavía hay quien niegue á *Iriarte* todo linaje de instinto poético. Este juicio es también injusto, como suelen serlo los juicios extremados. Cierto que carecía del sentimiento poético de la naturaleza; esto lo demuestra su insulsa y desmayada égloga *La felicidad de la vida del campo*, donde no hay vida, ni entusiasmo, ni entonación; donde á veces el prosaísmo llega á ser tan rastrero y tan irrisorio, que cree el lector tener ante los ojos alguna composición candorosa de D. Gregorio Francisco de Salas (1). Pero en cambio rebosa el ingenio en mu-

(1) Sirvan de testimonio estos versos:

Aunque ese, á la verdad, es mi proyecto,
Tan pronto no podré llevarle á efecto.....
. . . .

chas de sus obras poéticas, que son las menos conocidas. No era *Iriarte* poeta *soñador*, ni sabía volar su imaginación por los espacios sublimes de la idealidad. Era, ante todo, hombre de sociabilidad y de cultura. No hay que pedirle arrobamientos místicos, ni afectos profundos, ni arranques de elevación lírica. Hay que contentarse con juzgar al poeta tal como Dios le hizo, con admirar la claridad y limpieza de su lenguaje, el desembarazo de su entendimiento, su sana instrucción, su correcta soltura, su donaire satírico.

Ha sido muy censurado *Iriarte* por el engreimiento de su carácter, que tan á las claras se descubre en sus reyertas literarias con *Huerta*, con *Sedano*, con *Meléndez* y con *Forner*. Flaqueza fué sin duda en *Iriarte* caer en la tentación de atacar la égloga *Batilo*, premiada por la Academia Española, con el propósito de hacer resaltar la soñada injusticia de haber sido antepuesta en el certamen la égloga de *Meléndez* á la suya, tan evidentemente inferior á aquélla. Los literatos de más nota aplaudieron el acertado fallo de la Academia. *Berguizas*, por ejemplo, el insigne traductor de Píndaro, uno de los pocos críticos españoles del último siglo que tenían

---

Aquí, sin las nocivas distracciones,
Á las ocupaciones
Te puedes aplicar de la labranza.....

El prosaísmo no puede ir más allá. Esto, en verso, es más prosaico que la prosa misma.

juicio propio, y no se dejaban arrastrar á ciegas por la autoridad de los preceptistas franceses, da abiertamente la preferencia á la égloga de Meléndez (1).

En cuanto á las luchas de *Iriarte* con los demás escritores, la posteridad no puede olvidar, para disculparlo, que reinaba por aquel tiempo un espíritu extraordinariamente belicoso en la república de las letras, y que *Sedano, Huerta* y *Forner* no eran ni menos agresivos ni menos presuntuosos que *Iriarte*. El hecho es, sin embargo, que hombres de ánimo imparcial y templado, como *Fr. Diego González*, desaprobaban el orgullo de *Iriarte*, que le inducía á hablar con menosprecio de aquellos escritores que le habían precedido en la misma senda, ó que habían demostrado diferente espíritu literario (2).

---

(1) «Los grandes líricos (dice en su *Discurso sobre el carácter de Píndaro*) no hablan al entendimiento en derechura, sino por medio de la imaginación exaltada. Todos los razonamientos van disfrazados y encubiertos bajo el agradable velo de las imágenes, las figuras, las expresiones poéticas. La poesía antigua jamás tiene visos de disertación filosófica, como la moderna. Por eso es aquélla siempre amena, y ésta frecuentemente árida. Esta sola reflexión da á la égloga premiada, *Batilo*, una superioridad declarada sobre su competidora. Los Horacios, y mucho más los Píndaros, no miraban los objetos tan á compás y sangre fría como los Batteux y los Condillac, que los analizan.»

(2) Así lo expresa el *maestro González* en el siguiente párrafo de una carta que escribió á *Jovellanos* el 2 de Septiembre de 1777:

Grandes sinsabores le acarrearon las recias acometidas de sus enemigos literarios. Ninguna le llegó tan al alma como las de *Forner*. Conservó hasta su muerte la impresión que le habían producido *El Asno erudito* y *Los Filósofos chinos*. Á los agudos dolores de la gota, enfermedad que le llevó al sepulcro un día antes de cumplir cuarenta y un años, se unía, para hacer más amargas sus últimas horas, el dolor moral que le causaban la injusticia, la envidia y la intolerancia de sus compatriotas. *Iriarte* atri-

---

«He leído con singular complacencia el *Anti-Lucrecio* (poema del Cardenal de Polignac). Acaso la mucha intensión con que lo leí en un tiempo demasiadamente caluroso, ha sido la única causa de lo mucho que he padecido. También he leído una parte de la traducción del *Arte poética*, de Horacio, hecha por *don Tomás de Iriarte*. Me ha desagradado mucho el discurso preliminar, en que tan sin piedad trata á *Espinel* y *Morell*, aunque no dejo de conocer que en algunos reparos no deja de tener razón *Iriarte*. Pero también soy de parecer que á la traducción de éste se pudieran poner muchos más reparos, y acaso más sustanciales, que los que él hace en las otras. No puedo llevar en paciencia la inteligencia que da al *Sectantem levia nervi deficiunt;* ni el que reprenda á los otros de haber metido algún ripio en sus versos, cuando él en los suyos los mete á carretadas. No dejo por eso de confesar que su traducción es buena por lo regular; pero este mérito debía él concederlo á los otros traductores, y no haberlos ultrajado tanto..... *Liseno* (el P. Fernández), que me envió este impreso, y le leyó con mucho espacio, me escribe muy irritado contra el nuevo traductor, y le nota más faltas que él á *Espinel* y *Morell*.»—(Colección de autógrafos del Sr. Marqués de Pidal.)

buye en parte á aquellos sinsabores el decaimiento físico que agotaba su vida. Así lo da á entender en este melancólico verso:

¡El libro vive, y el autor perece!

de un soneto que dictó desde el lecho, pocos días antes de su muerte, y fué el último parto de su ingenio (1).

La fama de *Iriarte* no ha disminuído con el transcurso de los años, como la de tantos otros que resplandecieron con falsa luz en el último siglo. La edad presente no puede olvidar, ni sus fábulas, ni sus ingeniosos sonetos, ni algunas de sus comedias; y, si no le concede la palma de los grandes poetas, le tiene, con fundamento, por un gran hablista y por un ingenio simpático y esclarecido.

---

(1) He aquí el soneto de *Iriarte*, que hemos encontrado, manuscrito, entre los papeles de *Forner:*

Lamiendo reconoce el beneficio,
El can más fiero, al hombre que le halaga;
Yo, escritor, me desvelo por quien paga
Ó tarde ó mal ó nunca el buen servicio.
La envidia, la calumnia, el artificio,
Cuya influencia vil todo lo estraga,
Con más rabiosos dientes abren llaga
En quien abraza el literario oficio.
Así la fuerza corporal padece,
Falta paciencia, el ánimo decae,
Poca es la gloria, mucha la molestia.
¡El libro vive, y el autor perece!
¿Y amar la ciencia tal provecho trae?—
Pues doy gusto á *Forner*, y hágome bestia (*a*).

(*a*) Alude á *El Asno erudito*.

La moda de las fábulas, sancionada por el triunfo brillante y merecido que habían alcanzado *Samaniego* é *Iriarte*, llegó á ser una especie de invasión literaria. Un año antes de que *Samaniego* diese á luz sus *Fábulas*, publicaba en Bolonia el sabio jesuita *Lasala* una traducción en versos latinos de las *Fábulas de Lokman*, hecha directamente del texto árabe. Cuatro años después (1784), un latinista, D. Miguel García Asensio, daba á la estampa, en Madrid, una traducción castellana de las mismas *Fábulas*, para la cual había tomado por texto la versión de *Lasala*. En los años inmediatos se imprimieron traducciones de las *Fábulas de Lafontaine*, sobresaliendo entre ellas la que publicó en 1785 *D. Bernardo María de Calzada*, traductor entonces muy conocido, de varias obras dramáticas francesas. Por aquellos tiempos llegó á desencadenarse la vena apológica de los españoles. *Arriaza*, cuyo humor chancero no perdonaba cosa alguna, decía á fines del siglo (1796): «Reina en la corte una plaga de fábulas, como la pudiera haber de tercianas.»

No se requiere, para cultivar con fruto este género literario, ardorosa y alta fantasía; bastan vivo ingenio, sencillo estilo, intención moral. No adornaban, por cierto, estas prendas á la mayor parte de los que, así en Madrid como en las provincias, atestaban los periódicos de aquel tiempo de triviales é insulsas fábulas. Uno de los fabulistas menos enfadosos de aquella era es sin duda *D. José Agustín*

Ibáñez de la Rentería. Soltura en la versificación, naturalidad de estilo, en verdad prosaica, y cierta intención política, tan contenida y disfrazada cual lo exigía el sistema gubernativo de Carlos III, son las únicas circunstancias dignas de atención en las fábulas originales de *Rentería.* Aquellas cuyos argumentos tomó de otros autores, están por lo general escritas sin espontaneidad y sin gracia, y no fué en él poca osadía escoger algunos asuntos tratados ya magistralmente por *Samaniego.* Era, no obstante, *Rentería* hombre verdaderamente modesto, y escribió las fábulas, no para ganar nombre, sino por mero pasatiempo. *Samaniego*, cordial amigo suyo, corrigió estas fábulas, é indujo al autor á darlas á luz (1).

El Raposo, una de las dos fábulas que con este título escribió *Rentería* (2), fué tenida en 1788 por

---

(1) A ruego tuyo, y tal vez en mi daño,
Mis versos publiqué.....

(*Fábulas en verso castellano*, por D. José Agustín Ibáñez de la Rentería.—Apolo y los poetas. *El autor á su amigo D. Félix María de Samaniego.*—Fábula 1.ª, libro II, tomo II. Imprenta de Villalpando, 1797.)

(2) Es la que empieza así:

De un león poderoso
Ministro principal era un raposo,
Por lo sagaz y astuto;
Orgullo como el hombre tiene el bruto.....

Fué publicada por primera vez en el *Diario de Madrid* del 4 de Agosto de 1788. Al año siguiente se reimprimió en la colección de *Fábulas en verso castellano*, por D. José Agustín Ibáñez de la Rentería. Imprenta de Aznar, 1789, pág. 109.

una sátira política contra Floridablanca, escrita y propagada por la parcialidad del Conde de Aranda. Corrían las copias de mano en mano hasta entre las damas de la alta aristocracia. El honrado Ministro, ó por cautela, ó mortificado con el emblema del raposo, intentó poner en claro si la fábula era en efecto un manejo político de sus enemigos. El Superintendente general de Policía, y hasta el Consejo de Castilla, intervinieron en la aclaración; pero las dudas no se desvanecieron hasta que *Samaniego*, á quien se había achacado la fábula, escribió, desde Vergara, que era obra de un mozo muy aventajado y muy amigo suyo, residente en Bilbao, «quien lo decía públicamente y muy tranquilo, por no envolver aquello malicia ni arcano» (1).

La supuesta sátira perdió el aplauso al perder la malicia, y quedó reducida á lo que es en sí: una inocente fábula, poco merecedora de éxito tan ruidoso.

No inferior en mérito á *Rentería*, y harto semejante á éste en defectos y cualidades, merece ser citado otro fabulista de aquella época, *D. Ramón de Pisón*, ministro togado del Real y Supremo Consejo de la Guerra, que, con el transparente anagrama *Román de Pinos*, imprimió, á fines del último siglo, muchas fábulas en los periódicos de Salamanca y de

(1) *Historia del reinado de Carlos III*, por D. Antonio Ferrer del Río.

Madrid (1). Pero nada más diremos de este escritor; ni mencionaremos siquiera otros varios fabulistas que, con menos prendas todavía que *Rentería* y *Pisón,* cultivaron el apólogo sin donaire, sin elevación, sin originalidad, sin hechizo alguno.

(1) Las más de ellas se publicaron después en colección. Madrid, imprenta de Ibarra, 1819.





ÍNDICE.

Páginas.

Páginas.

